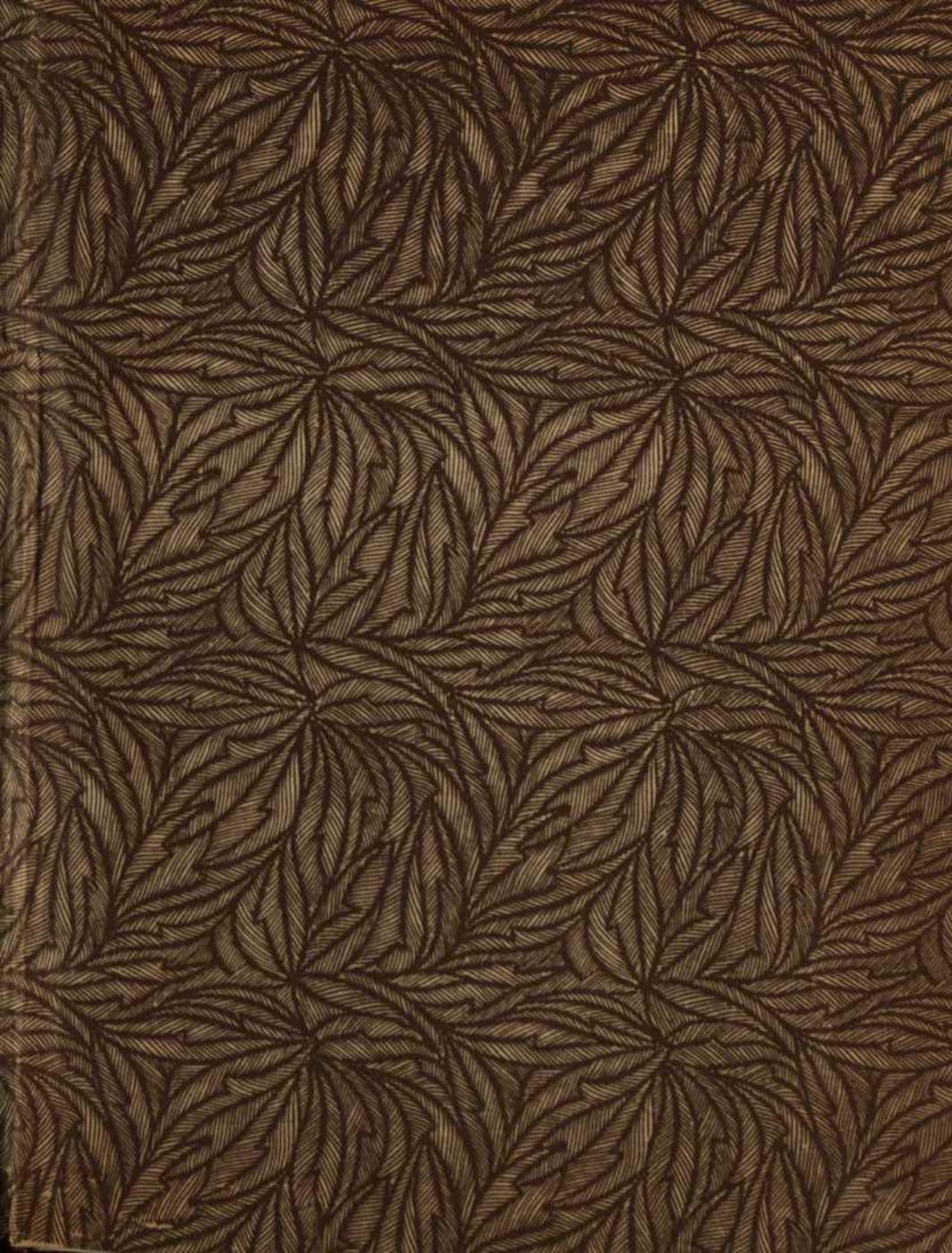


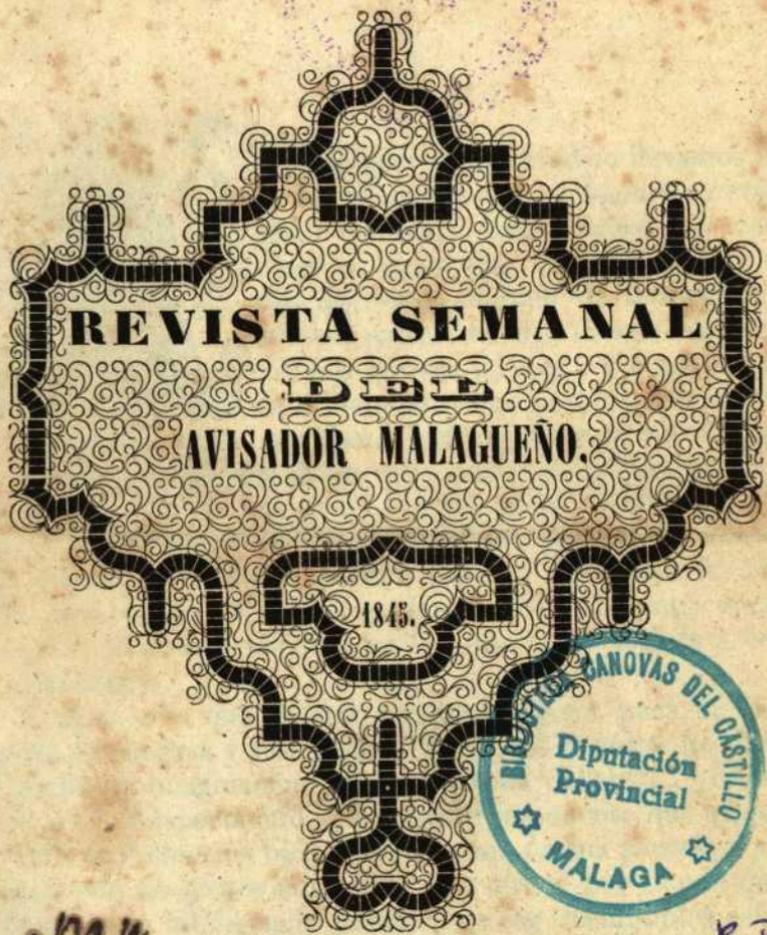
WAL  
DOR  
186  
15







1140



**REVISTA SEMANAL**

**DEL**

**AVISADOR MALAGUENO.**

1845.



M.M.

R.854

Imprenta de D. José Rodríguez de Aranda  
Calle del Marqués, número 13

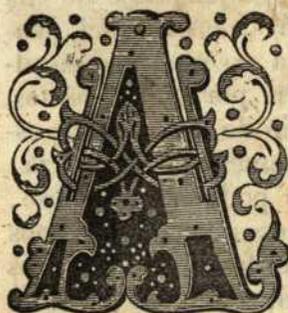


1878

---

**MALAGA:**  
Imprenta de D. José Martínez de Aguilar,  
calle del Marques, núms. 10 y 12.

---



L establecer este periódico llevamos la idea de hacer un ensayo , que aumentaremos con gusto á escala mas estensa en caso de tener el éxito que esperamos. Por ahora, solo queremos en bien de la ilustracion de nuestra patria, en bien de esa misma juventud tan ansiosa de leer, y á quien no se le da á mano mas que novelas, que nada dejan en su corazon ni en su cabeza ; solo queremos, repetimos, que la aficion á las lecturas útiles vaya desarrollándose poco á poco ; que ya que tanto se lee para la imaginacion, se lea algo tambien para el entendimiento. No es posible, lo conocemos, que todos sean sabios, pero todos pueden tener á lo menos ideas generales, mucho mas en el dia, en que los conocimientos enciclopédicos se hallan reproducidos en tan diferentes formas y con tanta abundancia.

Y no se crea que es este un estudio árido, pues si tanto interesan los héroes y los hechos fabulosos á quien ha dado vida solamente la imaginacion del poeta ó del novelista, ¿ cuánto mas interesará el espectáculo verdadero é imponente que presenta la naturaleza á nuestros ojos, en cada una de sus partes, y ese otro espectáculo no menos admirable que ofrece por donde quiera la industria y la inteligencia humana en sus incansables esfuerzos ? Ella ha borrado las distancias por la celeridad casi increíble de las comunicaciones ; ha multiplicado las fuerzas del hombre por la mecánica, hasta una extension prodigiosa ; ha sabido hacer con el agua y el fuego que atraviesen los mares buques inmensos, á pesar de los vientos y de las estaciones ; ha hecho con estos ele-

mentos mismos que trenes numerosos de carruages corran de unas ciudades á otras, ya sobre la superficie del terreno, ya por el centro de las montañas, ya por puentes y calzadas, y con mas celeridad que el vuelo mas rápido de las aves: ha obligado á los rayos solares por medio del Daguerreotipo á que estampen sobre una plancha, en breves instantes, los mismos objetos que iluminan: manejando la electricidad á su antojo, le ha dado mil útiles aplicaciones, facilitando con su uso en las artes muchas operaciones sumamente difíciles, y valiéndose de ella se comunica á distancias inmensas con la celeridad del pensamiento. Los adelantos de la inteligencia no son menos admirables; la discusion y el exámen cunden por todas partes, y favorecidos por el desarrollo extraordinario de la imprenta, establecen el imperio de las ideas sobre el imperio de la fuerza: mucho dudamos que ninguna persona, por poderosa que fuese, pudiera reproducir en el dia algunos de esos hechos que nos escandalizan en la historia, y que eran tan frecuentes en otros tiempos. Esa misma imprenta con sus infinitas lenguas generaliza los conocimientos, difunde la ilustracion, y, á pesar de sus faltas y errores, hace adelantar la civilizacion rápidamente. Verdad es ha causado algunos males, pero en cambio ¡cuántos bienes ha producido! Nunca ha sido la sabiduría la que ha llenado al mundo de sangre y de lágrimas.

Si nuestro pensamiento tiene favorable acogida, como lo esperamos, si podemos inspirar en nuestra juventud el anhelo de saber, si conseguimos que esta humilde *Revista* sea en algun tiempo un órgano de ilustracion, entonces habremos alcanzado la recompensa mas grata á nuestra alma, viendo cumplido el deseo de ser útiles á nuestros compatriotas en lo que permiten nuestras débiles fuerzas.

EL EDITOR,

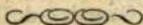
*José Martínez de Aguilar.*



**REVISTA SEMANAL**  
DEL  
**AVISADOR MALAGUEÑO.**  
COLECCION DE LECTURAS  
DE INSTRUCCION Y REGREO.



## Estudios históricos.



### BIOGRAFIA

#### DEL CARDENAL GIMENEZ.



l célebre hombre de estado Francisco Gimenez de Cisneros, general de la órden de San Francisco, arzobispo de Toledo, cardenal de la Santa Iglesia, y regente de España durante la minoría y ausencia de Carlos I nació en Torrelaguna, pueblo de Castilla, en 1437. Los zelos, la envidia y resentimiento de los Grandes, á quienes habia humillado, le echaban en cara la humildad de su nacimiento; como si no fuése mayor honor el hacerse un hombre grande por sus talentos y virtudes, que heredar una nobleza tal vez sin merecerla. Deseoso de apli-

carse á los estudios fue á Salamanca, donde en pocos años se distinguió en las aulas de filosofia, teologia, derecho civil y canónico, aprendiendo entre tanto las lenguas orientales. Ordenado de sacerdote fue á Roma á defender ciertos derechos del clero español, y la habilidad con que desempeñó esta comision le ganó el favor del Papa Sisto IV. La muerte de su padre le hizo volver á España para atender á su familia, teniendo muchos hermanos menores y su madre poca fortuna. El Papa, que en aquel tiempo tenia patronato en las iglesias de España, le habia dado una bula expectativa para el primer beneficio que vacara en el arzobispado de Toledo, y vacante una prebenda de Uceda, resistió darsela el Arzobispo, pero Gimenez obligó al fin á aquel prelado á darle el beneficio, el que renunció luego para ir á ser Vicario general del obispado de Sigüenza, bajo el cardenal Gonzalez de Mendoza. A este tiempo uno de sus hermanos se ordenó de sacerdote, y Gimenez le cedió sus beneficios, entrando en la órden de San Francisco. Es un engaño suponer que Gimenez se hizo grande en la comunidad, al contrario, su profesion fue un honor para

la órden, porque su reputacion estaba ya establecida tanto en la corte de España como en la de Roma.

Promovido al arzobispado de Toledo el cardenal Mendoza, cuyo provisor y Vicario general habia sido Gimenez en Sigüenza, le propuso y recomendó á la Reina Isabel de Castilla para ser su confesor, ó lo que era lo mismo, para ser su consejero privado. Aquella gran princesa, que conocia el mérito de las personas, puso toda su confianza en Gimenez, no habiendo asunto alguno político que no consultase con su confesor antes de presentarlo al Consejo de Estado. Un hombre de tanto crédito prometia mucha utilidad á su religion, por lo que los frailes le nombraron provincial de Castilla. Gimenez habia hecho sus votos al entrar en la religion con sinceridad, y por obediencia admitió el provincialato. Su primer deber era hacer la visita á la provincia, y observador de su regla caminaba siempre á pie y comiendo de limosna, siendo tan largas las jornadas que hacia, y tan pobre la comida que encontraba, que el sócio y el lego que le acompañaban protestaron contra los escrúpulos del provincial, diciendole que si continuaba en su estricta observancia se moririan todos tres de hambre y cansancio. En medio de tanta humildad, Gimenez mantenía aquel semblante y voz de superioridad con que la naturaleza habia marcado al hombre grande.

El cardenal Mendoza estando para morir, suplicó á la reina nombrase á Gimenez como sucesor al arzobispado de Toledo. La prudente Isabel que preveía la resistencia que habia de hacer Gimenez á tan alta dignidad, pidió secretamente las bulas al Papa, con una exhortacion ú órden para que tomase posesion de la primera silla de la iglesia de España; y aunque Fernando V deseaba aquella dignidad para un hijo natural que tenia, la Reina insistió en la

elevacion del humilde religioso su hábil consejero. Alejandro VI al despachar la bula recomendó á la Reina el obligar al religioso á vivir con la pompa conveniente al primado de España, y el nuevo Arzobispo se sometió al mandato en todo lo exterior, sin renunciar á practicar en secreto las privaciones y penitencias prescritas por la regla que habia profesado. Despues recibió el capelo, así desde ahora le llamaremos Cardenal.

Obligado entonces á desempeñar los negocios de estado, los cuidados de su iglesia, y el manejo de los conventos de su órden, y convencido de los abusos introducidos en las contribuciones del pueblo, en los cabildos eclesiásticos y en las comunidades, el vasto genio de Gimenez entró sin acobardarse en lucha abierta contra Grandes de España, ministros subalternos, canónigos y frailes, quedando todos vencidos por la firmeza y prudencia del Cardenal, recibiendo las bendiciones del pueblo por los beneficios que las reformas les habian producido. Los grandes honores que gozaba Gimenez en la corte, y de los que era tan digno, ni le engreían ni deslumbraban, y solo le servian de estímulo para mantener su actividad. Su amor por el órden y justicia, por la grandeza y caridad, era el impulso de su alma grande, la prudencia y perseverancia eran los resortes que daban efecto á sus obras, edificando, dotando, restableciendo cuanto podia contribuir al bien del Estado, á la Religion y á las ciencias.

Fundada y dotada por él la Universidad de Alcalá de Henares, nombró para sus cátedras á los hombres mas hábiles de Europa, y escogió de entre ellos los mas idóneos para efectuar una empresa, cuya idea habia concebido desde su juventud, y á cuyo fin habia dirigido sus estudios, tal fue la Biblia *Polyglota*, esto es, la Biblia escrita en mu-

chas lenguas, como Hebreo, Caldaico, Sirio, Griego, Latin y otros idiomas, el libro de mayor mérito en su especie publicado hasta entonces, y que ha servido despues de tipo y modelo para todas las biblias poliglotas publicadas en los siglos siguientes. Asi mismo arregló é hizo imprimir el antiguo ritual de las iglesias de España, conocido por el nombre de *Mozárabe*, que eran los ritos llamados así por haber sido usados en los primeros siglos de la Iglesia, y conservados por los cristianos que habian permanecido bajo el dominio de los árabes; y para que manuscritos tan antiguos no se perdiesen los mandó imprimir, y repartir ejemplares en las mas frecuentadas bibliotecas de Europa.

Conquistado el reino de Granada, mantuvieron los Reyes Católicos en la nueva capital una corte muy numerosa por consejo del Cardenal Gimenez, porque no habiendose hecho la conversion de aquellos moros peligraría la tranquilidad pública bajo un solo gobernador, y cuando se mudó la corte tomó á su cargo el Cardenal la conversion de aquellos nuevos súbditos, El espíritu imperioso y decidido de Gimenez, no libre de la intolerancia del siglo, le sugirió una medida, como golpe decisivo, para desterrar el mahometismo, lo que puso en consternacion el territorio conquistado; el golpe fue quemar públicamente todos los ejemplares del Alcoran que pudo obtener por grado ó fuerza. La consecuencia fue una revolucion de los moros, y para apaciguarla pidió al Rey un perdon general para todos los rebeldes que abrazasen la religion cristiana. Estraño modo de convertir! provocar á los infieles, y prometer luego perdon á los que abandonasen la religion en cuya defensa se habian armado. Esto muestra que el cardenal Gimenez era superior, no á su siglo, sino solamente á los hombres de su siglo. Si aquella hoguera pública hubiera causa-

do solamente la destruccion de muchos ejemplares del Alcoran seria de poco momento, pero el daño que causó en Ultramar fue mas lamentable, por que sirvió de ejemplo á los primeros misioneros en Méjico para quemar todos los escritos, geroglíficos é historias en lengua mejicana que pudieron hallar á las manos, y cuya pérdida es causa de no poder entenderse los cuatro ó cinco volúmenes de aquellos geroglíficos preservados ahora en Europa.

La muerte de la Reina Isabel en 1504, lejos de disminuir el crédito del Cardenal, quedó mas consolidado por la preponderancia que habia adquirido como árbitro entre el Rey Fernando y el archiduque Felipe, marido de la infanta Doña Juana que habia heredado la corona de Castilla, pero la muerte de Felipe poco despues, dejando á sus hijos tiernos infantes, produjo obstáculos al ministerio del Cardenal, que solo sus talentos extraordinarios pudieron superar. El emperador Maximiliano y el rey Fernando, abuelos ambos del joven Carlos de Austria, pretendian cada uno un derecho igual á la regencia de Castilla. Fernando era aborrecido de la nobleza castellana, porque habia sostenido con firmeza el poder de su esposa Isabel contra los Grandes de Castilla, y por esto, así como por haberse casado segunda vez, y privar en caso de tener hijo varon á su hija Doña Juana del reino de Aragon, se declararon por Maximiliano. Gimenez que no podia tolerar la idea de una dominacion estrangera, aunque nunca habia sido favorecido por el Rey de Aragon, se decidió abiertamente por él, y por su influjo sobre el clero y el pueblo triunfó de los nobles, haciendo reconocer á Fernando como regente del infante, y como gobernador de Castilla, aunque á la sazón se hallaba el rey en Nápoles. En este caso fue cuando resplandeció mas la habilidad política del Cardenal. Ninguna nacion tenia en aquel

tiempo ejército permanente ó del gobierno, y cuando se necesitaban tropas, las suplían los señores con sus súbditos en virtud del derecho feudal. El genio de Gimenez, fertil en recursos, le sugirió el dar á todos los pueblos el derecho de levantar tropas para mantener su libertad, y de este modo tan sencillo como eficaz armó la nacion, con título de Comuneros, á despecho de los nobles que tuvieron que ceder al superior talento del ministro,

Vuelto Fernando á España y encargado del gobierno de Castilla, se aplicó el Cardenal á una grande empresa que habia antes concebido, esta fue la conquista de Oran en Africa. Fernando no aprobaba el proyecto, pero el cardenal hacia la expedicion á su costa, y con tropas que le seguian voluntariamente, por lo que el Rey juzgó no debia oponerse al plan del Arzobispo. La Europa vió entonces un ejército respectable, reunido, pagado, mantenido y mandado por un sacerdote, ó como le llamaban sus émulos por un fraile de setenta años. Es verdad que habia escogido para dirigir las acciones de guerra á un gran caudillo, el famoso Pedro Navarro; pero este orgulloso general no podia sufrir verse sujeto en todo, y dependiente de la autoridad de un eclesiástico, y Navarro así como Leyva, se habia mostrado no poco indiferente á todo lo que era religion. Esta repugnancia, y el saber que el rey no aprobaba la expedicion, le indujo á hacer muchas intrigas para frustrar el proyecto, hasta consentir á la tropa amotinarse al tiempo del embarque. Sin inmutarse el cardenal hizo conducir á bordo de los barcos la caja militar, todo el dinero destinado á pagar los sueldos, y sin mas reconvenccion, bastó esto para que todos los soldados marchasen de su propia voluntad á embarcarse. Efectuado el desembarco en Africa, mandó el Cardenal atacar inmediatamente la plaza, y

su firmeza fue sin duda causa de la victoria; porque Navarro, aunque el mas soberbio é intratable general de su siglo, se vió obligado á someterse y ejecutar la orden absoluta de un viejo y sacerdote. La plaza fue tomada con pérdida de toda la guarnicion, y el Cardenal volvió á España, donde fue recibido con aplauso, haciendo su entrada en triunfo por las calles de Alcalá con los escavos hechos y el tesoro recojido por delante, al estilo de los romanos.

El Rey de Aragon Fernando murió en 1516, dejando en su testamento nombrado al Cardenal Gimenez como regente de los reinos de Castilla y Aragon, durante la ausencia de su nieto y heredero Carlos, que á este tiempo tenia diez y seis años. Los Grandes de España no aprobaron este nombramiento; desdeñosos no solo de rendir sumision á uno inferior á ellos en nacimiento, mas á un atrevido ministro que les habia quitado las donaciones y privilegios que sus abuelos habian obtenido de los reyes anteriores, y solo la necesidad les sometia á obedecer al talento superior. Luego que el Cardenal Regente tomó posesion del palacio, fue una diputacion, compuesta de los nobles mas distinguidos, á preguntarle arrogantemente en virtud de qué poderes habia tomado la regencia de España; el Cardenal con su acostumbrada serenidad hizo señas á la diputacion que le siguiese, y acercándolos á un gran balcon, les mostró su guardia que habia mandado poner sobre las armas en aquel campo, y estendiendo el brazo acia el campo marcial les dijo: «En virtud de aquel poder gobierno yo, y he de gobernar á España hasta que el principe Carlos venga y reciba el reino cuya regencia me han confiado.» Y haciendo una seña con el pañuelo hizo una descarga la artillería que puso en consternacion á los nobles, mientras que el Cardenal les dijo: *Hæc est ultima ratio regum.*

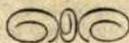
y luego se retiró la diputacion.

Los enemigos de la inquisicion mas bien que del Cardenal Jimenez, le acusan de que durante los once años en que fue inquisidor general fueron condenadas mas de cincuenta mil personas; pero los mismos que alegan esto, confiesan, que el Cardenal Mendoza, por consejo de su Vicario general y consejero Gimenez, se habia opuesto al establecimiento de aquel tribunal; prueba de que Gimenez, cuando inquisidor, no pudo resistir los abusos de aquel siglo encubiertos con la religion. En la biblioteca de San Isidro en Madrid se conserva un manuscrito del Cardenal Gimenez titulado «Gobierno de Príncipes» y dedicado á Carlos de Austria, ó Carlos I en España, en el que muestra los abusos de la inquisicion, y particularmente las formas secretas de sus procedimientos, proponiendo reformas muy sabias.

El Cardenal habia llegado ya á cerca de sus 80 años, y aunque muy enfermo continuaba en la administracion de la regencia, con el colega Adriano, obispo de Utrecht, y preceptor que habia sido del principe Carlos; pero oponiendose siempre con firmeza á la ambicion de los cortesanos flamencos, lo que produjo al fin su desgracia, si puede ser desgraciado el último paso de un grande hombre, y en la mayor ancianidad, á su sepulcro. Todos los hechos de su administracion habian sido dirigidos al bien de su nacion y al interes del Rey en su minoria; pero seducido el príncipe, cuando declarado ya de edad y que podia mandar, escribió una carta al anciano y patriota Cardenal, diciendole que cesase en entender en los negocios del estado, y se retirase á su arzobispado á descansar como tanto habia deseado. Aflijido al ver tanta ingratitud, y mas quizas con la idea de que la rapacidad de los flamencos iba á quedar sin barrera que la

contuviese, murió pocas horas despues de haber recibido el frio despacho autógrafo, en 1517, á los 81 años de su edad.

El Cardenal Gimenez poseia en alto grado las cualidades de un gran político, sagacidad, prudencia y firmeza: con la primera preveia muy de antemano los acontecimientos posibles; con la segunda calculaba lentamente las medidas convenientes para asegurarlos ó evitarlos; y con la tercera hacia ejecutar con tanta prontitud como exactitud lo que una vez estaba ya resuelto. En medio del desorden en que se hallaban las coronas de Aragon y Castilla al tiempo de su union en el reinado de una princesa demente, arregló las contribuciones, pagó la deuda nacional, recobró las tierras y pueblos usurpados á la corona de Castilla, y mantuvo el orden público. Fue acusado de orgullo y severidad, porque humilló con mano fuerte la soberbia de los Grandes; no es á la verdad orgulloso el caracter de un ministro humilde que abate la arrogancia de los nobles desmandados, ni severa la administracion que solo busca hacer obedecer la ley. El Cardenal Gimenez era en efecto un grande hombre, y su vida y administracion han merecido los elogios de los mas ilustres escritores en los dos últimos siglos.



## A UNA LITERATA.

### I.

Todo el mundo en unánime convenio admira la elegancia de tu ingenio y tu saber, Olimpia; yo á su influjo no fuera indiferente, si te pusieses mas frecuentemente una camisa limpia.

Domingo 10 de Agosto.

## II.

Charlas de versos y de ciencia exacta,  
y de conversacion sábia y abstracta  
el cetro sola empuñas;  
descubres las historias escondidas  
de pueblos olvidados... ¡y te olvidas  
de cortarte las uñas!

## III.

Sabes frances, y entiendes italiano;  
sabes decir del rio mas lejano  
dó nace y dó desagua,  
aplicas teorías y nociones....  
Oh! ¡si hicieses tambien aplicaciones  
del cepillo y del agua!

## IV.

Poblada está de versos tu cabeza,  
de conceptos sublimes, de grandeza,  
de inspiracion, de canto;  
poblada, sí... mas ¡cuánto ganaria  
si su parte exterior, Olimpia mia,  
no lo estuviese tanto!

## V.

Todos tu gusto admiran esquisito,  
ya juzgues de tragedia el alto grito;  
ya charles de comedias:  
tienes de erudicion vastos conjuntos;  
yo admiro tu saber en todos puntos,..  
mas no los de tus medias.

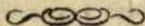
## VI.

Oye consejos, que en tu bien acopio,  
por mas que enardecido tu amor propio  
cual tigre herido rujá:  
deja la erudicion, deja la lira,  
deja el númen fatal que ora te inspira,  
y recobra la aguja.

## VII.

Deja que de falaz filosofía  
investiguen los hombres noche y día  
los misterios prolijos:  
menos te ocupen altos intereses,  
de turcos, y de egipcios, y de ingleses,  
y mas el de tus hijos.

JOSE MARIA DE MORA.



## UN CONVITE POR FUERZA.

Mr. Fressar entró el 2 de setiembre último á comer en una fonda del *boulevard* del Temple en Paris. Una persona sola ocupaba la única mesa disponible, en la cual habia cuatro cubiertos. Acercóse cortesmente M. Fressar al individuo, y le pidió permiso para llenar una de las tres vacantes.

—Síentese V. donde guste, respondió el otro, que era un inglés llamado sir Plakett. Acomodóse el recién venido, comió sosegadamente en frente del inglés, el cual hizo otro tanto, sin que ninguno de los dos dirigiera una sola palabra á su comensal. Sir Plakett concluyó primero, se levantó y se dirigió al mostrador. Pocos instantes despues viene un mozo y pregunta á M. Fressar el número y calidad de los platos que se le han servido, informándose al paso de si quiere algo mas.

—No te he llamado, responde M. Fressar; cuando acabe pediré la cuenta.

—Es que ese milord que ha comido con V., replica el mozo, está de prisa y desea marcharse.

—Que se vaya en buen hora: ¿tienes algo que ver con mi comida?

—Quiere pagarla.

—¡Pagarla! ¿está loco?

M. Fressar se acerca al mostrador donde estaba el inglés aguardando la respuesta del mozo.

—Milord, le dice, doy á Vd. millones de gracias por la bondad con que me ha permitido sentarme á su mesa; pero basta con esto y le ruego que me deje pagar mi comida.

—Caballero, responde sir Plakett, no lo consentiré. Soy severo observante de las leyes de la hospitalidad, y quiero probar que estas leyes se obedecen mucho mejor en Inglaterra que

en Francia. Ha comido Vd. en mi mesa: quiero pagar su escote, y lo pagaré tan seguro como me llamo Plakett.

Entonces empieza entre los dos una discusion acalorada. El inglés se amosca, el frances se rie. Exasperado por la tenacidad y por las chanzonetas de su antagonista, pónese sir Plakett en guardia de *boxador*, y asesta á M. Fressar una puñada en el estómago. Furioso este por tan brutal ataque, coge una botella y la descarga con toda su fuerza en la cabeza del inglés; salta la sangre, acude el fondista, separa á los combatientes y todo queda tranquilo. Pero sir Plakett, gravemente herido, intentó una demanda ante el tribunal correccional, el cual condenó á M. Fressar en 150 francos de multa y en las costas. Mas barato le hubiera salido dejarse convidar.



## LEYENDA HISTORICA.

ISABEL DE VALOIS

ó

# LA REINA NIÑA.

**L**a bella Isabel era hija de Carlos VI rey de Francia, y de su esposa Isabel, harto célebre por su depravacion; pero que en la época á que se refiere esta historia, no llamaba la atencion sino por su incomparable hermosura, y por el extraordinario lujo de sus trages.

Froissard nos refiere de que modo la pidió por esposa el Rey de Inglaterra Ricardo II.

El Rey, dice este autor escribiendo á uno de sus corresponsales (sir John de Grailly), ha determinado pasar á se-

gundas nupcias; pero busca en vano una esposa que le satisfaga. Se le han hecho propuestas en favor de las hijas y hermanas del rey de Navarra; mas no ha tenido á bien escucharlas. El duque de Gloucester tiene asimismo una hija ya casadera, y se reputaria por muy dichoso si su real sobrino se enlazase con ella; pero á pretesto de ser sus padres parientes muy inmediatos, el Rey no se inclina á favor de su prima, todas las pretenciones del Rey de Inglaterra se dirigen á la hija primogénita del de Francia. Mas este le ha contestado que *la novia* es todavia muy niña, y que en cinco ó seis años por lo menos no estará en aptitud de contraer matrimonio.

Cada dia que pase, ha respondido el Rey con mucho sosiego, hará desaparecer ese obstáculo; precisamente su juventud es una de las causas que tengo para preferirla.

Poco tiempo despues, el Arzobispo de Dublin, el conde de Ruttanel á la cabeza de una veintena de caballeros y de doble número de palafreneros salieron de Londres para proponer al Rey de Francia el casamiento del monarca Ricardo con la princesa Isabel.

Luego que la embajada llegó á Paris, mandó Carlos VI que se alojara junto á *la Cruz de Tivoir*. El Rey tenia su residencia en el Louvre, y la Reina y sus hijos en el palacio de Saint-Paul á las inmediaciones del Sena. Para festejar á los caballeros ingleses se les dió permiso de visitar á la Reina y á la jóven princesa que venian á pretender.

El mariscal ingles, hincado de rodillas delante de esta, la dijo:

Si Dios es servido, Señora, seréis nuestra dueña, y tambien nuestra Reina.

Oido lo cual, respondió Isabel sin la menor turbacion y sin estar prevenida de antemano: «Caballero, si Dios es servido, y mi padre gustoso, de que

yo sea la Reina de Inglaterra, tendré en ello el mayor placer, porque me ha insinuado que entonces sería una de las principales señoras.»

Y dicho esto, la princesa, que no tenía mas de ocho años, mandó al mariscal que se levantara, y le presentó á su madre, que estaba atónita de la discrecion de su hija.

Luego que se estipularon las capitulaciones matrimoniales, Ricardo de Inglaterra se hizo á la vela con una comitiva brillante, y se detuvo en Calais hasta el arreglo definitivo del tratado de paz que debía firmarse y preceder á su boda. Hízose este en un campamento situado entre Calais y Saint-Omer, en cuyo punto se avistaron los dos Monarcas. El de Francia llevaba á su lado al duque de Lancastre, y al de Gloucester; y el de Inglaterra tenia al suyo al duque de Berry, y al de Bourgoigne. Ricardo y Carlos se saludaron muy cortésmente, con sus sombreros quitados, en medio de ochocientos caballeros, y entraron en la tienda de campaña ó pabellon real de Francia.

Siguiéronse á esto unas funciones magnificas; dieronse unos convites muy suntuosos; y contribuyó á hacerlos mucho mas agradables la presencia del duque de Borbon, sugeto el mas chistoso entre todos los que componian en aquel tiempo la aristocracia francesa.

Señor, dijo este taimado caballero dirigiéndose al Rey de Inglaterra, debéis brindar á mi salud porque vuestras súplicas serán escuchadas. Vais á conseguir la mano de vuestra novia.

Caballero Bourbonnés, respondió con dignidad Carlos VI, yo desearia que mi hija tuviese la edad de mi linda prima de Saint-Paul (esta jóven señora era la madre del Rey Ricardo); pero la daré duplicada dote, porque es natural que desee mi hija llevar alguna ventaja á mi hijo el de Inglaterra.

Este, que hablaba y entendia perfectamente el frances, contestó haciendo una cortesia:

La edad de mi esposa me agrada sobremanera, mi muy respetable suegro; ella es la que estrechando nuestras relaciones, nos hará mas fuertes que todos los otros Reyes de la cristiandad.

Acabada que fue la comida, y despues de apurados los postres y los licores, entró la princesa. Carlos VI la tomó de la mano, y se la entregó á Ricardo, quien la hizo subir á una hermosa carroza; ninguna de las damas francesas, á escepcion de Madama de Coucy, siguió á la Reina. Las damas inglesas que habian venido para acompañarla eran la de Lancastre, la de York, la de Gloucester y la de Irlanda, la de Namur, la de Poinings, y muchísimas otras, á quienes Isabel recibió con extraordinaria afabilidad.

Su casamiento se verificó el día de Todos Santos, en la iglesia de San Nicolas en Calais; el Arzobispo de Cantorbery dió las bendiciones nupciales á los esposos.

Segun los documentos históricos (London Chronicle, 1597) el traje de los novios era el siguiente: el Rey llevaba un rico manto de terciopelo encarnado, salpicado de pájaros bordados en oro, y sostenidos en ramas de perlas y de esmeraldas. La diadema, aderesos y anillos que la Reina tenia puestos valian mas de quinientos mil duros. Las colgaduras del tálamo eran de raso encarnado y celeste, y estaban embellecidas con primorosos dibujos que representaban gallardos zagales, y lindísimas pastoras.

Ricardo trató como padre á la jóven Reina, y dispuso fuese á vivir al palacio de Windsor, en medio de las mas risueñas campiñas, dándola por camarera mayor á la hija segunda de Ingelram de Courcy. Allí concurría frecuentemente, y como si fuera un niño, se

ponia á jugar con Isabel.

Espectáculo muy curioso seria sin duda ver á todo un Monarca, esposo de una niña de ocho años, hacerse niño por darla gusto, y estar jugando con ella á las muñecas en las horas desocupadas que le quedaban despues del despacho de los negocios.

Ricardo era un músico aventajado, y sus conocimientos le hacian aun mas amable á los ojos de la cándida Isabel.

El tiempo que trae consigo calamidades hizo preciso que Ricardo tratase de defender su corona, y tuviese que pelear contra un audaz pretendiente. Antes de emprender la guerra, fue á Windsor á despedirse de su esposa.

—Ven acá, la dijo, que vamos á misa.

—Pues qué, te marchas? replicó la princesa.

—Sí; pero antes pedirémos á Dios que mi ausencia no sea larga.

Y el monarca, despues de haber entonado con voz sonora los elogios del Altísimo, mandó que pusiesen la mesa, y al levantarse de ella, dijo á su esposa:

—Ven, y nos despedirémos.

—Por fin ha de ser? dijo la niña anegada en lágrimas.

Entonces Ricardo la tomó en brazos, y levantándola con una ternura propia de padre, la dió un abrazo, y la dijo:

—A Dios, prenda mia, hasta que volvamos á vernos.

Y se puso en camino para la Irlanda.

Esta expedicion á la Irlanda ocupa su lugar en la historia.

Ricardo, privado de todo, errante, y expuesto á todo género de peligros supo encontrar el medio de pensar incesantemente en la amable jóven á quien adoraba. La siguiente carta, escrita por este desventurado monarca, es un pe-

queño poema (1) que espresa sus sentimientos.

«Señora y esposa mia:

»Maldito sea el hombre que nos ha »separado:::! «Por causa suya me mue- »ro de pena::: Mi hechicera hermana, »mi amada esposa, mi único anhelo, des- »pues que se me ha privado del gusto »de verte, tengo en mi corazon una »melancolía tan grande, que estoy ca- »si desesperado. Pobre de mí! Isabeli- »ta, hija legitima del rey de Francia, »tú debias ser mi júbilo, mi esperan- »za, mi aliento, y la suerte me obli- »ga á vivir retirado de tí. Yo me hallo »tan abatido, que dia y noche estoy »próximo á fallecer. Nada menos per- »dí con el solio, que mi felicidad, mi »bienestar, y mi compañera!»

Habiendo sido hecho prisionero por Henrique el pretendiente el rey Ricardo II, perdió la corona, y fue encerrado en *la Torre*; el destronado monarca solicitó en vano que le permitieran se trajese á su esposa. Esta súplica no fue atendida. Se hizo correr la voz de que se habia escapado Ricardo; se le pusieron á un testafarro sus vestiduras, á fin de hacer caer en el lazo y pillar de una vez á todos sus partidarios. La jóven Reina, que idolatraba á su esposo, fue tambien engañada, y se quedó sin sentido cuando conoció al impostor que se vendia por su consorte.

Este infeliz soberano servia de estorbo al usurpador Henrique, desde que este último ocupaba el trono. Por lo tanto fue trasladado Ricardo de *la Torre* al castillo de *Pontefrat*, y he aquí como Fabien nos refiere su muerte.

Un dia estaba solo á la mesa el cruel rey Henrique. No tendré yo, exclamó, ni un amigo capaz de librarme de un hombre *cuya vida es mi muerte, y cu-*

(1) Arqueologia, encontrada entre los manuscritos de un caballero frances por el Rev. M. Wetbe.

ya muerte seria mi vida?

Sir Piers de Exton al escuchar esto abandonó la corte, y en compañía de ocho caballeros se dirigió al castillo de Pontefrat.

—Dónde está el alcaide encargado de la custodia del Rey Ricardo?

—Aquí me teneis, caballero, respondió el que tenia semejante empleo.

—Hasta ahora se os ha mandado que la comida del prisionero sea muy escasa.

—Teneis razon, caballero.

—Pues bien; en el dia de hoy dad de comer al Rey todo cuanto apetezca: porque no comerá muchos dias mas.

Asi pues, viendo Ricardo que se le servia la mesa sin la frugalidad de costumbre, dijo al alcaide.

—En qué consiste este cambio?

—Estas son, contestó el maestra-sala, las nuevas órdenes que el rey Henrique acaba de darme.

Al oir esto se encolerizó el rey Ricardo, y agarrando un cuchillo, exclamó:

El diablo se lleve á Henrique de Lancastre, y á tí tambien, (1) é hirió con la punta al alcaide.

Sir Piers se arrojó entónces sobre Ricardo, con los ocho que le acompañaban, y como todos llevaban armas, aunque el prisionero se defendió, é hirió á cuatro de ellos, sucumbió por último acerbillado de heridas.

Asi pereció Ricardo en el castillo de Pontefrat (2).

La reina Isabelita tenia doce años cuando se quedó viuda y sin ampa-

ro, en un país estrangero y que hacia la guerra á la Francia. Por no poco tiempo se la ocultó la muerte de su marido; pero llegó á saberla de una manera terrible por la imprudencia de una de sus camaristas.

—Yo estuve presente, dijo esta inconsiderada muger, al entierro del difunto.

—De veras? repuso una de sus compañeras.

—Sí por cierto; y por mas señas que estaba hermosísimo. El cadáver amortajado con las insignias reales estaba tendido en el féretro, y cubierto de un paño negro para que no se viese la sangre. Iba sobre los hombros de cuatro caballeros vestidos de rigoroso luto, y le acompañaba un gentío numerosísimo.

—Y quién era ese? preguntó la Reina.

—Ricardo de Bourdeaux, el antiguo Rey de Inglaterra.

La pobre niña, al oir esto, se desmayó.

Cosa admirable! Isabelita fue pretendida con las mayores instancias para ser esposa del hijo de Henrique, que debia sucederle en el trono de Inglaterra. La jóven viuda despreció constantemente semejantes proposiciones, con negativas que hacen honor á su distinguido carácter, y se mantuvo tan fiel á la memoria de su difunto esposo, que los trovadores ingleses compusieron en su alabanza multitud de sentidas baladas, que llegaron á popularizarse al cabo de poco tiempo.

Por esta época Cárlos VI, que habia perdido el uso de la razon, tuvo la dicha de recobrarle. Al instante se apro-

(1) Estas palabras han sido copiadas literalmente por Shakspeare en una de sus obras que trata de este desgraciado príncipe.

(2) Este castillo se demolió de orden de Cromwell. Antes de su demolicion, segun nos refieren los Caballeros Noruegos, todavia se veia un poste, al cual se habia acogido el desventurado Rey pa-

ro sustraerse á la rabia de sus asesinos, y que conservaba aun la sangre de sus heridas. Este castillo estaba fundado por los Normandos sobre una roca, y tenia siete torres; aquella en que pereció Ricardo tomó el nombre de la *torre sangrienta*. (Brayley's graphicillustrator)

vechó de él para informarse del paradero de su hija, y envió al conde de Albret á Inglaterra para que se presentase en el palacio de Henrique.

—Yo vengo, dijo el embajador, á ver á la hija de mi soberano.

—Yo no trato, respondió el inglés, de estorbaros que la veais; pero si os prohibo resueltamente que pronunciéis en presencia suya el nombre del Rey difunto. La menor infraccion de esta órden os costaria la vida.

D' Albret vió en efecto á la Reina, que estaba encerrada en Haweringate-Bower, teniendo en su compañía á la duquesa de Irlanda y á la de Gloucester. La viuda habló de la Francia, á la que deseaba volver á ver, de sus padres, de todo, en fin, menos de Ricardo, que ni se le nombró siquiera. Siempre llevaba puesto su luto.

—Caballeros, dijo Henrique á los enviados, que se despidieron de él á los pocos dias, asegurad á quien os envia, que la Reina no sufrirá jamas el menor ultraje, que la mantendré siempre en un estado digno de su rango, y de su nacimiento; pero que será mal visto en su situacion y en sus años tomar á pechos las vicisitudes del mundo (1).

Por último, el consejo privado acordó que Isabel de Valois seria trasladada á Francia.

Antes de que se embarcara, fue de nuevo pretendida su mano para el heredero de la corona.

Estas obstinadas repulsas, dice Monstrelet, historiador fidedigno, son de admirar en una jóven, que carecia de consejeros y de experiencia.

Sir Thomas Percy, que iba en su compañía, lloraba á lágrima viva (2) al conducirla á Francia. Al llegar á Leulenghen, poblacion situada entre

Boulogne y Calais, la dejó en poder del conde de Saint-Paul, con el que concluyó su viaje, y fue recibida con festivas aclamaciones por todo el pueblo frances, que celebraba su vuelta.

Tantas virtudes reunidas en una señora tan jóven, enamoraron al hijo del duque de Orleans. El mismo duque envió una carta de desafio al rey de Inglaterra, y se constituyó defensor de la viuda de Ricardo, despojada de su dote y de sus alhajas.

Yo no he visto ningun ejemplar, le contestó desdenosamente Henrique de Inglaterra, que autorice á un monarca para romper lanzas con un vasallo.

Los desposorios de la princesa con el duque de Angulema, hijo del de Orleans, se verificaron en Compiègne con general regocijo.

Por qué lloras? la preguntaba su esposo, mucho mas jóven que ella; echas de menos el trono de la Inglaterra?

No por cierto, contestó Isabel que lamentaba la pérdida de Ricardo.

Su suegro el duque de Orleans, fue asesinado en 1407 por el de Bourgogne, en la calle de Barbette, y la infeliz reina de Inglaterra, acompañada de Violante de Milan su suegra, y vestida de luto, se presentó en Paris en una carroza fúnebre, tirada por seis caballos blancos, cubiertos de crespon negro. De esta suerte pasó por los sitios empapados en la sangre del duque. La familia real salió á recibirla. Esta lúgubre procesion amotinó al pueblo contra el asesino.

Llegada á las puertas del palacio de Saint-Paul, Isabel mandó hacer alto.

—El Rey, el Rey, exclamó, al Rey estoy viendo!

Cárlos VI pálido, y casi exánime, se presentó en aquel acto.

—Pido justicia! dijo á gritos esta muger heroica.

—Contra quién? la preguntó Cárlos.

—Contra el duque de Bourgogne,

(1) Froissard.

(2) Shakspeare explica su sentimiento en tres versos sumamente patéticos.

asesino del de Orleans.

Oidas estas palabras, le dió á Carlos un ataque de nervios, y se lo llevaron sus médicos.

Isabel de Valois, Reina de Inglaterra, murió de sobrepeso en el castillo de Blois (1) á 13 de setiembre de 1410, de edad de 22 años. Su marido, entonces duque de Orleans, estuvo á pique de morir de pena; mas Dios, que se habia llevado á la angelical princesa, quiso que él la sobreviviera, y saliese un ingenioso poeta, para que sus versos, que nos ha transmitido la posteridad como modelos del arte y de los sentimientos mas puros (2), fuesen un monumento eterno, erigido en memoria de una Reina, no menos ilustre que desgraciada.



## COSTUMBRES.

### EL CERRANO.

**E**n el nacer y en el morir todos somos iguales. Hay ciertas cosas en este mundo que por no ir á averiguarlas las

(1) Esta princesa fué sepultada entonces en Blois, en la abadía de Saint-Laumer, donde se encontró su cuerpo en 1624, envuelto en tiras de lienzo empapadas en azogue. En dicho año fué trasladada á París, á la iglesia de los Celestinos, en la que la casa de Orleans tenia su enterramiento.

(2) Todavía se ve en la biblioteca de Grenoble un manuscrito de las poesías del duque Carlos de Orleans, escritas por su secretario Antonio de Artisan, y dictadas á este por el autor. Entre las composiciones mas notables ocupa el primer lugar la escrita con motivo de la muerte de su muger, que principia.

«El triste funeral hice á mi esposa.»  
J'ai tait l' obsequé de ma dame.

creo yo á pie-juntillas desde luego, por ser esto mucho mas fácil y mas cómodo: yo no sé si mi padre naceria del mismo modo que yo, por haberme atrasado tanto que no pude asistir al acto cuando el buen señor vino al mundo: lo que sé de fijo, es que si el comadron que asistió á mi parto (es decir, al de mi madre) llevaba pantalon con trabillas ó sin ellas, el que asistió al parto de mi padre (esto es, al de mi abuela) debia usar indispensablemente calzon corto, por constituir esta prenda una parte esencialísima del traje español á fines del siglo último.

Infinitos puntos de semejanza tienen los hombres entre sí en esta vida, además de los de nacer y morir. Todos somos iguales, por ejemplo, en volvernos tontos, si no lo somos ya, ó mas de lo que éramos, cuando una muger nos quiere: ó nos dice que nos quiere. Somos iguales en envanecernos cuando nos vemos elevados de la nada á una posicion brillante, por mas ridículos que aparezcamos en ella á los ojos de la razon y de las personas sensatas que nos prestaban levitas y botas no hace muchos años. Somos iguales en censurar con aspereza los mas leves defectos ajenos y en no conocer los nuestros. Somos iguales en imaginar que nuestro talento es tan perfecto como el de cualquier otro. Nadie tiene repugnancia en decir «no tengo memoria,» pero ninguno dice de buena voluntad «no tengo entendimiento.» Somos iguales tambien en el sueño, ó mas claramente en el dormir; en esos momentos en que amortiguados completamente todos nuestros sentidos y potencias, está el alma tan aletargada que es la imagen mas fiel de la muerte. Ya se concebirá sin mas esplicaciones que hacemos una escepcion de los enfermos, en quienes la calentura produce un sueño agitado: de los enamorados, que, ó no duermen, ó sueñan estar en los brazos del objeto

de su pasión; esto no es dormir, sino estar dos veces despierto: de los usureros, que en sus pesadillas solo ven oro, y ladrones que tratan de arrebatárselo: de esos mismos ladrones, cuyos remordimientos les presentan en sueños el alguacil y el verdugo: de la niña de quince años, que la víspera de casarse sueña en el traje y ventajas de la boda... Finalmente, aludimos á este estado que se llama dormir á pierna suelta, cuando solo se *sueña* en dormir... cuando se duerme profundamente, cuando se ronca, y cuando no le despertaría á uno cien disparos de artillería.

Ahora bien, si queda sentado que todos los hombres somos iguales en el dormir, no lo somos en las horas de entregarnos al sueño, ó en que nos metemos en la cama, pues no es lo mismo. Los soldados y cuantos hacen guardias, no se *meten* en la cama: se acuestan sobre duros tablonés, que se les *meten* á ellos en el cuerpo: aquí es la cama quien se acuesta; el colchon es el acostado.— A las doce de la noche puede asegurarse que de 100,000 almas 99,000, están tumbadas, durmiendo, ó próximas á dormirse. Las otras mil, son la suma de elegantes de ambos sexos repartidos en el baile de la marquesa de P. en la casa de juego de la señora de G....: en tal cual boardilla habitada por tal cual poeta ocupado en darle la última mano á unas quintillas amorosas. Como el poeta vive sobre el tejado, con un poco de vuelo que tome su imaginación, se monta fácilmente, y sube mas alto que el aeronauta Roza, que no pudo pasar de las azoteas.

Pero al cabo estas mil personas despiertas á la una, ó á las dos, ó á las tres si se quiere, acaban por acostarse tambien: sin embargo hay un ser destinado á no acostarse nunca de noche; á sobrevivir al sueño general; á velar el sueño de los otros, dando voces desafortadas, cuyos acentos traspasan los mas espesos muros. Este hombre es el Se-

reno, nos equivocamos; el Sereno no es hombre: y si nó, qué goces de hombre son los suyos?... qué le pertenece á él de este mundo, de esta sociedad en que vive?... de día duerme él para dar al cuerpo el reposo que le quita durante la noche: de noche duerme el mundo y él solo vela para contemplar al mundo dormido. Tambien vela para guardar el sueño de los demás, aunque es en verdad algo raro guardar el sueño metiendo ruido, pues no sabemos á qué conduce las desafortadas voces con que van atronando las ciudades. Si el Sereno está destinado á perseguir malhechores, lo que le importa para sorprenderlos mejor, es guardar silencio: si su objeto es pregonar la hora y el estado de la atmósfera, vive Dios que no sabemos cómo explicarnos este objeto. Qué le importa á nadie saber la hora que es cuando duerme?... si alguno tiene precisión de saberla, ya cuidará de consultar el reloj: y para los que no pueden tener reloj, cuando los hay á 60 rs., lo mismo son las doce de la noche que las del día, puesto que estos tales siempre son gentes que están á buenas noches.

«Las dos y cuarto, y lloviendo»... grita el Sereno.... y para qué?... Si alguien tiene precisión de salir de su casa, demasiado conocerá que llueve así que asome las narices á la puerta de la calle: si está entre mullidos colchones, lo que necesita es sueño, y no noticias: cuando se duerme ¿qué mas da que llueva ó que esté estrellado?

Aun es mayor la ridiculez en Alemania, donde llevan los *guardias nocturnos*, que así se llaman, una cornetilla que despierta al prójimo primero, para taladrarle despues los oídos.

El Sereno, pues, es un autómatas... un mueble; y lo que es aun peor, un mueble inútil. Para la seguridad de los vecinos bastan ó debían bastar las patrullas y los *agentes de seguridad*. El Sereno solo sirve en conclusion para ar-

rimar á la pared el chuzo y para contemplar cómo *luce* su farol, que parece contemplar á su vez al dueño, que en verdad maldito lo que se luce. Nosotros hemos visto á un Sereno que al débil reflejo de la luz leía un periódico.... ocupacion inútil: si se enteraba de los actos del Gobierno, ¿qué le importa á él cómo se gobierna una sociedad que nunca ve, porque ó duerme él ó duerme ella?... Si leía el folletín, novelas malas y peor traducidas del francés, ¿cómo tenía valor para tanto?... ¿No es bastante trabajo ser Sereno, aun sin el martirio de leer tales folletines?

El Sereno gana algunos reales; es decir, si se tasa su trabajo gana muchos duros, y en las noches frías en que vienen esas remesas de pulmonías gana cientos de onzas: lo que queremos decir es que solo le dan algunos reales.

Envuelto en su ancho capoton, armado de su lanza corta, parece un antiguo cazador de los que formaban parte de la cetrería de los Reyes: la luz le sirve para buscar á cualquier hombre pícaro, así como á Diógenes le servía para buscar un hombre de bien. El Sereno encuentra lo que busca mas frecuentemente que Diógenes. Va armado de un silbato, para reunir á sus compañeros en caso de necesitar su intervencion. Estos son los pertrechos de guerra; pero pocas noches son las que tiene que entrar en accion... generalmente las de san Juan y san Anton. Su ocupacion diaria es pasear (generalmente se está parado,) por las calles de su barriada. Si ve algun portal abierto, entorna la puerta y murmura entre dientes del descuido del criado que la dejó abierta. Los perros vagamundos son los únicos seres que están en comunicacion con el Sereno: ellos le ladran al principio, luego cuando adquieren franqueza ya se le aproximan y tienen sus ratos de conversacion con él como los perros de Cervantes. Si hay algun baile de gran tono el Sereno se co-

loca á las inmediaciones del portal: aquella noche vive el Sereno en otro mundo, y semejante á Robinson cuando se halló por primera vez despues de su aislamiento con un rostro humano, no puede espresar su placer al comunicar con éntes semejantes á él, y compatriotas por añadidura, pues Serenos y cocheros suelen ser gallegos en lo general, ó cuando mas asturianos, y entre astures y gallegos... *tanto monta, monta tanto*. Qué diálogos entablan tan animados! Aquella noche es el Sereno feliz... aquella noche se pueden robar impunemente capas y relojes en el barrio, pues nada es capaz de distraer á nuestro hombre. Concluye el sarao, y como no todos tienen coche; alguna modesta familia de las que se retiran pedibus andando, recurre al Sereno con objeto de que los acompañe para ir con mayor seguridad, y para *que los ilumine con sus luces*. En el camino hasta la casa pudiera enterarse de la quimera de dos jóvenes de ambos sexos que cojidos del brazo van delante de los viejos:

—He visto que en el rigodon te apretó la mano.

—Tú siempre ves visiones.

—Por eso os ví á los dos.

—Eres un celoso, grosero é impertinente. Anda enhoramala, bruto.

El Sereno como conoce bien el tiempo, se entera de que la nube está cargada, pero no puede conocer que aquello sea amor, porque ni él sabe qué especie de animal es este, ni es fácil conocer al travieso hijo de la diosa de Citeria cuando los que le rinden culto se insultan y se arañan.

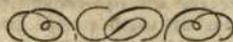
Al dia siguiente han hecho las paces los amantes: el joven Amadis se hizo amigo íntimo del Sereno, y este le guarda las espaldas, ó le deja subir sobre las suyas, para que llegue á deshoras de la noche hasta el balcon de su amada. En cambio de estas condescendencias recibe hoy unos realejos del aman-

te, y mañana una paliza del padre de la muchacha.

Tambien ha habido ladron que se ha fingido amante, y valiéndose del Sereno, ha conseguido penetrar hasta donde estaba el objeto de sus suspiros.... el arca de algun rico capitalista.

El Sereno, despues de pasar algunos años á la luna de Valencia y al viento de todas partes... las noches que la hace, acaba por casarse con una traperera, hija de un pozero, pues son las tres únicas clases de la sociedad que se conocen, porque son las únicas que viven á las mismas horas. La vida de ambos consortes es la misma de casados que de solteros, con la sola diferencia de que al cabo de cuatro ó cinco años tienen cuatro ó cinco chiquillos que solo les sirven para aumentar su miseria.

(N. Avisador.)



### ANÉCDOTA HISTÓRICA.

#### EL MAYOR TCHETGHELOWSKI.

**L**os destierros arbitrarios y las órdenes reservadas han sido siempre moneda corriente en todos los países. El Alcazar de Segovia en España, y la Bastilla en Francia tenia su semejanza entre los ingleses en la Torre de Londres; entre los prusianos, en la fortaleza de Spandau, y entre los rusos en la Siberia. El hecho siguiente, de una autenticidad innegable, y cuya última escena es de una fecha demasiado moderna, ofrecerá acaso á los curiosos algun interés, si se toma por término de comparacion.

Nada hay que sea tan sorprendente

como una revista en San Petersburgo, bajo los balcones del palacio de Mármol, ó en la plaza del Almirantazgo. Los ceñudos rostros de los soldados, su severa inmovilidad, ó sus movimientos y evoluciones á compas, la diferencia de sus vestidos, igual á la de las razas de que descienden; los tcherkesses con su uniforme oriental; los caballeros-guardias con sus corazas de plata, sobre las que resplandecen soles de oro; los dragones con sus cascos negros; los cosacos del Don con sus descomunales lanzas: despues de esta primera vista el Emperador, descollando en tan lindo cuadro por su elevada estatura y actitud magestuosa, y en pos de él un estado mayor en el que figuran los mas grandes Señores y los mejores y mas agraciados mozos de sus dominios: todo esto forma un espectáculo, que ni la imaginacion puede concebir fácilmente, ni la pluma describir con acierto.

Esta solemnidad militar se celebra anualmente en San Petersburg el primer Domingo despues de Pascua. En 1843 se verificó como siempre, y nada hubiera tenido de extraordinaria, si el Emperador durante la parada no hubiera llevado en su compañía á un anciano pequeño de cuerpo, en cuyo semblante se echaba de ver que iba absorto, de ojos tristes, y que vestia una casaca blanca con vuelta encarnada, calzon de ante pajizo, zapatos con hebilla, y sombrero de tres picos, que remataba en un plumero blanco.

La vista de semejante trage, que estaba en boga en tiempo de Catalina II, llamó mucho la atencion, y dió márgen á un sin número de conjeturas. Pero la verdad se descubrió al momento, y nosotros vamos á referir en pocas palabras la historia del veterano del plumero blanco, segun y como la oimos contar en aquel mismo sitio.

Potemkin fue el hombre mas original y mas afortunado que hubo en su

siglo. Sin ser mas que un simple cadete de guardias tuvo la fortuna de llamar la atencion de la Emperatriz, á la que habia regalado los cordones de su sable en tiempo de la revolucion que vió espirar á Pedro III. Era bien parecido, emprendedor, ambicioso; llegó por último á ser el favorito de la Emperatriz, y á dominar á esta poderosa muger, á quien los Orloff habian podido amedrentar, pero no subyugar. Ninguna notabilidad histórica llegó á ser mas maravillosa, ó por decirlo así mas fantástica, que este célebre aventurero. El primoroso retrato que de él hace el príncipe de Ligne es muy conocido de todos. «Yo veo, escribia desde Oczakow, un comandante del ejército, que parece muy perezoso, pero trabaja incansablemente; que no gasta mas bufete que sus rodillas, ni mas peine que sus dedos; sumamente cobarde para defender sus soldados; pero intrépido hasta no mas para defender su persona; capaz de meterse en medio del fuego mas terrible de las baterías, para dar sus órdenes, y con todo eso mas amigo de Ulises que de Aquiles; misántropo, hábil ministro, sagaz político, ó niño de teta; hombre que tan pronto se sirve de la mano para hacer señas á las jóvenes que le petan, como para persignarse; cuyos brazos unas veces están en cruz á los pies de las imágenes de la Virgen, y otras al rededor del cuello de alabastro de su querida; rico por demas sin tener ni un ochavo; que habla de teología á sus Generales, y de estrategia á sus Arzobispos; que apeetece para si cuanto miran sus ojos como los chiquillos, y sabe pasar sin nada como los anacoretas; jorobado y hecho nn ovillo cuando está en su casa, pero arrogante, bello, noble, magestuoso y persuasador cuando se presenta en las filas, copia de Agamenon en la asamblea de los reyes de Grecia (1).

(1) Entre las varias opiniones que ver-

Cuanto tuvo de maravillosa para todos la rápida elevacion de su suerte, tuvo tambien de rara la constancia con que

san sobre el origen de la fortuna de Potemkin, merece citarse por su singularidad la que sigue. No obstante su inverosimilitud se puede muy bien creer que será verdadera, porque en Rusia las cosas mas imposibles son siempre las mas probables.

Estando vistiendo cierta mañana á la Emperatriz Catalina una de sus camaristas con una lentitud y taciturnidad no acostumbradas en ella, sorprendida la primera de la conducta de la segunda la preguntó el motivo de su silencio. La afligida doncella entre suspiros, lágrimas y congojas puso en conocimiento de la Emperatriz, que ella tenia un hermano cadete de guardias, que no habiendo podido ver á S. M. sin adorarla, y habiendo empleado en vano todos los medios posibles para llamar su atencion, estaba enamorado perdido de ella, aunque sin esperanzas, y habia hecho la locura de sacarse un ojo creyendo que así se fijarian en él alguna vez las miradas de Catalina. Esta al pronto se riyó mucho; pero luego se quedó pensativa, y despues de algunos instantes de reflexion, dijo á la camarista: «Qué trazas tiene tu hermano?—Es el mas hermoso cadete que hay en el Regimiento.—Me alegro mucho, prosiguió Catalina, ocultando con una aparente indiferencia su efectiva satisfaccion; hazle que venga, porque quiero verle.»

Al dia siguiente el cadete de guardias fue introducido en el gabinete particular de la Emperatriz, y arrodillado ante ella supo defender el pleito de su amorosa pasion con tal vehemencia, habilidad y dulzura, que Catalina le mandó levantarse, le acompañó hasta la puerta de su real cámara, y dándole su mano para que se la besase, le dijo: «Orloff no ha logrado tanto.»

Este cadete de guardias no era otro sino Potemkin.

Muchos escritores se han figurado que Gregorio de Orloff fue quien jugando al villar con el cadete Potemkin, le sacó el ojo hiriéndole con el taco; otros finalmente, entre cuyo número se halla M. de Segur, opinan que él mismo se le sacó para hacer desaparecer una fastidiosa catarata que le afeaba.

se le vió mantenerse hasta su último aliento en el puesto encumbrado, aunque peligroso, á que ascendió casualmente. Pero no por eso se tomó el trabajo de aparentar las virtudes que no tenía. Ambicioso sin disimulo y déspota á todas luces, se sentó casi á los pies del trono, como si su nacimiento le diera derecho para lograr semejante honra; derrochó el Erario con sus prodigalidades; se apoderó, en la Curlanda del señorío de Biren; codició la Polonia; envidió los dominios de Oriente, y reinó en fin por espacio de 18 años, infundiendo terror, pero sin ensangrentar ni una vez el cadalso; despues, harto de gloria, fastidiado de todo, y sumamente infeliz de resultas de tanta dicha, murió en un camino real, á fuerza de años, liado en su capa, sin una mano piadosa que le enterase, sin un amigo que vertiese lágrimas sobre su tumba.»

Potemkin no amó nunca de veras á Catalina II, ni esta le profesó cariño por mucho tiempo. Unidos ambos por su genio mas que por su ternura, ni uno ni otro se guardaban fidelidad mutuamente. Mimado por los favores de la fortuna, por la saciedad de las fruiciones, y por la complaciente fragilidad de las cortesanas, Potemkin era partidario del escepticismo, y no creia en la existencia de los placeres. Una polaca tomó á su cargo el enamorarle. Linda, coqueta, caprichosa, dotada de talento, de atractivo y de vanidad, la princesa Zoumowsky era entónces como lo es hoy dia la condesa de Woronzoff de Aschkoff, la soberana á cuyo arbitrio se sujetaban las modas, y la beldad á quien rendian su obsequio los concurrentes á los salones de Rusia. Esta dama inspiró al favorito un amor sin límites, al que ella no trató de manifestarse insensible.

Però en el momento en que Potemkin reputaba cercano su triunfo, de repente su amada cambió de ideas, y ya

no le recibia sino con frialdad, con disimulo y con aspereza. No faltó quien notase que este trueque se habia verificado en ella con posterioridad al incendio del gran teatro, en donde se habia visto en peligro de perder la vida, y de donde salió sin lesion, por el heróico arrojado de un jóven Mayor, que al oír los gritos de la princesa se precipitó en el palco que era pábulo de las llamas, y atravesando inmensos peligros la sacó de aquel sitio, que estaba rodeado de fuego por todas partes.

Desesperado del mal éxito de sus tentativas, Potemkin trató de averiguar en qué consistia, y desde aquella época la princesa de Zoumowsky estuvo sujeta á una policia oculta, pero infatigable. Sin embargo, ningun indicio revelaba el secreto de aquella misteriosa conducta, y ya Potemkin, teniendo casi recobradas sus esperanzas, la atribuia tan solo á uno de los caprichos tan comunes como pasajeros, que tiene la mayor parte de las mugeres del mundo; cuando una circunstancia, al parecer insignificante, vino á dar nueva direccion al curso de sus sospechas.

El 8 de Marzo de 1774 la Emperatriz, vestida del trage nacional que llevaba con tanto garbo, y que aun respetan los rusos, enemigos de toda innovacion estrangera, la princesa Zoumowsky y el conde de Potemkin estaban asomados á uno de los balcones del Eremitorio para ver desfilár á lo largo del muelle de la Côte al cuerpo de caballeros-guardias y á cuatro regimientos de preobajuiskis. Luego que el 2.º batallon de esta brillante infanteria se dejó ver en lo alto del puente de Trois, la princesa se empinó en el rodapie del balcon, y manifestó que sus ojos buscaban á alguien; despues, voluntaria ó inadvertidamente, dejó caer un guante. Un jóven oficial que habia dirigido sus miradas hácia el palacio, vió caer el guante de las manos de la princesa, y sin ace-

lerar el paso, ni salir de su puesto, le recibió en la punta de su espada, le arrimó á sus labios, y le metió entre los botones de su uniforme.

La princesa se abochornó; Potemkin se inclinó hacia ella.

—Este oficial, la dijo con una voz bronca, acaba de enriquecerse con uno de vuestros guantes. ¿Para quién será el otro?

—Para vos, conde, si teneis suficiente galanteria para dar valor á un andrago como este.

—Dádmelo.

Y Potemkin se marchó al instante.

Aquel mismo dia por la tarde se presentaron en la Galernaia (calle de las Galeras) en casa del mayor Tchetchelowski un feldjager y dos cosacos. El oficial quedó atónito al verlos, porque las visitas de tales sugetos son por lo regular muy poco de agradecer.

—Venid con nosotros, le dijo el feldjager.

—Y á donde?

—No tengo orden para decíroslo.

—Y quién lo manda?

—Aquí lo teneis.

—Y el viage durará mucho?

—No será extraño.

—Pues entonces permitidme que reuna unos cuantos rublos y algunos papeles.

—Ni rublos, ni papeles; nada absolutamente.

—Sea así, caballero; allá voy, dijo el mayor lleno de sentimiento; pero dejadme al menos que ábrace por la última vez á mi madre, que duerme aquí cerca bien descuidada de lo que ocurre, y que cuando despierte se anegará en lágrimas. Por amor de Dios esperad un minuto, nada mas que un minuto!

—Es imposible; las órdenes son terminantes; vamos andando.

—Y el incesorable feldjager señaló con el dedo al oficial uno de esos carruajes llamados télegues, que tienen bas-

tanté altura sobre sus ruedas, y un asiento no mas de madera. Toda resistencia hubiera sido inútil, y castigada con un rigor sumo. El mayor sin replicar palabra tomó asiento en la télegue, que tirada por dos caballos de l'Vkrania, flexibles como el acero y veloces como el viento, habia pasado á los pocos instantes por l' Vasili-Ostroff, dejándose atrás los faroles cuyas luces desterraban la oscuridad de la noche, las casas pintadas de azul, y las agujas de oro de la ciudadela.

La nieve caia en espesos copos, y envolvía á los mudos viajeros. Al mayor por un breve instante se le ocurrió el pensamiento de ahogar al taciturno feldjager que le acompañaba; mas este no pegó los ojos en toda la noche. Llegaron á Pochezés-Koi, y el mayor se aventuró á preguntar, si se habia concluido ya su viage: «aun os queda que caminar,» le contestó el feldjager. Se mudaron los tiros, y partieron de nuevo. Vystarka, Pounenskoë, y otros puntos se perdieron de vista, y en cada parada, el mayor cuya congoja iba en aumento á proporcion de lo que se dilataba el viage, no hacia mas que preguntar lacónicamente á su conductor por el término de la marcha, y la única respuesta que se le daba era la terrible «aun os queda que caminar.»

Al atravesar los bosques de Vologsa. la télegue fue acometida por una bandada de lobos hambrientos, que fueron tras ella cerca de cuarenta wers-tas, sin que el feldjager lo advirtiese, por ser este uno de los riesgos mas comunes en tales peregrinaciones, en las que el ser devorado por las fieras, helarse vivo, ó sepultarse en una tumba de nieve, que se abre, toma su presa, y vuelve luego á cerrarse, son las tres contingencias que amenazan sin cesar á los caminantes. Por otra parte, no puede darse cosa mas lúgubre que la interminable sucesion de llanuras blancas y cu-

biertas de nieve, en las que un monasterio construido al estilo asiático, una choza de cañas entretegidas, ó una roca gigantesca hondamente excavada por la mano del tiempo, son los objetos que de vez en cuando interrumpen la fastidiosa monotonía. Diez y siete días se pasaron en tan inexplicables angustias; el Mayor estaba casi muerto de cansancio, cuando hé aquí que la tèlegue se paró á la orilla de un árido yermo, no muy lejos de unas dos docenas de chozas, mas á propósito para servir de guarida á los osos que de habitacion á los hombres.

—Aquí venis desterrado, dijo el feldjager.

El Mayor se quedó como muerto.

—No, eso no es posible, exclamó apretando trémulo la mano de su compañero de viaje; no me dejareis solo en este maldito sitio. ¿Qué es lo que he hecho? ¿Cuál es mi crimen? ¿A qué fin viene este misterioso destierro? Yo sin duda soy víctima de una inconcebible y horrorosa equivocacion. Oh! por piedad, volvedme á San Petersburgo, y todo cuanto yo tengo, todo cuanto posee mi familia será para vos.

—No puedo hacerlo, respondió el feldjager.

Y despues de haber sacado del bolsillo de su capote un pequeño paquete, que puso en manos del Mayor Tchetchelowski, añadió:

—Recibid este encargo de parte del general Potemkin, que me ha dicho os le entregase al tiempo de separarnos.

Dentro del paquete estaba el otro guante de la princesa Zoumowsky.

El Mayor se estremeció; los colores le salieron al rostro de resultas de su corage; y encontrando en el recuerdo de sus amores el aliento que no habia podido hallar en sí mismo:

—Mil gracias, amigo, contestó enagenado; decid al general Potemkin que ya no temo la Siberia, que le agradezco infinito el regalo que me hace, con

el que me ha dado la felicidad para mientras me dure el destierro.

El feldjager se inclinó respetuosamente; su látigo azotó el aire, y el carruage tomó de nuevo el camino; el desterrado le vió desaparecer con una angustia igual á la del viajero descaminado en las catacumbas, que ve apagarse la opaca lámpara que le alumbraba, ó romperse el hilo que le sirve de conductor, y que debia volverle á la luz y á la vida. Sesenta y dos años se transcurrieron, sesenta y dos años dia por dia pasó el Mayor en medio de todas las privaciones, de todos los riesgos, y de todos cuantos trabajos se pueden imaginar. Y sin embargo, bajo este clima desapacible, bajo estas latitudes desiertas, el tiempo corrió velozmente para el proscripto, porque la uniformidad de sus dias y de sus ocupaciones abreviaba asombrosamente su duracion.

La casualidad hizo que se descubriese en 1842 este acontecimiento, por un empleado que iba en comision á Tobolsk. Habiendo sabido la historia del Mayor Tchetchelowski, se encargó de ponerla en conocimiento del general Tchernichew y este se la contó al mismo Emperador. La injusticia habia sido secreta; la reparacion fue solemne. Se le levantó el destierro al anciano, que ya casi tenia un siglo; se le sacó del *isba* que habia labrado con sus propias manos en la Siberia; se le hizo volver á San Petersburgo, y el Emperador á presencia de 12 regimientos reunidos en la plaza del Almirantazgo, le dirigió estas memorables palabras:

—«Si yo hubiese tenido antes conocimiento de vuestras desgracias, tened por cierto, buen veterano, que hubieran cesado hace ya mucho tiempo. Quedaos en San Petersburgo; una pension de cuatro mil rublos os está señalada; el Emperador os la pagará, pero la Rusia os la asigna.»

Al poco tiempo de su llegada á la capital, su primer cuidado fue el de ha-

cer testamento ;este se redujo á los cuatro renglones siguientes:

«Pido por último favor que me entierren con los guantes que se encontrarán pendientes de mi cuello, y atados con una cinta negra.»



## EL REY MORO Y LA CRISTIANA.

### ORIENTAL.

1.<sup>a</sup>

«Responde, vírgen donosa,  
la de los ojos tan bellos,  
la de sonrisa graciosa,  
la de los rubios cabellos,  
la de los Reyes cristianos  
con sus ejércitos vanos,  
la de los duros enojos,  
la de la frente nevada,  
la de mi amor adorada,  
¿por qué así lloran tus ojos  
en mi *arabesca Granada*?

2.<sup>a</sup>

Hermosos son mis brocados,  
ricas mis perlas de oriente,  
y hechiceros los tocados  
que resbalan por tu frente ;  
como mis joyas morunas  
no hay en Castilla ningunas ;  
pero ¡ah! no estés pesarosa,  
pues tengo razon sobrada  
para tener codiciada  
tu permanencia preciosa  
en mi *arabesca Granada*.

3.<sup>a</sup>

Aquí verás en mi Alhambra  
mis Jeques y mis Gomeles,  
en el torneo y la zambra  
revolviendo sus corceles ;  
tendrás huries que te halaguen,

perfumes que te embriaguen ,  
brillantes perlas y oro,  
serás en mi harem amada,  
como quieras apiadada  
permanecer con tu moro  
en su *arabesca Granada*.”

4.<sup>a</sup>

Del africano oyó atenta  
la inocente castellana  
los ensueños que sustenta  
en su loca pasión vana ;  
mas recordando sencilla  
en los campos de Sevilla  
las flores que brota Mayo,  
le dijo así contristada  
temiendo verse encerrada  
en el tétrico serrallo  
de la *arabesca Granada* :

5.<sup>a</sup>

«Guarda, Aliatar, tus brocados,  
tus perlas y tus rubies,  
tus solcitos cuidados,  
tus Zeides y tus Valies ;  
yo no ambiciono palacios  
magníficos, ni topacios,  
perfumes, ni fausto vano,  
solo vivo muy cansada,  
pobre, triste y olvidada,  
lejos del suelo cristiano  
en tu *arabesca Granada*.

6.<sup>a</sup>

¿No ves mi continuo lloro  
y mis terribles dolores?  
¿Sensible no eres tú, moro,  
a mis perdidos amores!  
En mi juventud florida  
perderé pronto la vida,  
sin que una sola ventura  
me otorgue la suerte airada,  
que entonces de mi apiadada  
abrirá mi sepultura  
en tu *arabesca Granada*.”

JOSE DEL CAMPO.





MUERTE NATURAL.

**L**a voz *muerte* es una contraposición de sentido con la palabra *vida*, puesto que á la privación de esta se sigue aquella; pero entre estas dos palabras hay una diferencia, y esta es, que la vida tiene principio, curso y fin, pero la muerte no tiene fin, curso ni principio, porque no tiene existencia, no es mas que una privación, una quimera, una nada, es el término prescrito por la naturaleza, ó puesto por la violencia á la vida. La muerte en el bruto es la mera privación de la vida, mas en el hombre no solo es privación de la vida animal, mas la separación misteriosa de un alma espiritual que ha estado unida á su cuerpo como su habitación, y por la destrucción de su morada pasa á vivir independiente en otro mundo. En esta relación merece la muerte del justo el primer lugar en nuestras reflexiones, cuyo objeto principal será desvanecer algunos errores que la ignorancia ha confundido con la religión.

En el instante que se forma el feto, la vida corporal es nada ó casi nada; poco á poco se aumenta, se estiende, y adquiere consistencia á medida que el cuerpo crece, hasta quedar fortificada. El cuerpo del tierno infante no muestra su vida mas que en su aliento, la circulación de la sangre y el grito in-

voluntario causado por la privación ó por el dolor; despues de algunos meses muestra afectos, ansias y deseos que por sí solo no puede satisfacer, y á proporción que va creciendo en años, va mostrando la vida con tanta fuerza que un muchacho es todo vida. El bruto, luego que puede ayudarse á sí mismo queda completamente formado, y por esto es, que la naturaleza impele á los padres á emanciparle, cortándose para siempre toda comunicación, pero en el hombre hay un alma racional, como detenida en el ejercicio de sus potencias, por no estar todavía en su perfección los órganos por los que ha de obrar; y si estos se perfeccionan pronto, el alma muestra luego sus potencias, como sucede en aquellos genios extraordinariamente precoces. Crecido el hombre envejece, su cuerpo principia á decaer, la cantidad de vida se disminuye, la decadencia sigue gradualmente, y gradualmente la vida se reduce á nada; el alma asciende á otra esfera, y el cuerpo se disuelve por putrefacción, para producir nuevas estructuras vegetales y animales.

¿Por qué, pues, se ha de temer la muerte, cuando ella es tan natural como la vida? Si es por privarse de la compañía de sus hijos, de sus amigos, ó de sus conveniencias despues de haberlas gozado, con igual razón podia aflijirse y llorar por no haber nacido cincuenta años antes, para haber gozado cincuenta años antes lo que hubie-  
ra perdido, cuando principió á gozar lo que ahora va á perder. Debemos pues recibir la muerte como recibimos la vida, por una disposición divina. Algunos dirán que no percibieron cómo les vino la vida ni la existencia, mas que ahora les es sensible perderla; si estos son los criminales que se han atraído la muerte antes del término señalado por la naturaleza, los dejaremos por ahora en sus aflicciones, para tra-

Domingo 24 de Agosto.

tar de los que mueren naturalmente, y los que no tendrán mas razon de queja por morir á los 25 ó á los 50, que aquellos que continuan existiendo hasta los 100, porque la vida es un soplo comparada con la eternidad.

Algunos imaginan que se sienten dolores crueles en lo que se llama agonías de la muerte, y este es el primer error que vamos á impugnar. La muerte no estan terrible como la imaginamos; es un espectro que nos asusta á cierta distancia, y que desaparece luego que se acerca. El que considera la muerte acompañada de vivos dolores y crueles agonías, tiene nociones muy falsas de este momento. ¿Por qué se ha de procurar el hombre mas males de aquellos á que su condicion le ha condenado? En vida, mil necesidades imaginadas, enojos gratuitos, y trabajos evitables; comiéndose de envidia por lo que otros poseen, y descontento con lo que le pertenece; y en muerte, figurándose agudos tormentos que no existen. La verdad es que el hombre muere sin sentirlo; casi todos los enfermos mueren tranquilamente y sin dolor alguno, y aun aquellos cuya agitacion causada por movimientos convulsivos indican dolores y sufrimientos, no son probablemente mas que en la apariencia; aquellos movimientos, gestos y agonías espantan á los espectadores mas que atormentan al enfermo. Ha sido observado, que cuantos enfermos han vuelto en sí despues de haber manifestado casi todos los síntomas de la muerte, no han tenido la menor idea de haber sufrido dolor alguno. Téngase presente que hablamos de aquellos que á cualquiera edad mueren de fiebre, ó decadencia de la naturaleza, ó lo que es lo mismo de una muerte natural. En cuanto á los gestos y agitacion de los músculos, se pueden producir en los cuerpos muertos, y por consiguiente sin dolor, por el aparato voltaico ó galvanismo.

Nadie temeria la muerte si aprendiera, no solo á morir, mas tambien lo que es el morir, esto es, si aprendiera á morir como religioso y como filósofo, como adorador de un Dios que se complace en perdonar y en ser amado, y no en castigar y ser temido. Es cosa estraña, que por un celo, por un afecto, por amistad y ternura mal entendida se inventen aparatos lúgubres, y se practiquen ceremonias para amedrentar al objeto de compasion, y aflijir á la persona amada. Nos atreveremos á hacer algunas observaciones estremamente delicadas pero justas, para desterrar un grave error practicado en los pueblos y familias españolas de ambos continentes, tal es lo que se llama tan impropriamente ayudar á bien morir.

El verdadero católico que enferma, se prepara religiosamente; si en su conciencia es justo, no se altera cuando se le anuncia la muerte; recibe con reposo la impresion de todos los objetos que percibe por los sentidos; todo lo observa tranquilamente, abraza, besa y bendice á su muger y á sus hijos, se despide de sus amigos, parece espectador de una cosa indiferente, que la muerte es para él una accion ordinaria de la vida, ó que va á desempeñar una comision que ha recibido hace mucho tiempo, y que cumplida va á recibir un premio infinito. ¡Qué dulce es la muerte del hombre justo que deja el teatro de este mundo! Qué poderoso el sentimiento de la inmortalidad! ¿Pero qué ha de temer el hombre virtuoso cuando va á unirse al Supremo Ser, y á gozar de su gloria celestial? «Deseo con todo mi corazon el morir,» decia un gran Santo poco antes de espirar, «para unirme con Cristo,» y pocos minutos despues entregó su espíritu al Criador, quedando el rostro sereno hasta depositar el cadáver en la sepultura. Supongamos, por otra parte, que el en-

fermo ha sido un pecador, y este hallará su consuelo en el bálsamo espiritual del arrepentimiento, de la absolución y del perdón; porque todo cristiano debe creer como principio de su fe, que Dios perdona al pecador verdaderamente arrepentido; y confiado en la misericordia divina, aguardará tranquilamente el momento en que ha de entregar su alma al Criador.

Es verdaderamente lastimoso el celo mal entendido de algunos sacerdotes que alijen al infeliz que está en sus últimos momentos gritándole á la cabeza da su cama, y haciéndole estremecer con voces cada vez mas fuertes á proporcion que crecen sus agonías. Justo que se prodiguen consuelos al moribundo, que se le exhorte con voz apacible y afectuosa pero deben evitarse esos gritos que serian incómodos hasta para una persona sana. Nada prueba mejor lo contrario que es al buen sentido el dar voces al que agoniza, como la costumbre que habia otras veces de ir gritando al oido de los pobres injusticiados en su camino al suplicio. Hemos conocido sacerdotes de mucha fama para consolar los criminales porque las voces que daban se oian á media legua. Que á un sentenciado en la capilla le asista un sacerdote, persuadiéndole con voz amigable de la justicia de su sentencia y la necesidad de satisfacer con su muerte á las leyes divina y natural que ha quebrantado, es una obra de misericordia; pero desatinarle á gritos cuando le echa el verdugo el cordel al cuello, debe llamarse una circunstancia cruel no intentada por la ley.

Las personas sensatas y religiosas conocerán la recta intencion que nos anima al hacer estas observaciones. En una época en que las creencias religiosas estan por desgracia tan apagadas, debe procurarse en gran manera hacer patente en los actos de Religion toda la dulzura inefable y divina que tienen en sí mismos.

## COSTUMBRES ANTIGUAS ESPAÑOLAS.

DE LA GALANERIA ESPAÑOLA Y DE LAS  
CORTES DE AMOR EN ARAGON Y CATALUÑA.



ay en el amor propio, entre otros sentimientos que produce, el deseo de agradar, y este causa la galanteria. El encanto de ser amados del objeto á quien prefiere nuestro corazon, nos hace buscar cuanto pueda lisonjearle y agradarle, á fin de merecer á su vista su aprecio, y hacernos dignos de él; los medios empleados al efecto dan por producto la galanteria, que como dice un autor, no es otra cosa *que un delicado, fino y perpetuo engaño del amor.*

Todos los pueblos han rendido homenaje mas ó menos vivo á la hermosura, y por consiguiente, desde que ha habido mugeres bellas que adorar, ha existido la galanteria entre los hombres, que han concedido á esa mitad encantadora de su ser, una instruccion y suficiencia mas adelantada y profunda para juzgar de cuanto constituye el mérito personal. La dicha y el placer de los sentidos consisten en el hombre, en ser amado de la muger á quien adora; y como en todos los paises de la tierra, nazca esta aficion entre estos seres orgánicos, los goces no se alcanzan sin galantes primicias, razon por la que el hombre halaga á la muger, procurando ganar su voluntad por medio de la galanteria.

Entre los cultos griegos es donde encontramos la galanteria en mas boga que en los otros pueblos antiguos, si esceptuamos á los adustos y misteriosos lacedemonios, que miraban como

un vicio reprehensible, y aun como un crimen, el obsequiar galantemente á las damas. Los demas griegos, en particular los atenienses, galanteaban á sus queridas adornando durante la noche sus puertas y ventanas con coronas y guirnaldas de mirtos y flores, origen de las enramadas con que en algunos pueblos de España se visten las puertas de las doncellas las noches de San Juan y San Pedro. Además de esta galanteria, que ha sido imitada en los tiempos de la caballería, ó sea en la edad media, fijaban en las calles de sus damas carteles en verso, en los que manifestaban su hermosura, y el amor que las tenian. Al romper el alba, colocados debajo de sus ventanas ó á la puerta de las casas de sus amadas, cantaban los griegos canciones amorosas acompañándose con la lira, ó haciéndoles los amigos el origen de dulces flautas. Si buscásemos el origen de nuestras serenatas amorosas ó rondellas, ciertamente que tendríamos que remontarnos hasta los griegos, de quien tomarian la costumbre los árabes, que son los que las introdujeron en España, donde hoy hacen todavia la delicia de los jóvenes amantes de todas las clases. A las galanterias nocturnas, sucedian entre los griegos las del dia, pues adornados con vestidos de púrpura, de los que exalaban agradables miasmas, merced á las esencias con que los perfumaban, y orladas las sienes con verdes coronas cuyas flores les caian por detras de las orejas, paseaban los amantes por las calles de sus damas llevando un torneado y rico baston en la mano, y los mas ricos haciéndose seguir de dos ó mas esclavos que llevaban una silla de tígera, para cuando quisiesen descansar, y ramilletes de frescas flores para regalarlos al objeto de su amor, si acaso se dignaba asomarse á la ventana. Muchas galanterias podria eitar correspondientes á esta culta nacion, pero no queriendo hacer muy largo este

artículo, solo diré que la historia nos recuerda la galanteria del sabio Sócrates, que recibió lecciones de política y de elocuencia de la famosa Aspasia; la de Alejandro el Grande por Fryne, que reedificó á su costa los muros de Tebas; las de los filósofos Diógenes y Arcitipo por la astuta Lais, y la de Epicures por la célebre filósofa Leoncia. Siendo galantes los filósofos y sabios mas ilustres de los griegos, como nos lo descubre la veraz historia, no puede negarse á esta naciou civilizadora de las demas, que fue el tipo de la galanteria en los tiempos antiguos, y que la muger gozó en aquel pais de las delicias que trae consigo, para ella, la finura y cortesania amorosa de los hombres.

Ciertamente que los romanos no fueron tan galantes como los griegos, pues hallándose mas adelantada la licencia, y las costumbres mas corrompidas que en aquella nacion, los medios para conseguir los goces fueron menos delicados, y la galanteria fue decayendo con la ilustracion, al paso que se fue entronizando la desmoralizacion y aproximándose la barbarie. Sin embargo, tambien hubo en Roma enramadas, cantos amorosos, y finos galanes, que sostuvieron la galantería contra la licencia, y la cortesía contra la grosera moda de hacer á las mugeres todas de una misma condicion, cosa nada favorable á su pudor; moda que por desgracia se va introduciendo en nuestra actual sociedad casi tan corrompida como aquella, como diré mas adelante.

Empero si la galanteria, como hemos visto, reinó en la culta Grecia, estaba reservado á los siglos medios el entronizarla mas debidamente y adornarla de ricas preseas; así como á ella el suavizar las feroces costumbres de estos mismos siglos, y levantar, con ayuda de la poesia, su madre y amiga, la pesada losa sepulcral donde enterraran la civilizacion de Grecia y de Roma los

salvages, bárbaros y supersticiosos hijos de la *Gotia*, cuando, á manera de un torrente asolador, inundaron, el mediodia de la Europa en los siglos IV y V de nuestra era.

Yéndose civilizandose los godos conquistadores, fueron mejorándose sus feroces costumbres, y la galanteria y la poesia se fueron elevando á su trono, siendo el medio la belleza de la muger, foco de galantes inspiraciones y objeto hermoso de civilizacion. El deseo de agradar á las damas y mostrarse digno de ellas, unido al entusiasmo religioso creó la *caballeria*, órden galante y religiosa de que hablaremos en otros artículos, asi como de los *torneos*, *justas* y otros magníficos juegos que inventaron los caballeros, todos para obsequiar al bello sexo, en los que como veremos lucia la mas fina cortesania. Muy galantes fueron los caballeros cristianos con las damas, pero no llegaron con mucho al respeto y veneracion en que las tuvieron los árabes españoles, como probaremos en los artículos en que hablemos de la grandeza, literatura é ilustracion de esta nacion conquistadora, á la que se debe mucha parte de la civilizacion europea. Pasaremos ahora al segundo punto de este artículo que es la historia de las galantes Cortes de Amor.

Los *Tenzones* ó disputas poéticas de los trovadores, en las que se agitan cuestiones de amor en forma de diálogo, empezaron á conceder á las damas el derecho de decidir en cuestiones amorosas, encomendándolas los trovadores este encargo. La sumision con que recibian los trovadores sus sentencias ingeniosas, lisonjeó de tal modo á las damas que se esmeraban en estudiar el medio de buscar la razon y la justicia entre los contendientes, y estos, contentos de sus amables jueces, les confiaron todas sus querellas hasta el punto de tener su voto como ley divina, y obedecerla con el mayor respeto.

Las damas se remontaron entónces á su mayor altura, y despues de Dios, se puede decir, que nada se respetaba tanto sobre la tierra como la muger. Nada se hacia en materias de amor sin el parecer de las hermosas, y los amantes esperaban de sus sentencias la felicidad ó la muerte. En los primeros años del siglo XIII *Savari de Mauleon*, noble de Poitou, *Anselmo Faydit*, y *Hugo de la Bacheleri*, ambos naturales de la villa de Userte, en la diócesis de Limoges, disputaban una proposicion del primero, reducida, á qué favor era mayor, si el de un amante que habia recibido una mirada favorable de su dama, ó el de otro que le habia apretado la mano, ó el de otro á quien la dama habia apretado el pie. Los tres trovadores espusieron sus razones y sometieron su decision á la dama de *Bon—Prix* y á la dama de *Guillemette de Bel—Avoir*, que sentenciaron á favor de la mirada favorable. De este modo se hicieron insensiblemente las damas de la Provenza tan hábiles en estas materias, que de todas partes se las venia á consultar sobre estos asuntos.

De estas consultas puede asegurarse que se originaron las galantes *Córtes de Amor*, tribunales más respetables en materias de amor, que los supremos de justicia, y ante los cuales los amantes llevaban sus diferencias, sabiendo que sus sentencias no tenian apelacion ninguna. *Ermergarda*, vizcondesa de *Narbona*, *Eleonor de Aquitania*, esposa de *Luis VIII* de Francia, y despues de *Enrique II* de Inglaterra, *Sibila de Anjou* condesa de *Flandes*, *Maria*, su hija, condesa de *Campana* y las nobles damas de *Gascuña*, son los primeros jueces que vemos formar este florido tribunal cuyos reglamentos y ordenanzas formaron siendo legisladoras á la par que magistradas, cada una de por sí en su numerosa corte de damas. El primer nombre que tuvo este tribunal fue el de *Par-*

*lamento de Amor*, y á sus decisiones se denominó *Arrestos* (Decretos.) La ciudad de *Aix* fue el primer sitio que tuvo el tribunal de Amor, y sucesivamente se establecieron otros en *Pierre-tesen*, en el castillo de *Signe*, en *Romania*, y en la corte pontificia de *Avignon*: pero si la galanteria presidió en todos estos tribunales, debe darse la preferencia al primero, cuyas damas hemos citado por haber sido no solamente el fundador sino el que sancionó el código de amor por el que se rigieron todas las damas, cuyo maravilloso origen y discretas leyes copiaremos en las notas, con el testimonio del erudito autor *D. Juan Cortada*, que tomándolo del documento latino de Maese Andres que conocemos, lo inserta en las notas de su preciosa novela histórica del siglo XIV titulada *Lorenzo*, á la que nos referimos.

En todas las decisiones se consultaba este código maravilloso, y cuando no estaba prevenido en él el asunto de que se trataba, decidían las damas con arreglo á su juicio, de cuyos casos y sentencias se fue formando un suplemento al código. No solamente se discutían y fallaban en estos tribunales asuntos amorosos, sino que como dice *Nostradamus*, biógrafo de los trovadores, acudían estos á ellos para que decidiesen sus cuestiones poéticas y sus galanterías, nombrando para que les defendiesen, cuando no podían asistir, á la dama ó damas á cuya opinion querían sujetarse, las que formaban para este solo acto una Corte de Amor especial.

En las Cortes de Amor habia tambien caballeros que componian una comision especial, la cual tenia la obligacion de instruir á las damas en los asuntos que les consultasen, y de hacer que no faltase nada al decoro de las hermosas y á la dignidad del tribunal, de suerte que puede decirse eran la guardia de honor de tan galante corte.

Los primeros caballeros de estas fueron los del tribunal de *Aix*, *Berardo des Beaux*, *Bonifacio de Catelune*, *Hugo de Lascaris*, *Raimundo Jordan*, los vizcondes de *San Antonio*, *Bertrand* (de los vizcondes de Marsella) *Guillen Adhemar*, señor de *Grigoan*, *Bertran de Pages*, *Grimaldi* y *Savari de Mauleon*.

En un códice titulado: Traducción de la *Tenzona* ó controversia latina que sostuvieron ante el parlamento de Amor de las damas de *Romoni Mosen Borrell*, catalan, *Dedacus Castelerva* y *Jaques Llobret*, poetas provenzales, el cual está en letra del siglo XV y de que daremos noticia en esta obra, hallamos la siguiente descripción de dicho parlamento.

El tribunal se situaba en la casa de la presidenta, la cual procuraba adornar su local con todas las galas posibles, aventajando siempre en lujo á los anteriores, de suerte que la riqueza brillaba en éste á la par que el gusto y el ingenio. Las damas se sentaban en ricas sillas al rededor de una gran mesa cubierta con tapetes de brocado de oro, en cuyo centro se hallaba la presidenta, que generalmente era la señora de mas alta condicion; á su lado derecho la secretaria, que llevaba nota de los trovadores ó litigantes que se presentaban, de sus querellas y de las decisiones del tribunal; y al izquierdo se hallaba la censora, la cual tenia el código y decisiones supletorias del tribunal, lujosamente escrito en vitela con letras de oro, y ricamente encuadernado. Esta puede decirse era el fiscal, puesto que cuidaba de saber si estaba en el código el asunto en cuestion, en cuyo caso le defendia interpretando su sentido. Los caballeros de honor de que hemos hablado, se colocaban de pie detras de las damas con la cabeza descubierta, y dos heraldos, con los escudos de armas de la presidenta bordados en las ricas dalmáticas, y con bastones con bola de oro,

colocaban la gente convidada en los asientos destinados al efecto. Abierta la sesion por la presidenta, el heraldo salia á llamar por su órden á los trovadores ó amantes que tenian presentado memorial ó que habian pedido audiencia. Estos, si eran caballeros entraban precedidos de sus escuderos, en cuyas dalmáticas se ostentaba el escudo de sus armas. Al llegar á una especie de balastrada que separaba las damas de los convidados al acto, el caballero era presentado al tribunal por la dama ó por el caballero de honor que habia elegido por padrino, el cual suplicaba al tribunal oyese con benevolencia á su protegido. La presidenta le daba licencia para esponer sus razones, y entonces el caballero se arrodillaba al empezar á hablar, en señal de respeto.

Le levantaba el procurador, y de pie esponia su queja, concluyendo con una súplica en la que lucia sus talentos poéticos, su ingenio y finura. La censora veia si lo que solicitaba se hallaba en los articulos del código prodigioso; si efectivamente estaba previsto el caso, defendia la ley y se discutia sobre ella, y si no, se apuntaba para tratar el punto con mas detencion; en todos casos, se despedia al suplicante diciéndole que el tribunal quedaba enterado y resolveria, con lo cual el caballero ó dama suplicante, hacia una humilde reverencia y salia del salon. Cuando el caballero no decia su nombre, ni queria ser conocido como sucedia las mas veces, tanto él como sus escuderos entraban con las celadas del yelmo caladas; pero dejando las espadas y dagas á la puerta, pues no se permitia á nadie entrar armado. Cuando la decision tenia que recaer sobre una cuestion ó tezon sostenida por dos, tres ó mas damas ó caballeros, entraban todos á la vez y hablaban por turno, generalmente en verso, y lo propio sucedia si los contendientes eran trovadores, y su disputa era sobre asun-

tos poéticos; pero en todos casos no se daba la sentencia en su presencia. Si los presentados eran pocos, se decidian por votacion los asuntos en el día; pero si eran muchos, la discusion sobre ellos duraba algunas sesiones. Anotados en el libro de *Arrestos* ó Acuerdos las que recaian en los puntos presentados, se volvia á llamar por el órden que habian entrado, y despues de prometer los suplicantes, bajo la fe de caballeros, obedecer la decision del tribunal, se les leia esta de la que se les daba traslado si le pedian, lo que siempre hacian los amantes y los poetas á quienes el fallo era favorable.

Ademas de los asuntos de amor, juzgaba el tribunal de las bellas poesias y cantos de trovadores; estos, al son de sus sonoras liras, harpas ó arabescos y laudes, entonaban sus cantilenas, y a solos ya acompañados, ante el hermoso tribunal, y en seguida se procedia á elegir la mejor poesia y á juzgar de la mejor voz. Los que obtenian el premio, eran coronados por la presidenta del parlamento; y este honor que era el mayor á que podian aspirar los trovadores, se publicaba por la ciudad al son de chirimías y timbales, y se hacia anunciar por escrito á todos los pueblos amigos, y en particular á la patria de los trovadores coronados, los cuales, si no lo eran, se ennoblecian por este hecho, y todos los señores se les hacian amigos. Esto hacia que el sitio de las cortes de Amor fuese muy frecuentado de los extranjeros. Hasta aqui el código citado.

Tal método de premiar el talento no podia menos de aumentarle, y asi es que los jóvenes se aplicaban de tal modo á la poesia, que olvidando sus bélicas y fieras costumbres, se hicieron mas humanos en los combates, y empezaron á abrir la era de la paz y de la civilizacion, de los que fueron sólidos cimientos la belleza y amable ca-

rácter de la muger. Fue tal el nombre de estas Cortés de Amor, en particular el de las de Aviñon, que se tenia por excelente poeta á aquel cuyos versos habian sido cantados en ella, al paso que para designar á un mal poeta ó cantor, se decia que en Aviñon le cerrarían la puerta. El haber estado un poeta ó no en algun parlamento de Amor, bastaba para juzgar de su mérito, y la galantería imitando las formas mas seductoras se iba entronizando por el mundo civilizado en honra y prez de la hermosa y tierna compañera del hombre.

El parlamento de Amor de Aix fue el principal: hasta que en el siglo XIV, año de 1359, *Estevanilla de Gautelme*, tía de la bella *Laura* del Petrarca, erigió otro tribunal que se reunía por el invierno en la ciudad de *Aviñon*, y en el verano en *Romani*. En este tribunal, que siendo la corte pontificia *Aviñon* y favorecido por el pontífice, vino á ser el mas ilustre, disputaron los famosos trovadores genoveses *Simon Doria* y *Lanfranc Cigales* sobre si era mas liberal el que daba con gusto, ó el que daba contra su voluntad, cuya tezon vino en apelacion al tribunal de *Aviñon* de el de *Aix* donde ya se habia decidido. El papa *Inocencio VI* protegió este parlamento desde 1352 á 1362 que estuvo en *Aviñon*; pero una cruel peste que sobrevino este año, en el que murieron muchas damas y trovadores, se puede decir que concluyó con las Cortés de Amor en la Provenza, pues aunque una dama de la casa de *Chabo* y de *Marchebruse* en *Poitou*, contra la que se dice hizo el Petrarca sus sonetos contra Roma, á fin de vengar á la tía de su querida, quiso establecer un nuevo tribunal en el mismo *Aviñon* no pudo conseguirlo á pesar de ser hábil poetisa, y como dice *Nostradamus*, desde 1382 ya no se encuentran en la Provenza ni parlamentos de amor, ni trovadores.

*Rene*, llamado el Bueno, Rey de Nápoles, siendo conde de Provenza desde 1454 á 1480, hizo cuanto pudo para restablecer las Cortés de Amor, pero pasada la moda no pudo conseguirlo. Sin embargo, estableció una junta poética anual, llamada *Príncipe de Amor* (1), á cuyo tribunal concedió todos los derechos del antiguo, y ademas el llamado vulgarmente *Bola*, contribucion que se hacia pagar á los que pasaban á segundas nupcias para castigar su inconstancia y la infidelidad hecha á sus maridos ó mujeres difuntas; á los que ó á las que se casaban con extranjeros, matrimonios que las mas veces forja el interes mas que el amor. Esta contribucion subsistió hasta 1688 en que se quitó por ser onerosa á la nobleza; pero en 1755 todavía se celebraba en Aix, en la fiesta del Córpus, el espresado *príncipe* en memoria de la primera creacion de las Cortés de Amor.

La única noticia que entre los autores franceses y provenzales vemos acerca de España en estas materias, es la que da *Martial d'Auvergne*, que dice: que el príncipe de amor de Aix era una carga anual que el Rey *Ricardo*, el Rey *D. Alfonso de Aragon*, el Delfin de *Auvernia*, y el conde de Provenza llenaban alternativamente, y en su falta los principales Señores de la provincia. Mucho mas podriamos decir de las Cortés de Amor de la Provenza, pero habiendo escrito el señor Cortada la preciosa novela citada, que puede llamarse una bien escrita historia á la que solo faltan algunas de las noticias que aquí hemos dado, á ella remitimos á los curiosos, pues que en ella y en sus preciosísimas notas podrá saziar su deseo.

(1) Este tribunal se componia de un presidente una presidenta, consejeros eclesiásticos y seglares, un abogado general y su compañera, y escribanos, secretarios y ugieres del uno y del otro sexo.

El objeto principal de este artículo fue el dar razon de las Córtes de amor en Aragon, y vamos á hacerlo. En el códice que hemos citado al hablar de *Mosen Borrel Catalan*, dice una nota: «Que en el año 1353, época en que la tia de la bella Laura, querida del Petrarca, presidia la corte de Aviñon, pasaron los trovadores *Ramon Castell y Martin Reart*, de Tortosa, á llevar un mensaje de la junta de damas de Barcelona al Parlamento de Aviñon, en el que las damas catalanas solicitaban se las mandase un traslado del código de las leyes de Amor, y se las tuviese como amigas y servidoras de aquel Parlamento;” y añade, que la peticion iba en buena rima provenzal, compuesta por el buen trovador *Pedro Martinez Vidal, hijo de Zaragoza*. Siguiendo la nota haciendo relacion del género de la lengua catalana, viene á pararse en la embajada que envió D. Juan I de Aragon, á fines del siglo XIV á Tolosa, pidiendo mantenedores para establecer los juegos florales en Barcelona, y dice: «que en aquél tiempo, con motivo de hallarse en Zaragoza la dama y poetisa provenzal Antoñeta de Sallon, se juntaron las damas aragonesas en corte de Amor, y ante ellas se cantaron lindas trovas, por las que se llevó el premio la dicha dama provenzal, y Toñon Lastanos, capitán de caballos y escelente trovador. Tambien dice, *trovaron las damas de Fortosa en tiempo del Rey Martin, en la casa de Bertanda Forcadels; pero no hubo parlamento de Amor, y si otra vuelta en Barcelona bajo las leyes que hizo D. Henrique, gran servidor del Rey D. Fernando, y sábio hombre de ciencia gaya y letras, y de nigromancia y alquimia conocedor*. Este D. Enrique seria el marques de Villena, al que por su saber hicieron en esta época presidente de la junta poética de Barcelona. Nada mas dice del códice, pero basta para saber que, co-

mo no podia menos, las Cortes de Amor tuvieron acogida en España como los juegos florales, si, como veremos en otros artículos, no nacieron en ella en las alegres campiñas de Córdoba, Sevilla y Granada bajo las inspiraciones del turbante y de la media luna. Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que tanto estos actos, como todos los de la galanteria, veneracion y respeto hácia el bello seco, se han ejecutado en España siendo la nacion que con mas gravedad los ha puesto en planta, y la que por mas tiempo los ha conservado; pues desde los guerreros tiempos de Pelayo, hasta los del galante caballero y poeta D. Juan II, y desde éste hasta el grave y severo Cárlos III, en todos tiempos y por todas partes el español ha rendido respetos á las damas, y veneracion á la hermosura; pero las costumbres se han cambiado de tal modo en este siglo, que se llama ilustrado, que seria preciso confesar, si no hubiera afortunadamente otras pruebas en contrario, que el decoro, la finura, el respeto, y hasta la educacion para tratar al bello seco, se queda á oscuras con las luces de la ilustracion, puesto que lucian para las damas mejor las malas y moribundas teas de los siglos medios, que las decantadas antorchas que se dice lucen en el presente.

A la poética y lisonjera galantería antigua para con las señoras, ha sucedido una prosáica indiferencia, y la moda, ó la estupidez y el egoismo por mejor decir, va introduciendo en nuestra sociedad la mas escandalosa descortesía para con el bello seco, al que léjos de respetarse se le trata por algunos de nuestros jóvenes hasta con desprecio y vilipendio, haciendo gala de su inmoral desatencion y falta de cortesia, y olvidando el decoro y compostura que se debe á las damas, en perjuicio de la proverbial galanteria y gravedad española. En los tiempos antiguos, en que

**Domingo 31 de Agosto.**

las costumbres eran, si no mas puras, menos escandalosas, las señoras eran un ídolo al que se reverenciaba en las sociedades, y una sola bella bastaba para que se guardase en su recinto el mayor decoro y compostura; pero hoy por desgracia, no una sino mil no son suficientes para contener á algunos en sus licenciosas miras y feas acciones, llegando hasta el caso de disputar los asientos á las damas en las reuniones de mas etiqueta, y de consentir tenerlas á la espalda de pie por no cederlas un asiento, que por urbanidad debieran poner á sus pies. ¿Qué hombre se sentaba en lo antiguo en presencia de una dama mientras esta no se lo mandaba? pero el siglo presente se llama positivo, y aquellos galantes; y al paso que en ellos reinaba la urbanidad y la decencia, en estos se hace gala de la poca educacion. Concedamos á la débil muger esos dones esteriotes, ya que ellas nos conceden los positivos, y no queramos cambiar sus cadeuas de oro con las de hierro, puesto que ya les son bien pesadas las que al nacer les echó al cuello naturaleza.

*Basilio Sebastian Castellanos.*

## MÁXIMAS.

La sana política enseña que vale mas ganar á los hombres con la buena fe, que dominarlos con las armas.—*Dacier.*

Un buen gobierno es aquel donde los buenos mandan y los malvados no tienen autoridad alguna.—*Plutarco.*

Un gran rey es aquel que permite á sus amigos decirle la verdad; que hace justicia á sus vasallos, y que observa las leyes.—*Teopompo.*



l.

**P**or qué es tan grato en las tranquilas noches,  
Ver tus olas; oh mar! llenas de encanto,  
Cuando relumbran cual dorados broches  
Brillantes luces en tu undoso manto?

Tiendes tus brazos en sonantes playas,  
Y halagas blandamente las arenas,  
Mas donde encuentras levantadas vallas,  
En combate sin término resuenas.

Unas veces murmuras cariñoso  
Cual tierno acento de una voz amada,  
Otras crece el murmurio bullicioso,  
Cual de plebe en las plazas congregada.

Espíritu de vida turbulento  
Camina envuelto en tus turgentes ondas;  
Parece cada ola un pensamiento  
Que al eco de las playas le respondas.

Por eso es dulce al amoroso pecho  
El contemplar tus espumosos senos,  
Viendo el traslado de sí mismo hecho,  
En la inquietud de que los mira llenos.

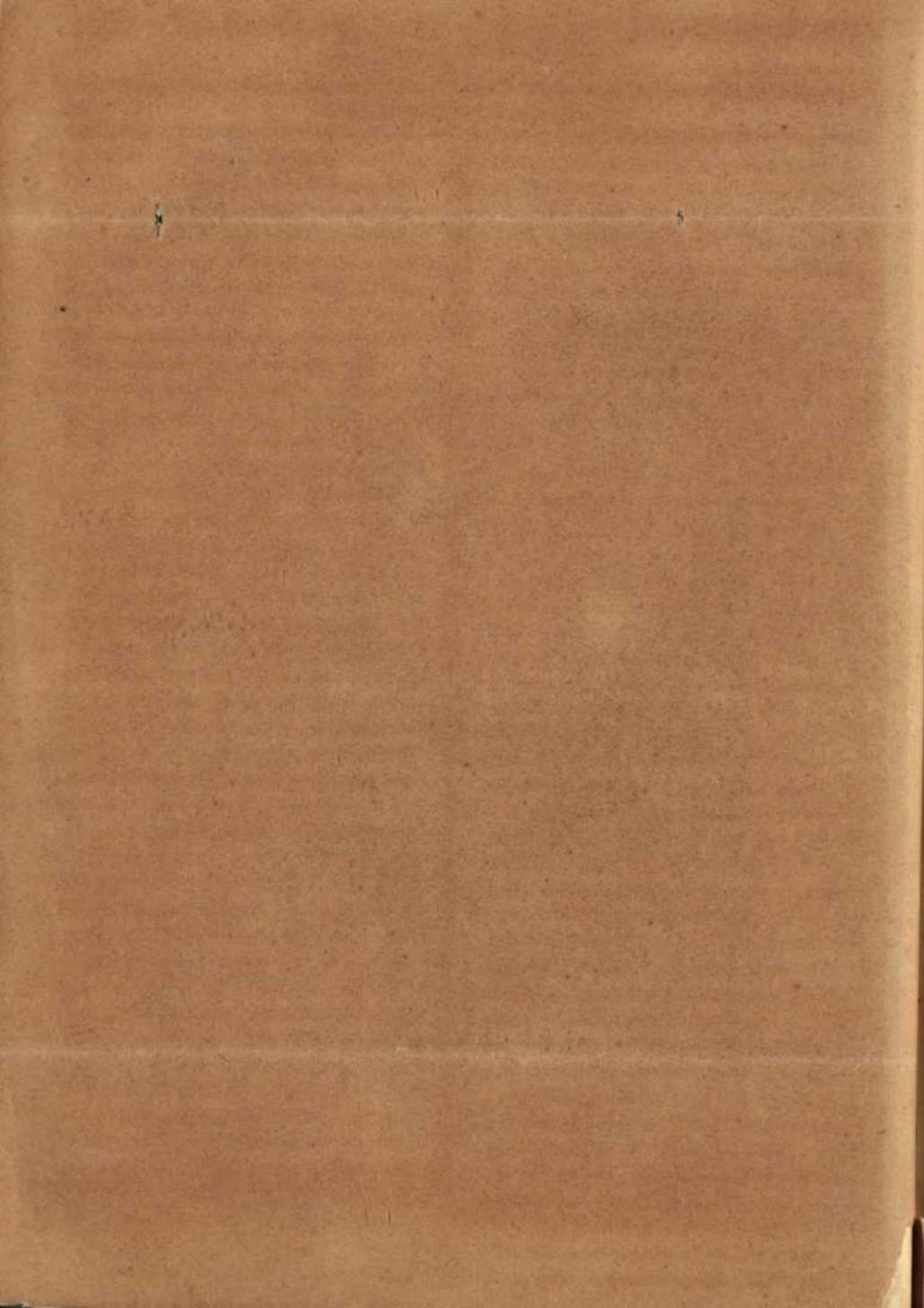
Pero es mas dulce cuando ansioso espera  
Mirar surcando tu cristal lucente  
La leve quilla, en el vogar ligera,  
Que es conductora del amante ausente.



P<sup>ro</sup> Rej. Litig<sup>o</sup>

4865.

LAYDA.



Así te contemplaba Layda hermosa,  
¡ O inmenso mar ! en las nocturnas horas,  
Cuando entre la tiniebla vagarosa  
Escuchaba palabras seductoras.

En tus orillas de Helesponto amenas  
Creció ella un día, jugando en tus espumas,  
Y sus pupilas, de contento llenas,  
Amaron siempre tus azules brumas.

Dame que cante á Layda, y que mi  
canto  
Sonoro se levante á la par de ella;  
Préstame de tus ecos el encanto,  
Y el rutilar de tu marina estrella.

Tú inspiras á tus vates elegidos,  
¡ O Espíritu que al bravo mar alien-  
tas !  
De tu brisa en los fléviles gemidos  
Y en el ronco rugir de tus tormentas.



¡ O Layda, Layda ! son tus negros ojos  
Lucientes faros de ilusion divina,  
¡ O cuantos corazones son despojos  
De esa luz brilladora y diamantina !

Negros como tus ojos son tus rizos,  
Y á la azucena excedes en blancura;  
Envidia á tus mejillas sus hechizos  
La rosa que Bengala da mas pura.

Cual tipo de belleza eres formada,  
Y unes tambien en lazo delicioso  
La gracia natural que tanto agrada  
En las hijas del Bétis caudaloso.

Baja en revueltos rizos tu cabello  
Y en los cándidos hombros juguetea,  
Mezclándose en contraste dulce y bello,  
Cual negra noche con la luz febea.

Corre en tus venas sangre castellana,  
Unida con la griega generosa,  
Tu madre fue de Naxos, flor galana,  
Linda como su patria y animosa.

De pura sangre el español Fernando,  
Nació del Bétis en la verde orilla;  
Era de pecho generoso y blando,  
Y de ánimo valiente sin mancilla.

Un tiempo fue en que dichosa España,  
Tan solo nobles almas producía;  
Mas fue otro tiempo, y la Divina saña,  
La abandonó á la discordia impía.

La stirpe generosa fue extinguida,  
Y en vez de hijos, vibreznos tuvo,  
Cada cual de su hermano fue homicida,  
Y atormentó á su Madre cual verdugo.

Abrió Fernando en tan aciagos días  
Los tiernos ojos á la luz primera,  
Vió á su patria en amargas agonias  
Insultada, y hollada, y lastimera.

Su sangre en vano derramó valiente,  
Por devolverle su pasada gloria;  
Y huyó por no humillar la noble frente,  
Llorando de su patria la memoria.

Luchaba entonces la animosa Grecia,  
Que las cadenas bárbaras rompía;  
Y allí donde la lucha era mas recia,  
Llevó al noble Fernando su osadía.

Siempre su espada en sangre de valien-  
tes  
Sacó teñida en la fatal pelea;  
Rayo es de muerte á las contrarias gentes;  
Que en círculo purpúreo centellea.

Quando de Grecia el himno victorioso  
Resonó en las orillas del Egeo  
Fernando vino á Italia presuroso,  
De acercarse á su patria con deseo.

Grata memoria de la tierra helena  
Trajo una niña de gentil semblante  
Recuerdo de venturas y de pena,  
Que le dejó al morir su tierna amante.

¡ Por qué no se apiadó de tu inocencia,  
O Layda hermosa, el ángel de la muerte?  
¡ No le bastaba la amorosa esencia  
Convertir de tu madre en polvo inerte ?

¡ No le bastaba arrebatarte impio  
El maternal abrazo y tierno beso ?  
¡ El beso maternal ! ¡ hálito pio

De inefable ternura y de embeleso !

Ya tan solo el paterno brazo ampara  
Tu flor naciente, candorosa y pura ;  
Mas ay ! que el mortal soplo lo separa ,  
Y huérfana te deja en la amargura.

Enfermo de improviso el noble Her-  
nando

Llegó á las playas de Venecia hermosa ,  
Bella ciudad que duerme reposando  
Sobre la espuma de la mar undosa.

Amargas nuevas del nativo suelo  
Causaron en su pecho angustias fieras ,  
Y creciendo el febril letal anhelo  
Lo asaltaron las ansias postrimeras.

Del triste padre el valeroso pecho ,  
En las crudas batallas tan sereno ,  
Viendo ahora á su Layda junto al lecho ,  
De congojas terribles se vió lleno.

Con su mano ya lívida le toma  
La infantil mano , y contra sí la oprime ;  
Lágrima amarga de dolor asoma  
Al párpado que en vano la reprime.

*Layda mia... te dejo... solo esto*  
Pudo decirle ya su lengua muerta ;  
El singulto fatal se oyó funesto ,  
Y abandonó la vida la faz yerta.

Al cuello paternal Layda abrazada  
Besa el cárdeno rostro , y cariñosa  
Busca en vano la ya muerta mirada ,  
¡ Creyendo la inocente que reposa !

El brazo de su padre inanimado  
Parece aun que al corazon la ciña ,  
Como sobreviviendo en el cuidado  
De proteger la desgraciada niña.

¡ Mezcla impía de acibar y de llanto  
Nos dá , ó vida , tu copa engañadora !  
¡ Feliz el que evitó beber quebranto ,  
Y fue su hora natal , su postrer hora !



III.

Entre los servidores de Fernando  
Se hallaba Alonso , ejemplo de leales ;  
Por él familia y patria abandonando ,  
Lo seguía en sus hábitos marciales.

Con él lidiára en su pais nativo ,  
Y con él desterrado juntamente ,  
Vió á la Grecia en combate decisivo ,  
O muerte ó libertad buscar ardiente.

Y aunque su alma tosca de soldado  
Esta lid extranjera repugnaba ,  
De Fernando animoso siempre al lado ,  
En el sangriento estrago se encontraba.

Jamas el golpe de enemiga mano ,  
Amenazó de su Señor la vida ,  
Que presto el brazo no lo hiciera vano ;  
U opusiese el fiel pecho á su caída.

La muerte de Fernando dolorosa  
Hirió este alma leal por excelencia ;  
Y á la inocente niña candorosa ,  
Consagró desde entonces su existencia.

Cual lirio de las playas solitarias ,  
Entre tormentas hórridas nacido ,  
Que las furias del mar sufre contrarias  
De una grosera roca protegido ,

Asi la pobre huérfana crecía  
De hermosura ideal , bello portento ,  
Con alma ardiente , generosa y pia ,  
Y noble y elevado pensamiento.

Algo mas de dos lustros se pasaron  
Desde la muerte de su tierno padre ,  
Y en el gracioso rostro se marcaron  
Las líneas griegas de su hermosa madre.

Su talle esbelto , su cintura leve ,  
Y sus formas de espléndida hermosura ,  
Reposaban apena en el pie breve  
Que completaba su gentil figura.

¡ La tormentosa edad de los amores ,  
Abraza á Layda con su mano avára !

¡Mas ay! ¡que en vez de placenteras flores  
Absintio el mas amargo le prepara!

Los jóvenes mas bellos de Venecia  
Se disputaban de su amor la palma;  
Unos hay presuntuosos que desprecia,  
Hay otros que repugnan á su alma.

¡Alma celeste para amar nacida!  
¡De angelical dulzura y tierno encanto!  
¡Que en este fango inmundo está perdida.  
Con su ilusion divina y su amor santo!

La mirada de amor únicamente  
Sus ojos á Ezzelino concedieron,  
De los grandes Foscaris descendiente  
Que á Venecia con gloria engrandecieron.

Ningun jóven de Italia en bizzarria  
Igualaba á Ezzelino ni en belleza,  
Pero tampoco alguno le excedia  
En falsedad, ni en crimen, ni en vileza.

Escarnio vivo de su estirpe clara,  
De Venecia adulando á los tiranos,  
Ni aun de su patria en el clamor repara  
Que ya espiraba en las extrañas manos.

Si la noble ascendencia aquel ultraje  
Por entre el polvo secular mirára,  
Escupiendo á la faz de su linaje  
El blason de sus tumbas destrózara.

Como rastrera sierpe el veneciano,  
Que entre flores, hipócrita reposa,  
Esperando se acerque incauta mano  
Para herirla con boca venenosa;

Asi en ideas de amor y de alta gloria  
Encubre engañoso su alma de cieno;  
De una heroica pasion se vanagloria  
Su pecho inicuo de traiciones lleno.

Entregábase Layda ingénua y pura  
De aquel amor al delicioso ambiente:  
¿Cómo podia creer tanta impóstura  
Su noble alma en su entusiasmo ardiente?

Complacíase gozosa en adornarlo  
Con el laurel de la Venecia antigua;  
¡Aquel laurel que ni aun de desearlo  
Era capaz del prócer la alma exigua!

Rosa de amor, en soledad crecida,

Despojada de afectos su existencia;  
Rosa de amor dentro de sí embebida,  
Con su candor y perfumada esencia;

Al amoroso soplo abierto habia  
Los pétalos de que su gala forma,  
Y su corola hermosa descubria  
Llena de encanto y celestial aroma.

¡Oh infeliz! que un corazon perjuro  
Su cándida pasion riyendo mira,  
Y rodea falaz el lazo impuro  
Cuando hipócrita finge que suspira.

¡Qué le valdrá á la inocente hermosa,  
O alma virtud, tu santa fortaleza!  
¡Si le falta una madre cuidadosa,  
Y combate en su amor naturaleza....!

#### IV.

Aun mas cruel que la feroz pantera  
Que caza en tu arenal, Libia encendida,  
Y su sed ominosa refrigera  
Con sangre hirviente de mortal herida;

Es el malvado pecho que se goza  
En ajar la ilusion de un alma pura;  
Que un inocente corazon destroza  
Convirtiendo su dicha en amargura.

Asi de Layda los hermosos ojos  
Fuentes de llanto son por el impío;  
Cuantas glorias contó, ya son despojos  
De su mentida fe y cruel desvío.

Sonaba con sublimes pensamientos  
De gloria, amor y de nobleza, un dia,  
Cuando hundirse miró los fundamentos,  
De aquel amor ¡su única alegría!

Se consolaba aun su pecho amante  
Con esperanza vaga y lisonjera,  
Como la del mezquino navegante  
Que el turbulento piélagosumiera.

Ya seas un bien ó un mal, siempre,  
esperanza,  
Estas unida al corazon humano:

Jamás el esperado bien se alcanza,  
Pero se mira en tu horizonte vano.

Aunque la sangre griega y castellana  
Que las venas de Layda recorria,  
Era pura, y de orgullo tan ufana,  
Como las razas de que descendia :

Amor que amansa su alma impetuosa  
Rindió tambien su dignidad altiva,  
Y en un billete se confia anhelosa,  
Que explica su dolor y ansia excesiva.

Mostraba al cruel, que la dejaba in-  
grato,

Cuanto amor en su alma ella abrigara ;  
Reprendiale amorosa el falso trato ,  
Con que á su fe inocente se engañara :

Mas , que la llama de su amor inmensa,  
Crímen y engaños perdonar sabia ,  
Que era su vuelta reparada ofensa ,  
Y el colmo de su dicha y su alegría.

Le hablaba de sus noches desoladas  
De sus amargos dias dolorosos ,  
De hermosas ilusiones ya trocadas  
En porvenir de azares espantosos.

Al fiel Alonso le entregó esta carta ,  
Alonso , cuyo instinto de ternura  
Adivinando la amorosa falta ,  
Repararla ó morir, en su alma jura.

Odiaba éste al pérfido Ezzelino,  
Con la aversion que siente un alma osada  
Hácia el infame , que reptil mezquino ,  
Cobarde encubre su intencion malvada.

Presentóse no obstante en su palacio  
Y ver al jóven procuró prudente ;  
Introducido fue tras breve espacio  
En un jardin ameno y esplendente.

Allí en un aposento retirado ,  
De arabescas columnas sostenido ,  
En que al baño convidan perfumado  
Bellas pilas de pórfiro bruñido ;

Vió Alonso al prócer , y entregó su-  
miso,

La tierna carta de su jóven ama :  
Abriola este ; y luego de improviso  
Riyendo impió de su dolor exclama :

Llevarás mi respuesta á tu Señora ,  
Ya que se aflije en tan inútil pena,  
Y pues así mi compasion implora,  
No dirá tengo corazon de hiena :

Oye lo que le escribo ; esto diciendo,  
En palabras crueles de ironía ,  
Un billete de escarnio fue extendiendo ;  
Y mientras , lo que escribe repeta :

«No sé á qué sirven esas amargas,  
»Querida Layda , que en tus lineas veo ,  
»Has sido una de las hermosuras ,  
»Que he amado por mas tiempo segun creo.

«Bien quisiera , querida , que la llama  
»Durara ardiente , que inspiraste un dia :  
»Pero otra belleza ahora me llama :  
»Adios , vive dichosa , Layda mia.

Oyendo esto , el corazon valiente  
Del leal Alonso enfurecido salta ,  
Trémula está la bronceada frente  
En que su ira y su dolor resalta.

Capaz del mas sublime sacrificio ,  
Cede aun del soldado el alma fiera  
Por atraer al pérfido patricio ,  
En quien de su Señora el amor viera.

Suplicó , le rogó , lágrima amarga  
Rodó tambien por su áspera mejilla,  
Que si á tanto el leal amor se alarga,  
No sin dolor su corazon se humilla.

Aspecto frio y burlador semblante ,  
Mostraba el insolente veneciano ;  
Se mófó del soldado suplicante ,  
Y hasta le amenazó su débil mano.

Alonso entonces álzase terrible ,  
Su fuerte brazo al jóven oprimiendo ,  
Un puñal en su diestra está inflexible  
En continente vengador blandiendo.

Llora el cobarde , y súplica medrosa,  
En sus lábios ya trémulos murmura ;  
Pero el puñal su corazon destroza ,  
Y salta en un raudal su sangre impura.

Tomando Alonso el ya fatal billete ,  
Fuera de la mansion de horror se lanza ,  
Sin que temor por sí mismo le inquiete ,  
Estando satisfecha su venganza.

Por un postigo del jardín desierto  
Salió tranquilo, y luego en lento paso  
Va por las calles en seguro aspecto  
Cual si no recordase el triste acaso.

Esperábalo Layda : su alma tierna  
De tormentosas olas combatida ,  
Siente unas veces esperanza interna ,  
Y llora otras su ilusión perdida.

Al verlo entrar adusto y silencioso  
Arrójase á su encuentro como loca ,  
Y á pesar del recelo doloroso ;  
El temor de saber cierra su boca.

El fiel soldado , á quien su afán devora ,  
Con el delito uniendo al escarmiento ,  
Le presenta á su pálida señora ,  
El vil billete y el puñal sangriento.

Grito desgarrador no articulado  
Suena , que el pecho de amargura oprime ,  
Es el eco de angustia infortunado ,  
De un corazón que al destrozarse gime.

Cayó la jóven cual de un rayo herida ;  
Sus pupilas inmóviles quedaron ;  
Sus mejillas y faz descolorida  
De una purpúrea nube se inyectaron.

Cerrada está su boca fuertemente ,  
Y en mortal rigidez sus miembros bellos ;  
¡ Feliz si para siempre su alma ausente  
Apagara en el cuerpo sus destellos !

## V.

En su triste misión la ciencia humana ,  
Tan solo ver el mal ó hacerlo puede ;  
Siempre para salvar se encuentra vana ,  
Siempre en el mal, al bien en mucho excede

Quando dos bravos pueblos se degüellan  
Por un vano capricho en diplomacia ,  
O por que los caudillos que los huellan  
Sacien de su ambición la atroz audacia ;

Las cabezas políticas serenas ,  
Sábias calculan el ímpetu homicida ,

Y cuanto sangre , en las robustas venas ,  
Tendrá la ardiente juventud florida ,

Con que regar los arrasados llanos  
De los campos quemados y desiertos ,  
En que caen á millares sus hermanos ,  
De polvo y sangre y de dolor cubiertos.

Y mientras que la sangre se derrama ,  
Sueña el filósofo vanas utopias ,  
Sin que aquellos principios que proclama  
Ni aun alivien tan duras agonías.

Quando en el lecho vemos moribunda  
Una persona que en el alma amamos ,  
La ciencia nos descubre la profunda  
Marcha del mal por cuyo fin temblamos ;

Nos dice en qué manera se disuelve  
Su sangre en las arterias vibradoras ;  
Y el momento también, sabia resuelve ,  
En qué morbosas fuerzas destructoras

Destrozarán la entraña en que encerrada  
Su postrer esperanza está de vida ,  
De la naturaleza abandonada ,  
Y por su mismo esfuerzo combatida.

Pero si llena el alma de tormento  
Y el corazón de angustia indefinible ,  
Pedimos á la ciencia valimiento  
Nos dice tristemente : *No es posible...!*

Así te contemplaban junto al lecho ,  
O infeliz Layda , los doctores sábios ;  
Meditan con la barba sobre el pecho ,  
Frunciendo tristes los cerrados labios.

Dos veces de sus venas delicadas  
Saltar hicieron abundosa fuente ;  
Pero ya largas horas son pasadas ,  
Y en vano observan la inmóvil frente.

Todos los medios que la ciencia ofrece  
Estaban allí usados de consuno ,  
Pero inmóvil la jóven permanece  
Sin hacer movimiento ó gesto alguno.

Así se transcurrió la noche amarga ,  
Y también parte del siguiente día ;  
Entonces ya su faz se desembarga ,  
Pero su inteligencia no volvía.

La incorporaron y movió sus ojos ,  
Aunque apagada la pupila hermosa :

No demostraba su mirada enojos  
Al divagar incierta y lastimosa.

Primero la posó sobre la puerta  
Cual si llamara su atencion alguno,  
Luego en torno pasó su vista muerta,  
Mirando á sus sirvientes uno á uno.

No los sollozos mil, entrecortados,  
Ni el llanto amargo que estos derramaban,  
Vieron aquellos ojos empañados,  
Que abiertos á la luz, sin vida estaban.

Parecia que el fuego de su alma  
Ya no inspiraba al muerto pensamiento:  
Era una estatua hermosa en yerta calma,  
Dotada únicamente en movimiento.

Verdad es que á veces por su frente  
Surbaban sensaciones dolorosas,  
Cual de la luna el vaporoso ambiente  
Que arrebatan las brisas presurosas:

Pero se ignora si es del alma herida  
Que recuerda el tormento; ó por ventura  
Del físico dolor es impelida  
Que agita su cerebro en la locura.

Entre sí consultaron los doctores  
Y á llevarla al jardín se resolvieron:  
Allí entre las mas hermosas flores  
Que amaba en otro tiempo, la pusieron.

Mas pasó sobre ellas su mirada,  
Incierta, como siempre, y vacilante,  
Solo parece que alcanzar le agrada  
Una magnolia de matiz brillante.

Se la acercaron, y arrancó hoja á hoja  
Con mano distraida é insegura;  
Y mientras que la bella flor despoja,  
Su pupila en siniestra luz fulgura.

Temiendo los doctores que su mente  
En locura cayese irremediable,  
Pensaron conmovér-la bruscamente  
Para alterar su curso deplorable.

Ciertamente era un medio peligroso,  
En que batiendo al mal con el mal mismo,  
Era fácil, y acaso no dudoso,  
Renovar el terrible parasismo.

Mas cuando á la persona que se ama,  
Salvar queremos de un peligro cierto,

¿Cómo no aventurar la última rama  
Si el árbol todo lo lloramos muerto?

Hicieron, pues, que Alonso se mostrase  
(Antes se lo impedian) á su Señora,  
Y que su absorta idea despertase  
Si al oirlo ó al verlo se memora.

Al escuchar el conocido acento  
Movió Layda sus ojos convulsivos;  
Fijándolos despues por un momento  
Como llenos de asombro y reflexivos.

Entonces pareció que el denso velo  
Que dominaba su razon caia,  
Y admirada de verse aun en el suelo  
El alma, ya celeste, se dolia.

Pero de pronto su pesar protervo  
Renació en ella mas que nunca fuerte,  
Que de su corazon el mal acerbo  
No lo puede sanar sino la muerte.

Tiemblan sus miembros, pálidos, convulsos,  
Y sus ojos en llanto se desatan,  
Mas perdiendo sus últimos impulsos  
Inmóbles para siempre se dilatan.

No ya ¡O Layda! sufrirás tormentos,  
No ya el dolor renovará tu herida,  
No ya estás en el valle de lamentos....!  
¡Al fin saliste de la amarga vida!

¡O corazon para el amor nacido,  
Ahogado en este piélago de llanto!  
Para dar libre curso á su gemido,  
Calla mi voz tu doloroso canto:

*José Martínez de Aguilar.*



## EL CAUCASO EN 1844.



Sabido es que la Rusia mantiene hace ya muchos años una lucha terrible contra los montañeses indómitos del Caucazo; la posesion de dicho pais es de tal importancia para las miras políticas y comerciales de los moscovitas, que parece están decididos á apoderarse de él cueste lo que costare. Por espacio de muchos años los formidables enemigos del gobierno ruso han tenido por aliados secretos á los turcos, á los persas y aun á los mismos ingleses, que tenían celos del engrandecimiento que iba tomando en la India el poder de los rusos. En la actualidad, los negocios presentan distinto aspecto: la Rusia es casi la soberana de Persia; la Inglaterra, que parece ha llegado á ser su aliada, no la inquieta ya sobre los asuntos del Caucazo; la Turquía no manda á los montañeses mas que mezquinos y no muy frecuentes socorros. Asi es que, reducidos á su sola energía, conducidos por un gefe intrépido, y sostenidos únicamente por su amor á la patria y á la independencia tienen en aprieto de algunos años á esta parte á todo el ejército ruso que les combate. Aun es imposible hoy dia adivinar el resultado definitivo de la referida lucha, que, de todos modos, será larga, desastroza y terrible.

En otro tiempo, los diarios ingleses, por unánime convenio, daban noticias y conocimientos al mundo entero acerca de las mas insignificantes derrotas que sufrían las armas rusas en sus ataques contra el Caucazo. Al presente, y por consecuencia de la reconciliacion de los dos gobiernos, se han vuelto mas reservados, y hablan muy rara vez de los

acontecimientos que se verifican en estas regiones, y no publican sino con gran miramiento las noticias desventajosas para los rusos. La prensa alemana es la única que ha conservado su independencia sobre este punto; pero la correspondencia de los periódicos alemanes es mucho mas reducida y menos abundante en informes exactos, que la de los ingleses; y á pesar de todo cuanto se ha escrito sobre dicho pais, quedan aun por decir muchas cosas interesantes.

Un militar que ha estado por mucho tiempo al servicio del gobierno ruso, y que se ha hallado por mas de cinco años en la guerra del Caucazo, ha reunido sus manuscritos, y ha tenido la bondad de ponerlos á nuestra disposicion. Nosotros hemos hallado en estos apuntes todos los caracteres de la mas escrupulosa imparcialidad. Nos ha parecido, pues, que el resumen de estas memorias de sus viages podrá ofrecer algun interés; especialmente si se completa con las noticias histórico-geográficas, tomadas de las mejores fuentes. Sin tratar de poner en claro las cuestiones políticas suscitadas con motivo de la guerra del Caucazo, queremos únicamente dar á conocer con exactitud en vista de los varios documentos de que queda hecho mérito el estado actual del pais y de los que le habitan.

A la estremidad de la Europa y del Asia, y entre los mares Negro y Caspio, descuella la larga y lúgubre cordillera del Caucazo, que encierra dentro de sí un mundo aparte, rodeado de misterios y de tinieblas. La estension total de los paises que abraza, tiene de longitud cerca de 640 kilómetros (casi 115 leguas Españolas), y su anchura varía desde 350 á 104 (es decir de 63 á 18 1/2 próximamente). Sabido es que dichos paises se dividen en tres partes principales, que son: la Georgia al mediodia, el Daguestan al oriente, y la Circasia al norte. La Georgia, á la cual

Domingo 7 de Septiembre.

han dado los rusos el nombre de Grouzia, y los persas el de Gurgistan, es la mayor y la mas interesante de estas tres regiones. Se subdivide en Cakhétia al Este, sobre el rio Alazan, y en Carthalia, sobre el rio Kour. Las otras provincias secundarias son; la Mingrelia al Norte, la Gouria ó el Gouriel al sur, y la Jmerétia entre ambas. La Circasia se divide, como la Géorgia, en provincias particulares, de las cuales hay algunas que son enemigas de Rusia. Del Daguestan no hay distrito alguno que se haya sujetado á su yugo. Este pais está gobernado por su khan, y presenta batalla continuamente al ejército del Czar con un denuedo terrible. Entre las tres grandes provincias que acabamos de nombrar, se estiende un espacio ocupado por montañas elevadísimas, y habitado por tribus indómitas y salvages. La poblacion total de los paises que comprende el Caucazo asciende á unos dos millones de almas; el gobierno ruso para simplificar la complicadísima administracion de esta parte de sus dominios, la ha dividido hace muy poco tiempo en seis provincias, que corresponden á las principales divisiones antiguas.

Los rios mas importantes que bañan las referidas regiones son: el Kouban, que nace en las cercanías del monte Carbeck, y junto á su desembocadero se divide en dos brazos, de los cuales el uno cae al mar Negro, y se precipita en el mar de Azof; el Terek, que nace asimismo en el monte Carbeck, y desagua en el mar Caspio, despues de haber recibido las corrientes del Sunja y del Soulak; y por último el Kour, que tiene su nacimiento en Turquía, en las montañas de Sahanluk, y desemboca tambien en el mar Caspio, despues de engrosarse con las aguas del Yora, del Alazan, y del Arakase. Este último rio corre por la frontera de las provincias, sirviendo de límite á la Persia y la Rusia.

En el centro mismo del pais, y sobre un espacio de 120 kilómetros de longitud (casi 24  $\frac{1}{2}$  leguas españolas) se descubren las mas altas cumbres de la cordillera del Caucazo; aquí es donde la nevada cima de Elbrouz se levanta hasta la altura enorme de 5,442 metros (algo mas de 6500 varas españolas) sobre el nivel del mar, y sobrepuja por lo tanto en mas de 600 metros (717 varas españolas casi) á Monte-Blanco, y á Monte-Rosa, que son las dos alturas mas gigantescas que contienen los Alpes. Despues de el Elbrouz se sigue Muquinvari, pico colosal, rodeado de hielos, que se eleva hasta la altura de 4710 metros (5627 varas españolas) y el Schat-Tay que encierra dentro de sí los manantiales de Kouban, y se eleva hasta la altura de 4519 metros (5390 varas españolas). No parece sino que estas inmensas montañas estienden sus raices hasta los mares que las rodean. El mar Negro á consecuencia de la agitacion continua de sus aguas, no se ha podido medir con exactitud, pero su fondo es estrecho, peligroso, y de una mediana profundidad. Por lo que toca al mar Caspio, el máximum de su profundidad no escede de 150 metros (178 varas españolas), es decir, es la mas inferior de la de todos los otros mares.

Dos caminos no mas conducen desde la Rusia hasta las montañas del Caucazo. El primero sigue la costa del mar Caspio por en medio de las ciudades de Kisliar, Derbent y Bacou; el segundo se adelanta hasta el centro mismo del pais por el desfiladero de Terek, llamado en otro tiempo la puerta de hierro del Caucazo, y atraviesa las ciudades de Georgiersk, Uladicaukas y Tiflis. Este camino es interesantísimo, particularmente bajo el punto de vista estratégico; pero en él se ofrecen grandes peligros y numerosas dificultades; las tribus feroces de las cercanías hacen continuas sali-

das, robando y asesinando cuanto encuentran á mano durante estas expediciones; y no es posible sujetarlas de otra manera que teniendo sobre las armas unas fuerzas considerables. A estos peligros de cada instante se agregan otros formidables inconvenientes causados por la naturaleza misma del terreno; cada siete años se hacen sentir unos huracanes furiosos, se levantan impetuosos remolinos, que destruyen la carretera, descajan cuanto encuentran al paso, y dejan en pos de sí la destruccion y la muerte. La vuelta peridica de estos fenómenos desastrosos, es un suceso muy extraordinario; no se ha verificado al cabo de tantos siglos que al llegar su tiempo deje de aparecer el mortifero torbellino. El gobierno destina anualmente cuantiosas sumas á la conservacion y recomposicion del camino, que sirve asimismo de sepultura á los muchos soldados que perecen á manos de los montañeses.

El suelo del pais puede dividirse en dos clases bastante diversas. La que cae hácia el mediodia es fértil y muy risueña; en vegetacion, tan rica como variada, se parece á la de los trópicos. La caña dulce, el añil, el olivo, y el limonero florecen allí como en las Antillas y como en la India; el pais produce ademas gran cantidad de vino, arroz, seda, lana, y en una palabra todo lo que es obra de la naturaleza, porque allí no hay cultivo. La guerra, que es la ocupacion favorita de los que pisan aquella tierra roba á la agricultura los brazos que la son necesarios. La otra parte de las montañas, que cae hácia el norte, es triste é infructifera; la naturaleza no da allí señales de vida, ni una mata, ni un arbusto, ni un árbol consuelan la vista con su verdor; yermos incultos é ilimitados se estienden por todas partes. Aun hay en estos áridos sitios un paraje todavia mas horroroso que los demas; llámase el *yermo funesto*. Entre el camino

de Kisliar y el mar Caspio hay un espacio de 50 kilómetros de largo por 12 de ancho (esto es, de 9 á poco mas de 2 leguas españolas); todo él se encuentra ocupado por una poblacion que se compone de serpientes y nada mas. De trecho en trecho se descubren unas pequeñas montañas formadas por grupos de estos reptiles entrelazados unos con otros, y semejantes á los montones de heno que nuestros campesinos recogen en las praderas en la época de la siega. Estas serpientes de dimensiones muy reducidas se arrastran con lentitud, y muy raras veces; pero su mordedura es mortífera. Nunca avanzan hasta el camino que se estiende á lo largo del yermo funesto, nunca se apartan del sitio en que tienen establecido su imperio; mas desgraciado de aquel que adelante hasta ellas sus pasos imprudentes y audaces! Cuando se pasa por este parage el viajero tiembla, y apresura su marcha como si le amenazara un inevitable riesgo. En 1827 dos jóvenes oficiales, cadetes de la guardia del Emperador, destinados al ejército del Caucazo para que se adiestrasen en el servicio, se adelantaron á caballo á lo largo del camino para ir á salir á la ciudad inmediata. Era de noche, y la luna despedia á lo lejos sus luces, é iluminaba con sus apacibles rayos el solitarios campos. Uno de los cadetes que no conocia el terreno, asombrado de lo que veia hácia su mano derecha, guió su caballo por enmedio del yermo funesto. Apenas se habian pasado cinco minutos cuando prorrumpió en los mas lastimosos ayes. El otro cadete tenia noticia de aquel peligro y acudió inmediatamente á favorecer á su camarada; pero lejos de conseguirlo millares de serpientes rodearon á los dos infelices, y espiraron entre los mas horribles padecimientos. El gobernador de la provincia en memoria de este suceso hizo colocar al lado del camino una grue-

sa columna de piedra que sirviese de aviso á los pasajeros.

Los habitantes del pais pueden tambien dividirse en dos grupos ó clases. Los unos tienen por asilo los distritos situados mas allá del Caucaso, y son de origen tártaro. Acostumbrados á la dominacion de los turcos ó á la de los persas, han tomado las costumbres y hábitos de estas dos naciones, y no conservan usos que les sean propios. Los otros, que son los montañeses propiamente dichos, ofrecen un inagotable manantial de observaciones y estudios. Dividense en pequeñas tribus cuyo número es infinito, y cada una de ellas tiene sus costumbres, su religion y su idioma aparte. Estas tribus no conservan por lo comun entre sí relaciones activas, y las pocas que ligan á las unas con las otras son muy á menudo hostiles; pero en ciertas épocas sobresale entre ellas un hombre mas animoso que los demás, que se declara por inspirado del cielo, se hace pasar por un profeta, se va á predicar de montaña en montaña, reconcilia mutuamente las poblaciones dispersas y enemistadas, y les persuade en seguida á declarar á los rusos una guerra á muerte. Las mas numerosas de entre estas tribus y las mas valientes son las de los Tscherkess ó los Circasianos, Natouhais, Abasechs, Tshatschenzels y Cabardins. El origen de estas poblaciones está rodeado de tinieblas densísimas; pero se reconocen aun entre ellas los restos de las hordas asiáticas, que atravesando en otro tiempo el Caucaso hicieron en la Europa la memorable irrupcion que llamamos de los Hunos, Alanos y Avaros. Entre estas tribus, las mas profesan el islamismo; otras son de ideas enteramente paganas; una de ellas únicamente tiene por culto ciertas prácticas y costumbres que se parecen en algo á los principios de los cristianos; y no falta tampoco una tribu que no profesa religion de ningun-

na especie. Esta se llama la de los *Bohoutshemons*. Esta tribu no tiene idea de la creacion, ni del alma, ni de la vida futura. Si son terribles en la guerra los habitantes del Caucaso, se muestran sin embargo generosos y compasivos tan luego como se retiran del campo de batalla. La hospitalidad es una ley inviolable entre ellos. Pero no obstante estas loables, prendas las tribus diseminadas en el Caucaso carecen de uno de los sentimientos mas naturales al hombre. Estos montañeses reducen á las mugeres á la esclavitud mas odiosa, y mientras ellos invierten su vida en la ociosidad ó en la guerra, las dan el cargo de cuidar del cultivo del campo, y de ejercitarse en las mas penosas ocupaciones caseras. Por lo que toca á sus hijas son para ellos un artículo de comercio lo mismo que sus rebaños. No hay cosa menos conocida que el modo con que se hace en aquellos paises el tráfico de mugeres.

Tan luego como una niña cumple diez años, su padre solo trata de sacar partido de ella; para ello la hace observar un régimen capaz de robustecerla, y cuando á los dos años de cuidados continuos cree poder deshacerse de ella con utilidad, se apresura á llevarla al mercado de los esclavos. Todos los años, hácia el mes de Mayo, arriban á las costas del mar Negro comerciantes turcos, y envian sus emisarios al punto donde residen las tribus para darlas aviso de su llegada; los montañeses acuden trayendo en su compañía á las hijas de quienes tratan de separarse. La venta no se verifica como en Esmirna. Todos los comerciantes están reunidos en un sitio público y señalado en el que los montañeses van presentando á sus hijas unas en pos de otras. Los compradores las quitan sus vestiduras, las registran en todos sentidos, con la indecente curiosidad del negociante que prueba su mercancía, y tras esto se principia el ajuste.

Luego que la mujer está apreciada, la paga el comprador al contado; el padre toma su dinero y se marcha, sin detenerse á mirar por última vez á una hija que nunca debe volver á su vista. Estas diferentes operaciones duran comunmente tres dias. Al cabo de ellos los comerciantes se embarcan en el mar Negro, y se dan prisa á ir á sacar ganancia de las mujeres que acaban de ser vendidas. Las mas bonitas son conducidas á todos los serrallos de los beyes y de los pachas, y las otras las llevan al mercado de Esmirna. De esta manera reportan un lucro enorme. Una circasiana cuesta en el pais de 50 á 200 francos, y se revende algunas veces en precio de dos á tres mil. Fuera de las ferias anuales hay tambien ventas extraordinarias. Cuando la cosecha no ha sido buena, y la carestia se difunde por las montañas, lo cual sucede frecuentemente, acuden los que trafican en la compra de esclavos, y en lugar de dinero les llevan granos y toda clase de géneros. En tales ocasiones hay montañas que vende su hija por dos ó tres celemines de trigo. Pero dejemos estos pormenores tan afflictivos, para llegar al objeto que debe llamar mas particularmente nuestra atencion en las noticias que versan sobre el Caucazo.

El gobierno de estas tribus es muy diverso. En unas predominan todos los excesos de la democracia, y en otras los del despotismo. Las antiguas tradiciones y el Alcoran hacen veces de leyes. En las tribus organizadas bajo la forma republicana, los sacerdotes, llamados allí *moullas*, tienen á su cargo la administracion de justicia, al paso que en las que se gobiernan bajo el sistema del despotismo no se conoce mas juez que el gefe que la acaudilla. Aquel que entabla una demanda con el objeto de lograr sentencia, es costumbre que presente sus súplicas acompañadas de algun donativo considerable. La principal industria de

esta poblacion consiste en tener numerosos rebaños de ovejas y de cabras; algunos se dedican con afán á la agricultura; otros tan solo se ejercitan en el pillaje; todos reciben de los turcos por el mar Negro abundantes socorros en armas y provisiones de todo género. En otro tiempo los persas ejercian una marcada influencia sobre los montañeses que habitan en el Caucazo, pero esta influencia ha decaido mucho por los manejos ocultos pero incesantes de la Turquía. En la actualidad los rusos buscan el medio de burlar los amaños de esta última potencia, y vigilan con el mas activo cuidado en toda la costa del mar Negro; pero las dificultades geográficas que ofrece el terreno, y la guerra continua que ellos han tenido que sostener, no les han dejado sacar todavía ningun provecho.

Desde los mas tiernos años, los montañeses del Caucazo se emplean en manejar las armas, y aprenden á hacer la guerra. Ellos no salen de la cuna sino para montar á caballo. Sus primeros juguetes son los sables y los fusiles de sus padres, ó muñequillos que representan soldados rusos, contra los cuales se entretienen en emplear sus fuerzas. Desde que saben andar, se enseñan á encaramarse por las rocas mas escarpadas y á pasar á nado los rios y los torrentes. Bien se concibe que con una educacion semejante y con un desprecio absoluto de todo peligro deben llegar á ser en una guerra de partidos unos soldados intrépidos é invencibles. Las únicas pasiones que agitan á los montañeses son un odio inveterado contra los Rusos, á quienes miran como sus mas acérrimos enemigos; un implacable resentimiento contra las ofensas recibidas, ó hechas á sus parientes, y sobre todo á sus padres; y un amor frenético á los *moullas* ó sacerdotes que les predicán la guerra contra sus opresores. Su traje es de los mas pintorescos, y se reduce á un gran gorro á estilo de Persia, formado de pieles de

cualquier fiera salvaje; una gran toga que se enfaldan para montar á caballo, y para batirse, y una piel de tigre ó de leopardo que les cubre la espalda. Las armas que gastan son un largo fusil cuya estremidad es abocinada, como la de los fusiles árabes, un sable cuya hoja corva y cortante puede abrir en canal á cualquiera de un solo golpe, un puñal, y una pistola. Se han encontrado á menudo entre ellos antiguos sables pertenecientes á los cruzados, que tienen cruces grabadas en muchos sitios. Se fabrican en las montañas armas de una calidad excelente; y además de esta fabricacion, los turcos proveen de ellas á los montañeses continuamente.

La táctica militar de los que moran en el Caucaso es sencilla, y está en armonia completamente con la índole del pais. Consiste en preparar á los enemigos emboscadas secretas en lo interior de los bosques, en los barrancos, ó en las angosturas, y en estorbar las marchas por medio de atrincheramientos, detrás de las cuales se batien desesperadamente. Jamás atacan á los rusos á campo abierto, porque siempre llaman en socorro de su denuedo á la áspera calidad del terreno.

Un momento crítico han tenido los rusos, y tuvo lugar en 1812, cuando se vieron en víspers de perder todas sus conquistas; la guerra contra la Turquía y la Persia, la revolucion de las provincias de la Tartaria, la de la Georgia, la sublevacion general de los montañeses, y por remate de todo la peste, todo vino á estallar á un tiempo. El gobierno imperial, lejos de hallarse en disposicion de enviar refuerzo á sus generales de resultas de la guerra terrible que entónces le hacia Napoleon, habia ya dado orden al general en jefe de las huestes rusas, el marqués Pauluci, para que evacuase las provincias situadas en el Caucaso, cuando he aquí que los generales rusos, antes de poner

en ejecucion dicha orden se resolvieron á hacer el último esfuerzo. En aquellos apurados momentos fue cuando el general Kotliarevsky, comandante de las provincias de la Tartaria se distinguió por sus hazañas brillantes, y por una série de combates afortunados. No teniendo consigo mas que cuatro mil combatientes llenos de decision, se dejó caer sobre todos los puntos amenazados, sofocando completamente los alborotos. En seguida atacó á los Turcos, y les arrebató la fortaleza de Achalkakie; y despues de este primer triunfo marchó contra los Persas, y puso sitio á la fortaleza de Zenkoran que les pertenecia, y que estaba defendida por doce mil hombres; Abbas Mirza á la cabeza de treinta mil hombres vino á socorrer á los que estaban sitiados; pero Kotliarevsky, habiendo recibido aviso de su venida, se dejó caer, á la mitad de una noche sumamente lóbrega, sobre el ejército persa, cerca de Aslandouse, é hizo una sangrienta carnicería, se apoderó de las riquezas de Abbas Mirza, que se escapó con bastante trabajo de los que le iban á los alcances, y fue á apoderarse de la fortaleza que habia dejado ya abandonada. Esta victoria no obstante le costó cara, pues perdió la mayor parte de su division; y él mismo, herido muy gravemente, tuvo que retirarse de la campaña. Este fue un terrible golpe que por entónces sufrieron los rusos. Estos hechos quedaron por aquel tiempo poco menos que en el olvido, porque acontecimientos de la mayor importancia llamaban la atencion de la Europa entera.

El estado de crisis en que se hallaba el Caucaso, se prolongó hasta el año 1818, época en que se devolvió al general Yermolof la comandancia en jefe de las provincias del Caucaso; destino en que continuó hasta el año de 1826. Este general sometió á los Tchetchenzs, y á los Akouchins, dos de las mas importantes

y mas formidables tribus de las montañas, penetró hasta lo mas interior del pais, mandó hacer fortalezas diestramente fortificadas, é hizo triunfar las armas rusas en todas partes.

Las primeras hostilidades de los rusos con los pueblos de las montañas no pasan del siglo de Pedro el Grande. Este principe, habiendo sido informado de que las caravanas de comerciantes rusos que daban la vuelta del viage á la India, eran continuamente robadas por las hordas salvages de las regiones situadas en el Caucasó, concibió el pensamiento de establecer una comunicacion directa entre la Rusia y la India, volviendo á tomar el antiguo itinerario del comercio, que pasaba por el rio Amou-Daria, el antiguo Auxus. Para realizar este pensamiento, envió una expedicion compuesta de un corto número de soldados al mando del principe Bekovitch-Cherkassky, con el objeto de establecer relaciones regulares con Chiva, y de estudiar el curso del rio Amou-Daria. Esta expedicion tuvo resultados funestos; el principe y todos sus subalternos fueron asesinados en Chiva con la mas inaudita barbarie. Esta desgracia no desanimó á Pedro el Grande; se propuso seguir adelante en su intento por otros medios, hasta lograr el fin que deseaba, y establecer una nueva ruta por la costa occidental del mar Caspio. El mismo se puso en persona á la cabeza de una expedicion guerrera en 1722, y conquistó en poco tiempo los paises situados entre el mar Caspio y la cadena de montes que llegan hasta el Caucasó. Su dominacion se estendió bien pronto á partes mucho mas remotas que las que poseian los rusos á aquella fecha. Mas con la muerte de Pedro el Grande desapareció aquel nuevo imperio. En lugar de estender la dominacion y el comercio de Rusia en aquellas regiones, los que sucedieron á Pedro el Grande, abandonaron en una gran parte sus preciosas conquistas. La Empera-

triz Ana, habiendo ideado otro plan, y resuelto establecer para el comercio con lo mas remoto de Oriente, un camino que pasase por Orenbourg, juzgó que era inútil y muy ruinoso la posesion de las provincias situadas en el Caucasó, y se las cedió á la Persia en 1737. Pero no se pasaron cincuenta años, todo lo mas, sin que los rusos, en tiempo de la conquista de la Crimea, verificada en el reinado de Catalina II, el año de 1783, para rechazar los ataques de los circasianos, principiasen de nuevo á mandar tropas hácia el Caucasó. En los primeros momentos, se limitaron á rebatir á estas poblaciones, haciéndolas que se retirasen mas allá del Kouban y del Terek, y á formar en estas dos orillas una línea defensiva, denominada línea del Caucasó; pero esta moderacion no duró demasiado.

El reino de Georgia se sometió voluntariamente á la dominacion de los rusos en 1800; ellos se aprovecharon de esta circunstancia y de la necesidad en que se veian de defender su nueva conquista para enviar sucesivamente al Caucasó, un cuerpo de ejército muy respetable; despues se estendieron paulatinamente, perjudicando desde luego á las provincias de la Tartaria, que eran independientes, y no reconocian mas que el protectorado de la Persia y de la Turquía, y mas tarde á la una y la otra de estas dos potencias. Entonces la línea del Caucasó avanzó pasando mas allá del Kouban y del Terek, y llegó bien pronto hasta el pie de las mismas montañas. Mas no se consiguió todo esto sin sangrientas batallas que duraron hasta el año de 1813.

El general baron de Rosen sucedió á Paskevitch en 1831; é siguió el sistema exterminador de su antecesor Yermolof, hizo muchas expediciones á las montañas, construyó fortalezas, designó las rutas militares, y concibió en fin el proyecto de cortar las comunica-

ciones de los montañeses con el mar Negro, poniendo cordones en todas las costas de dicho mar. La ejecucion de este plan es el objeto de todos los esfuerzos de la Rusia. Dióse principio á él en 1837, por el lado de la Georgia, bajo la direccion del mismo Rosen en persona, y por el del Caucazo, bajo la del general Williaminof, discípulo del general Golavine, sucesor inmediato del baron de Rosen. Este nuevo sistema estratégico, puede ser que hoy dia hubiera tenido su puntual cumplimiento, á no mediar la necesidad en que desde 1839 se han encontrado los generales rusos de dirigir todos sus ataques contra un hombre extraordinario, cual es el *moulla* Chamil, que los tiene apurados de algun tiempo á esta parte, y les hace perder todo su prestigio de dia en dia. Este príncipe gozaba desde el principio de una gran influencia entre algunas tribus, y sobre todo en la de los Tchetchenzs; esta influencia aumentó de dia en dia, y muy pronto llegó á insurreccionar, no solamente á los montañeses, sino tambien á algunas provincias tártaras, que hasta entónces habian permanecido sumisas. En la actualidad se continua la lucha contra este insigne guerrero por todos los ángulos del Caucazo. Muchas veces ha sido derrotado, no pocas ha estado pasa caer en las manos de los rusos; pero escapándose como por milagro de la activa persecucion de sus enemigos, repara al golpe sus quiebras, y al dia siguiente vuelve á manifestarse mas audaz y mas decidido. En 1842 sorprendió de repente en el fondo de unos espesos bosques, al general Grabbe que marchaba á encontrarle seguido de doce mil hombres, y despues de haber introducido en sus filas la mortandad y el desórden trataba de apoderarse de toda su artilleria, que no se perdió por completo gracias á la valentía del coronel Trasikine, que la defendió hasta su último aliento, y quedó herido al pie de los

mismos cañones. En 1843 se apoderó Chamil de tres fortalezas situadas en medio de las montañas, despues de haber pasado á cuchillo su guarnicion.

Estos brillantes triunfos infundieron en el ejército ruso un desaliento sin límites. Chamil se aprovechó del abatimiento en que se hallaban las tropas para continuar sus ataques; les cortó todas las comunicaciones con fuerzas considerables, excitó la rebelion en todos los paises situados en medio de las montañas, amenazó á los rusos que carecian de víveres por todas partes, y les obligó á que evacuasen la Avaria y las demas provincias de las montañas, para replegarse hácia las costas del mar Caspio. Esta retirada de los Rusos por en medio del ejército de Chamil, en un pais lleno de peligros por todas partes, hace honor al coronel Possiet, que tenia el mando. Estos acontecimientos han formado una nueva época en la historia de esta famosa guerra, inmortalizando el nombre del héroe y vencedor del Caucazo.

Chamil es un hombre de una estatura elevada, de unas fuerzas extraordinarias, de un talento despejadísimo, y de un valor sin segundo. Por los años de 1834 empezó á hacer la guerra en medio de sus Murídes, y desde entónces acá su reputacion no ha cesado de tomar incremento. En aquella época estaba al frente de dos mil hombres y nada mas; hoy tiene á sus órdenes mas de veinte mil combatientes, sin contar las tribus independientes, que aunque no le obedecen directamente, participan de su odio contra los rusos, y caminan al mismo fin. Chamil conoce mucho mejor que sus enemigos, y con una exactitud asombrosa la naturaleza del terreno é indole de sus habitantes. Se encuentra en lo mejor de su edad, tendrá unos cuarenta años escasos; y es padre de cinco hijos, todavia muy jóvenes, educados con los mismos sentimientos que el célebre *moulla*. Su

hijo primogénito cayó prisionero en una emboscada hácia fines de 1839. Tenia entonces diez años, estaba armado completamente, y se defendió con la mayor valentía. El Emperador le ha colocado en un colegio militar en donde le educa á su costa. Dicho jóven manifiesta las mas felices disposiciones para el estudio de las ciencias y de la estrategia. Jamás volverá á ver el lugar de su nacimiento, pues las intenciones de Nicolás son de darle plaza en su guardia, porque nunca debe apartarse este jóven del centro del imperio.

La Rusia para reconquistar las provincias que acaba de perder, ha mandado otra nueva expedicion á las montañas por el lado del mar Caspio. Esta expedicion, salió en el mes de Mayo último á las órdenes del general Neidhart, general en jefe del ejército del Cauca-so. Neidhart ha repartido sus tropas en tres divisiones mandadas por los generales Leiders, Gonsko y Dolgorouki. El ataque se ha dado por tres puntos á un mismo tiempo, y se ha elegido para las primeras operaciones el distrito de Arvouria, como que es el menos fortificado. Rumores contradictorios circulan acerca del resultado de esta campaña. Lo que hay de cierto es que Chamil ha escitado el fanatismo musulman en todos los puntos, que ha predicado á las tribus la guerra santa, ha sublevado á las nuevas colonias, ha dado acciones de muerte, y ha obrado prodigios de valor que eternizarán su fama. Cualquiera que sea la valentía y destreza del ejército ruso, tiene que habérselas por mucho tiempo con un contrario sobremanera temible.

Las fuerzas que tienen los rusos en el Cauca-so consisten actualmente en tres divisiones de infanteria compuestas de cerca de 35.000 hombres, y un regimiento de Dragones de 1,000 plazas, en 45 batallones de tropa de guarnicion repartidos en las fortalezas, que ascienden á

30,000 hombres efectivos, en 20 regimientos de cosacos de á 500 hombres cada uno, y por último en 12 baterías de artillería de á 8 piezas cada una; todo lo cual reunido compone la suma total de 80,000 hombres y 100 cañones. Hace muy poco que se ha enviado al ejército del Cauca-so un nuevo refuerzo de 10,000 hombres.

Independientemente de la fuerza material referida, el gobierno ruso ha tratado de asegurar su dominacion adoptando medidas pacíficas. Para este efecto, ha organizado en distintas partes del territorio colonias de labradores; ha fundado escuelas para los niños de los montañeses, que incorpora en seguida en sus filas, concediéndoles por gracia particular privilegios extraordinarios; pero todos estos medios casi no han surtido efecto. Las colonias de labradores continuamente se ven inquietadas por las desastrosas calamidades que produce la guerra; y los jóvenes oficiales que proceden del Cauca-so, asi que vuelven á sus hogares, dominados por el sentimiento tan natural del amor á la patria se desertan de la bandera rusa para ir á engrosar las filas de los soldados que acaudilla Chamil, el cual sabe sacar entonces muy buen partido de su animosidad y de su instruccion. La única enseñanza moral que podrian recibir con fruto estos pueblos serian los principios civilizadores del Cristianismo. Si la Rusia llega á ejercer algun dia en los que viven en el Cauca-so una influencia toda religiosa ¿serán mucho mas fáciles las conquistas para sus soldados? He aquí una pregunta á la que el porvenir solamente podrá contestar. Mirándolo todo despacio, lo único que advertimos es que el sistema adoptado hasta el dia por el gobierno ruso de emplear la fuerza contra la fuerza para conquistar el Cauca-so, no ha sido para el Imperio mas que una continuada serie de desastres y de ruinas.

Domingo 14 de Septiembre.

## UN PADRE.



U.

En uno de los arrabales, ó llámen-se barrios de la muy antigua ciudad de Cantorbery, llamado Southwarck, estaba reunida una multitud de gente; era la hora en que las criadas y las cocineras, adornadas con sombrerillos, cruzaban el Southwarck, para ir á la plaza del mercado á comprar el avío.

Por lo regular el citado barrio, á la hora ya dicha, parecía una feria de lugar, por el movimiento, animacion, y confusa mezcla de toda clase de gentes que se encontraban y se empujaban unas á otras por llegar y despachar cuanto antes. El dia de la ocurrencia que vamos á referir habia en el barrio mucha gente; pero gente aun mas agrupada y compacta, en mayor desórden, y tambien mas distinguida. Asi es que sobresalian jóvenes y alegres coquetas, jóvenes y elegantes petimetres, que daban de codo á la clase abastecedora y vulgar; de todas partes acudian las gentes para llegar á la puerta de una casita de mezquina apariencia. Allí, como en todas partes, lo curiosidad habia atraido á la muchedumbre, de modo que ni los caballos ni los carruages podian transitar libremente. ¿Qué sucede en esa casa? Esta era la pregunta que hacian todos, sin que nadie atinase con la respuesta; por último, despues de algunas horas de expectativa, se vió salir por la puerta baja en la que estaban clavados los ojos de los espectadores, un hombre que llevaba en brazos su criatura, y la apretaba con toda su fuerza, como si tratasen de arrebataréla.

Todo lo que en aquel momento pudieron hacer los curiosos fue examinar de corrido tanto al hombre, como á la criatura, que apenas dejaron tiempo para que nadie se enterase de sus facciones: porque, pasando con rostro ceñudo é imponente, se abrió el hombre camino al traves del espeso tropel de hombres y de mugeres que estorbaban su precipitada marcha, y se perdió poco despues de vista, sacando en triunfo su interesante carga.

A muy poco rato se oyeron unos gritos tristísimos; abrióse una pequeña ventana, y por ella se tiró á la calle y cayó sobre el pavimento una persona.

Al momento se dirigió la gente, á manera de olas que se van á estrellar, hácia el sitio en que yacia el sér que habia tratado de suicidarse, el cual era una muger, que á pesar de sus muchas heridas, y de la sangre en que se anegaba, se conocia que era jóven, y linda. Se la levantó del suelo poco menos que muerta.

Un jóven cuyo trage y aspecto denotaban ser jornalero, tomó al parecer un interes decidido por la infeliz que yacia en el suelo, á la que tomó en brazos, y la trasladó á su casa, enjugando las copiosas lágrimas que bañaban su rostro, y acallando sus desesperados gritos; trató de reanimarla, puso la mano sobre el corazon de la pobre paciente, y exclamó enagenado de gozo; todavia está viva: entonces se aproximó mas á ella, y oyó salir de sus labios estas dos palabras: «Mi hijo»: y de su despedazado pecho salió con ellas el último aliento que puso término á su existencia.

Un momento despues estaba ya hlada.

Al otro dia los periódicos y diarios de Lóndres traian la noticia siguiente: «Una jóven costurera del barrio de Southwarck se ha tirado por una venta-

na á la calle; se atribuyé este desgraciado suceso á un rasgo de locura; porque esta desventurada jóven hace tiempo que padecía de ataque á la cabeza que trastornaban su juicio.»

He aquí lo que la opinion pública referia á muy poco tiempo, de resultas de las diligencias practicadas en la casa en que sucedió el desastre, y de las declaraciones que se tomaron en ella.

Veinte años hacia que la jóven Maria ocupaba aquel cuarto: este prolongado arrendamiento de su pobre casa revela los pocos años de la malograda difunta. Efectivamente no tenia mas edad que la dicha; aquella era justamente la casa en que vino al mundo; en ella era donde su madre la habia mecido en la cuna cuando chiquita, colmándola de caricias, y acallándola cuando se deshacia en llanto! Pobre madre! qué lejos estaba entónces de imaginar, que veinte años despues, aquella casa seria su tumba! Sin embargo, si esta madre hubiera pensado en el porvenir, hubiera concebido temores con respecto á su hija, porque esta desde sus mas tiernos años daba indicios de que en lo sucesivo seria sencilla, cariñosa, festiva y pobre; pobre, es decir, sin ningun recurso para conseguir buena suerte! Su madre era una infeliz costurera, y Maria habia nacido en esta humilde clase, en que es demasiado raro que la muger logre que la estimen cual corresponde! Ella pertenecia á una clase en la que la hermosura es funesta, y la virtud combatida! Su pobre madre embelesada con la belleza de su inocente Maria, se habia visto en la precision de dejarla en una completa ignorancia por no poder costear maestros que la ensenasen, y de habituar sus manos delicadas y transparentes al manejo del dotal y la aguja! Se habia visto obligada la buena madre á hacer que se lastimasen con las pinchaduras los dedos puli-

dos de su agraciada hija, en los que hubieran sentado muy bien los anillos y los diamantes! Se habia visto forzada esta angustiada madre á ver á su hija con la almohadilla en la falda de dia y de noche, trabajando como una negra!

Maria no paraba un instante, y por su habilidad ganaba lo necesario para mantenerse y mantener á su pobre madre, que se habia quedado ciega á fuerza de lo mucho que habia cosido. Maria, que en su niñez habia sido admirada por su belleza, llegó á ser una de las jóvenes mas hermosas, y tanto, que su hermosura se hizo tan pública, que siempre que se trataba de elogiar á cualquier Señora, se decia ordinariamente: En lo bonita se parece á Maria!

En efecto nada mas encantador y atractivo que esta preciosa jóven, dotada de esa vaporosa belleza que caracteriza á las mugeres inglesas, cuya espresion revela mas bien las disposiciones de su alma, que los grados de su talento; sus grandes ojos, azules y amortiguados, guardaban una maravillosa armonía con su pequeña boca, cuya sonrisa era apacible y sin artificio. Sus cabellos particularmente, sus hermosos cabellos rubios, se rizaban con mucha gracia sobre su blanco y flectible cuello. Todo en ella era seductor é interesante; era la rosa de un solo dia, la rubia de diez y seis primaveras; mas de un jóven elegante y buen mozo, mas de un dandy y de un poderoso y acaudalado lord habian mirado con atencion á Maria; pero ella no hacia caso, ó á lo menos evitaba hacerle. Encerraba en sí misma su menor pensamiento de amor, como un depósito que Dios habia puesto á su cargo, sin atreverse á tocarlo, por el temor de obrar mal, y habia tomado ademas los consejos de su digna madre, que sin cesar la exhortaba á desconfiar de sí misma; moral que se enseña á las jóvenes, y que no impide

nada! Por no sucumbir combatiendo, la pobre niña se apartaba del mas leve pensamiento de amores; en fin, por conservarse fuerte, María se volvía salvaje.

Estos primeros deseos que se desarrollan en el alma de una jóven sin que pueda dudarle, vienen á parar ya en ridiculeces sin cuento, ya en lágrimas abundantes; la madre de la jóven María se afijia al observar estos cambios, y se apesadumbraba no pocas veces, porque su larga esperiencia reconocia por estas señales la necesidad de explayar su alma, y de comunicar á otra esta demasía de juventud y de vida.

Un jóven jornalero, llamado Juan, que como María no tenia mas bienes de fortuna que lo que ganaba con su trabajo, la pretendió por esposa. Este vivia enfrente, y viéndola trabajar desde su ventana, se habia enamorado de la costurera. Pero en la clase de los artesanos, y con una educacion semejante, una jóven, cuando es bonita, es muy superior al varon; la muger tiene un instinto delicadísimo que la revela, sin advertirlo, la gracia, la ternura, y aun el idioma de un mundo mucho mas elevado que el suyo. María era costurera, y de la misma clase que Juan; pero habia entre ellos una diferencia inmensa.

María era delicada, blanca, y garbosa; Juan era robusto, moreno y desaliñado. La voz de María era dulce y tan melodiosa como los cánticos celestiales; el acento de Juan era bronco y desapacible, la naturaleza los habia sembrado en la misma tierra, pero de distinta semilla. La madre de María, que estaba ya anciana y enferma, temia morir sin colocar á su hija. La demanda de Juan la agradó en extremo; habló del asunto á su hija; pero esta que era jóven y bella, no tenia motivo para casarse á disgusto; no veia en su novio

mas que un hombre rústico y desmañado que léjos de interesarla, la inspiraba tal aversion, que no la era dado profesarle cariño; ella le veia tal como era, y se negó por lo tanto á la boda. María rogó á su madre que la permitiese vivir en su compañía, y permanecer soltera por un poco tiempo, y obtuvo fácilmente lo que deseaba. No se volvió á hablar de Juan, ni de casamiento; pero sucedió lo que temia la pobre madre; al poco tiempo cayó mala y murió, sin dejar á María con un esposo que la amparase.

La pobre jóven se quedó sola en el mundo, rodeada de escollos, con el incentivo perjudicial de su juventud, de su inexperiencia, de su ignorancia y de su hermosura. Poco tardó en conocer que estaba desamparada. El tédio se apoderó de ella; y cuando la melancolía posee á una jóven, está abierto el camino de la esperanza para su amante, y el de la perdicion para ella.

María se quedó pensativa, y su razon comenzó á turbarse.

Así que se vió en una situacion semejante, con la cabeza caliente, apocado el espíritu, y rendido el discurso, se encaminó al sepulcro de su buena madre, y puesta allí de rodillas y con las manos cruzadas, la suplicaba le diese fuerzas para salir de una turbacion que la atormentaba sin saber por qué causa; allí las lágrimas que la ahogaban cuando estaba sola, corrian á torrentes por sus mejillas, como el agua de un vaso lleno hasta arriba, que está rebozando; en la tumba de su querida madre era menos desventurada, y la fiebre que la consumia se minoraba con sus copiosas lágrimas, que la refrescaban como el rocío á las flores.

Un dia que estaba orando, y con mas fervor de lo acostumbrado, resonó en sus oidos una voz que la llamó por su nombre, y la dijo: Maria, mi querida Maria! Atónita al escucharla,

volvió la cara, y se halló con un joven de trage muy sencillo, pero de noble y agraciado semblante; asombrada con tan estraña vision, en cuya presencia estaba como encantada, la pobre joven, muerta de miedo, se fue á su casa.

Fácil es concebir cual seria su asombro; parecíala un sueño lo que la habia pasado; porque, en su edad, para trastornar la imaginacion, para hacer suspirar á un corazon totalmente, no se necesita mas que un ligero soplo, una brisa, una voz, una palabra; y esta voz, y esta palabra habian sido escuchadas ya por Maria. y estaban grabadas en su interior. «Mi nombre! exclamaba; él ha pronunciado mi nombre!» Ella no se atrevia á hacerse preguntas; todo la llenaba de espanto. Pero lo que mas la afligia era el no saber cómo componerse para volver á rezar en el Cementerio. ¿No era una temeraria imprudencia el esponerse al peligro? pero por otra parte ¿podia alejarse de la sepultura en que reposaba su madre? He aquí lo que se preguntaba á sí misma. Oh! madre mia! mi pobre madre! ¿Es posible que yo tenga valor para dejarte sola, y entregar tu memoria al olvido? ¿Será posible que yo me resuelva? Oh! no, no es posible, exclamó por último. Esta resolucion estaba de acuerdo con la secreta necesidad de su alma: asi es que volvió al Cementerio, tuvo el propio encuentro que ántes, oyó la misma voz, y esperiméntó sensaciones idénticas: duró esto por algun tiempo, sin que las cosas pasasen mas adelante; hablabansen con los ojos, sin tener atrevimiento para acercarse uno á otro; pero á fuerza de verse, y de hablarse con el lenguaje mudo del corazon, se alentaron el uno por las acciones, y la otra por los pensamientos. El lindo jóven lo ofreció el brazo, y la tímida joven lo aceptó sin reparo; no tardó él mucho en avanzar en sus peticiones, puesto que

la rogó tuviese la condescendencia de permitirle la acompañase á su casa, y dejarle entrar en aquella reducida vivienda, asilo de la laboriosidad y de la virtud; ella no se lo negó. y Roberto (asi se llamaba el jóven), Roberto fue recibido en la habitacion de Maria, que no se sentia con fuerzas para despedirlo. La jóven en medio de su aturdimiento, y de la indiscrecion con que habia obrado, tenia, no obstante, alguna disculpa, porque Roberto la habia dicho: Yo soy un jornalero, y gano mi subsistencia con mi trabajo, del mismo modo que tú: nos casarémos al momento; y no será malo que nos esperimentemos, ántes de que yo hable del asunto á mis padres, que estoy seguro que consentirán llenos de regocijo en vernos casados lo mas pronto que sea posible. La inocente jóven creyó mucho mas al amor que tenia á Roberto que á las razones mas convincentes y verosímiles; su Roberto era tan elocuente, tan persuasivo! sus ojos eran tan penetrantes y tan hermosos! sus cabellos negros y ensortijados caian sobre su cuello tan lindamente! Maria comparaba todas estas circunstancias con las de Juan; y exclamaba en seguida: qué diferencia va de uno á otro! Ella dudaba no pocas veces del verdadero origen de aquel arrogante mozo; tal era la belleza que encontraba en su amante! Le escuchaba con una admiracion increíble cuando la hablaba de su amor desmedido, por que nunca habia oido bablar en términos semejantes. Roberto se burlaba de su sencillez, y al saber que las amaban se volvia loco, y decia unas espresiones tan disparatadas y retumbantes, que la pobre jóven no le entendia ni pizca. Cuando le veia tan electrizado y pesado de un ardor y entusiasmo fuera de medida, exclamaba llena de pasmo: «¿Es verdad, querido Roberto, que tú no eres mas que un simple trabajador, que dependes como yo de un miserable jor-

nal? Roberto la protestaba que sí, y Maria se quedaba tranquila.

No obstante, ella notó bien pronto que las visitas de su amante iban siendo menos frecuentes. Ya no era tan cariñoso, ni la hablaba de casamiento. Maria no se atrevía á quejarse; mas un dia le dijo balbuciente y abochornada: «Amigo mio, yo ya soy madre! bien ves que es preciso casarnos!» Roberto se puso descolorido; pero temiendo que Maria adivinase el motivo de su sorpresa al oír esta nueva, se hizo el disimulado, mostrándose fino y complaciente en extremo, hablándola muy á menudo de su próximo casamiento. Despues en fin que la pobre jóven no creia la echase en olvido en vista de tales demostraciones, despues de haberla hecho concebir las mas fundadas esperanzas, tuvo la vileza de abandonarla, y de no volver á pisar su casa.

Pasáronse dias, semanas y meses, y la desgraciada Maria se quedó viuda de amor, por la pérdida de Roberto.

## II.

En uno de los mas hermosos palacios del sitio real de Westminster, en Lóndres, habia un lujoso salon en el que se reunian la riqueza y la aristocracia de todas las naciones del orbe; todos los dias acudia un gentío inmenso á las puertas de este palacio, y todos los dias concurrían sujetos de distinción á inscribirse y hacer visita al génio mas sublime de la Inglaterra, al escritor cuyo nombre no es posible pronunciar sin envidia, tal es su celebridad! al hombre que hace estremecerse á los que leen sus obras, al autor del D. Juan! En aquel instante habia en una de las salas de este suntuoso edificio un gran convite de hombres, que se entregaban á los excesos de la mesa y de la embriaguez. Cada uno de estos nobles y jocosos convidados contaba las aventu-

ras de sus amoríos, cada uno realizaba con poéticas frases la belleza de su nueva querida, y eada cual por un efecto de vanidad la pintaba mucho mas hermosa de lo que realmente era; entre aquellos personajes descollaba uno, cuya hermosura sorprendia tanto, como su animada espresion y maravilloso talento; uno, cuya voz era elocuente, burlona, y sobre manera grata; uno cuyos hermosos cabellos adornaban su blanco y torneado cuello, capaz de inspirar un amor frenético á las mugeres.

El tal estaba contando su última conquista, y habia nombrado á Maria.

—Sí, decia, esta jóven me daba muy buenos ratos; en verdad que yo he estado loco con ella por mucho tiempo.

—De veras? le contestaban los otros: tú nos haces tenerte envidia, y nos estimulas á hacer la prueba con alguna griseta.

—Yo os suplico, señores, que no os sirvais de ese nombre para hablar de mi amada; es digna de otro mas noble; es mas bien una sencilla zagala, dijo riyendose á carcajadas; es en fin la muger que me ha servido de tipo en el último poema que acabo de compouer.

—Ah! ya comprendo por qué no la has vuelto á ver mas! tu poema estará ya acabado.

—Si, por cierto, lo has acertado; y en mi poema no hay niños.

—Ah! ya; te entendemos; tú no has querido ser padre. Bravo! está muy bien hecho; eso es un engorro, y sobre todo con mugercillas plebeyas...

Si la pobre Maria se hubiera hallado presente en aquellos momentos, hubiera reconocido á Roberto!....

## III.

La desdichada jóven viendo que no la quedaba esperanza alguna, y que su perfido seductor la habia abandonado

vilmente, se entregó á una desesperacion y una angustia las mas terribles. Daba lástima verla! estaba desconocida. Sus mejillas tan sonrosadas poco antes, se habian quedado pálidas y consumidas, sus hermosos ojos estaban desencajados, cual si fuese difunta; si alguna que otra vez estaba serena, era porque creia cercana su muerte; mas apenas sintió en sus entrañas los leves, pero vivos movimientos que descubren por primera vez á las jóvenes madres la existencia de los seres que las deben su vida; cuando sintió que su hijo vivia dentro de sí misma, cambió de ideas; su valor apareció de nuevo con su esperanza. Oraba por la felicidad de aquel ser que aun no habia visto los rayos del sol, y no pensó mas en su muerte, ocupándose solamente en trabajar de dia y de noche para cuidar al hijo de sus entrañas. Sus vecinas, que desde el principio la habian disuadido de su malvado propósito, vinieron á visitarla, la admiraron y la ayudaron; porque el valor en los sufrimientos se grangea aplausos! cual la regaló una gorrita; cual las mantillas; á fuerza de recibir los mas primorosos trapitos, reunió una vistosa envoltura.

Ella tuvo por fin un varon, que se parecia en lo bonito á su padre; púsole por nombre Roberto, porque no queria echar en olvido á su amante. Era una delicia ver á la jóven madre lactar por sí misma á su pequeñuelo Roberto, acariciarle, besarle y engalanarle; era un gusto verla arreglar para él, un sin número de tragecitos, y variar las hechuras de mil maneras; era un encanto verla volverse loca, y jugar como niña para divertir y hacer reir á su amado hijo! era un embeleso oírle de dia entonar mil y mil canciones, á cual mas alegres, y verla durante la noche al lado de la cuna de su tierno infante, dormirle y recostarle contra su pecho, y estar en vela para guardarle el

sueño; ¡era tan hermoso su idolatrado Roberto! A él era á quien admiraba, á quien celebraba; él era para su madre un sol, que la iluminaba con sus fulgores; ella en fin estaba tan ufana, que habia vuelto á recobrar su perdida belleza. Roberto cumplió los tres años, rebosando salud y robustez. Su porte era igual al de los hijos de las mas poderosas señoras, y si á su madre se la podía criticar por alguna cosa, era seguramente por el demasiado lujo con que vestia á su niño. Su amor, que ella habia creído la quitaria la vida, habia pasado á su hijo. Era algo mas que cariño, era amor de madre lo que experimentaba, como todas las mugeres sensibles, á quienes sus amantes han abandonado siendo ellas demasiado jóvenes; era una pasión que rayaba en delirio!

Un día que Maria habia ido á una funcion que se celebraba en Lóndres, habia llevado consigo á su hermoso y pequeñito Roberto, vestido como si fuera un magnate, con su gran traje de terciopelo; habia rizado sus rubios y hermosos cabellos, que caian sobre su frente en graciosos bucles, todo el mundo admiraba aquel hermoso niño, sin hartarse de ver sus mejillas redondas, y su blanco y hermoso cutis; pasó en esto un coche, dentro del cual iba una multitud de jóvenes elegantes, entre los cuales se hallaba un hombre, que fijó en Maria, y despues en su niño, sus ojos vivos y penetrantes. Este era Roberto, el poeta célebre del salon del palacio situado en Westminster. La pobre jóven dió un grito, agarró á su niño, y le estrechó cariñosamente contra su pecho, como si un secreto presentimiento la hubiese advertido de que un nuevo riesgo la amenazaba.

Cuando se volvió á su casa, encontró una carta, la abrió temblando, y leyó lo que sigue:

«Maria:

«Yo os he engañado; yo no perte-

nezco á una clase baja; mi categoría es la mas brillante de todas las del Estado; os he amado con entusiasmo; esto es indisputable, pero reflexionad que no puedo legitimar nuestro enlace; quiero, sin embargo, hacer algo en obsequio vuestro; he llegado á saber que habeis salvado á mi hijo, prodigándole los mas tiernos y continuados desvelos! Os doy la enhorabuena por ello, y para recompensar de algun modo tan loable conducta, he tomado la determinacion de aliviaros, encargándome de educarle; de aquí en adelante no pertenecerá mas que á mí; bien sabeis ademas que esto es una cosa muy razonable; la ley pone á los hijos en poder de sus padres. Apresuraos á entregármelo sin tardanza alguna; mañana vendré yo en persona á buscarle. Es en vano que trateis de volverle á ver, pues jamás lo conseguireis!; al momento pienso embarcarme, y le llevaré á mi lado; no reveleis nunca que sois su madre, y yo cuidaré de proveer á todas vuestras necesidades."

Despues de leer esta carta, la desdichada Maria se cercioró de que querian robarla su hijo, que querian enseñarle á que la olvidase; comprendió desde luego que no habia recurso, y que jamas volveria á verle!

Desventurada de mí! perderle! esclamaba frenética; perder este hijo, que yo he criado, que yo he cuidado, y á quien he amado tan tiernamente! perder todo mi bien, toda mi distraccion y riqueza! un hijo que yo he adquirido á costa de sufrimientos inesplicables! Dios mio! Dios mio! un hijo que es sin embargo el único bien de su pobre madre! El es su aliento, su respiracion y su vida! así lo habeis dispuesto, Dios mio! criándole dentro de sus entrañas! Cuando se lo quitan, ella perece, ella muere de sentimiento! Oh! sí; si tratan de arrebatármelo, moriré sin remedio! mas no le entregaré; ántes

me dejaré asesinar, que soltarle de entre mis brazos! El pérfido que ahora me le reclama me ha abandonado, me ha desconocido, y tambien á mi hijo, al cual ha abandonado asimismo, para que se muriese con su infeliz y engañada madre! Yo se lo diré todo á mi pequeniño Roberto; el no se marchará con su padre; ¿no es así, que tú no te irás con él? ¿no es verdad, hijo mio, que ni conoces, ni le debes nada á tu padre? Yo soy tu madre; si me dejas por otra, me harás bajar al sepulcro.

Y en su desesperacion, apretaba contra su corazon á su hijo, le bañaba con las muchas lágrimas que deramaban sus ojos, y el pobre niño, que no entendia nada de aquello, y únicamente advertia que su madre estaba muy triste, la acariciaba con sus manecitas y la decia;—Mamá, madrecita mia, yo no te dejaré; yo te quiero mucho!

La pobre madre pasó la noche en llorar, y en orar fervorosamente, sin pegar los ojos en toda ella, ocupándola en mirar por sí misma, como si fuera la última de su vida; el dia siguiente se pasó, sin que nadie llamase á la puerta; la desconsolada muger creia que Dios habria tocado en el corazon del infame Roberto; y pensando en esto, estaba loca de gozo, y se tenia por muy dichosa; pero como si este desnaturalizado padre que queria volver á ver á su hijo, desconfiase de la maternal vigilancia, habia dispuesto aguardar para distraer su atencion, y escogido el momento en que la infeliz Maria fuese á salir, el instante mismo en que ella habia encerrado á su pequeniño Roberto para custodiarlo. En esta hora crítica subió á buscar á su hijo el seductor de Maria, empujó la puerta, que apenas se sostenia sobre sus goznes, y entró en el cuarto. El pobrecito niño, muerto de miedo, iba á esconderse bajo la cama, creyendo poderse librar allí de la persecucion de aquel hombre;

ro este le agarró con violencia, y á pesar de los sollozos de aquel angelito, que llamaba á su madre, y decia á gritos; yo quiero que me dejen con mi mamá, yo no quiero mas que á mamá! se le llevó poco menos que muerto de susto, y le sacó en brazos, sin hacer caso de sus lamentos.

He aquí como se esplicaba el acontecimiento que sucedió en el barrio de Southwarck. La pobre madre, que al volver á su casa no habia encontrado en ella á su hijo, quiso suicidarse, y se tiró á la calle por la ventana.

El jóven trabajador que habia recogido su último aliento, era el infeliz jornalero Juan!



#### MUERTE VIOLENTA.

Siendo nuestro objeto en este artículo tratar de la muerte como cesacion de la vida, sin relacion al alma racional como sustancia espiritual, sino al padecimiento del cuerpo al sentir su destruccion antes del término que la naturaleza le ha fijado, mencionaremos brevemente los varios modos practicados en las naciones civilizadas para aplicar el castigo de muerte, y comparar los sufrimientos de los infelices ajusticiados por las señales exteriores.

Cuanto mas se han civilizado las na-

(\*) La primer parte de estas reflexiones se halla en el número 4.º de esta Revista, fólío 25

ciones tanto mas se ha procurado moderar los castigos de muerte para hacerlos ménos crueles á los que los sufren, y ménos horrorosos á los que los presencián. No hablarémos de las naciones bárbaras, entre las que se deleita cada individuo de la tribu en atormentar al condenado, mientras que este provoca á sus enemigos á redoblar sus crueldades; ni mencionaremos los castigos de Francia civilizada sobre los regicidas antes de la revolucion, como el tenacear con hierro ardiendo la carne, quebrar los huesos, y despedazar los cuerpos con el tiro de cuatro caballos; ni el quemar á vivos como mandaba la Inquisicion; ni el empalar como practican los semibárbaros mahometanos; ni aun el castigo del *Knout*, practicado todavía en Rusia (1).

Los castigos de los antiguos griegos y romanos parece que era ahorcar de uno ú otro modo; los judios practicaban la crucifixion; los griegos parece haber sido la única nacion que habia adoptado el dar la muerte administrando veneno. Los castigos muy severos del código romano fueron abolidos en tiempo de la república, y renovados por algunos Emperadores. Los castigos de muerte en las naciones modernas son los siguientes: en Turquía el castigo plebeyo es coser al criminal en un saco y echarle á la mar, y el castigo mas decente es ahorcar con un lazo tirado por dos verdugos. En Prusia se ata la cabeza del criminal al tajo y le degüellan con un hacha muy pesada. En los Estados de Alemania la horca es de la mayor infamia, por lo que casi siempre

(1) *Knout*. Este castigo consiste en atar al criminal á dos postes, y azotarle con un chicote entretejido con alambre á la punta, de modo que á cada azote sale un chorro de sangre. Pocos podían sufrir cien azotes sin morir. Ahora se le dan pocos azotes, y luego es desterrado á la Siberia.

Domingo 21 de Septiembre.

se sustituye el degüello, pero con espada cuyo golpe no es eficaz. En Austria, Italia, Inglaterra y otras naciones de Europa, así como en las de América, la horca es el castigo de muerte; en España es el garrote, y en Francia la guillotina.

Sobre estos castigos se ha escitado últimamente una cuestion muy curiosa, y ha sido causa de investigaciones entre los mas distinguidos fisiologistas del dia; pero en nuestra opinion no se aclarará la duda por la imposibilidad de haber testigos que declaren la verdad. La cuestion es: ¿Cuál es el suplicio que atormenta ménos al infeliz que pierde en él la vida? M. Guillotin propuso á la Asamblea revolucionaria francesa su máquina fatal llamada guillotina, fundado en que este era el modo mas humano, y que podia causar ménos sufrimiento físico al ajusticiado, y esta persuasion general ha sancionado aquel género de castigo en Francia; mas ahora hay razones bastantes para suponer que la guillotina es quizás un castigo muy cruel; por lo que la Academia Francesa, en 1833, propuso investigar este punto bajo la autoridad de Majendie, Flourens, Soemmering, Castel y otros físicos eminentes y bien conocidos por su práctica en despedazar animales vivos, y observar sus sufrimientos, para el mejor conocimiento, como dicen, de la fisiología ú organizacion del cuerpo humano. Majendie, Flourens y otros fueron de opinion que la decapitacion no causaba sufrimiento físico; Soemmering y Castel, por el contrario, opinaban que la guillotina causaba mas tormento que otro modo de suplicio. Claro está que todos estos profesores hablaban solo de opiniones, porque ninguno de ellos podia hablar por esperiencia, y así se quedó el problema envuelto en la misma duda en que estaba. Hay, sin embargo, una diferencia esencial en las razones alegadas por ambas partes, y es-

ta es, que los defensores de la decapitacion no tienen mas que suposiciones, mientras sus contrarios alegan á su favor señales exteriores como muestras de continuado sufrimiento. Si la muerte ménos cruel consiste en la mas pronta estincion de sensacion y de vida, estamos inclinados á condenar la guillotina como la mas cruel, porque no solo continúan por largo tiempo los estremecimientos del cuerpo, mas tambien la percepcion de los sentidos, y quizás el alma ejerce tambien sus operaciones mentales. Veamos las observaciones hechas sobre el asunto, primero con respecto á la cabeza cortada, y despues sobre el tronco decapitado; pero antes debemos ecsigir de nuestros lectores, si no de justicia á lo ménos de favor, que admitan los hechos que vamos á referir como auténticos, asegurados por hombres respetables, y corroborados por testigos dignos de fe.

Marat, el sangriento republicano, fue asesinado por la jóven Carlota Corday, y esta fue guillotinado en julio de 1793. El populacho de Paris, entusiasmado con la revolucion, acudió con ansia brutal á ver el suplicio de la pobre infatuada patriota. Luego que la fatal cuchilla separó la cabeza, la tomó el verdugo por los cabellos para mostrarla al público, y escediéndose aun en la vileza de su oficio le dió una bofetada, y la cara de la ajusticiada hizo un gesto espresivo de la mayor indignacion. Esto fue observado por algunos; pero creido por nadie, quedó como una fábula. El general Marceau acogió á la heroína de la Vendea, una jóven y hermosa muger, y siendo descubierta fue sentenciada á muerte por Robespierre. Era una muger de extraordinaria fortaleza de ánimo, aunque solo de diez y siete años de edad; marchó al cadalso con la mayor resolusion, llevando en la boca una rosa artificial, memoria del amor de Marceau, y cortada la cabeza mantuvo la

rosa entre los dientes, mientras que el verdugo la mostraba al público, viéndose claramente el esfuerzo que hacia para que no se le cayera de la boca; muchos creyeron que era un grumo de sangre, como si pudiera esta cuajarse en el cuerpo vivo de una persona joven. Mr. Mathews, un viajero moderno, presenció varios suplicios de guillotina, y estando cerca cuando el verdugo mostraba la cabeza al pueblo, como de costumbre, podia descubrir en el semblante las emociones de dolor, enojo, asombro y horror. Mojon, profesor de fisiologia en Génova, mostró en Paris á los facultativos una serie de investigaciones que habia hecho sobre los efectos de la guillotina. Habiendo tomado dos cabezas de guillotinado y puéstolas un cuarto de hora despues á una luz fuerte, cerraron los párpados instantáneamente, como si la luz les ofendiera la vista. Otra cabeza que tenia la lengua asomada por los labios, fue picada por la punta con una aguja, y al instante fue retirada dentro de la boca, espresando el semblante sensacion de dolor. Pero el caso mas singular, en cuanto á la percepcion de los sentidos, fue el de la cabeza de Tillier, un criminal que fue guillotinado, la que recogida para examinarla, y puesta sobre la mesa, hacia un movimiento, como volviéndose á cada lado por donde le llamaban por su nombre. Veamos ahora las observaciones á que ha dado lugar el tronco.

Aunque los movimientos del cuerpo decapitado por la guillotina no se han observado mas frecuentemente, por estar amarrado con correas á un tablon y tendido en el cadalso, ha habido caso en que se ha levantado y puesto en pie, y aun haber dado algunos pasos en el tablado; pero como esto lo sabemos solo por oidas, mencionaremos otro caso que está autentificado.

Hace pocos años que fue guillotinado en Abbeville un criminal sin parien-

tes ni conocidos en aquella ciudad, y un buen hombre, un farolero de oficio, que pertenecia á la cofradia de los hermanos de la Caridad, cuya profesion es dar sepultura sin interés alguno á los ajusticiados y otros difuntos desconocidos, pidió el cuerpo á la justicia, y obtenido el permiso fue con un ataud al cadalso para recibir en él el cuerpo del criminal. Luego que la fatal cuchilla cortó la cabeza, fue desatado el tronco, y puesto en el ataud fue clavada la tapa, y entregado al caritativo cofrade para ejercer su obra de misericordia. Con el cadáver á los hombros partió el buen discípulo de Tobias al cementerio para darle sepultura, pero en el camino se halló muy sorprendido al sentir las manotadas y patadas fuertes que daba el cuerpo descabezado, hasta temer que hiciese pedazos el ataud. Este caso fue declarado solemnemente por un hombre de bien; ¿por qué hemos de dudar de su verdad?

Estos hechos se pueden probar por comparacion, porque excepto en la sustancia espiritual del alma, la vida del cuerpo es igual en el hombre y en el bruto. Sin mencionar los insectos tan notables por la tenacidad de su vida, muchos de nuestros lectores habrán observado los movimientos de algunos animales cuyas cabezas han sido cortadas de un tajo. Algunos han hecho experimentos con el fin de averiguar esta lucha entre la vida y la muerte, de los que solo mencionaremos dos por la recomendacion de sus autores. Fontenelle cortó la cabeza á un pavo de un tajo de espada; el animal cayó y estuvo quieto por un minuto; luego se levantó y se mantuvo por un minuto y medio en pie, sacudió las alas y alzó un pie al pezcuzo como si fuera á rascarse. Boerhave aguardó á un gallo hambriento en su camino á la artesa donde solia comer, y al tiempo que pasaba corriendo le cortó la cabeza; el gallo, sin

embargo, caminó descabezado por siete varas hasta llegar y caer junto á la artesa que estaba á aquella distancia. Fontenelle refiere otras observaciones mas increíbles todavia al parecer.

Ahora pues, ¿á qué causa deberemos atribuir las emociones en la cara de aquellas cabezas separadas, y los movimientos de aquellos cuerpos descabezados por la guillotina? A la accion mera maquina de los músculos, responden los físicos; pero esta teoría favorita no es satisfactoria, porque nadie puede señalar el punto en que cesa la vida en el cuerpo, aun privado de todo movimiento, de pulso y respiracion. ¿Quién podrá afirmar que el alma sale del cuerpo en el instante mismo en que se corta la cabeza? Quien podrá negar la posibilidad de que continuen por algun tiempo en la cabeza separada las percepciones del oido y de la vista, las ideas en el cerebro, y aun los sentimientos de la conciencia? Nadie puede afirmar lo uno ni negar lo otro. Quizas muchas cabezas guillotinadas han intentado espresar sus sentimientos, pero al mover los lábios no han podido articular palabra por la destruccion del órgano de la voz. Si esto es así, ¿qué agonías deberá sufrir la mente en las cabezas guillotinadas, quizas por un cuarto de hora despues de su corte! Si el alma racional reside en la cabeza, ¿por qué no continuará en su morada por algun tiempo aunque separada del resto? y en tal caso, ¿quien dirá que queda instantáneamente privada del ejercicio de sus potencias, para lo que no necesita manos, pies ni respiracion? Solo el que sufre pudiera resolver este triste problema, pero jamás podrá comunicar á otros sus sentimientos. Concluyamos, pues, con que es probable sea la guillotina un suplicio cruel para el alma y para el cuerpo.

## ESTUDIOS BIOGRAFICOS.

### CANTANTES CÉLEBRES ESPAÑOLES.

#### ISABEL COLBRAN.



Isabel Colbran, hoy día muger del célebre maestro compositor Rossini, nació en Madrid el 28 de febrero del año 1785; hija de D. Juan Colbran, violin de la capilla y cámara de S. M. C. el señor D. Carlos IV. A la edad de seis años recibió las primeras lecciones de música de Don Francisco Pareja, compositor y primer violoncello de los teatros de Madrid. Tres años despues continuó sus lecciones bajo la direccion del maestro Marinelli, haciendo rápidos progresos en el canto; aprovechándose mucho de la estancia momentánea del célebre *soprano* Crescentini, el cual sorprendido del talento precoz de la jóven Isabel, se encargó con gusto de darle algunas lecciones de canto acompañadas de consejos y reflexiones sobre una carrera tan brillante como espinosa, y prediciendo los triunfos que debía obtener en el momento que concluida esta misma carrera, se presentase en los teatros extranjeros.

En ocasion que el Embajador frances Luciano Bonaparte, dió un magnífico concierto á toda la grandeza y cuerpo diplomático, en celebridad de hallarse completamente restablecido de una grave enfermedad S. M., se presentó á cantar Isabel por primera vez á la edad de 14 años, sorprendiendo á todo el auditorio en tales términos, que el mismo Embajador despues de haberla prodigado mil obsequios, la dió el brazo para acompañarla á la cena, colocándola de cabecera de mesa al lado del Nuncio de Su Santidad.

Sucesivamente tuvo el honor de cantar en presenencia de SS. MM. logrando



que la Reina Maria Luisa la pensionase para que pudiera perfeccionar su talento en el extranjero.

En 1801 emprendió el viaje á Paris acompañada de su padre, cantando de tránsito en Burdeos en un concierto, llegada que fue á la capital *nouveliste* de Europa, donde todos los talentos mas célebres pagan su tributo, continuó haciendo rápidos progresos en el canto y el mismo Cherubini dirigió en gran parte sus estudios últimos. En aquella capital continuó algunos años siendo objeto de la pública admiracion: asistió como cantante á los grandes conciertos que dió en su palacio el Emperador Napoleon en celebridad de su coronacion, recibiendo las muestras mas grandes de aprecio; y el mismo Napoleon en persona á presencia de toda su corte, felicitó á Isabel por su talento precoz, colmándola de presentes y regalos magníficos. Por aquel tiempo, el Embajador español en Paris, general Gravina, á instancias de varias notabilidades españolas que asistieron á las funciones régias de la coronacion del Emperador, y entre las que se contaban el marqués de Montehermoso, conde de Tilly, marques de Miraflores &c. &c., suplicó á Isabel diese un concierto con el laudable objeto de que admirasen su talento todos los españoles residentes en Paris, encargándose el mismo señor Gravina de convidar al cuerpo diplomático extranjero. En efecto, el concierto se verificó en medio de los mas entusiastas aplausos. Bontempo acompañaba al piano; Krenzert dirigió las piezas de orquesta, tocando además á solo unas variaciones de violin, con el primor que lo hacia siempre este célebre instrumentista: y el mismo Cherubini dirigió la parte de canto. Jamás estuvo Isabel mas inspirada, ni cantó con voz tan sonora, clara y vibrante, como en aquella noche, eterna en la memoria de todos los españoles entusiastas de las glorias de su pais: un silencio mezclado de an-

siedad se apoderó de la numerosa sociedad al poner el pie la jóven artista para cantar su primera cavatina; vestida de blanco, parecia un ser misterioso y divino enviado por el dios de los artistas para obrar una completa revolucion en los sentidos de los mortales. Su voz pura y fresca como la rosa de la mañana, llenó de alegría el corazon de los oyentes; su espresion les conmovió, y la *bravura* de su canto les arrebató en términos que la pluma es muda para describir las escenas de entusiasmo frenético que pasaron en aquella noche de encanto y de goce. Al inmediato dia recibió infinidad de billetes de banco el que menos de 6,000 francos, habiendo personage que se estendió hasta 20,000; esto sin contar los regalos parciales. Poco tiempo despues dió la vuelta á España con objeto de dar el *adios* á su familia, partiendo en breve para Italia. En 1815 fue presentada en el Conservatorio de Bolenia (Italia), donde despues de haber sufrido el riguroso exámen que previenen los reglamentos del mismo Conservatorio, fue coronada y proclamada *sócia facultativa*, en medio del general aplauso de los principales maestros italianos.

Las principales óperas que ha escrito el inmortal Rossini espresamente para la Colbran, son las siguientes: *Elisabetta*, estrenada en el otoño de 1815 en el teatro de San Carlos de Nápoles. *Otello*, cantada por primera vez en el teatro del fondo de Nápoles, en el otoño de 1816. *Armida*, ejecutada en el teatro de San Carlos de Nápoles en el otoño de 1817. *Mosé in Egitto*, teatro de San Carlos id., ejecutada en la cuaresma de 1818. *Ricciardo é Zoraide*, teatro id., ejecutada en el otoño del mismo año. *Ernione*, teatro id., cuaresma de 1819. *Donna del Lago*, teatro de San Carlos, otoño de id., *Zelmira*, teatro id., Carnaval de 1822. *Semiramide*, teatro de la Fenice en Venecia la bella, Carnaval de 1825. Además de una infinidad

de cantatas en honor de tal ó cual Emperador, príncipe &c., &c.

Isabel Colbran casó con Joaquin Rossini en Castenaso (Bologna), el 15 de marzo de 1822; seguidamente cantó en Viena y Londres, en el año de 1823: desde cuya época se retiró de la escena y no ha vuelto á cantar en público.

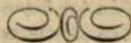
Los cantantes que acompañaron á Isabel en el canto de las referidas óperas fueron: de mujeres, las señoras Dardanelly, Pissaroni, Cecconi, Mariani, Chambrand, etc. etc.; de hombres, entre tenores y bajos, los señores Nozari, Manuel Garcia, David, Benedetti, Ambrosi, Sinclair, Galli, Donzelli, &c. &c. Creemos de buena fe no engañarnos, si llamamos á esta época (de feliz memoria para la Italia) la *época de oro*. *Spartitos* grandes, magníficos, sublimes; mejor dicho, inspiraciones vírgenes del *Cisne* de Pésaro, fueron ejecutadas por cantantes de primer orden, cantantes de grande escuela, cantantes que atronaron el mundo filarmónico con sus prodijiosas y extraordinarias facultades, y cuya memoria unida á la de la aparicion de las obras colosales que dieron á Rossini una reputacion europea, no puede olvidarse jamas; porque no puede olvidarse la revolucion musical de la primera edad del siglo en que vivimos, cuyo origen es Rossini. Isabel Colbran es el orgullo de nuestra patria; española ilustre; cantante admirada por todo el mundo musical; muger benéfica y adorada por su bondad y desinterés; esposa amable cuanto desgraciada del primer *astro* músico de nuestra época, vive hoy día retirada en sus estados de Bologna, siendo el encanto de todos los aficionados y amigos que admiran en ella á la *donna* de mas reputacion y fama que ha pisado los teatros de Italia. Estatura buena, ojos negros y rasgados, aire español, alma de fuego en el teatro, pues el público de

Nápoles al escucharla en la *Elisabetta*, prorumpia en aclamaciones de *tu sey la Regina davvero*; voz estensa de tiple con una agilidad sorprendente, son dotes que por sí solas bastan á formar una reputacion colosal.

Como compositora, se conocen varias obras suyas de un carácter, originalidad y buen gusto notables; entre las que han merecido mas reputacion y voga son; una cantata dedicada á la Reina de España, otra á la Emperatriz de Rusia, otra á Crescuntini, y otra al principe Eugenio Beauharnais.

La España puede tener el orgullo de que si ha descollado en nuestro siglo un genio músico como el de Rossini, que ha llenado la Europa de su fama, una española ha sido la primera que le ha servido de intérprete y ayudado á desplegar sus alas.

Los talentos españoles no han escaseado en nuestros dias; jóvenes tenemos que trabajan para formarse una buena reputacion; premie el gobierno con mano pródiga á los artistas, estimule con su proteccion á esta clase entusiasta de las glorias de su pais, y cogera el fruto que los hijos de la Iberia pueden dar de sus talentos, en competencia con los mas aventajados del extranjero.



ANGELA.

Los rayos melancólicos de la luna de julio alumbraban débilmente una pequeña habitacion situada en el centro de la opulenta Toledo. Sus antiguos y reduci-

dos muebles demostraban no pertenecer sus dueños á la elevada clase de la ciudad. Una jóven habia en ella, cuya mirada estaba fija en la estensa plaza que ante el balcon aparecia; por sus mejillas, pálidas cual la luz que las bañaba, corrían algunas lágrimas cristalinas que sus rasgados ojos negros desprendieran, y llegaban hasta unos labios de cándida azucena que, entreabiertos, permitían admirar una perfecta dentadura. En verdad que aquella niña no debía pertenecer á la casa en que se hallaba, y en verdad que un rostro tan angelical y un talle tan esbelto no eran propios de una jóven del bajo pueblo.

Pero sí: Angela era la única hija del honrado escultor que moraba bajo aquel techo; él habia sacrificado sus cortos haberes para darle una esmerada educacion, y Angela, favorecida por la naturaleza, llegó á ser á los diez y ocho años el orgullo de su anciano padre y la ambicion de cien jóvenes que suspiraban por obtener su cariño, á cuyos ruegos jamas ella correspondió.

Mas aquel rostro siempre pálido, aquellos ojos siempre macilentos, aquella afectada sonrisa que á sus labios raras veces aparecia, y los mal reprimidos suspiros lanzados de su pecho eran pruebas de que el pesar habia abierto honda huella en su inocente corazon.

Las dos de la mañana acababan de sonar y aun permanecia en la misma situacion: algunas nubes colocadas ante la amarilla faz de la luna impedían á sus rayos dar luz á los objetos, y Angela entonces se colocó en el balcon recostando sobre el brazo su cabeza.

Corto tiempo hacia que se situara en él, cuando empezó á atravesar la plaza un hombre cubierto con una larga capa; repentina alegría brilló en el semblante de Angela al verle, y se retiró prontamente. El hombre continuó su camino hasta pararse ante una reja que bajo el balcon habia, y poco despues la jó-

ven apareció en ella.

—Angela, amada mia, perdona mi tardanza en esta noche, exclamó el embozado.

—Cárlos, Cárlos.....

—¿No es verdad que me perdonas?

—¿Acaso me habeis ofendido para suplicar el perdon?

—¡Ah! siempre bella, siempre pura, siempre celestial... (y la luna volvió á lucir despejada de nubes). ¿Has llorado, le preguntó el jóven al observar sus ojos húmedos todavia, has llorado; amor mio? Que infame pudo causar tu amargura? Responde por compasion.....

—Cárlos, y qué respuesta escigis de mí?..... ¿No tengo por ventura motivos para llorar?

—Dónde, dónde están?... Dudas tal vez de mi amor?... (y la niña callaba) Angela, por el cielo te ruego me digas si dudas de mi amor.....

—Cárlos, no dudo quien sois... no ignoro quien es la desdichada Angela.

—¿Y qué me importa tu clase, qué la sociedad, qué sus preocupaciones, y qué las criticas?... Yo soy solamente Cárlos, tu Cárlos, que te adora y que cifra su gloria en ser amado de tí. Escucha: en aquel día que te ví en la iglesia de san Juan postrada ante el altar elevando al Eterno dolorosa súplica, sin duda por la vida de tu padre, en aquel día que contemplé tu peregrina hermosura, tu celestial candidez; mi corazon libre hasta entonces, empezó á latir con violencia, á correr por mi frente un frio sudor que bañaba mi rostro y á circular por mis venas un fluido eléctrico que ajitaba mis nervios, y me hizo caer de rodillas cerca de tí. Tus ojos dirigidos, casualmente quizá, hácia donde yo estaba, se encontraron con los míos: tu los retirastes prontamente; mas ¡ah! ya era tarde; aquella mirada habia decidido mi porvenir, y al sonido armonioso del órgano, acompañado de los cánticos religiosos, juré una y otra

vez ser tuyo para siempre y llamarte mi esposa, si tú lo consintieras; porque allí aparecias tan hermosa como el primer albor de la aurora, y tan pura como los encantados sueños de la infancia.

—Continúa, Cárlos mio, continúa.... profirió Angela con delirio, ¡ah, qué felicidad al escucharte! Soy una insensata en dudar de tu cariño... porque, ¿no es verdad que algun dia me llamarás esposa? Y entonces... Mas perdonad, Cárlos, perdonad mi locura... (y sus mejillas tomaron el color encendido de la púrpura.)

—¡Perdonarte! y de qué?... Sí, serás mi esposa, serás la condesa de Castik.

—Cárlos, nunca..... nunca....,

—Lo serás, Angela mia, lo serás; yo te lo juro por la salvacion de mi madre.

—Y yo os juro, caballero, que el padre de Angela no consentirá jamas, exclamó un anciano que apareció detras de aquella, cogiéndola del brazo y cerrando prontamente la ventana.

Cárlos quedó en aquel lugar inmóvil por mucho tiempo, y despues se retiró á su casa. En aquella noche, la mas terrible de su vida, no pudo conciliar el sueño; mil y mil espantosas ideas se aglomeraban en su acalorada mente, y el juramento proferido por el padre de Angela, causaba su mayor desesperacion.

Era mediodia y Carlos aun no habia salido de su estancia: dos golpes sonaron en la puerta acompañados de una voz que mandaba la abriesen, cuya órden obedeció prontamente. Un hombre como de cuarenta años entró por ella, de alta estatura y adusto semblante, el que fue á colocarse cerca de donde se hallaba Cárlos. Este, saludándole con respeto quedó de pie á su lado.

—Siéntate Cárlos, y escucha, le dijo aquel.

Cárlos le obedeció.

—Hace algunos dias te demostrè mi pensamiento acerca de un enlace ventajoso para tí y para nuestra familia.

—Padre...

—No me interrumpas: al duque de San-Lúcar que acaba de partir, le he hablado y lo aprueba tambien, habiéndome ofrecido que su hija Isabel será tu esposa dentro de ocho dias.

—¡Padre mio!

—No esperabas en verdad recibir tan satisfactoria noticia: satisfarás tu ambicion y serás feliz. Isabel unida á tí desde la infancia, es un dechado de hermosura, y digna de una corona. Su padre desprecia al marqués de Lérida.

—A quien ella tal vez amará....

—Isabel no ama á nadie: el duque asi me lo ha dicho, y en este instante debe hacerla sabedora de su casamiento.

—Sin contar con mi aprobacion.....

—Tiene la mia.

—¿Y sois acaso vos el que va á unirse con ella?

—¡Cárlos! Cárlos! no esperaba esa respuesta.

—Perdonad, padre mio; pero.....

—¿Qué quieres decirme? habla: ¿hay otra mujer á quien adoras y me lo has ocultado?..... Responde; siempre que sea digna de unirse á nuestra familia, siempre que iguale á Isabel, recibirás mi consentimiento.

—¡Ah! es tan pura y tan hermosa como Isabel.

—Su nombre, replicó el conde arrugando la frente.

—Su nombre....

—Si, ¿quién es esa jóven tan cándida y tan bella?

—No podeis saberlo, padre mio.

—¡Cárlos! algunos amores indignos de tí, alguna mujer baja y despreciable...

—¡Señor! Ella merece tambien una corona; y á no ser vos el que acaba de

prodigarle tan infames dictados....

Un criado que apareció en la puerta impidió responder al altivo conde, en cuyas manos puso aquel una carta cerrada. Abrióla el conde, y pasando la vista rápidamente por ella la entregó despues á Cárlos, diciendo:

—Es del duque de San-Lúcar: Isabel consiente en ser tu esposa, y dentro de ocho dias se firmarán los contratos. Cárlos, Cárlos, continuó apretándole la mano, espero ser obedecido, y que mi palabra para con el duque no quedará despreciada (y salió lanzando una terrible mirada al desgraciado Cárlos que cayó sobre un sillón.)

Magníficamente iluminados estaban los suntuosos salones del duque de San Lúcar ocho dias despues de la anterior escena; discurrían por ellos multitud de personajes vestidos con la mas esmerada elegancia, sobresaliendo entre todos uno cuyo semblante pálido y melancólico demostraba que su alma padecia oculto pesar. Cercábanle infinitos amigos procurando su distraccion, y él les obedecia á manera de la débil barquilla que en terrible tempestad se deja llevar al impulso de las olas.

—Aun falta Isabel, decia Eduardo de Lanuza en un grupo de jóvenes, y por cierto que deseo verla porque se presentará encantadora en esta noche.

—Mucho tarda, replicó Alonso Hernandez, y sin duda estará dando el último adios á su adorado Luis.

—¿Es posible, amigos, añadió Ricardo Garcia, es posible que Isabel consienta en este matrimonio, y olvide al poeta Juarez cuya ardiente imaginacion arrebató de tal manera su cariño?.....

—Pero la ambicion es el móvil de todas las mugeres, contestó Leonardo de Herrera. Hay notable diferencia de llamarse esposa de un poeta á ser condesa de Castil: fácilmente olvidará á Luis si es que le amó alguna vez; porque

para mí, cuando la muger dice á un hombre «yo os amo,» miente, y...

La entrada del duque de San-Lúcar en el salon, y la violenta situacion de su semblante impidió á Leonardo continuar.

—Conde, exclamó llegándose á este, necesito hablaros, y á vos tambien, Cárlos: con vuestro permiso, señores, dijo dirigiéndose á las demás personas; y los tres se marcharon á un próximo gabinete.

Todos quedaron sorprendidos al observar la entrada del duque y la falta de su hija Isabel. Corto tiempo hacia de haber penetrado en el gabinete, cuando salió Cárlos precipitándose hácia la puerta del salon y gritando:

—Angela, Angela mia, ya soy libre: ya ningun poder nos separará.

—Yo os prometo, conde, que no se libertarán de mi venganza; el honor de mi cuna debe quedar ileso, exclamaba el duque saliendo despues de Cárlos, y siguiendo sus mismos pasos.

Grande confusion reinaba en tanto en los salones: las señoras preguntaban la causa de tan repentina ocurrencia: los amigos de Cárlos corrian presurosos tras de él creyéndole demente, y los restantes escuchaban al conde que con voz fuerte decia:

—Detened á mi hijo, señores, tenedle; porque á no, va á cometer un crimen que jamás le perdonaré.

Mas era inútil: Cárlos desapareció prontamente á las miradas de todos los que le seguian y que en vano procuraron descubrir sus huellas. Atravesó con la rapidez del rayo una y otra calle hasta llegar á la puerta de la casa en que Angela vivia: dió en ella fuertes golpes no deteniéndose en traspasarla mas que los instantes transcurridos en abrirla; sube presuroso la escalera y penetra en un estrecho recinto donde estaba sentado el padre de Angela.

—Anciano, exclamó Cárlos descu-

briendo su cabeza, el cielo os guarde.

—Señor, vos en mi casa! dijo aquel levantándose, ¿qué buscáis?

—A vos, Guillelmo, á vos para que me escuchéis.

—Tomad asiento, señor, estoy pronto á ello.

—Teneis una hija á quien amo, y de la que soy correspondido; y vengo yo, el hijo del conde de Castil, á pedirlos por esposa.

—¿Acaso creéis que ignoro debeis dar en esta noche vuestra mano á Isabel, duquesa de San-Lúcar?

—Anciano, vengo á pedirlos á Angela por esposa, y esto solo os convencerá que esa union no se ha efectuado ni se efectuará nunca: ahora espero vuestra respuesta.

—Moderad esa altivez, Cárlos, atendedme; luego si aun amais á Angela, sed su esposo, y Dios eche sobre ambos su santa bendicion.

—Hablad, Guillelmo, hablad; pero sed breve.

—Mas de dos años hacia de mi matrimonio con la virtuosa Cecilia, y el cielo aun no se habia dignado darnos un hijo al que pudiésemos estrechar en nuestros brazos. Era una noche de las oscuras de Enero, y ya venia cerca de esta misma casa, cuando un hombre cuyo semblante no pude reconocer me detuvo diciendo: «Quien quiera que seais, os suplico que ocultéis esta niña por esta noche, y mañana os la reclamaré: ¡ah! tomadla, que yo os prometo no os arrepentireis de haberme obedecido: aun no se ha bautizado, y deberá llamarse Angela.» Apenas coloqué en mis brazos aquella criatura huyó rápidamente el que me la entregó sin decirme su nombre, ni el lugar donde al siguiente día pudiera hallarle: ocho pasaron y nadie me habló de ella: entonces fue bautizada, confiando el secreto al sacerdote, que lo escribió en los libros cual habia acontecido.

Carlos admirado escuchaba al anciano.

—Y despues, le preguntó, ¿no encontrásteis en sus ropas alguna señal por la que pudiera conocerse quiénes fueran sus padres.

—Las ropas eran de tela finísima, una cruz de brillantes pendia de su cuello, y un pergamino sellado estaba cosido á aquellas.

—¿Y donde está ese pergamino? qué dice?..... ¡ah! si le conservais, enseñádmelo, enseñádmelo.....

—Las ropas, la cruz y el pergamino estan en mi poder, sin que Angela las haya visto jamas, pues ignora todo el secreto; confiado en vuestro honor voy á mostrároslo.

—¡Ah! si, Guillelmo, si.....

—Todavía recuerdo lo que está escrito en él:

«Si en algun tiempo, hija mia, alcanzo á volverte á estrechar en mi seno ¡cuán dichoso seré! cuanto ahora infeliz.» Y al mismo tiempo abriendo una gabeta sacaba de un oculto cajoncito la cruz y el pergamino, que Cárlos asió con rapidez.

—Dios mio! exclamó al abrirle, este sello!..... esta letra!..... si, no hay duda.... continuó, estrayendo de su bolsa una carta que comparaba con aquel.

—Señor, señor, ¿conoceis ese sello? conocéis esa letra?..... ¡ah! ¿quién es mi Angela? ¿quién es mi adorada hija?

—Esperad, Guillelmo, esperad; muy presto volveré.

—Deteneos, Cárlos, deteneos por compasion.....

Mas él ya habia bajado la escalera y salido á la plaza corriendo como un demente, y sin atender á los gritos de Guillelmo. Volvió á pasar las mismas calles, y llegó á los salones del duque, que estaba rodeado del Arzobispo, del Conde y de otras personas; procurando estas calmar su furor, producido por la huida de su hija con su amante Juarez.

Al ver entrar á Cárlos en aquella situacion, todos quedaron sorprendidos.

—Duque, ahora soy yo el que necesito hablaros; pero á vos solamente.....

—Sí, Cárlos, decid..... ¿sabeis dónde se encuentran los culpados?..... esclamó el duque; y obedeciendo al brazo de Cárlos que le obligaba á seguirle se separaron á una estremidad de la estancia.

—¿Conoceis esta cruz? conoceis este pergamino, duque?

—¡Esta cruz! este pergamino!..... cómo ha llegado á vuestras manos!..... ¡ah! ¿qué es de ella?..... vive?..... vive?.....

—Sí, vive; y es tan hermosa como Isabel.

—No, no, tan hermosa como su madre, que murió al darla á luz; motivo por el que no pude llamarla mi esposa á la faz del mundo, porque entonces aun era libre mi mano; pero decidme, Cárlos, decidme donde está mi hija..... ¡ah! si vive ¿qué me importa haber perdido una infame que deshonoró mi linaje, si encuentro á mi Angela que será la única heredera de mis títulos?

—Y mi esposa tambien: vuestra palabra está empeñada.... Seguidme, duque, seguidme y la abrazareis.

El duque dirijiéndose á las personas que en el salon habia dijo:

—Señores, dentro de cortos instantes aparecerá mi hija la duquesa de San-Lúcar acompañada del conde de Castil, su futuro esposo: señor Arzobispo, os suplico que esperéis para que reciban de vos la bendicion. Cárlos, marchemos.



## ESTUDIOS GEOGRAFICOS.

### LAS ISLAS FILIPINAS.

ajo los abrasadores rayos de la zona a tórrida, entre la línea ecuatorial y trópico de Cáncer, y rodeadas del Japon, la célebre China, Cochinchina, Borneo y Molucas, estiéndese el archipiélago Filipino, tan rico, inmenso y poblado, como poco conocido, tibiamente querido de su madre patria, y mal descrito por extranjeras plumas.

Centro de la dominacion española en el Asia, está llamado á ocupar un importante lugar por su admirable posicion geográfica, asombrosa fertilidad, y tan varios productos, que desde lo antiguo es conocido en toda la India con el nombre de *Perla del Oriente*. Gozoso con su union el hispano cetro, muestra al orbe la diferencia inmensa entre su dulce trato y la amarga actividad de la colonizacion inglesa, ó la tenacidad cruel del criollo holandés; y cual joya preciosa, diamante el mas puro que España halló, restos codiciados de su desmembrado imperio, adorna brillante el bello blason del castellano pueblo.

Una vasta extension de cerca de 8600 leguas cuadradas hállase repartida entre el multiplicado número de sus islas, Es *Luzon* la mas septentrional de todas, no teniendo en cuenta las *Babuyanes* y *Batanes*, así como la mas principal, tanto por su tamaño, igual á las demas reunidas, como por hallarse en ella su capital y el puerto de *Cavite*. Corre á lo largo de toda la isla una cadena de altos montes, que esparciéndose por ella dejan algunos aislados en medio de los llanos: entre los que se distinguen por su elevacion los volcanes *Mayon* ó *Albay* y *Taal*, de figura de un cono trun-

cado. Hállase situado el último en el centro de la laguna de Bombon, de 15 leguas de circuito, distante de Manila otras tantas.

Aun se recuerdan con espanto sus erupciones, entre otras mas antiguas las de 1754 y 1814, especialmente la última, en que cubierta la atmósfera de piedras, fuego y humo, destruyó muchos pueblos y familias, habiendo llegado las cenizas hasta la capital. También refiere una antigua crónica el fenómeno de haber herbido á borbollones toda el agua de su crecido lago en la anterior explosion. Son sus rios principales el Tajo, el Agno, el grande y chico de la Pampanga, y el Pasig que sale de la vasta laguna de Bay, de 30 leguas de bojeo.

Al Sur de Luzon hállanse entre otras las islas de Mindanao, Paragua, Samar, Mindoro, Panay, Leyte, Negros, Zebú, Bohol y Masbate. Es de estas la primera también la mayor; y su interior hállase entrecortado de montañas, entre las que se cuentan muchos volcanes; son horribles sus erupciones, con particularidad la que se dice en 1641, en cuya época fue tan fuerte la simultánea explosion de tres de aquellos, que el estrépito llegó á oírse en las costas de Cochinchina. Riegan sus llanuras y fértiles valles, crecido número de rios y lagos muy considerables, es de estos el mayor el conocido con el nombre de la misma isla, que excede en tamaño al de Bay ya referido. Sus habitantes son de mediana estatura, tez morena, labios abultados, ojos espresivos, vivos, fieros y vengativos.

En la isla de Mindanao debe distinguirse la parte española, que comprende tres territorios pequeños separados entre sí, que forman otras tantas provincias con el gobierno de Zamboanga, lugar de deportacion situado en la punta Sudeste de la isla; y la independiente, cuyos habitantes, parte sujetos al sultan moro de Mindanao, parte ente-

ramente independientes, se hallan confederados con los de los inmediatos grupos que forman el archipiélago de Joló, pirateando continuamente en las rancherías de los indios vasallos de España, saqueando y quemando sus pueblos, y haciendo innumerables cautivos con dolor de la humanidad.

Cubre la superficie de las islas en general elevadas cordilleras en diversas direcciones, sobre las que cayendo densos vapores á influencia de su tropical posicion, forman numerosas fuentes, caudalosos rios, lagos y pantanos considerables, y copiosas lluvias. Distínguense notablemente las últimas por su periodo, que en las partes Oeste y Sur es de junio hasta mediados de septiembre, á veces hasta diciembre, en cuya época empiezan en las contrarias Este y Norte, constituyendo esta variacion las estaciones. Son los vientos regionales los Nortes, Estes y Vendabales, cuya duracion á que llaman *monzon*, es de 3 á 4 meses cada uno, soplando en el cambio de aquellas los *baguios* ó *tifones* que son huracanes que en menos de 24 horas corren toda la aguja, y arrasan horriblemente las campiñas descuajando con su violencia corpulentos árboles: otras veces estallan con menos fuerza, aunque su periodo, conocido con el nombre de *collas*, pasa á veces de 10 á 12 dias y aun mucho mas: entonces vése alborotado el mar é inundadas por torrentes de agua las tierras. De esta variacion en la temperatura, resulta que á pesar de su situacion naturalmente ardiente, los calores no sean excesivos, á lo que añadido la humedad de la tierra, hace su conjunto una deliciosa primavera, y el pais uno de los mas encantadores del globo.

Su suelo ofrece tanta variedad como su clima; por unas partes el terreno es de formacion primitiva y exuberante en metales, por otras volcánico y de prodigiosa fertilidad, lo que en general se

verifica en todas y cada una de sus partes. A un temperamento húmedo y algo caluroso, es consiguiente una lozana vegetacion; así véñse allí los prados, campiñas y montañas en perpetuo verdor, los árboles constantemente con hojas y á veces flor y fruto en uno mismo. Sin embargo, á tanta amenidad opónense las malezas que cria esta fértil tierra, la flogedad del indígena, los insectos de que abunda, y huracanes que la destruyen.

Son las islas Filipinas fecundas en los reinos vegetal, animal y mineral. En efecto, las cosechas del *palay* (arroz), base del alimento del hombre en todo el Oriente, y principal cultivo de este país, son tan abundantes, que sobre darse sin ningun trabajo dos veces al año, en algunas partes produce 100 por uno; tampoco lo son menos las de trigo, semilla introducida por los españoles. A estos objetos de consumo local debe añadirse el cultivo del café; azúcar, cacao, tabaco, reputado por el mejor despues del de la Habana, añil, algodón, el abaca, cuyos fuertes filamentos sirven para fabricar desde los rudos cables hasta los mas delicados tejidos conocidos con el nombre de *Nipis*, que exceden con mucho al Olan-Batista. Los árboles frutales de Europa no producen ó producen poco, mas en cambio dan ópimos y deliciosos frutos los de los trópicos é indígenas, entre los que se cuenta el de la manga, cuyo fruto es de lo mas esquisito, el cocotero, el árbol del pan, y plátanos, cuyas especies pasan de veinte y cinco.

El interior del país está cubierto de frondosos bosques, vírgenes todavía, en extremo abundosos de maderas tintórias, ébano y otras, propias para construccion naval y urbana. Hay varias especies de palmeras, cañas y juncos, llamadas de Indias, y caña-fistolas que forman inmensas selvas en los pantanos y orillas de los rios.

Tambien prospera muy bien el ganado en estas islas, por cuyos montes andan errantes venados y *carabaos* (búfalos), los últimos empleados generalmente en la labranza y carretería. Los españoles han introducido las vacas y caballos, que aunque pequeños son muy robustos y de muy buena estampa. Son muy comunes las aves de especies raras en otros países; notándose entre la diversidad de palomas las llamadas de la *puñalada*, por una mancha muy semejante á sangre sobre su blanca pechuga. Entre los animales bravíos pueden tambien citarse los *gatos de algalia* que dan el *almizcle*, sustancia odorífera de gran precio. Entre los reptiles distingúense las serpientes grande y pequeña; conocida esta con el nombre de *da um palay* (hoja de palay) entre los naturales, y tan peligrosa como la de cascabel. En las costas, rios y lagos hormiguean clases muy variadas de pescados, infestando sus márgenes dañinos caimanes. Vistosísimas mariposas y abejas pueblan el aire, al tiempo que incomodan escorpiones é infinitos mosquitos y plagas de langostas, que ocultando á veces el sol devastan las sementeras.

Esta tierra contiene ricas y someras minas de oro, cobre y hierro; solo una de las últimas tenemos noticia se explota en la provincia de Bulacan. Varios de sus rios arrastran arenas de oro que utiliza la paciencia indígena: en las inmediaciones de los volcanes cójese mucho azufre, y en las costas péscase crecida cantidad de nacar, preciosas perlas y ambar gris. Otras muchas producciones da este país admirable, que figuran como renglones de un gran comercio, entre los que se cuentan el *sibucac* y otras drogas para tintes, cera, brea, carey, el nido que forma un pájaro con su haba, y es muy apreciado por los chinos, balate, ajonjolí y siguey ó carolitos, que sirven de moneda en algunos reinos de la India.

Reinaba la magestad cesárea de Carlos I en el solio español, cuando Fernando de Magallanes triunfando por los años de 1520 y 21 con heroica constancia de inmensos obstáculos, aumentó sus brillantes timbres con el hallazgo de este vasto archipiélago, y un nuevo camino á él por el estrecho que inmortaliza su nombre. Mas la gloria de su conquista en 1565 estaba reservada á Felipe II, por el valor del Adelantado Miguel Lopez de Cegaspi, y la prudencia de los religiosos agustinos que le acompañaron. Los años que entre su descubrimiento y conquista trascurrieron, pasáronse en lamentables disputas con los portugueses por la posesion de las Molucas, objeto primitivo de aquel célebre náutico. A la llegada de los conquistadores existian dos castas de gentes en el pais; los aetas ó negritos, y los indios; primitivos pobladores aquellos sin contradiccion habíanse retirado á las montañas, cuando los últimos llegaron y ocuparon las playas divididos en varias naciones.

Situábase la *Tagala* en el paraje en que *Manila* se asienta, estendiéndose en circunferencia por muchos pueblos y rancherías, gobernadas por sus reyezuelos. Al Norte estaban los pampagos, zambales, pángasinanes y cagayanes; al Sur de la misma isla los camarines, y en las restantes mas meridionales los bisados ó pintados, así llamados por las figuras con que coloreaban su cuerpo.

Hoy en dia ademas de las referidas razas, existe otra conocida con el nombre de *mestizos de Sangley* resultado de la union de las indias con los chinos llamados sangleyes, de las palabras *Haing-lay*, que en su lengua significa «Mercaderes viajeros» por ser este el oficio á que principalmente se dedican. Encuéntanse en el centro N. de Luzon, las tribus de igorotes, descendientes mezclados de los compañeros de Limahon, célebre chino que con una formidable expedicion puso á Manila en

grave peligro á los pocos años de su fundacion. Forman los negritos varias tribus errantes en los montes y espesos bosques: bárbaros y de poca capacidad tienen sus cabellos pasas, aunque menos atezados que los de Guinea: de narices chatas, no muy altos de persona, aunque trepados y membrudos, aliméntanse de raíces, miel y venados que flechan con sus arcos, en que son muy diestros y certeros: sin sentimientos de religion, ni mas traje que un cinturón de corteza de arbol, son vengativos, indomables y temibles en sus escursiones á las poblaciones de los indios. Estos, originarios de la América meridional segun unos, descendientes de los malayos, segun otros, por su proximidad, son bien agestados y formados, así hombres como mujeres, de estatura regular y en algunas provincias elevada, color de membrillo cocido, narices chatas, cabello negro y lacio, y escasos de barba; de carácter humanos, sumisos y pacíficos; pero valientes, perezosos, y aunque indolentes y disipados, sunamente mañosos y de buenos ingenios para imitar toda clase de obras de manos. Asientan sus poblaciones en las costas del mar y márgenes de los rios, viviendo de sus granjerías, labores, pesquerías, y contrataciones, en tanto que sus mujeres cuidan de las casas de sus padres y maridos, tejen, hilan y ocupanse en las labores de la aguja en que son muy curiosas. Los mestizos de Sangley, aunque de color mas claro, conservan las facciones de sus padres; activos, orgullosos y osados, distíngueseles por sus riquezas, confraternidad, laboriosidad, instruccion, ambicion al mando, y aficion al lujo y comercio; demasiado arrogantes para considerarse indios, y sin título alguno para llamarse españoles, afectan los modales de estos, y visten como los primeros. Ademas de esta division natural de la poblacion, hay un crecido número de chinos y algunos

extranjeros europeos, á quienes lleva el comercio activo que estas islas hacen de sus admirables frutos.

Muchas y diversas son las lenguas, ó mas bien dialectos de una misma, que los indios filipinos hablan hoy dia, sin diferencia de los que se conocian cuando los españoles las conquistaron, que eran tantos como naciones, y algunos mas: aun se ignoran los numerosos de los negritos y zambales montaraces; pero de todos los mas estensos son el *tagalo* y *bisayo*. Su poesía antigua ha desaparecido con la conquista: á sus composiciones líricas consagradas al elogio de sus héroes y perpetuidad de su memoria, han sucedido imperfectas imitaciones de nuestros poemas, trajedias y entremeses introducidos por los misioneros, á quienes la antorcha salvadora de las creencias religiosas condujo á aquellos remotos países. Aun emplean en ellos variados metros, usando solo de los asonantes, pues que los consonantes parece como que ofenden sus oídos. Sus comedias, que suelen ir precedidas de una loa, acostumbran á representarlas en las festividades del Santo patrono de cada pueblo, ó en obsequio de algun alto personaje, siendo su duracion desmesurada. Tenemos noticia de alguna que duró por espacio de tres dias, verificándose en cada uno de ellos 5 ó 6 horas de representacion no interrumpida, y siendo uno de sus principales papeles el de gracioso.

Son las casas de los indios iguales en todas las islas; aisladas unas de otras, estan fundadas sobre *arigues* ó palos altos del suelo. Su fábrica es de caña, y tambien de tablazon, techándolas de lo mismo y cubriéndolas ademas con hojas de palma, llamada *nipa*, que los resguarda mucho de la intemperie, aunque con peligro de incendios. No habitan los pisos bajos por la humedad de la tierra, y estar destinados á la cria de aves, ganados y otros usos de la vida domés-

tica, por lo que estan cercadas de varas y cañas. Las habitaciones del único piso son cómodas, aunque su mueblage y arreos escasos; súbese á ellas por medio de escaleras levadizas, y en el exterior tienen azoteas, que en el país llaman *batalanes*.

El vestido de los hombres consiste en una camisa suelta mas ó menos corta, mas ó menos ancha, sobre unos calzones asimismo anchos ó cortos segun la usanza de cada provincia, generalmente de color azul: sujetan estos con un cordón á la cintura, donde comunmente llevan un machete. Adornan el cuello con un rosario ó escapulario, y cubren su cabeza con un pañuelo ceñido, ó un sombrero hecho de corteza de caña en forma de cono llamado *salacot*, y tambien el que vulgarmente se usa en Europa. La gente principal suele añadir á este traje una chaqueta, y muchos dias de fiesta se visten á la española. Las mujeres usan la misma camisa que los hombres, aunque mucho mas corta; pero flotantes como aquellos, una saya, y encima el *tapis*, que es una manta listada de algodón y seda, y tambien de seda pura, con la que se ciñen de medio cuerpo abajo, luciendo así sus graciosos y lijeros talles. En la cabeza un pañuelo, y para ir á misa una cobija corta de color negro. Ademas de los adornos que usan los hombres, llevan manillas ó braceletes, sortijas y pendientes, algunas con bastante profusion; cuidan mucho del pelo, que es sobremanera hermoso y largo, y que suavizan con aceite de coco. Andan descalzos unos y otros, y solo para fuera de casa se ponen chinelas. Las de las mujeres suelen estar bordadas de oro y plata, cubriéndoles solo los dedos.

Consiste la comida ordinaria de estas gentes en la *morisqueta*, que es arroz, simplemente cocido hasta sin sal, algunas legumbres compuestas del mismo modo, y pescado. Su bebida el guar-

diente estraído del coco, de que abusan en sus festividades. Para comer siéntanse al rededor de unas mesitas de un palmo de alto, sobre sus mismas pantorrillas; postura que el hábito les hace muy cómoda, no usando de cubiertos: con estos manjares frugales gozan de muy buena salud, y viven largos años, siendo muy comun ver indios que tienen tataranietos.

Entre las costumbres del indio filipino, distínguese su afición al baño, de que diariamente usan hombres y mujeres reunidos, el tabaco y el buyo, que consiste en los pedacitos de una nuez llamada bonga, que produce una palmera, envueltos con un poco de cal en las hojas del vetel (enredadera), con aquel nombre conocida. Su uso se ha generalizado hasta entre los españoles, que algunos lo tienen todo el día en la boca, siendo su consumo muy considerable. El que acostumbra á mascar buyo, anda siempre con los dientes negros, los labios encarnados, la boca sucia, y la lengua requemada. Pero la pasión mas dominante, la que todo lo absorbe, y saca al indio de su natural apatía, es el juego ó *pelea de gallos*. Gracias á su mortífero espolon, la familia vive, la mujer tiene collares de oro y cristal, el hombre tabaco y buyo. Así el gallo es el ídolo de la casa, el preferido hasta á la esposa é hijos, á quien el indio á cada instante acaricia y constantemente lleva en sus brazos. En fin, el gallo es su tesoro, y su pérdida es llorada como tal. Este furor general por semejantes distracciones, ha sido explotado por el gobierno; que percibe un derecho por el privilegio del combate en determinados campos cerrados, en los que los contratistas á su vez exigen un precio por la entrada de los individuos, y la riña de los campeones. Ajustadas las apuestas, que á veces se elevan considerablemente, medidas las fuerzas de los combatientes y armados de una muy aguda navajita, lánzanse es-

tos, herizadas las plumas y enrojicidas sus crestas de cólera: profundo silencio síguese, y en este entretanto; qué de emociones y de angustias tan palpitantes no causan, hasta que la habilidad ó mayor fuerza hace huir al adversario, y el matador canta sobre los restos de su contrario!

Las rentas públicas, siempre acrecentes, han ascendido en los últimos años deducidos los gastos á 1.060,000 duros; sobrante disponible para el tesoro público bien notable, comparado con los 250,000 pesos que hasta principio de este siglo han estado costando á las cajas de Méjico de quien dependían, para cubrir los preciosos gastos de la administracion.

Desgraciadamente la agricultura é industria entregada á gente ignorante, y sin los capitales que necesita, se halla aun en su infancia: sin embargo, merced á la libre estraccion de frutos que no viene de muy atras; aquella va adquiriendo un desarrollo considerable, segun se demuestra por las crecidas esportaciones que de ellos se hace por el puerto de Manila. Este fue en otro tiempo el centro de un rico comercio, mas las disensiones de las antiguas colonias americanas lo arruinaron. Con la paz de 1814 la admision del comercio extranjero le reportó grandes ventajas, preparándole un brillante porvenir. Así en los cuatro años desde 1827 á 30 vió Manila esportar sus frutos por valor de 5.507,983 pesos, como igualmente desde los años de 1836 á 40 por el de 12.758,397; resultados que jamas estas islas conocieron.

Gira la máquina del estado por medio de la autoridad de un Capitan General, que reúne los mandos militar y político, un Superintendente en el ramo de hacienda, un Arzobispo con tres sufragáneos en lo eclesiástico, y la real Audiencia en lo judicial. A la cabeza de cada una de las 32 provincias en que el territorio está dividido, hay un funcionario español, que en unas partes toma

el título de gobernador, en obras el de alcalde mayor. Su destino es administrar justicia, y cobrar el tributo á los indios, quienes ademas dependen de los alcaldes ó *gobernadorcillos* indígenas. Este cargo es de eleccion de los doce *cabera de barangay* mas antiguos, que son al propio tiempo los jefes mas inmediatos de las familias divididas en tribus de 45 á 50. La cura de almas está encomendada á las cuatro órdenes religiosas establecidas en la capital, y clérigos indios y mestizos por falta de los primeros, que son todos europeos. El gobierno español que suprimió los conventos en la península, ha comprendido bien la necesidad de su conservacion en aquel pais.

La poblacion va cada dia desarrollándose maravillosamente, merced á la franca apertura del puerto de Manila al comercio extranjero, que aumentando y satisfaciendo á la vez las necesidades, hace crecer aquella. De esta suerte, el número de almas que en 1792, época anterior á la franquicia comercial, se elevaba á 1.400,465, ascendia en 1837, último censo publicado, á 3.516,253, entre los que se numeran 102,600 mestizos y 5.600 chinos. La poblacion blanca, que se puede decir se limita á su capital, segun el padron de 1839 era de 4152. El ejército formado de soldados indígenas y algunas compañías de europeos, compónese de 6.300 hombres de tropa veterana, y 7.300 de milicias provinciales dispuestos á tomar las armas en caso necesario. Existe ademas una marina colonial llamada corsaria, destinada á defender las costas del pillaje de los piratas moros, fórmanla 68 faluas y lanchas de diverso porte.

Manila, la capital de esta preciosa colonia, asiéntase á la embocadura izquierda del caudaloso Pasig, que bañando sus murallas comunica la vasta laguna de Bay: de 30 leguas de circuito, con la bella y espaciosa bahía á que aquella da nom-

bre. El aire grandioso de sus casas, el infinito número de los carruajes que ruedan por sus calles, la alegría y movimiento que por todas partes se observa; todo indica la actividad y la opulencia de una ciudad comercial. ¡Que espectáculo tan grandioso, que escena tan imponente no se presenta á la vista, ya se dirija esta á su rada, en que se hallan fondeados innumerables buques mercantes de tantas naciones diversas, con sus formas tan opuestas, sus trajes tan varios, donde todo respira magnificencia y riqueza: ó bien á su encantadora campiña, cubierta de perpétuo verdor, sembrada de pueblecitos, con su tortuoso rio y canales que en él desembocan, surcados por infinitas barquillas. Mani-la propiamente dicha, la ciudad de guerra, comunicase con sus arrabales por medio de un soberbio puente de piedra de 148 varas de largo y 8 en todo su ancho, sustentado por 10 arcos. Sus fortificaciones, aumentadas despues de 1762, época en que fue tomada por los ingleses, son mas que suficientes para contener los ataques de las naciones orientales, y no débiles para resistir el cañon europeo. Seis puertas dan paso al exterior de su recinto, entre las que se distinguen por su gran concurrencia la llamada del *Parian*, que dá mas próximo paso al puente. Sus calles son rectas y espaciosas, con anchas aceras y buen alumbrado. Las casas, edificadas en forma rectangular ó cuadrada, no tienen mas que un piso sobre los bajos, que son de piedra sillería, en los que no se habita por la humedad de la tierra, y estar destinados para cuadras, almacenes y algibes; algunos sin embargo; aunque en pequeño número, tienen tiendas; los altos, construidos de madera cubierta de argamasa, tienen un corredor saliente ó galería exterior, en cuyas ventanas hay persianas y bastidores corre-dizos cubiertos de conchas trasparentes en vez de cristales, que oscurecen un

poco el interior de los aposentos, pero los defienden de los reflejos del sol. Dos plazas tiene esta ciudad; la de armas y la llamada de la Fuerza. Decora uno de los lados de la primera la catedral, edificio sólido y de regular arquitectura; á su costado derecho las casas consistoriales de bella apariencia, y á su frente el palacio de la capitania general; de formas pesadas y estilo no muy correcto. Tiene Manila otros buenos edificios, entre los que se distinguen por su oirosa fachada y arquitectura de mucho gusto, el que fue convento de los jesuitas, y la elegante y graciosa aduana nueva, de construcción moderna, edificio espacioso, elevado, y de formas ligeras. Mas al referir los edificios de esta capital no podemos pasar en silencio el convento y templo de los religiosos agustinos calzados; fue su fábrica comenzada en 1599; su maestro fray Antonio de Herrera, que se dice fue hijo natural del célebre é inmortal príncipe de los arquitectos españoles, y á quien un lance de honor en España le obligó á partir á aquellas remotas regiones. Son sus cimientos y altos arcos de su iglesia de magníficas bóvedas de sillería, primorosamente trabajados; y tan sólidos, que á pesar de los horribles temblores que se han sucedido, no ha hecho aun el menor resentimiento.

Manila carece de teatros públicos por falta de actores españoles que inspiren los sentimientos de la representacion, pues no puede darse aquel nombre con propiedad á un espacioso camarín de cañas y nipa, donde hace dos años se representa con alguna regularidad por compañías del país, piezas de nuestro teatro antiguo y moderno; mas en cambio este pueblo, amante de las grandes reuniones y de los placeres del campo disfruta ya de romerías parciales donde se goza de la alegría y franqueza natural del país; otras de las fiestas de los cercanos pueblos á donde se transporta cre-

eido número de los moradores de la capital y circunvecinos participan aquellas siempre de un carácter religioso, en que figuran músicas de los regimientos de Manila. Decóranse sus calles con arcos de triunfo, pórticos y templos de ramaje y flores artificiales que ofrecen el golpe de vista mas gracioso y pintoresco iluminados por la noche con transparentes, multitud de vasos de colores y farolitos chinoscos, concluyendo con fuegos artificiales, accesorio indispensable en todas sus fiestas. Despues de las ocupaciones del día, á medida que el sol se aproxima al horizonte, crece por grados la animacion de esta capital y todos los variados carruajes, mueble allí de necesidad, salen y se dirijen al paseo de la Calzada, que ocupa gran parte del exterior de su recinto, donde se cruzan: se siguen y vuelven á pasar con una rapidez extraordinaria.

Manila tiene una sociedad económica, otra de sanidad, una escuela náutica, una universidad y tres colegios para hombres, dos colegios y tres beaterios destinados á la enseñanza del bello sexo. Cuenta cuatro conventos de religiosos, uno de monjas, dos hospitales y once iglesias, comprendidas la catedral y las de los conventos referidos. Los temblores de tierra son en ella muy frecuentes, aunque rara vez ocasionan desastres. En el de 1824 los sacudimientos cuartearon algunos edificios, y entre ellos dos ojos del puente. El aspecto de esta ciudad, donde mora la mayor parte de los funcionarios y empleados del gobierno, es grave, y revela el carácter sério, y compasado de los antiguos españoles sus fundadores. Mas si de aqui pasamos el puente y entramos en sus arrabales, divididos en doce pueblos ó cuarteles, entre los que sobresalen por su movimiento Binondo, Santa Cruz y Tondo: ¡qué contraste, qué aspecto tan diverso y animado no presenta esta segunda ciudad

con sus barquillas de travesía ó cargadas de mercancías, que se cruzan y atropellan con su multitud, que agitándose por todos lados y en todos sentidos, colorean este animado cuadro tan interesante por la diversidad de los encajes y costumbres locales. Residencia de la mayoría de los comerciantes españoles y extranjeros, y de los chinos con sus variadas tiendas y talleres, es en fin la ciudad industrial y comerciante, el centro de la actividad de los negocios. Los últimos, considerados en Filipinas como en Europa, los judíos, son el objeto del odio y animadversión general, por haberse apoderado exclusivamente del comercio. Espulsados unas veces por las sublevaciones que han promovido, tolerados otras, han sido por fin consentidos por las autoridades, y puede decirse que en el día se encuentran exclusivamente apoderados del comercio al menudeo, olvidándose por aquellas que su tolerancia en el país fue decretada por el gobierno supremo á condición que se dedicasen á la agricultura.

El rápido bosquejo que hemos trazado, dá á conocer la estension, riqueza é importancia de las Filipinas, manifiesta tambien que todo está allí en su infancia, y no cabe duda que bien regidas y administradas, permanecerán aun muchos años bajo la dependencia de España. Las Filipinas por su situación geográfica, por la riqueza y variedad de sus producciones, por su numerosa población, dulzura y flexibilidad de sus habitantes, son susceptibles de un engrandecimiento incalculable. Pueden llegar á rivalizar con la Habana si no á escederla; pero es indispensable que el gobierno supremo se ocupe algo mas de su administracion, y mire muy detenidamente la eleccion de altos funcionarios que allá envíe. Sin gobierno no puede haber prosperidad en ningun país.

M. MAYO DE LA FUENTE.

## POESÍA.

### LA FATALIDAD,

O EL

### DESTERRADO ÁRABE.

#### ROMANCE EN CINCO ESCENAS.

*Persigue infausta estrella,  
do quier al desventurado  
ya en la pajiza cabaña,  
ya en los soberbios palacios.*

Fragmento de una comedia de Lope de Vega.

#### PRIMERA ESCENA.

*La Tempestad.*

Cúbrese de luto el cielo,  
y entre las nubes opacas  
se esconden los altos riscos  
de las soberbias montañas.

Por el aire el meteoro  
cruza con lívida llama,  
y en torrentes se despeñan  
mugiendo las turbias aguas.

Brama el viento, cruje el trueno,  
y súbito rayo estalla,  
que en polvo y ceniza leve  
los añosos robles cambia.

Desde la cumbre á los valles  
ya precipitados bajan  
los temerosos pastores  
sin cuidar de sus majadas.

Bálan mustias las ovejas:  
del recental, que se ampara  
so el blando vellon, la madre  
despavorida se aparta.

No repiten ya los ecos  
la deliciosa alborada,  
con que el Cantor de los bosques  
hace á sus amores salva.

Lúgubre, frio silencio,  
pavorosa, triste calma  
sucede al trinar suave  
del jilguero y la calandria.

— « ¿Que fué de tí, tortolilla ?  
 « ¿ Porqué dejas agitada  
 « los tiernos hijos, que al seno  
 « con tus plumas abrigabas ?  
 « ¿ Giras en torno del nido  
 « saltando de rama en rama,  
 « y la dulce prole quieres  
 « defender de la borrasca ?  
 « En vano, en vano ¡lo intentas;  
 huye de una vez, cuitada,  
 huye de una vez, no aguardes  
 « á ver desechas tus alas,  
 « Que ya el huracan rugiente  
 « del hondo asiento descuaja,  
 « las firmes rocas que ruedan  
 « atronando la montaña.  
 « ¿ No ves robustas encinas  
 « de las cumbres arrancadas,  
 « ser del Aquilon despojos  
 « y á los abismos lanzadas ?  
 ¿ Que importará resistirte  
 « á la fortuna contraria  
 « siendo débil, cuando al fuerte  
 « rinde impiadosa y maltrata ?  
 « Huye, huye, que si el hado  
 « lo decretó, en tierra estraña  
 « morirás, tórtola triste,  
 « morirás desamparada. »

## SEGUNDA ESCENA.

### *El Desterrado.*

La tempestad despreciando  
 que á naturaleza espanta,  
 cual espectro entre las rocas  
 el desterrado se para.

El desterrado y proscripto  
 que dejó la dulce patria;  
 y á ella torna, temeroso  
 desde la Libia abrasada.

Como aceradas espinas  
 en el corazon clavadas,  
 van las acerbas memorias  
 de sus antiguas desgracias.

En torno de su cabeza  
 mil funestas sombras vagan,  
 y la pálida congoja  
 en sus ojos se retrata.

Crudo, inflexible destino  
 cual una inmensa montaña  
 le agovia, y en el cuitado  
 todo su peso descarga.

El valor en vano lucha,  
 y la juventud lozana  
 con la fatídica suerte  
 que al infeliz acompaña.

Su yerta, lívida mano  
 en la noble frente estampa  
 del mísero peregrino  
 inexorable la Parca.

En vano de su infortunio  
 continuo le avisa el alma,  
 que su mayor enemiga  
 es la pérdida esperanza.

« ¿ Por qué no la vences, triste ?  
 « mira, mira que te engaña,  
 « huye, vuela presuroso,  
 « no te detengas, ya tardas. » —

Mi voz desoye, que el hado  
 á su perdicion le arrastra:  
 y, ¿ quién podrá sus decretos  
 vencer, y enconosa saña ?

## TERCERA ESCENA.

### *La Peregrinacion.*

El nieto del esforzado  
 que reinó en las Alpujarras,  
 y cuya sangre aun al cielo  
 está clamando venganza,

Deja la ardorosa Libia  
 dó encendido el viento lanza  
 columnas de inmensa arena  
 que el claro horizonte empañan.

No el bullicioso arroyuelo,  
 ni la fuente regalada,  
 ni el verde bosque sombrío,  
 allí su mirar encantan:

Allí do niño durmiera,  
 donde la sed apagaba,  
 y donde al corzo solia  
 seguir con ligera planta.

En su ardiente fantasía  
 recuerdos mil se levantan,  
 recuerdos mil deliciosos  
 de la venturosa infancia.

Esperanzas le sustentan,  
mas esperanzas le engañan,  
que hace ya tiempo fortuna  
como enemiga le trata.

De sus falaces deseos,  
ó mas bien de suerte aciaga  
llevado, al fin se resuelve,  
y se encamina á la patria.

Aridos desiertos corre,  
sulca mares agitadas,  
ni peligros le detienen,  
ni por fatigas se cansa.

El descendiente de Reyes  
va la cabeza inclinada,  
ni muestra su faz el brillo  
que á un grande nombre acompaña.

Así llegó triste y pobre  
en roto esquite á la playa,  
y al saltar cayó en la arena,  
anuncio de suerte infausta.

#### CUARTA ESCENA.

##### *Los Desengaños.*

Apenas el Peregrino  
besó la tierra de España,  
cuando sus pasos dirige  
á la ríscosa Alpujarra.

Allí triunfó su familia,  
que en la muy noble Granada  
pensó reinar, conquistando  
las altas torres de Alhambra.

Allí sus años primeros  
gozó lleno de esperanzas,  
y allí, si el Hado quisiera,  
el régio solio ocupára.

Llega en fin, mas busca en vano  
de las huestes africanas  
las triunfadoras banderas  
que en la mezquita hondeaban.

En su lugar vé las cruces  
de Santiago y Calatrava,  
hollar la creciente luna  
del Profeta de la Arabia.

Mira en el suelo abatidas  
las torres del régio Alcazar,  
y sus preciados jardines  
cubiertos de inculca zarza.

En vez de jazmin y rosas,  
puro bálsamo del aura,  
pálida mielga crecía  
entre desabrida malva.

Cedió el perfumado aroma  
allí á la ruda carrasca,  
y el dulce oriental naranjo  
acerbo y agrio se cambia.

En vez de lindos zagales  
que formen vistosas danzas,  
y que recuesten de amores  
á las tímidas zagalas,

Vio rústicos aldeanos  
con la cerviz inclinada,  
y en su frente las señales  
de generacion esclava.

Triste, abatida, sin brio  
la yegua de noble raza,  
lleva en el cuello la insignia  
de la coyunda pesada.

El alazan generoso, planta  
que en ligerísima gloria  
aun de la naciente yerba  
las ojillas no doblaba,

Ya no tasca leve freno,  
ni con blanca espuma baña  
el pecho, ni en su carrera  
veloz los vientos ataja.

No siente ya el acicate,  
y perozoso rechaza  
el rudo azote, que esgrime  
torpe mano y despiadada.

De aquel pais deleitoso  
huyeron juegos y zambras,  
del añafil y el albugue  
el ecoapacible calla.

Y ya la trompa guerrera,  
á lides de amor y gala,  
ni á la juventud convoca,  
ni á bandos ni á justas llama.

Sortijas ya no se corren,  
bohordos ya no se lanzan,  
los premios y las preseas  
no distribuyen las damas:

Ni Marlotas, ni Alquiceles  
en sus colores retratan,  
secreto amor, claros celos,  
fávores ni tristes ansias.

Cesaron cifras y motes  
donde el amor declaraba  
mil encubiertos deseos,  
mil pasiones encontradas.

Asi vió desvanecerse  
gozos, placer y esperanzas,  
como el humo por los vientos  
el Peregrino en su patria.

#### QUINTA ESCENA,

##### *El Destino.*

Exánime, sin aliento,  
por la selva enmarañada,  
huye el Corzo mal herido  
por la venenosa jara.

Lleva en su pecho la flecha.  
que mas y mas se le clava,  
y mas y mas le acongoja  
cuando mas quiere sacarla.

Asi el noble descendiente  
de Aben-Humeya, la infausta  
tierra natal dejar quiere,  
huyendo de su desgracia.

Mas en valde, que el agudo  
hierro lleva en sus entrañas;  
y paz tan solo en la tumba  
quien es desdichado alcanza.

El patrio amor le detiene,  
instale el temor que parta;  
y en tan contrarios deseos  
no acierta á mover la planta.

En la Libia ve el destierro,  
persecucion en su patria;  
si allá una esposa le espera,  
tuvo aquí sus esperanzas.

De su estrella en fin guiado  
sobre aquel risco se para,  
á quien la horrible tormenta  
con cierta ruina amenaza.

Allí sus ojos vertian  
llanto de dolor y rabia,  
recordando sus fortunas,  
maldiciendo sus desgracias.

Al aire envia suspiros,  
que el aire encienden y abrasan,  
y desde allí ¡ para siempre !  
se despide de la España.

A Dios dijo.... mas apenas  
pronuncia aquesta palabra,  
y para huir su desdicha  
incierto el paso adelanta,

Cuando un rayo de las nubes  
desprendido, el aire inflama,  
que al Peregrino y las rocas  
juntos al abismo lanza.

Cayó el mísero, y sus miembros  
aun palpitantes arrastra,  
embrabecido el torrente  
sobre sus túrbidas aguas.

Con la sangre enrojecidas  
las blancas espumas bajan,  
y salpicando los riscos  
hasta el cielo se levantan.

Agudo grito resuena  
entonces que al valle espanta,  
y en las cumbres repetido  
victoria feroz aclama.

La tempestad horrorosa  
cesa en fin: sus luces claras  
por la tierra enlutecida  
el fulgente sol derrama

Vuelve la tórtola al nido,  
el pastor á su majada,  
el recental á la madre,  
las aves gozosas cantan.

El puro ambiente las flores  
con perfumes embalsaman;  
y amor festivo á sus juegos  
torna batiendo sus alas.

Pero aun allá á lo lejano  
la sombra terrible y vaga  
del Destino, se percibe  
que entre las nubes se lanza.

En su ominoso semblante  
ostenta sonrisa amarga,  
y á las rocas del torrente  
con fatal dedo señala.

EL TROVADOR.



## EL FRAC.

Te amo, te estimo, te reverencio, mi querido frac. Muchos te encuentran pobre, mezquino, sin nobleza y sin gracia; pero el verdadero emblema de la libertad y de la igualdad es el frac, y por eso me parece tan hermosa esta prenda.

¿Que fuera yo sin el frac? ¿Qué figura haria despues de afanarme tanto por ganar unos veinte ó treinta pesos para comprar con que cubrirme las espaldas?

Sin remontar á los tiempos feudales en los que muchas veces vendian los señorones sus dominios para pagar sus suntuosos vestidos, sin detenernos en el siglo de Luis XIV, en el que una peluca costaba un dineral, recordemos los últimos años del último siglo. Para sostener en aquella época el rango de un hombre de honor, de hombre de mundo, era indispensable un guardarropa mas provisto y costoso que un ajuar completo de ahora; casacas de estio, de invierno, de primavera y de otoño; casacas de terciopelo, casacas de seda, chalecos dorados, plateados, evillas, espada, tocado.....

Sin todo esto pasaba uno por rústico, villano, hombre del pueblo. No podia uno entrar en la sala del menor empleado, ni presentarse en un palco del teatro. Si estimulado por un instinto invencible para pasar de una esfera baja á otra mas alta, queria uno entrar en el gran mundo sin dinero en la bolsa, y sacar partido de sus conocimientos, tenia que vestirse de abate, cuyo trage era menos costoso que el de los lacayos.

Pues bien: hoy dia tengo mi frac, y con él me presento en todas partes, y figuro en presencia de los primeros personajes. Si el paño es francés, inglés, ó español, no puede distinguirse á diez pasos de distancia, y al resplandor de las lámparas y de las bujias, no

hay lince que lo pueda conocer.

Con mi frac ando como un petimetre; voy al paseo, asisto á la ópera, me dejó ver en las lunetas y en los palcos, como en casa del ministro; leo la gaceta en el café, codeo al marques, al conde, al duque, como por seis reales, parezco á un Adonis, miro de hito en hito á un ricote forrado de onzas.

¡O mi querido frac!.... Tu solo eres el verdadero emblema de la igualdad entre los hombres!



## TABACO.

He aqui una historia lacónica del tabaco en sus formas diversas.

Fue traído de América á España por Hernandez de Toledo en 1559. Catalina de Médicis fue la primera que en Paris inventó el polvo. El cardenal Sta. Croce introdujo el tabaco en Italia. Sir Walter Raleigh en Inglaterra en 1555. En 1624 el papa Urbano VIII por una bula escomulgó á los que tomasen tabaco en la iglesia, renovada en 1690 por Inocencio. En Turquía por el año de 1720 el Sultan Amurath IV declaró que era crimen capital el fumar. En Rusia estuvo prohibido por mucho tiempo, bajo la pena de *cortar la nariz*. En Berna y en Suiza se añadió la prohibicion de fumar á la lista de los mandamientos. Jacobo I de Inglaterra publicó en 1608 su *counterblast to tabacco*, en el que lo denuncia como costumbre desagradable á la vista, odiosa á las narices, pernicioso al cerebro, peligrosa para el pulmon, y cuyo humo negro y apestante se parece al horroroso de la Stigia terrible y sin fondo. Pero como autoridades opuestas, Newton y Hobbe fueron grandes fumacores. Santenill, célebre poeta francés, perdió la vida de resultas de haberse bebido un vaso de vino, en el cual se habia echado tabaco español en polvo.

## LA CASA DE CURACION (\*).

**R**ecibí cierto día una invitación para asistir á un banquete. Me la dirigía uno de mis amigos, llamado Gustavo, que estaba en una casa de curación. Yo le había mandado llevar á ella de resultados de un desafío que tuvo, en el cual quedó gravemente herido, porque hallándose en París sin familia que le asistiera, no podía esperar los auxilios que su situación reclamaba fuera del establecimiento á que le conduje.

El director que era un médico de mucha reputación nos recibió con un aire, que á pesar de sus finos modales, olía á cien leguas á huesped. El doctor en persona curó á mi amigo, pero es seguro que tanteó á un mismo tiempo la herida y la faltriguera del paciente Gustavo, á quien dijo metiéndole el bisturí:

—La cura será pesada, pero no muy costosa.

Lo siento, contestó el enfermo: porque yo tengo mas cantidad de oro que de paciencia.

Esta respuesta le valió á Gustavo el ser trasladado á una habitación separada. El facultativo le asignó un dependiente particular para que le cuidase. La convalescencia fue lenta, según se lo maliciaba el facultativo, y por lo tanto yo concurría á la casa con frecuencia.

(\*) El título francés es CASA DE SALUD *Maison de Santé*, nombre con que designan nuestros vecinos del otro lado de los Pirineos, ciertas casas bastante comunes en su país, donde se toman á pensión personas enfermas ó valedudinarias. Como dichos establecimientos no están en uso entre nosotros, no tenemos una palabra propia que lo signifique, y nos ha parecido lo mejor llamarle *Casa de Curación* que llena en castellano la idea que de dichas casas da el nombre francés.

Un domingo pues, me convidó Gustavo á comer, y teniéndome por dichoso con tan inesperada fortuna, acudí á la hora regular, creyendo pasar el tiempo con mas gusto que de ordinario. Por otra parte aquel establecimiento estaba léjos de mi casa, y era preciso andar mucho para llegar á él.

Las casas de curación están situadas constantemente en los barrios mas distantes del centro de la ciudad de París. Muchas hay en la calle de Charonne; dos ó tres cuenta el barrio de Poissonniere (de los pescaderos) y el barrio de Saint-Denis (San Dionisio), y el de Chaillot está poblado de ellos.

Estos establecimientos casi siempre se hallan situados en una antigua y espaciosa fonda que tenga en el piso bajo desahogadas habitaciones para el servicio ordinario, y salas capaces en el piso alto para alquilarlas á los pudientes. Gracias á los reparos que se hacen en las maderas, en las paredes, y en el ornato, las cuadras, los desvanes y demas oficinas, se convierten en hermosas viviendas, que se alquilan amuebladas ó sin amueblar, y varían de precio según el rango de las personas que las ocupan, porque la población de las casas de curación se compone de clases muy diferentes, que se remudan á cada instante.

Los que ocupan el piso alto se distinguen sobremanera de los que están en el bajo. En efecto, estos últimos dan una idea muy aprosimada de las costumbres de las aldeas, mas los primeros, son digámoslo así el epítome de las prácticas de la sociedad entera, á la que representan bajo todos aspectos. En el piso bajo todo se reduce á un poco de tontería y de estravagancia; pero en el alto se juntan todos los crímenes y defectos; ya lo hemos dicho, la sociedad entera bajo todos aspectos.

Por lo regular se entra en estas casas por una verja de hierro, á cuyo

lado hay una puertecita con un postigo. El conserje que está de guardia en esta puerta se informa muy detenidamente del inquilino á quien se trata de visitar, y pasa la noticia á los dependientes de adentro para que cualquiera de ellos introduzca al que viene de la calle en el cuarto del enfermo por quien pregunta, ó llame á este para que baje á la sala de recibimiento. Mas adelante supe el motivo de estas formalidades.

Llegué á la casa de curacion á las cinco en punto, y nos bajamos al instante al jardín á esperar que fuese la hora de sentarnos á la mesa. Un gran número de personas se paseaban por él formando pequeños grupos. Mi amigo Gustavo á casi todos los saludaba con una franqueza tal, que me hizo presumir que habia encontrado en aquella casa gentes bastante amables que le hacian gustosa su morada. En un recodo que formaba una calle en que me habia parado para coger una magnífica rosa, tropezamos con dos personas que iban tan distraidas que parecia estaban absortas en meditaciones profundas. La una de ellas representaba poco mas de treinta años, y tenia cara de estar achacosa; iba vestida con mucha elegancia, al estilo estrangero, pero de modo que se advertia un esquisito cuidado en su adorno: la otra, por el contrario, tenia uno de esos encendidos semblantes que parece un pedazo de remolacha cocida, y las mangas cortas de su casaca de color de castaña, dejaban ver dentro de sus dimensiones desproporcionadas, unas manos cuyos dedos figuraban admirablemente un manojó de rábanos muy crecidos. Nuestro encuentro con aquellos dos entes habia sido tan repentino, que no pude pararme á mirarlos atentamente y así pregunté á Gustavo, qué casta de pájaros eran.

El mas jóven, me contestó, es un baron aleman muy acaudalado, que ha veni-

do á sanar de una enfermedad cutánea, tenida por incurable; él paga la friolera de algo mas de mil francos mensuales, para salir de aquí mas malo que lo que ha entrado. El otro es un carpintero que está aquí metido por causa de una banarrota con fraude, y que debe á esta circunstancia el tener que pagar casi tan cara como el baron la mesada de alquileres que devenga su cuarto.

—Entonces, le dije yo, ademas de los enfermos, traen á este establecimiento á los sospechosos; ¿es por ventura una especie de cárcel?

—Una cárcel hecha y derecha, me respondió Gustavo, porque en ella hay bastantes que están sentenciados. Mirad ese hombre de pelo rubio, tan bien teñido, y esa jóven sin corsé, que es tan fea; han pasado uno junto á otro, mirándose de alto á bajo, y con profundo desprecio; él ha salido de la cárcel de la Fuerza, adonde habia sido enviado por decreto de los Tribunales, por haber seducido á una jovencita que aun no tenia cumplidos los quince años. La jóven fea hace ocho dias que se hallaba en San Lázaro, adonde la habia mandado llevar su marido por haber sido declarada adúltera en juicio contradictorio, y haberse probado que tenia costumbre de introducir en su cuarto á su querido siempre que su esposo salia á la calle. Lo mas notable que hay en estos dos personages es el desprecio y el odio que recíprocamente se tienen. La fea es una mondonguera completa, y nunca llama con otro nombre al jóven ciudadano que con el de *viejo contrahecho*. Este, que, segun dicen, bajo el nombre de Mr. Durand, oculta un nombre mucho mas distinguido, no cesa de insultar á la mondonguera con esta frase: «La adúltera lonja de vaca, que se llama la señora Pichet.» Cuando por casualidad llegan á pelearse, lo cual acontece cuantas veces se hablan, los apodos se cruzan con la

rapidez y chiste que observareis mientras que comemos.

Este aborrecimiento no me maravilla, contesté á Gustavo; los vicios no se aprecian, ni se agradan sino cuando congenian; así pues, como por sus propensiones no hay posibilidad de efectuar el crimen entre estos dos desalmados, deben necesariamente odiarse, y mofarse uno de otro. Lo que me sorprende es la intimidad que reina entre el baron alemán y el rústico carpintero. Yo creia en la antipatía de las manos blancas y aseadas con las manos de color de sangre y sucias, antipatía que se me figuraba no era posible desapareciese.

—Todo se puede en el mundo, respondió Gustavo, y eso mismo que alejaría de sí á estos dos individuos fuera de este lugar, los atrae cuando están dentro. El carpintero únicamente, se encuentra con un cutis bastante duro y muy lleno de callos, capaz de tocar el cutis sarnoso del baron alemán. Solo el carpintero es el que se atreve á acompañarle continuamente, y á visitarle en su cuarto, y abastecerle, contra las preveniciones de los facultativos, de tabaco para que fume y de cerbeza para que beba, teniendo muy buen cuidado de hacérselo pagar á subido precio al rico alemán. Separados por su nacimiento y educación, se aproximan por la cerbeza y la pipa. Sus distracciones consisten en apurar la botella de vidrio, y su conversacion se reduce á echar bocanadas de humo. Se recrean tanto con este entretenimiento, que llega el momento de que se achispan de tal suerte con la bebida, y se pone el cuarto tan cargado de humo, que es difícil saber cual de ellos tiene las manos sucias, y cual las tiene limpias. Ellos mismos llegan á olvidarse tan completamente el uno del otro, que el baron recita los versos de Goethe y de Schiller al carpintero, mientras que este le canta al baron su copla favorita, que es:

El buen aldeano  
Metido en su casa,  
Se sienta á la mesa,  
La lumbre á la espalda. &c.

Y uno y otro se aplauden frenéticamente.

—Pues que estais de humor de esplícarme todo lo que me sorprende, decidme, mi querido Gustavo, cómo se permite hagan estos excesos, siendo tan públicos?

Que simple sois, respondió Gustavo; qué sería de la prosperidad del establecimiento, sin las imprudencias de los enfermos? Cada botella de cerbeza necesita al siguiente dia un bote de pomada que cuesta diez francos, y se gasta en untar al baron, que puedo asegurar que se unta no solo por las botellas que él se ha bebido, sino tambien por las que el carpintero se bebe. Tiene dias en que se embriaga de tal manera que necesita gastar en pomada lo menos ochenta francos.

—Pero ese botarate no conoce que se espone á morirse?

No será si acaso tan pronto como os habeis figurado. El tiene una complexion aun no muy deteriorada para ir en posta hácia el cementerio. Por otra parte las enfermedades cutáneas son bastante conocidas por el provecho que dejan en las casas de curacion; ellas son el verdadero capital de estos establecimientos. Ni se curan, ni causan la muerte. Una enfermedad cutánea es una pension vitalicia para los facultativos.

Aquí llegábamnos de nuestra conversacion cuando ví que se acercaba hácia mí un joven, conocido mio, el hombre mas chistoso que habia visto durante mi vida. El no faltaba nunca al paseo de Bois ni al teatro de la Opera.

Eh! eh! eh! me dijo desde la mayor distancia á que pudo verme: venís á comer con nosotros?

—Y vos, le contesté yo, conocéis á alguien en esta casa?

—Cómo que si conozco? pues si vi-vo en ella!

—Vos? y con qué motivo?

Ja! Ja! ja! ja!, como enfermo; como enfermo de mucho peligro, me respondió con una cara de risa que vendia salud; no sabeis nada? repitió riyéndose á boca llena; ja! ja! ja! ja! ¿con que no sabeis que tengo una enfermedad maligna, ja! ja! ja! ja! que me consume, ja! ja! ja! ja! que me mata, ja! ja! ja! ja! y que me lleva insensiblemente al sepulcro, jo! jo! jo! jo!

Muy insensiblemente, en efecto, dijo Gustavo, porque apenas se advierte.

Ah, ya! contesté yo á mi vez; sois por casualidad un enfermo de aprension?

No por cierto, me respondió Henrique; soy mas bien un enfermo fingido. Figuraos que un miserable acreedor me hizo ir á Santa-Pelagia por unos recibos que tuve la imprudencia de darle á cambio de papagayos, de jaboncillos de Windsor, de obleas, de barriles de urato, y otras baratijas, que importaban, con otros cien luises en dinero efectivo, la suma líquida de veinte mil libras. Luego que este perillan comenzó á perseguirme, le propuse un arreglo; se negó á admitirle, y entonces tomé la resolucion de pagarle del mismo modo que me habia él prestado. El me habia entregado cosas de aire por mis recibos; yo le pagué en Santa-Pelagia.

A pícaro, pícaro y medio, dije yo interiormente.

Pero como Santa-Pelagia, continuó Henrique, es un sitio tan enfermizo, al otro día de ser conducido á él, sentí una enfermedad crónica que me atacó al hígado. Una junta de médicos me sentenció so pena de muerte, á pasear á caballo, y á concurrir á todas las diversiones posibles, y por este motivo estoy en la casa de curacion hará ya tres años.

—Pero me parece que os ha tenido eso cuenta, porque lo pasais á las mil maravillas.

—Como es eso? exclamó Henrique, reventando de risa; yo lo paso bien? Qué delirio! cada dia me siento mas malo. Tan pronto me divierto, como me aburro: el vino de Champagne me altera la bilis; el café me da sueño; el ponche me obstruye los hipocondrios; el mal que padezco se resiste á los remedios del arte, y no puedo ocultaros que no sanaré hasta dentro de veintitres meses y seis dias á cuya época mi acreedor no vendrá á exigir que le pague; ni á informarse de mi salud.

En esto nuestro jóven se apartó de nosotros, y llegó un hombre de unos cincuenta años, enteramente calvo, y que se limpiaba la cabeza con un pedazo de franela basta.

Pregunté á Gustavo que sujeto era aquel, y me manifestó era un antiguo prefecto del imperio el cual habiendo sido demasiado solícito en hacer la corte á la muger del General de su departamento, se habia visto sin su postiza peluca en el momento mas decisivo de su conquista.

El flujo de risa que este descubrimiento habia causado á la generala, avergonzó de tal manera al prefecto, que perdió lo poco que le quedaba de su cerebro que ocultaba cuidadosamente debajo de su peluca. Desde aquella época el pobre hombre se vanagloriaba de haber inventado cierta pomada para hacer crecer el cabello.

—Y en verdad añadió Gustavo, que él posee una en la cual es preciso reconocer propiedades que la hacen muy superior á todas las inventadas para ese efecto, porque teniendo por objeto el hacer crecer el cabello, no le deja caer en manera alguna.

No tuvimos lugar para seguir en nuestro entretenimiento porque la campana nos avisó que la mesa estaba ya puesta. Nos sentamos unas veinticinco personas poco mas ó menos. Yo estaba á la izquierda de mi amigo Gustavo, y

á mi derecha tenia un enfermo que padecía una oftalmia terrible; tenia los ojos guarnecidos con unas gafas azules, con unas tiritas de tafetan verde; una visera del mismo color le cubria la vista por la parte de arriba. Este hombre medio ciego, pasaba continuamente la mano por encima de la mesa para buscar su cuchillo, su tenedor y su pan. Yo gasté los primeros momentos de la comida en defenderme de esta incómoda vecindad, porque muchas veces prolongaba las averiguaciones que hacian sus dedos hasta mi asiento.

Vece hubo en que metió la punta de su cuchillo en mi vaso hasta tocar en el fondo, y recogió cuidadosamente las gotas de vino que habian caido hácia su lado, despues lo mezcló con una pequeña porcion de vianda, y habiéndosela comido, la hizo un gesto diciendo: «esta sal tiene muy mal gusto.»

A pretexto de que estábamos muy apretados, el dueño de la casa me puso á una regular distancia de mi vecino, y ya hubiera podido comer con comodidad si hubiese tenido gana, pero el aspecto de los convidados fue mucho mas fuerte que mi apetito, y que todas las instancias que me hacia Gustavo. Yo tenia enfrente de mí una señora que padecía del pecho, especie de esqueleto ambulante, que habia sido recibida con singular estrañeza á su entrada en el comedor.

—Toma, toma, toma, aun no se ha muerto la baronesa? dijo en voz baja la mondonguera; pues debe aburrirse graciosamente el doctor que vive junto á su cuarto, y aguarda que se desalquile para dejar el mezquino desvan en que le han metido. En verdad que parece que tiene el alma dentro del cuerpo.

Dos sillas mas allá de la baronesa habia un jóven inglés que me dijeron padecía de escrófulas tan malignas, que habia sido preciso cortarle un brazo. Desde luego habia yo tenido por militar

á este manco, lo cual habia contribuido á que me interesase por él, y preguntase por qué motivo le faltaba aquel miembro. Esta curiosidad me valió el saber en pleno convite el origen de la mutilacion, historia divertida, al menos para mi gusto, por una circunstancia que faltaba para trastornarme.

Por lo demás, me dijo Gustavo, se ha enterrado su brazo en el jardin, precisamente en el mismo sitio en que os bajásteis para cortar esa rosa que teneis entre los ojales. Al oír esto me sentí desfallecer sobre la silla y hasta que tiré, sin que se notase, aquella malvada rosa, me pareció que el brazo del manco estaba pendiente de mi ojal: mientras duró la comida estuve mirando mas de cien veces si me habia manchado la levita, y mucho tiempo despues sentí una repugnancia grandísima en volver á ponérmela.

Entretanto yo admiraba la robustez de estómago con que todas aquellas gentes estaban comiendo. No tardé mucho en admirar la frescura con que tomaban tales sucesos.

En aquel momento fue cuando conocí que el hombre tanto en lo físico, como en lo moral no tiene mas que truhanerías en el corazon y el estómago, cuando la echa de pulero y de melindroso, y que puede acostumbrarse á todo. Yo habia reparado la indiferencia física á que la costumbre de vivir en el establecimiento habia llevado á todos los que se sentaban en esta mesa. Reparé asimismo la indiferencia moral á que se habian acostumbrado de resultados del hábito que habian adquirido de mirar con indiferencia lo físico. Mientras que la dueña de la casa, rozagante y compuesta, trinchaba un pato garbosamente, uno de los enfermeros entró de repente en el comedor, y acercándose á ella le dijo:

—La señora Bidou está agonizando, y suplica se envíe á llamar á un sacerdote que la confiese.

Apenas hizo eco la noticia en los convidados, y la dueña de la casa, respondió tomando una tajada de pato.

—Traed inmediatamente el Santo Viático, porque esta pobre señora Bidou estoy segura que no se muere hasta que apuremos los postres.

Para los postres se nos habia anunciado por extraordinario vino muy esquisito y crema de queso. La muerte, por explicarme en términos técnicos, era visita de confianza para los que vivian en aquella casa.

Por un rato se guardó silencio, porque se estaba aun en aquella parte de la comida en que nadie se ocupaba sino en el manejo del tenedor, y ninguno se atrevia á hablar, cuando el aristocrático señor Durand, partiendo un pedazo de pan con la mayor elegancia, dijo:

La señora Bidou era una buena muger; hacia mucho bien á los pobres, y daba dote á gran número de doncellas.

A estas palabras, la mondonguera, que echaba continuamente sobre su enemigo unas miradas llenas de ira, murmuró entre dientes, y con una gran tajada de carne que no la cabia en la boca, le dijo:

—Tú no dotas á nadie mas que á tí mismo, viejo tacaño!

El señor Durand no oyó aquello, y continuó elogiando á la señora Bidou, añadiendo:

—Despues de una vida ejemplar, muere como cristiana: es un modelo que debian copiar todas las madres de familia.

—Lindas madres de familias querrás sacar tú, tunante, barbotó todavia la mondonguera.

¿Qué es eso? ¿qué es eso? dijo el señor Durand, que lo habia oido á medias.

La dueña de la casa queriendo evitar un choque entre sus dos huéspedes,

se aventuró á decir á la señora Pichet, con la esperanza de cerrarla la boca:

—Quereis una tajadita de esta pierna de vaca?

—Gracias, dijo la mondonguera, de la vaca no me gusta mas que la nalga.

Esta palabra produjo un efecto admirable, y el señor Durand, exclamó entre las muchas risas que habia escitado la contestacion de la adúltera:

—La señora Pichet nos enseña.

—Que es eso? repuso esta, bramando de cólera, que es lo que dice, este botarate?

La disputa iba á principiarse, cuando al carpintero, alzando su bronca voz, replicó, bebiéndose un gran vaso de vino:

—Lo mismo da, las sobrinas Bidou se beben una gran taza de leche á estas horas. La difunta dejará una herencia legítima.

Un caballero que estaba al lado del carpintero, y que no habia hablado ni una sola palabra, respondió sin quitar los ojos del plato.

—El señor quiere decir que la herencia será considerable.

Este caballero era el que habian nombrado como doctor; el carpintero levantó los ojos para mirarle, y continuó diciendo:

La he llamado legítima porque tenia la enferma mas de veinte mil libras de renta en fincas aseguradas.

Quereis decir, aseguradas en fincas, replicó el doctor con la misma frescura.

El carpintero se amostazó un poco, pero prosiguió diciendo:

Deja, segun dicen, una porcion de alhajas, un caudal en pedrería y en joyas, y un valor de mas de veinte mil francos en perlas de agua.

Quereis decir esmeraldas, repuso el doctor.

Perlas he dicho, contestó el carpintero, y los herederos se lo llevarán todo sin contar con un ajuar bastante miserable.

Esta vez levantó el doctor la cabeza, y miró atónito al carpintero, repitiendo:

—Miserable! miserable!

—Bravísimo! sí, miserable, respondió el carpintero, porque no he querido decir otra cosa, he querido decir miserable.

El doctor no pudiendo sustituir ninguna palabra á la de miserable, siguió comiendo, y yo me aproveché del ruido que hubo mientras se llevaron los platos para preguntar á Gustavo quien era aquel sugeto.

Este es todavia un sentenciado, me respondió; es un literato que ha compuesto diversos tratados de educacion. Ultimamente ha compuesto uno de moral acomodado á la capacidad de los niños, obra llena de religion, y de maximas instructivas. Desgraciadamente el autor tuvo por conveniente vender el original á un impresor de Leon, á otro de Tolosa, y á otro de París, los ejemplares de la edicion de Leon se han vendido en París, y los de la de París se han despachado en Tolosa; los libreros se han acusado mutuamente de falsificadores, hasta el dia en que se descubrió la ocurrencia, y el pobre autor lleva aquí dos años de encierro, por haber querido repartir la sana moral de su libro á los niños con toda la rapidez posible. He aquí una de las recompensas mas decentes que están reservadas á la literatura moral.

Por último se concluyó la comida, y lo que mas me aturdió cuando se quitó el mantel, fue la estraña mezcla de gentes que se verificó en el salon. Ademas de las personas de que he tratado, habia en la casa pensionistas robustos, y desvalidos enfermos, gente de buena familia y de probidad. Yo pensé que cada uno iria á meterse en su cuarto, ó se quedaria por los rincones. Con mucha sorpresa mia, se entabló una conversacion general de la que no se escluia á ninguno; las jóvenes que vivian en esta casa para cuidar á sus madres enfermas; las señoras de tono que iban allí

á visitar á sus padres ó hermanos enfermos hacian corro con el señor Durand, y la mondonguera; y por un momento desapareció la casa de curacion para convertirse en una reunion alegre, animada y brillante. Se habló de modas, de teatros, y de conciertos. Se dijeron varios retruécanos y agudezas, mientras que la muerte andaba al rededor de las camas que estaban no muy distantes del comedor; únicamente yo era quizás el que reflexionaba. Gustavo me aseguró que al dia siguiente no hubiera yo estado tan pensativo.

Mas no fue solo aquella tarde cuando me quedé aturdido sobremanera al observar aquel estraño contraste, todavia me sorprendí mas cuando asistí al baile que hubo á las tres semanas y al cual tuve el gusto de que me convidaran. Mas antes de hablar de lo que pasó en el baile, conviene que dé noticias de un incidente, que me reveló con toda claridad uno de los mayores secretos que hay en las casas de curacion.

Cuando me marché habia ya cerrado del todo la noche. Chaillot es un sitio solitario á esta hora, pero me encontré en medio de la calle una silla de posta parada, y ví que el postillon habia quitado los caballos. Me aproximé temiendo no le hubiese dado algun accidente, cuando una voz de muger que salia del carruaje, me dijo en tono de súplica:

—Por Dios, caballero, ¿haceis el favor de enseñar al postillon cual es la casa de curacion en que se halla el doctor N...? porque este buen hombre se ha emborrachado, sin duda, y va llamando de casa en casa.

La persona que me habló de este modo estaba fuera del carruaje arrimada á un lado, y el resplandor del farol habia iluminado su rostro lo muy bastante para que yo pudiese ver que era muy bonita. Esta muger mostraba en sus ojos, y en su metal de voz, una cierta

inquietud que sin duda la estorbó por de pronto para que notase la curiosidad con que yo la miraba; pero al momento que lo advirtió, se metió en el coche, y se echó su velo. Yo acompañé el coche hasta la casa de donde acababa de retirarme, y traté de informarme de quien era aquella misteriosa señora. Todo se lo conté despues á Gustavo. Este no la habia visto, ni sabia una palabra de semejante cosa. Ninguno de los de la casa tenia noticia de una pensionista, ó de una enferma que hubiese ido en silla de posta. Yo me figuré que la desconocida no habria encontrado en su casa al médico á quien buscaba, y se habria dirigido al mas próximo.

El dia del baile llegó por fin, y en esta mansion de inválidos y reclusos, en donde la enfermedad reinaba indistintamente entre todo género de personas; en donde la vergüenza parece que debia cerrar las puertas, cuando los dolores cesasen; allí hubo lujo, algazara, flores, diamantes, mugeres en fin que reian y que bailaban al son de una famosa y alegre orquesta. Una sola persona recordaba la muerte en medio de esta estrepitosa funcion, y era una jóven tísica, que á fuerza de ruegos habia logrado situarse en un rincon de la sala de baile. Allí, inmóvil, silenciosa, respirando unos gases que debian enardecerla el pecho, y con ojos encandilados, veia dar brincos á otras jóvenes llenas de robustez, y de gozo. Sus labios, convulsivamente agitados, seguian los vivos compases de la galop..... se estremece de regocijo desconsolado, cuando la actividad de la danza arrastraba tras sí aquellos arroyos de mugeres, en rápidos remolinos; sus dedos arrugados sobre los brazos de su poltrona, probaron á levantarla. Un momento se tuvo casi derecha, y me figuré que iba á mezclar su cara de difunta en aquellas carreras precipitadas y placenteras. Pero la faltaron las fuerzas, y permaneció en su sitio.

Y no se crea que aquellas turbas que bailaban tan entusiasmadas, no habian reparado en la enferma que tenian delante. Todos la saludaban, todos la habian visto; mas por un instinto admirable de egoismo, no hablando unos con otros acerca de ella, parecia que no habian caido en tal cosa, y ninguno tenia cuidado de consagrar á la conmiseracion un solo instante de aquella noche destinada al placer. Yo mismo queria distraerme de este pensamiento y no sé por qué se me ocurrió preguntar á Gustavo algunas noticias concernientes á nuestro prefecto, y bromeando sobre ello:

—Chiton! me dijo mi amigo, su locura ha tomado un caracter furioso, y esta mañana se ha herido con el cuchillo. No hablemos de esto porque se desgraciaria el baile. Allí está, á dos pasos de distancia en una salita pequeña..... Las mugeres son tan cobardes! se llenarian de miedo, y os aseguro que no querria faltar á la galop que ha prometido bailar conmigo la muger del general helga R..... la cuñada del médico, una encantadora y graciosa dama; esta mañana llegó de Inglaterra, y no ha querido faltar esta noche al baile porque mañana partirá en direccion á Bruselas.

Yo me volví á mi sitio, y me coloqué entre dos puertas.

La galop pasó por delante de mí repetidas veces. Yo estaba tan embebido en la consideracion de aquel baile y de aquel esqueleto, que no distinguia á nadie; una pareja que se adelantó á las demas me dió un empujón fortísimo, y al mismo tiempo oí resonar en el aire una dulce y gustosa risa. Alcé los ojos y ví á Gustavo que iba de pareja con una señora de una elegancia y agilidad asombrosa. Esta dama volvió á pasar por delante de mí, y entonces la conocí. Entretanto no me atreví á fiarme de mis propios ojos. Cuando se sentó me coloqué á su lado; ella me reconoció y se puso descolorida. Ya iba á arrimarme á Gustavo que

venia hácia mí, cuando he aquí que aquella señora me dice con una sonrisa llena de cortesía.

—No sois vos, caballero, el que me habeis invitado para salir á bailar una contradanza?

Me apresuré á contestarla que no se engañaba.

Bailamos juntos, y en una de las figuras se volvió hácia mí y arreglando los pliegues de su pañoleta de encaje, me dijo en voz baja, como si me hablara de sus adornos:

—Soy perdida, si hablais una sola palabra. Nada preguntéis acerca de mí...

Veis ahí abajo al lado de la ventana ese hombre con el pelo blanco, al cual sonrío en este momento: os advierto que es mi marido; y si llega á sospechar que yo he llegado aquí hace ya tres semanas, siendo así que él me creía en Londres, de seguro me mata.

No pudo proseguir mas porque ya la tocaba seguir sus mudanzas; las ejecutó con el gozo en la cara y la risa en los labios, y yo dejé de maravillarme de que Gustavo estuviese bailando alegremente junto á un cadáver, al ver aquella mujer tan serena como si tal cosa teniendo tal miedo en su alma.

Cuando dió la vuelta, la aseguré sobre mi discrecion, y me dió las gracias como si la hubiese recogido el abanico del suelo.

El baile duró hasta por la mañana; me retiré cerca de las seis, y sin embargo no llegué á mi casa hasta mucho mas tarde. Sucedió esto porque á la esquina de la casa, el carruaje que iba delante del mio, y en el que se hallaba la hermosa señora de R... tropezó con el carro fúnebre que venia para llevar al campo santo el cadáver del ex-prefecto. Mas de una hora se tardó en desasir estos dos carruages el uno del otro; y estando peleándose los dos cocheros, el del carro fúnebre dijo á su compañero:

Bien podias ir con cuidado, animal;

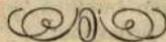
yo no voy espuesto como tú á tener que cambiar á mi gente de carruaje.

No digais eso; exclamó la señora R... asustada.

Dejadle pues, señorita, dijo el cochero, dando un silbido para hacer correr á los caballos, y que se adelantasen; tarde ó temprano iréis en ese carro fúnebre de mi compañero; yo sé el camino, y esta vez no perderé las señas.

Yo miré á aquel tunante, y era el postillon de Chaillot, que se habia metido á cochero del carro fúnebre.

FEDERICO SOULIÉ.



## ¡GRANADA!

¿Qué fue de tí, Ciudad, que en otros tiempos, orgullo siendo de Mohamud, te alzabas invencible á la sombra protectora de las altivas lunas africanas?

¿Qué fue de tus Gomeles que en las justas hicieron de valor grandes hazañas disputándose el premio concedido por las lindas doncellas musulmanas?

Oh! ya no ostentas como en otros dias en tus alegres fiestas y en tus zambras, la grandeza envidiable que adquiriste al abrigo feliz de tus murallas.

Ni recorren tus calles los donceles, llevando ricamente dibujadas en garzotas y leves almaizares las medias-lunas de luciente plata.

En vano agora el opulento moro, allá escondido en arabesca estancia gozará los placeres deliciosos del pacífico haren de sus esclavas.

Ni allá en la tarde al postrimero rayo tenue del sol, dirigirá su planta por tus fértiles vegas bendiciendo la frescura apacible de tus auras:

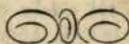
Pobre Ciudad, sobre la cual un dia

cirnió la suerte sus festivas alas  
¿donde están las riquezas que alcanzan  
triunfantes por dó quiera tus monarcas?

¿Donde están tus palacios, tus me-  
zquitas  
y erguidos minaretes de tus casas,  
tus arabescas torres y jardines,  
con surtideros de bullantes aguas?

Solo conservas una mole antigua  
que en vano el tiempo en destruir se afana,  
pues siglos cuenta que su altiva frente  
irgue soberbia tu divina Alhambra.

JOSEF DEL CAMPO.



## GEOLOGIA.

### CAVERNAS CALIENTES DE MONTELS.

**M**. Marcel de Serres, acaba de publicar una nueva nota sobre las Cavernas calientes de Montels, cerca de Mompeller. Para disipar completamente las dudas que podían quedar acerca de los primeros resultados que habia obtenido volvió M. de Serres á dichas Cavernas el 30 de junio último con otras varias personas, y encontró como anteriormente, que los termómetros centígrados marcaban constantemente  $21^{\circ} 5$ , á  $21^{\circ} 6$  en el punto mas profundo de la caverna de la izquierda ó del este que entonces se hablaba muy seca, y  $21^{\circ} 1$  en la caverna de la derecha ó del oeste que estaba en aquella ocasion muy húmeda. Media hora antes los termómetros habian marcado  $34^{\circ}$  al sol, y  $24^{\circ} 35$  á la sombra, y algo despues, esto es, á las seis y media de la tarde, no marcaban á la sombra sino  $22^{\circ} 5$ . Todos saben que la temperatura ordinaria de las cuevas profundas es de 12 á 13 grados.

M. de Serres quiso cerciorarse de si la inmediacion á volcanes apagados podia influir en la temperatura de aquellas

cavernas, como han supuesto algunos. Con efecto, las cavernas de Montels se hallan como á unos 5000 metros ó 17,940 pies castellanos de los volcanes apagados de Montferrier y de Valmahargues, y esta circunstancia parece que pudiera inclinár á creer que la causa que le produjo no dejará de tener alguna parte en el calor de aquellas hendiduras; mas para que fuese así seria necesario que se manifestase en aquellos terrenos volcánicos algun calor sensible distinto del que les imprime el calor solar; igualmente que en los puntos intermedios entre sus formaciones y las cavernas subterráneas en que se observa un aumento tan notable en la temperatura.

Esto no se verifica. Ni las formaciones volcánicas de Montferrier y de Valmahargues, ni los terrenos calcáreos que se hallan entre dichas formaciones y las que componen las cavernas de Montels, presentan ningun aumento de temperatura comparable con el que se nota en aquellas hendiduras, y los pozos abiertos hasta profundidades mas considerables que los de la campiña en que están las cavernas calientes, no dan agua de temperatura mas elevada que los demas manantiales de los alrededores de Mompeller.

Por otra parte, la temperatura de las aguas de los pozos es tanto mas elevada, cuanto mas próximos se hallan estos á las cavernas de Montels. Asi es que mientras que los de la quinta de M. Aubaret, que se hallan muy próximos á ellas, tienen un calor de  $18^{\circ}$ , 7 á 22 metros de profundidad, los de la quinta de Mancillon á la profundidad de 18 metros, no tienen ya sino 16, 9, y se hallan á mayor distancia de las cavernas calientes. Por último el agua de los pozos de la quinta de M. Desalle Possel que se halla por decirlo así, en el límite entre el terreno en que se nota la elevacion interior de temperatura y el en que es insensible, tiene una tempe-

Domingo 19 de Octubre.

ratura todavia mas baja , aunque se conservan á 14°, 6 á una profundidad como de 15 metros. Pero pasada esta quinta las aguas de los pozos tienen generalmente un calor de 13°, 5, el mismo que se encuentra en el agua de los pozos de Montferrier y Valmahargues , en las formaciones volcánicas bien caracterizadas de que hemos hablado.

Resulta , pues , que disminuyendo la temperatura de los pozos al paso que distan mas de las cavernas de Montels, aun cuando estén mas inmediatos á los antiguos volcanes de Montferrier y de Valmahargues , no se puede atribuir á estos últimos , ni á ningun otro fenómeno volcánico , la temperatura elevada y constante que se nota en las cavernas de Montels. M. de Serres observa ademas con razon , que como las masas basálticas de aquellos volcanes han sido arrojadas despues de hecho el depósito de los terrenos de agua dulce terciarios , se deberia notar en estos últimos , y en los terrenos que los han levantado , señales sensibles de la accion ignea que en otro tiempo obró en ellos si esta accion fuese capaz de manifestarse aun en el dia á una distancia tan considerable como la de las cavernas. M. de Serres cree que puede deducir de aqui que las Cavernas de Montels deben su calor á la temperatura propia de que goza la tierra en su interior.

Sin convenir completamente en esta opinion , admitiremos sin dificultad que la temperatura interior del globo puede , en ciertos casos , manifestarse mas próxima á la superficie que lo que se manifiesta en aquellos parages en que la costra terrestre no ha sufrido ninguna mudanza en su posicion. Con efecto , bastará un hundimiento considerable , ó un levantamiento desigual para acercar á la superficie algunas rocas que tengan mayor facultad conductriz del calórico , y en tal caso , el aumento de temperatura que en el estado normal no es

mas que de un grado centígrado por cada 30 metros, ó 107,6 pies de profundidad , será mucho mas rápido. De esta manera podrá esplicarse una anomalía muy extraordinaria que se ha notado hace poco en el pozo abierto en Cessingen , cerca de Luxemburgo. Los señores Ciber y Wurths , sirviéndose de el termómetro de derrame , se han cerciorado de que hay en él un aumento de un grado centígrado en cada 15 , 2 metros ; mas á pesar de la proligidad con que han hecho las observaciones les ha sorprendido de tal modo este resultado , que al anunciarle á la Academia de ciencias de Paris insinuaron el temor de que hayan podido equivocarse por alguna causa desconocida , y anuncian el pensamiento de volver á empezar sus experiencias acompañadas de algun otro físico instruido. Es indudable que en hechos de tanta importancia debe esperarse tener repetidas experiencias para estar seguros de que no se ha ocultado á los observadores ninguna circunstancia exterior.



## BIOGRAFIA

### DEL GENERAL URBISTONDO.



La vida del General Urbistondo es una cadena de esos acontecimientos extraordinarios que solamente á favor de una fortuna rara pueden atravesarse. Hijo de un antiguo militar , y descendiente de la numerosa familia de Eguia , que en el reinado de Fernando VII ocupó los puestos mas eminentes de la monarquía , debe contar ahora sobre 40 años. No es muy elevada su estatura , aunque sí robusta : es ancho de hombros , de buena figura , y sumamente expresivos y risueños sus ojos.

Desde su adolescencia entró en los pages del Rey , donde solamente eran admitidos jóvenes de las primeras fami-

lias, que salian despues de algunos años con el grado de capitanes de ejército. Pero perdiendo el jóven Urbistondo esta halagüeña esperanza con la revolucion de 1820, que suprimió los pages, volvió á Güipuzcoa, su pais natal, y entró á estudiar en la universidad de Oñate.

Como genio inquieto, y afecto de corazon á las ideas realistas, no podia menos de abrazar esta causa con ardor. Habiendo estallado una insurreccion en Salvatierra, se halló en ella Urbistondo, y se lanzó en la carrera de las armas. Mas hecho á poco prisionero y conducido á Vitoria, hubiera seguido la suerte de sus camaradas que perecieron en un cadalso, si su estremada juventud no hubiera interesado en su favor y salvádole en el momento mismo en que subia los lúgubres escalones.

Algun tiempo despues comenzó D. Santos Ladron á alzar tropas y hacer la guerra contra la Constitucion. Urbistondo no fue de los últimos en presentarse á él y la proteccion de su abuelo el general Eguia le valió al fin de aquella campaña el empleo de teniente coronel efectivo con el grado de coronel á la edad de 19 años.

En seguida fue á establecerse en Madrid, donde se adquirió alguna reputacion por haber defendido al brigadier Capapé, acusado de conspiracion carlista. La vida de este peligraba, y Urbistondo no halló otro medio de salvarla que pretender que su causa estaba unida á la del Ministro de la guerra, general Sta. Cruz, que se habia sepultado en el olvido. Pidió con reiteradas instancias que se resucitase esta; hizo la misma solicitud al Rey en persona y sí no pudo conseguir su objeto, obtuvo al menos que se aplazase el negocio de Capapé, cuya vida salvó despues, resultando de su demasiado calor en esta defensa que fuese enviado á pasar algunos meses en un castillo.

De regreso á Madrid, entró en el cuerpo de voluntarios realistas, al que perteneció hasta principios de 1828, á cuyo tiempo advertido el Gobierno de que conspiraba en favor de D. Carlos, le desterró á Vitoria. No pudo evitar esta medida el favor de que su familia disfrutaba en la corte, pero sirvió para que le nombrasen poco despues teniente coronel de un regimiento. En aquella época, la mayor parte de los gefes que estaban al frente de los rejimientos eran de reconocido mérito; y se creyó que Urbistondo no podria desempeñar convenientemente su nuevo destino; pero un poco de aplicacion le bastó para ponerse al nivel de los gefes mas instruidos de su graduacion.

Quando estalló la guerra civil en 1833, fue uno de los primeros que corrieron á Portugal para defender á D. Carlos. Hecho prisionero en la frontera, escapó por un milagro. Permaneció en Portugal hasta que D. Carlos se hubo embarcado para Inglaterra, á donde él se refugió tambien con todos sus compañeros.

Entretanto Zumalacarregrui organizaba sus fuerzas en Navarra, y como carecia de gefes y oficiales útiles, escribió á Londres solicitando que le enviassen cuanto antes todos los que designaba en una lista que incluia á Urbistondo. No siendo fácil el tránsito por Francia á causa de la estremada vigilancia de la frontera, se aventuraron á venir por mar á desembarcar en la costa de Vizcaya; pero apresado el buque que los conducía, fueron condeuidos á Santander los 27 oficiales que iban á bordo, y allí pasaron algunos dias con la mas viva inquietud aguardando de un momento á otro que llegase la órden para fusilarlos. Pero su buena estrella lo dispuso de otra manera. Despues de ser trasladados á la Coruña y de allí á Cádiz, fueron desterrados á la isla de Puerto-Rico. Allí mandaba el general D. Miguel de la Torre, el mismo que era

últimamente capitán general de Madrid. Este general, de carácter pacífico y noble en su conducta, se compadeció de la suerte de aquellos jóvenes; los trató con la mayor distinción, tanto que no les faltaron medios para evadirse muchos y volver á Inglaterra.

No tardó Urbistondo en presentarse en el teatro de la guerra, y á fines de 1836 era ya gefe de estado mayor del ejército carlista. Cuando D. Carlos salió de Navarra para Aragón y Cataluña, Urbistondo mandaba en segundo con el general Moreno, y cuando las tropas carlistas dejaron el principado, quedó al frente de las fuerzas de este país.

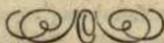
Sus primeras operaciones fueron sumamente felices, pues en pocos dias tomó muchos puntos fortificados y entre otros los tan importantes de Berga y Ripoll. Pero no eran para él los enemigos mas temibles las tropas de la Reina: tenia que luchar mas con sus propias tropas, compuestas de gente que no conocia ni disciplina ni leyes militares; y que se abandonaba á excesos inauditos. Quiso poner freno á semejante conducta, pero á fuerza de castigar y reprimir, hubo de sucumbir en la lucha, y habria tenido la misma suerte que despues el conde de España si no se hubiera fugado. Sus comunicaciones al gobierno de D. Carlos que fueron interceptadas y publicadas en los diarios de Madrid son notables porque dan una idea de su carácter, y del modo con que hacia la guerra en Cataluña los Mosen Benet y otros partidarios de esta caña.

Urbistondo regresó á las provincias Vascongadas y no halló en el gobierno de D. Carlos la justicia debida. Estuvo en Tolosa sin empleo hasta que los sucesos de Estella le sacaron de su inacción. Entonces fue nombrado comandante general de la division castellana y tomó una parte muy activa en el memorable Convenio de Vergara, siendo

uno de los que mas contribuyeron á él.

Retirado despues en S. Sebastián, ha publicado un escrito en que hace ver la parte que ha tenido en el convenio y presenta al general Maroto bajo un aspecto poco favorable.

El general Urbistondo es considerado como hombre de mérito. Cuando escribe, se distingue por la acritud y enérgia de su estilo.



## Syphaz y Masinissa.

**L**a mas bella de las jóvenes cartaginesas era Sophonisba, hija del senador Asdrúbal, y la fama de su hermosura, no cabiendo dentro de los muros de la orgullosa ciudad de Dido, habia corrido por todos los reinos circunvecinos. Su ilustre sangre, no menos que su belleza, la colocaban en situacion de poder aspirar á un ventajoso himeneo, y todos los monarcas de Africa habian solicitado su mano, aunque inútilmente. El Senado cartaginés, pronto á sacar partido de la menor circunstancia, trataba de hacerlo con la belleza de la hija de Asdrúbal, y cual verdadero negociante queria procurarse una alianza provechosa por medio de Sophonisba.

Syphaz, Rey de los numidas, era uno de los que en vano habian solicitado la dicha de ser esposo de la rosa de Cartago. En un viaje que hizo á esta ciudad la vió pasearse por una de las galerias de su palacio, apoyada en el brazo de una esclava, y esto solo fue bastante para que los negros ojos de la joven despertasen en el pecho del numida una pasión que conoció ser imposible satisfacer sino por medio del matrimonio; y en su consecuencia solicitó su mano pidiéndola al Senado por me-

dio de los embajadores que envió, tan luego como volvió á su reino.

La contestacion fuera poco satisfactoria para Syphaz porque luego que la supo hizo preparativos de guerra contra la república.

El jóven Masinissa, hijo de Gala, uno de los Reyes mas poderosos de Africa, ofrecia las mas bellas esperanzas. Su esbelto talle, severo rostro y fiera mirada le hacian respetar de todo el que le veia, tan ligero en la carrera como diestro en arrojar el dardo y jugar la lanza; era reputado por el jóven de mas valor entre los guerreros africanos. Las jóvenes suspiraban al verle, y una mirada de él bastaba para hacerlas ruborizar, haciendo aparecer en sus rostros la prueba de la propiedad fascinante de sus ojos. Mas de un tierno corazon ardia en amor por el jóven príncipe; pero este no prestaba atencion á las finezas de que era objeto, y sus deseos se hallaban recontrados en el placer que experimentaba cuando salia vencedor en la lucha ó la carrera. Las últimas fiestas que celebró Cartago fueran para él el campo donde cogiera nuevos laureles y dejara su indómita libertad. En ellas vió á Sophonisba, y la hija de Asdrúbal pudo contar un cautivo mas sujeto al irresistible yugo de su belleza. Masinissa entró libre en el circo y salió esclavo de las gracias de la jóven cartaginesa.

Pensativo volvió el príncipe á la corte del Rey su padre: la belleza de Sophonisba se le presentaba continuamente á su imaginacion, y buscaba la soledad como remedio de su tormento. Ya no se le veia como en otro tiempo, alegre y jovial, disputar el premio entre los jóvenes guerreros de su edad. Apoyado en su dardo, y con el escudo sobre la espalda, asistia á los juegos y espectáculos públicos, sin que nada bastase para hacerle salir de la apatía en que se hallaba. Su padre, que le

amaba tiernamente, se afligia viendo el estado de su hijo, y procuraba indagar la causa de tan repentina mudanza.

—Masinissa, querido hijo, le dijo un dia que paseaba con él por los jardines del palacio, ¿cuál es la causa de tu tristeza? si mi poder puede remediarla habla, qué, ¿ya no amas á tu padre?

—En Cartago está la causa de todas mis penas, contestó el jóven príncipe; la hija de Asdrúbal es mas bella que todas las jóvenes de nuestro reino, y mi pecho no ha podido contemplarla sin abrasarse de amor por ella; necesito su corazon, ó por los dioses inmortales que mi vida no durará mucho. Esta es la pena que me consume, si vuestro poder alcanza á remediarla, hacedlo por vuestro hijo.

Quiera Júpiter apoyar mis esfuerzos y corone himeneo tan acendrada pasion, dijo Gala.

Crítica era la posicion de la república de Cartago. A las victorias de Anibal en Italia, sucedieran derrotas en España. Los dos Scipiones estipulaban alianzas en Africa, y querian llevar la guerra á los muros de la metrópoli, para llamar la atencion de Anibal y salvar á Roma que se hallaba en el borde del precipicio. Syphaz, despreciada su peticion, se había aliado con los romanos y en su consecuencia declaró la guerra á Cartago. El Senado reunido deliberaba sobre el modo de acudir á tan urgentes necesidades, cuando se presentaron dos embajadores de parte de Gala pidiendo para el jóven Masinissa la mano de Sophonisba.

Gala era un rey poderoso, Masinissa un jóven guerrero de reconocido mérito y acreditado valor. El Senado no vaciló en dar su respuesta, accedió á la peticion del Rey africano en cambio de su alianza, y exigió del jóven príncipe, como regalo de boda, la muerte ó derrota del numida. Ofrecia diez mil cartagineses á Gala si declaraba la guerra

á Syphaz, y la mano de la hija de Asdrúbal á Masinissa. Cartago vió su salvacion en esta circunstancia, y supo bien aprovecharla en su favor. Pero la contestacion urgía demasiado. Siphaz, á la cabeza de un poderoso ejército se adelantaba hacia Cartago, y la caballería numida talaba los campos mientras que la infantería saqueaba las ciudades; todo cuanto se oponía á su paso era destruido, y el Senado no hacia mas que recibir noticias de continuas derrotas. Los embajadores partieron con la contestacion para la corte de su Rey, y en Cartago se esperaba con ansia la aceptacion de la respuesta.

No era dudosa en manera alguna. Masinissa empezó á reunir sus huestes y Gala respondió al senado que esperaba los diez mil hombres para salir á batir al enemigo. El amor, los celos y la gloria, estos tres poderosos móviles del corazón humano se reunian para aguijar en el jóven príncipe el deseo de hallarse frente á frente con el orgulloso numida. Interin reunía su ejército trató de entretenerte mandando embajadores que le intimasen la órden de salir del territorio de la república, y darle una satisfaccion de los daños que la habia causado. Ciego con sus victorias, Syphaz azotó los embajadores diciendoles que era la única contestacion que debía dar á quien los enviaba. La guerra era ya justa y legitima.

Era un bello dia de primavera. Syphaz y Masinissa se hallaban acampados cerca el uno del otro, y aprestaban sus huestes al combate, ansiando el momento en que habian de llegar á las manos; el ardiente sol del Africa empezó á levantarse magestuoso, y al reflejo de sus rayos se vieron marchar dos ejércitos enemigos, que á distancia de dos tiros de flecha el uno del otro hicieron alto. Masinissa empezó á ordenar sus legiones, y su elevada estatura se veía alzarse por entre el bosque de lanzas que formaban sus soldados; Siphaz á la cabeza de los suyos miraba con calma los preparativos

de su enemigo, y parecia quererle abrazar con el fuego que despedian sus ojos: sabia que su cabeza era el premio de la mano de Sophonisba, y trataba de remitir la de su rival al Senado cartaginés, como un preludio de la suerte que esperaba á sus miembros; con esta idea no le perdía un momento de vista y ansiaba el de poder luchar con él, brazo á brazo.

Masinissa luego que tuvo ordenadas sus tropas se adelantó hasta un tiro de flecha de las líneas enemigas, con objeto de reconocer el órden de su enemigo; Syphaz luego que le vió se lanzó hacia él desafiándole á un combate cuerpo á cuerpo. Los dos ejércitos contrarios permanecieron impassibles observando á sus gefes, que cual dos tigres que se disputan la presa, se abalanzaron el uno al otro, poniendo mas atencion en herir que en defenderse. Syphaz, con el brazo levantado en el acto de arrojar un dardo á su contrario, que cubierto con su escudo y apretando la espada en su mano le esperaba animoso, parecia á Júpiter lanzando sus rayos sobre los gigantes que quisieron escalar el Olimpo; pero Masinissa sin darle tiempo á coger otro dardo ni á echar mano á la espada, luego que lanzó el primero se arrojó sobre él, y abrazándole le sujetó entre sus robustos brazos, cayendo entrambos en medio de la arena, y empezando una lucha que no podia menos de concluir por la muerte de uno de los dos.

Grande era la ansiedad en que se hallaban los dos ejércitos contrarios, viendo á sus caudillos brazo á brazo rodando por el suelo y sin saber por cual quedaria la victoria. Una nube de polvo que se levantaba del lugar del combate vino á aumentar el cuidado en que se hallaban; porque los ocultaba á la vista de todos: por fin, se alzó uno de ellos empolvado y cubierto de sangre, los dos ejércitos se movieron á una para el lugar del combate, con la incertidumbre de quien seria el vencedor; era Masiniss-

sa, que mas dichoso ó mas diestro que su contrario le habia introducido su espada por las junturas de su peto, atravesándole el corazon. Los numidas viendo muerto á su Rey echaron á huir en desórden, sobrecojidos de un pánico terror; pero sus contrarios estaban demasiado cerca, y la que debió ser batalla se convirtió en carnicería.

Masinissa remitió inmediatamente el cuerpo de Siphaz al Senado cartaginés: habia cumplido su promesa, y exigia que él por su parte cumpliera la suya.

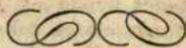
Grandes fiestas se preparaban en la ciudad de Dido para recibir al vencedor. La carrera por donde habia de pasar se hallaba adornada con magníficas colgaduras de púrpura, y en todas las ventanas se veian bellas jóvenes tegiendo coronas para arrojarlas á su paso. Un arco de triunfo se habia levantado á la entrada de la ciudad, y una comision del Senado le esperaba bajo de él para conducirlo á su seno, y entregarle el premio de su valor.

Luego que llegó allí montó en una carroza tirada por cuatro caballos blancos, y se dirigió, en medio de los vítores y aclamaciones de un numeroso pueblo, al lugar donde se hallaban reunidos los senadores. Una jóven, cubierta con un velo blanco y coronada de rosas, en señal de pureza se hallaba entre ellos: Masinissa entró en el salon con paso firme, y dirigiéndose al presidente depositó en sus manos una espada. Era la que llevaba Syphaz el dia de la batalla.

Asdrubal, que presidia entonces el Senado, la recibió con muestras de agrado, y cogiendo por la mano al jóven héroe, se llegó á la velada doncella, y descubriéndola «he aqui tu esposo» la dijo. Despues volviéndose á Masinissa, «recibe el premio de tu valor, y sea esta joya querida el signo de alianza entre ti y la república que te adopta hoy por hijo.»

Los deseos de Asdrubal no se cumplieron. El esposo de Sophonisba fue

con el tiempo el mejor y mas poderoso aliado de la soberbia Roma, y Cartago hubo de pagar bien cara la infidelidad de su hijo adoptivo.



## UN PASEO

POR ARGEL Y SU PROVINCIA.

**S**i hace 16 años hubiese dicho alguno que pensaba en hacer un viaje á Argel ú otro punto de Berberia, de hecho habria sido calificado como loco: despues de la conquista y ocupacion de los franceses, varió en gran parte aquella opinion por Europa, y los *Touristas* y los aventureros se lanzaron al nuevo teatro que se les abria: mas como la guerra impedía la seguridad individual, y no bastaba la esquisita vigilancia de los puestos militares para evitar los repentinos asaltos y muertes que cometian los beduinos, corrian de voz en voz aquellos sucesos, describiéndolos con horror los periódicos de todas las naciones, y la antigua creencia del feroz fanatismo é indómito caracter de los naturales iba á la par de la del sol abrasador de Africa, de las asperezas del Atlas, de los efectos del Simoun, y de las arenas de sus inmensos desiertos. Nada ciertamente tan justo como semejantes prevenciones; pero aquellas épocas pasaron, la constancia ha vencido los obstáculos principales, y los muchos dispendios y trabajos que ha costado llegar á la altura que hoy se vé, dan mas valor al resultado. La Argelia es ya en el dia hartó nombrada y algo conocida, porque sobre ella se ha escrito inmensamente; pero, sin embargo, existen todavia muchas dudas y no pocos errores, asi respecto á su tranquilidad y progresos, como á la clase y fisonomia de su suelo.

Todo cuanto atañe á estas costas africanas, ha debido ser siempre de grande interes para la España, siquiera por lo que nuestra historia está con la de ellas en mil ocasiones ligada, y porque hasta en las últimas clases del pueblo, en los mas lejanos confines ó en los valles mas escondidos de la Península, conservaba aun la tradicion los nombres de *Argel*, *Barbarroja*, y *Cautivos*. Creible debe, pues, suponerse que la ligera reseña de un viaje á Argel no sea leida con indiferencia.

Agradable es la perspectiva que á su llegada por mar presentan á la vista Argel y su campiña. Construida la ciudad en anfiteatro, y cubiertas las laderas del Sabel de infinidad de casas de campo cuya blancura resalta sobre el verde oscuro de los jardines que las rodean, es fácil deducir la verdad de las bellas descripciones que se han multiplicado en estos últimos años. En el desembarco y entrada de la ciudad espériméntanse impresiones diversas, particularmente si acierta á ser en uno de los dias que segun el turno establecido corresponde á los naturales indígenas el servicio de conducir á los viajeros hasta el muelle, y sus efectos luego á los hoteles. Esta mezcla de moros y cristianos, estos trajes é idiomas tan diversos de los europeos, y sin embargo, confundidos con ellos, así como las construcciones modernas que han sustituido ya en gran parte de la poblacion á las antiguas, formando casas de tres y cuatro pisos con tejados y balcones, y anchas calles rectas con arcadas á ambos lados; causa una novedad imprescindible, así á los que esperan encontrar una linda ciudad árabe, como á los que en todas quisieran ver solamente la regularidad de las francesas, y sus costumbres, sus modas y su idioma.

La mezcla y la alternativa no puede ser mas completa: detrás de unas señoras vestidas al rigor de los últimos fi-

gurines de Paris, van unas morescas con sus ropages blancos y cubiertas hasta los ojos, ó bien algunas judias que hacen gala de sus estraños no menos que ricos atavíos y chinelas, sobre todo si es en sábado; ó quiza alguna maltesa envuelta en una gran mantilla de tafetan, ó tambien varias españolas modestamente vestidas de percal, mientras que por todos lados circulan en animada confusion con los europeos, los moros, los judios, los beduinos, y los negros; y los soldados de línea franceses con los *zuarvos*, los *sphais*, y los *cazadores de Africa*, que son tropas uniformadas y armadas de muy distinto modo: por último, así en los ropages como en los marcados tipos de las fisonomias, se hace patente la diversidad de cultos.

Decir que los hoteles, los restoranes y los cafes de mas ó menos lujo, abundan en Argel lo mismo que las tiendas, los almacenes y los establecimientos de todo género ó comercio, no debe ser necesario, atendiendo al tiempo que se halla ocupada por los franceses, y á lo que en este particular llevan consigo sus costumbres. Seguro puede estar todo forastero que nada echará de menos, encontrando por el contrario mil otros objetos nuevos; bajo esta consideracion es muy interesante para los observadores.

Si prescindiendo de todo lo importado de Europa, y por consiguiente conocido, se propone el recien llegado dedicar algun tiempo á lo original, tiene que acompañarse casi por necesidad de algun conocedor de la poblacion, que entienda y hable, si es posible, el árabe ó el idioma franco. Con esta guía empiece por la plaza del Gobierno, pase por el palacio de la *Jenina*, antigua mansion de los Deys, en la cual por una sublevacion ó complót sangriento subian siempre al poder, y perdian la vida; penetre en los bazares moros; compre

babuchas, cordones, jaiques y otras zarandajas; visité los cales moros, observando la gravedad con que, sentados en la conocida forma que acostumbran, se recrean y pasan las horas muertas en los dulces goceos que les proporcionan su pipa y una taza de café hecho á su manera; pásese tambien por las barberías, donde con no menos destreza y rapidez que el barbero de Sevilla, afeitan los moros cara y cabeza á cualquier prójimo que se resuelve á penetrar en ellas; y si los baños árabes quisiere experimentar, luego los encontrará; seguro puede ir que le han de sorprender, y de que no será el último que tome, si subsiste algun tiempo. Las impresiones que en todo esto reciba le costarán copioso sudor; pues aunque el sol no llega nunca á penetrar en estas calles, segun son estrechas y tortuosas, y segun estan las casas unidas por su parte superior, cuando no se camina bajo oscuras bóvedas, la inclinacion de la pendiente es tal hácia la *Casbaha*, que repetidas veces necesita el pecho tomar aliento apoyado al umbral de alguna puerta, lo que le suele proporcionar ver interiormente las casas de los moros ó judios, y tal vez las caras de sus habitadoras, en lo que es casi seguro no tendrá pesar.

Llegado á la *Casbaha* podrá recorrer la morada del último *Dey*, y en ella el famoso quiosco donde hizo de su abanico el uso mas violento y de peores resultados para él, que las crónicas de la regencia refieren, pues que fué el origen de su caída y de la conquista de *El-Djezair* la guerrera. Desde los terrados de la *Casbaha*, como punto culminante de la ciudad, se la contempla á satisfaccion, asi como sus barrios exteriores, el puerto y la torre del faro, que se eleva sobre lo que aun existe del antiguo fuerte en que por muchos años ondeó la bandera castellana, y que á favor del olvido de su guarnicion y por consiguientemente de la escasez de víveres, tomó Bar-

barroja, á pesar de la heroica defensa del desgraciado cuanto valeroso gobernador D. Martin de Vargas.

Conocido el interior de la ciudad, deben empezarse las escursiones; para lo que se presenta á mas de la comidad de las carreteras, multitud de carruajes que se le brindan. Si con buen orden quiere proceder, salga de las antiguas murallas, atravesie el recinto de las nuevas fortificaciones y diríjase á *Buzarrah*, punto el mas alto de Sahel; en el cual estaba en otro tiempo el vigia de los moros; la vista se estiende plazeramente, el frances mira hácia su patria, anhelando en vano divisar sus costas en el horizonte del Mediterráneo, y el español que mas cercano las tiene, las manda involuntario un suspiro. Debajo y sobre la derecha, obsérvase el fuerte del Emperador; mas allá, se reconoce en toda la playa hasta el cabo Matifú, los sitios de los infortunados desembarcos y reembarcos de nuestras expediciones; sobre la izquierda, alcánbase perfectamente á *Stoneli*, *Sidi-Ferruch* y *Torre Chica*, lugares célebres por la feliz empresa de 1830, y divisase tambien aunque lejana la tumba de la cristiana ó *Kobor-runia*, monumento colosal antiquísimo que se cree el sepulcro de algun rey de la Mauritania, pero que la tradicion ó dicho vulgar hace pasar como el de la famosa Caba, hija del conde D. Julian. Repita, pues, sus salidas por las puertas de *Bab el oned* y la de *Bab azoum*, que es donde el movimiento no tiene comparacion sino con el que puede haber en Paris en uno de los sitios de mas concurso: de ver es como pasan y repasan los Omnibus llenos de moras ó moros á pesar de sus antiguas prácticas y oposicion á cuanto es de cristianos; y no poco llama tambien la atencion observar la natural indiferencia con que cruzan las cuadrillas de árabes montados en sus caballos y en sus dromedarios. En poco tiempo logra el

Domingo 26 de Octubre.

extranjero recorrer todos los sitios y caserios mas notables de los contornos entre ellos, *Mustaphá*, el *jardin de Plantas*, la *Maison carree*, *Kouba*, *Birmandreis*, *Birkadem*, la *punta*, *Pescada*, y otros no menos lindos é interesantes bajo diferentes aspectos.

Llega luego el caso de alejarse en las escursiones al interior, si algo se ha de conocer de la provincia; y en este extremo, que es cuando muchos creerán empiezan las dificultades y los peligros mas eminentes, no tiene el viajero otra cosa que hacer sino con su pequeña maleta dirigirse á tomar asiento en una diligencia de las que dos veces al dia salen para *Blidah*. Esta travesía, de unas nueve leguas españolas, se hace en seis horas, por la hermosa carretera que, subiendo primero el *Jahél*, y bajando luego á la *Mitidja*, la atraviesa con rapidez; y despues de pasar por *Deli Ibrahim*, *Donera*, *Bufunk* y otros pueblos nuevos enteramente, y que en un todo recuerdan los lugares de Francia, se llega á *Blidah*, pequeña ciudad situada al pie de las montañas, con abundantes aguas todo el año, y rodeada de naranjos, de higueras y huertos. Levántase ya mucho caserío, que va sustituyendo á las habitaciones antiguas y á las ruinas que ocasionó el terremoto de 1825, y ademas los cuarteles y otros establecimientos militares: su recinto fortificado, la guarnicion y concurrencia de gentes, le van dando un carácter y visualidad notables. Abundan en ella los hoteles y los cafes, en un número que parece desproporcionado á las necesidades; pero son, sin embargo, tan espaciosos y de tanto ó mas lujo que en Argel y en cualquiera ciudad europea.

Aun pudiera seguirse en carruaje la escursion despues de *Blidah*; pero para ello seria preciso tomarlo por su cuenta, pues no hay diligencias periódicas establecidas, á causa de que el movimiento no basta todavía á sostenerlas. Ne-

cesario, pues, viene á hacerse el recurrir á otro medio. El sencillo relato de una parte de la expedicion que en este mismo mes han hecho dos españoles, será el mejor modo de dar una lijera idea á los que se propusieren imitarlos y á los aficionados á impresiones de viaje.

Montados en dos caballos de alquiler de la raza del pais y de sus mañas, aunque de un exterior muy semejante al de todos los de alquiler, con su pequeña maleta en la grupa, la capa sobre las pistoleras, y un antejo y una carta á la mano, asi salieron á mas de las dos de la tarde de *Blidah* con direccion á *Miliana*, acompañados de *Mustaphá*, muchacho moro de unos 15 años, que cabalgaba sobre una yegua torda, para servir de guia.

El marchar por la *Mitidja* á la hora indicada, supone consiguientemente que los caminantes tuvieron que sufrir un calor abrasador; mas como al fin la tarde avanzaba y los caballos menudeaban los pasos, mal de su grado, por aquello de *á caballo ageno espuela propia*, vadearon la *Chiffa* y el *Bou-Roumi*, comenzaron la subida de las primeras pendientes del Atlas por las montañas de *Affroum*, y llegaron al oscurecer al sitio llamado *Mak-ta-tarfani*, sobre el *Oued-fer*, pequeño riachuelo que forman las regatas. El punto natural de la jornada, que es el Marabut de *Sidi-Abdel-Kader*, está todavía dos leguas adelante; pero lo avanzado de la hora los resolvió á detenerse allí hasta el amanecer.

Una barraca de tablas colocada á la inmediacion de varios árboles es lo que constituye el único parador y vivienda en aquel sitio. El dueño es un frances, que despues de haber sido en Paris constructor de instrumentos de matemáticas, vino á Argel á buscar fortuna, proponiéndose ahora que su pequeña barraca sea la base de ella y tal vez el principio de una ciudad famosa cuyas ruinas

llegará un día vayan á visitar los anticuarios. Aunque escasamente provisto de víveres el primer poblador de *Mak-tartarfaní*, no dejó, sin embargo, de presentarles al poco rato una frugal comida, durante la cual escucharon los huéspedes la variada relacion de sus aventuras y desgracias desde que se decidió á fijar sus reales en aquel punto, siendo bueno advertir no es casado ni tiene otra compañía que la de un gato. Los sucesos y circunstancias que refirió no eran las mas propias á la tranquilidad de sus alojados. segun él, ha sido robado varias veces, y otras tantas lo han querido asesinar; la fiebre del pais se experimenta allí mas cruelmente, el agua es mal sana, los mosquitos y toda clase de insectos son devoradores, é infinitos en número, y ademas los chacales, las hyenas y alguna que otra pantera llegan con frecuencia hasta penetrar en su aposento.

Terminada la comida pasaron al café moro que cercano se hallaba establecido en una miserable cabaña; allí se encontraban varios individuos sentados en el suelo ó echados y revueltos con los *albornoces*; ardian en medio varios tizones calentando una marmita con agua; una cadena á modo de las de presidiario pendia de las ramas interiores, y por entre otras y por debajo de los ropages se percibian tambien dos ó tres *yataganes*. Insinuaron los viajeros su deseo de tomar café, y fueron desde luego servidos por el que en aquella reunion parecia ser el dueño del establecimiento. Nada entendia del frances, y aunque espresó que conocia algo el español, era tan poquísimos, que solo á fuerza de mil trabajos pudieron ir deduciendo que era natural de Tánger, y desertor de la escuadra turca, en la que navegó muchos años: otro compañero suyo era hijo de Túnez, y muy probablemente desertor tambien; los demas eran beduinos de una tribu próxima. Los semblantes, las trazas y

antecedentes de estos vecinos, y las esplicaciones que poco antes habian escuchado, eran motivos harto suficientes para que los viajeros advirtiesen que su situacion no era la mas aventajada. Pero á pesar de todo, la noche hubiera sido tranquila y feliz, sin los insectos de que se ha hablado, los que se cebaron de tal manera, que á la primera luz de la aurora los viajeros prepararon sus caballos, soltaron á su patrono la cantidad de 16 francos por todo el gasto, como habria podido costarles en un hotel de Paris, y continuaron su ruta caminando por la carretera abierta recientemente, y faldeando las dos grandes montañas del *Zaccár* cuyas cumbres se elevan á 1539 metros sobre el nivel del mar, llegaron á *Miliana*, antigua residencia de *Abd-el-Kader*, hecha en el día centro de una subdivision territorial.

La situacion del pueblo es en un llano de la montaña, y sus laderas están perfectamente cultivadas y regadas por copiosos arroyos que bajan á verterse en el *Chelif*. Divísase desde él una grande extension de llanura ó ancho valle por medio del cual corre el citado rio; entre el inmenso caos que presentan las montañas del Atlas se ostenta descollando el gigantesco pico de *Ouarsenis* ú *Ojo del mundo*, llamado asi por los árabes en razon á suponerle el mas elevado de toda la cordillera. Por este territorio han tenido lugar muchas acciones de guerra, pero ahora está completamente tranquilo, y los establecimientos militares de *Orleansville*, *Teniet-el-Had* y *Thaza* aseguran la sumision de las tribus que lo habitan, siendo al mismo tiempo otros tantos centros de poblaciones que se levantan con admirable rapidez, y á donde empiezan á acudir colonos europeos.

Como desde Miliana son los caminos poco frecuentados, y muy considerables las distancias de los pocos pueblos ó establecimientos, obtuvieron los viajeros la

compañía de dos árabes, soldados de los escuadrones de *Sphais*, de los que uno hablaba del francés lo suficiente para ser entendido. Estos árabes que no parece sino que han nacido á caballo, segun es su agilidad, están mortificados marchando al paso, y así es que casi toda la jornada van haciendo lo que se llama la *Fantasia*, que consiste en encabritar y hacer saltar á sus pequeños caballos, lanzarlos despues á las carreras mas veloces que el viento, apuntando ó tirando con su fusil, ó manejando el sable, en una palabra ejercitándose en la táctica particular de sus ataques. Solos se hubieran quedado los acompañados, á no haber procurado ensayarse tambien en aquel violento ejercicio de beduinos; y con asombro admiraron en sus corceles mas vigoroso aliento del que suponian.

Caminando de semejante manera aunque con las interrupciones que eran consiguientes para no quedarse por tierra, acertaron á pasar en un miércoles por *Djandel*, que es una especie de prado á la orilla del *Chelif*, donde en dicho día se verifica semanalmente uno de los mercados mas concurridos del pais: con este motivo era considerable la afluencia de ganados, y de cuadrillas de árabes con sus caballerías y dromedarios, viniendo de las vertientes del Atlas, ó de sus aduares de la llanura, y aun otros de las tribus del desierto.

Provistos como iban con una carta para el Agá *Buatem*, llegaron á su tribu, que tiene el campamento establecido en un suave repecho, por cuyo pie corre un arroyuelo. Detuviéronse junto á la primera tienda, que, como todas, excepto la del Agá colocada casi en el centro, era oscura y de un tejido hecho con pelo de camello: apareció al momento un esclavo negro, saludó cortesmente á los recién llegados, agarrándoles las manos y besándolas, y mostróles aquella tienda como la destinada á la hospitali-

dad; antiquísima y digna costumbre de estos pueblos, con la que pudiera hacerse fundado reproche á la civilizacion de Europa; el caminante que á cualquier hora del día ó de la noche se acerca á un aduar, tiene la certeza de encontrar una tienda ó choza que le resguarde, y el alimento necesario á restablecer sus fuerzas para proseguir la marcha. Unas alfombras cubrieron inmediatamente el piso de la tienda, y poco despues se presentó el mismo negro con la comida, que consistió en una especie de sopa y un guisado de muy buen sabor, aunque en extremo picante, y ademas frutas y tortas cocidas al rescoldo. Al fin de la comida se presentaron dos muchachos, sobrinos del Agá, á manifestar que se hallaba ausente, y que su hermano, que le sustituia, no podia ir á saludarlos á causa de una herida reciente que en una mano le habia ocasionado el rebentar de su escopeta; pero que si gustaban, los recibiria en su tienda, para lo que ellos tenian el encargo de conducirlos. Siguiéronles en efecto, y entraron en una espaciosa tienda blanca, adornada interiormente con una especie de galeria figurada, y cubierto el suelo con una estera fina y tapices. En ella estaba *Bordedi*, que así es el nombre de aquel respetable gefe, recostado sobre unos almohadones; su fisonomia varonil, que expresaba bien el dolor que entonces le aquejaba, se serenó un poco, se incorporó á la vista de ellos y les dió la mano, haciéndoles sentar sobre la alfombra. Leyó en seguida la carta que le presentaron y estaba escrita en caracteres árabes, y cuando por medio del *Sphais*, intérprete, le dijeron ser unos españoles que viajaban solo por ver el pais, les hizo contestar estaba muy contento de hospedarlos y que pidieran lo que necesitasen. Acto continuo dió á cada uno su naranja, sirvieron luego el café en tazas de porcelana sobre una antigua bandeja de plata labrada, y presentaron despues otra cu-

bierta de frutas. Espresáronle los viajeros su gratitud, y despidiéndose con la misma fórmula de tomarse la mano y llevarla al pecho, volvieron á su tienda acompañados igualmente por los hijos de *Bordedi*.

Todavía no era pasada una hora cuando apareció nuevamente el mismo negro con la cena, compuesta de *cuscusi de leche*, y de frutas, lo que consumido en su mayor parte por los *Sphais* y otro moro caminante que acababa de llegar, se retiraron los obsequiosos jóvenes y el negro, se tumbaron los hospedados sobre su duro lecho, y tranquilos permanecieron hasta el amanecer, hora en que les fue ofrecida una jarra de leche y tortas, que aceptaron, y despues de entregar una gratificacion al esclavo, que solo á fuerza de instancias quiso admitir, se alejaron de la tribu para siempre conservar su grato recuerdo.

Otro de los puntos que visitaron es *Medeah*, poblacion que se regenera y embellece rápidamente, situada en elevada posicion y llamada á ser de mucha importancia en lo futuro como intermedia de comunicaciones y comercio con el desierto, y como paso tambien de carabanas. Mostráronles como curiosidades propias del pais una *águila real*, un *avestruz*, un *antilepo*, varias gacelas y un leon perfectamente domesticado que pertenece al general Marcy, el cual anda suelto por su casa, duerme junto á los caballos, sube á veces á sociedad, y es acariciado por las señoras; en una palabra, es tan dócil como el perro mas fiel.

Desde *Medeah* regresaron á *Blidah* los viajeros que han dictado estos apuntes, por la carretera abierta hace poco, siguiendo la *coupure de la Chiffa*, como aqui es llamado el paso por donde el rio á través del pequeño Atlas sale á la *Mitidja*, dejando á la izquierda la elevada cumbre de *Monzaia* y el *coll de Ténioh*, célebres en los fastos del ejérci-

to de Africa, y á la derecha el alto de *Beni-Salá* á 1,430 metros sobre el nivel del mar. Las seis horas de esta jornada son de lo mas agradable que el turista podrá encontrar en la Algeria, por el espectáculo grandioso que le ofrecen las enormes montañas que á ambos lados parecen amenazar con su union, y cuyas rápidas pendientes derraman sus aguas sobre la cañada, unas veces en cascadas vistosas y saltos que se desprenden desde elevaciones considerables, y otras deslizándose suavemente, dibujando por las rocas y regatas caprichosas líneas.

Al visitar este pais viajando con la seguridad mas completa sobre hermosas carreteras, y al recordar lo que para este resultado ha sido preciso de sangre y de trabajos por el ejército de ocupacion, un sentimiento de admiracion es inevitable; el soldado lo ha hecho todo, él lo ha conquistado, él ha atendido á su conservacion, él ha edificado, lo ha cruzado de caminos, y, lo que es mas, él lo cultiva. Digase ahora que la mision de los ejércitos como sangrienta solo y destructora, es opuesta á la cultura y al progreso; la Argelia es la solemne respuesta, la demostracion patente en nuestra época contra aquel aserto, aun cuando no estuvieran todavia visibles por todas partes, inclusa esta misma tierra, las huellas de las legiones romanas, conquistando y estendiendo con su dominio su civilizacion.

UN OFICIAL DEL EJÉRCITO ESPAÑOL.



## LA SÉPTIMA ESPOSA,

Ó SEA

## HO-FI EL DEL CINTURON AMARILLO,

(NOVELA CHINA.)



as hermosa que el arroz, mas gallarda que el bambú, era So-Sli hija de Poo-Poo. No era su pie mayor que el dedo, y cuando andaba se la veia mecerse elegantemente, necesitando para sostenerse el apoyo de una caña ó de una criada. Era tal el hechizo de sus gracias, que cuando se presentaba en público, escitaba la atencion general como la paja que el juglar de Shangi sostiene en la punta de sus narices: sus cejas eran arqueadas como las plumas del ave acuática, y los ojitos pequeños y entornados; sus cabellos aventajaban en finura á la tela que hila la araña negra de Chen-Si."

Infinitos eran los pretendientes que solicitaban la mano de So-Sli; su padre, el venerable Poo-Poo, bien podia aspirar á un yerno de la administracion ó del ejército: mas el tal era un sabio, un filántropo, que buscaba estudiosamente las causas de la felicidad ó de la desgracia del hombre. Habia resuelto hacer el matrimonio con arreglo á los principios que le revelara la ciencia, y sobre este punto habia formado una luminosa teoria, llorando amargamente el no haberla hallado antes de casarse; pero como su mujer habia muerto, disminuia considerablemente el motivo de su pena, si bien por lo menos Poo-Poo se propuso que aprovechase su hija un descubrimiento que fuera inútil para él. En una palabra, pensaba dejar á So-Sli la libre eleccion de esposo, doctrina un tanto cuanto aventurada en un pais como la China, donde por espacio de mas de seis mil años jamás se consultó el

gusto de las doncellas para casarlas; pero la belleza de la hija protegía las rarezas del padre.

Dos grandes mandarines, Hang y Swing, y un mercader llamado Tin, le habian enviado ricos regalos; porque residian demasiado lejos para poder ofrecerlos en persona. El elocuentísimo Tung, letrado del colegio de Hansan, de quien es tomado nuestro primer párrafo, habia compuesto trece tomos de sentencias morales en honor de la belleza de So-Sli; pero Poo-Poo, aunque aceptaba los regalos, desechaba la demanda de los que los ofrecian. Esto mismo hizo con personas de diferentes condiciones, como fabricantes, propietarios de campos de arroz, oficiales militares y civiles de la vecindad que tuvieran ocasion de admirar los brillantes ojos de So-Sli y ser vistos de ella. Nada objetaba So-Sli contra Hang, Swing, Tin y Tung, porque no los conocia; pero el prudente Poo-Poo, fiel á su teoría, no hubiera concedido su hija por cuanto el mundo tiene, á un hombre que despues pudiese no agradarla. Por lo que toca á los que conocia, todos la fastidiaban: el uno era demasiado alto, el otro bajo: aquel muy flaco, este gordiflon: Tin-Tin tenia vocella de tiple, Din-Dong de bajo: esotro era aficionado á la patata dulce y So-Sli odiaba este alimento: esotro no tenia suficiente aficion á los perros, y So-Sli se moria por ellos. El caso es que era obra difícil agradar á So-Sli.

Aqui conviene hacer una observacion. La lluvia de regalos que inundaba la casa de Poo-Poo, contribuia á afirmarle en su teoria. El honrado ciudadano se felicitaba de su perspicacia, y su ejemplo le ganaba prosélitos entre los chinos que como él tenian hijas casaderas. Pero poco á poco fueron los enamorados menos pródigos, y aguardaron para regalar á que una entrevista con la hermosa So-Sli decidiese sus pretensiones: un indicio semejante debia alarmar justamente

á un hombre experimentado como Poo-Poo.

La ciudad que habitaba Poo-Poo servia de residencia á un noble chino que se gloriaba de estar emparentado con la familia imperial: en efecto descendia de un Emperador que habia ocupado el trono celeste ciento cincuenta años antes. El sublime Emperador de la China se digna tender una mirada de cariño y benevolencia á todos sus parientes pobres cuyo número, segun los cálculos mas exactos, asciende á diez mil. Segun los grados del parentesco reciben una cierta renta anual: los wangs ó parientes mas próximos reciben unos sesenta mil taels, y esta cantidad disminuye gradualmente hasta los simples herederos del cinturón amarillo, que tienen tres taels al mes y dos sacos de arroz. El sublime Emperador se encarga tambien de subvenir á los gastos de matrimonio y de funerales de la muger cuando tienen la desgracia de perderla. En estas ocasiones perciben ciento veinte taels, suma que se repite á cada boda y á cada viudez. Tienen ademas el derecho de llevar una marca que los distingue del resto de la poblacion y que anuncia su noble origen: esta marca, es el color amarillo (color imperial) de su capa, de su chal, de su cinturón ó de su sombrero. El wang de que hablamos y que se llamaba Ho-Fi gastaba un cinturón de seda, y era conocido bajo el nombre de *Ho-Fi, el del cinturón amarillo*.

Primó lejano del hijo del cielo, habria creído Ho-Fi rebajar su dignidad ejerciendo ninguna profesion ó industria: pero como su vanidad y su ambicion no eran proporcionadas á sus recursos, se veia reducido á curiosos ardidés para proporcionarse, segun la espresion vulgar de los orientales, sal para la sopa y sopa para la sal.

Ho-Fi habia oído hablar muchas voces de So-Sli, pero las mismas voces

que exaltaban su belleza pregónaban sus caprichos y borrascoso genio. Cada día se citaba algun novio con calabazas: nadie era digno de agradarla, de tal modo que los pretendientes comenzaron á cobrar miedo: pero Ho-Fi era uno de esos hombres que, penetrados de su mérito, no calculan los obstáculos, y que jamas se detienen por temor de una repulsa: pidió pues la mano de la hija de Poo-Poo.

Aunque jóven todavia, habia estado casado seis veces; y siempre, ya por una razon, ya por otra, le habia vivido cada muger pocas semanas. Para bodas y funerales habia exigido exactamente la suma que su celeste primo le asignara, y como el número siete se consideraba el mas feliz, y como sus seis mugeres reposaban en la misma tumba, Ho-Fi deseaba vivamente correr los riesgos de la séptima.

Poseia cualidades recomendables: era un gallardo mozo: sus uñas habian llegado á tener pulgada y media, no gastaba barba ni patillas y su cabeza estaba totalmente afeitada, excepto el mechón ordinario que crecia en abundancia y casi le bajaba hasta las corvas. Ademas se distinguia por su elegancia en el vestir, á pesar de sus escasos recursos, asombraba el lujo de su guardarropa, empero si esto era un misterio impenetrable para los chinos, ¿cómo ha de pretender esplicarle un estrangero, un bárbaro como yo? La belleza del cuerpo y el adorno, sabido es que son dos grandes talismanes en materia de casamiento, y á estos unia Ho-Fi otros no menos eficaces, tales como un aplomo imperturbable, y aquella perseverancia tenaz que vuelve á la carga sin cesar y para la cual un *no* no es una respuesta. Uniase á esto una flexibilidad de ánimo que se acomodaba á todos los caracteres, y cierta habilidad para descubrir el flaco de las gentes, y atacarlas por este lado. Por último el nombre de su celeste pri-

mo que sabia citar á tiempo, y el color imperial de su cinturón, acababan de deslumbrar á los que estaban ya ganados por sus dulces palabras.

—Es preciso saber tener osadía, se decía á sí mismo; y si no venzo... psit! no iré á ahorcarme de la cola como Ni-Ni: ni me asesinaré con la uña del pulgar como Boo-Bu.

Ni-Ni y Boo-Bu eran los dos románticos mas célebres de la China.

Formada esta resolución, no le faltaba á Ho-Fi sino ponerla en práctica; para lo cual ante todo trató de trabar relaciones con el filósofo Poo-Poo. Un día que este venerable personaje ajustaba en el mercado un cuarto de garduña, entró Ho-Fi en conversacion con él, y por medio de algunos chistes disparados contra el mercader, obtuvo de este en favor de Poo-Poo una disminucion de precio que este no hubiera conseguido probablemente. Hizo entonces grandes elogios de la garduña y de lo que le gustaba este manjar. Trayendo en seguida la conversacion á favor de felices gradaciones gastronómicas de la garduña á las comadreas, de las comadreas á las ratas, de las ratas á los perros, de los perros á los cochinitos, de los cochinitos á las chinas bonitas, y de las chinas bonitas al astro brillante, So-Sli, hija del sabio Poo-Poo. Manifestó su infinita admiracion hácia este célebre filósofo, deplorando su desgracia de no conocerle mas que de nombre. Poo-Poo era amigo de la sabiduria; pero ¿qué filósofo hubo á prueba de adulaciones? ¿Qué hombre no goza con oír sus propios elogios bajo el velo del incógnito, cuando no puede sospecharse que son mentidos? Ho-Fi habia ganado mucho terreno en el aprecio del vanidoso Poo-Poo.

Facilmente se supone que este no esquivaria una conversacion tan de su agrado; y sin nombrarse, sondeó diestramente á su nuevo amigo sobre la famosa teoria matrimonial de que era in-

ventor Poo-Poo. Ho-Fi se deshizo en ampulosos elogios, deploró la ignorancia y necedad de los chinos, que habian cerrado los ojos á tan luminosa teoria.

—Por mi parte, exclamó mientras su interlocutor saboreaba con delicia cada una de sus palabras; por mi parte, si me preguntáseis, quien es el mas grande de los sabios antiguos y modernos, responderia: Poo-Poo! Si me preguntáseis quién ha inventado la teoria mas provechosa para la dicha del género humano, responderia: Poo-Poo! Si me preguntáseis cual es la palabra sinónima de filosofía, responderia: Poo-Poo! No dudo que llegue un tiempo en que este nombre termine todas las discusiones, en que estas dos sílabas, Poo-Poo! sirvan de argumento, de razon suprema.

Aunque despues de un discurso semejante, su modestia debia resentirse, el filósofo se dió á conocer á su estuasiata admirador, y aquel dia comió Ho-Fi con Poo-Poo, regalándose entrambos con el cuarto de garduña.

El manjar apetitoso despertó el buen humor de los convidados; y Ho-Fi, insinuado en la gracia del padre, buscó medio de ganar la de la hija. Dió parte de sus intentos á Poo-Poo, y este fijó el día de la entrevista, ceremonia que la sabiduria prohibia precipitar demasiado.

Ho-Fi vino, vió, y venció, ó mas bien vino, ella vió, y él venció. Su traje era un modelo de elegancia, y habia escojido los colores que sabía agradaban mas á So-Sli. Su ropaje de seda carmesí cubierto de ricos bordados, y su chal, hubieran sido apetecidos por la mas encopetada muger de un lord: su birrete era obra de una de las primeras modistas de Pekin, y la gorguera que formaba parte de la vestimenta de gala, era de subido precio. Su negro mechón de cabellos estaba trenzado con primor y le colgaba por la espalda. Llevaba al cuello una sarta de perlas; su cazoleta estaba llena de las esencias

mas raras, y lucia en sus manos un abanico que agitaba con particular desembarazo.

Tan galante exterior produjo una impresion favorable en So-Sli que gustaba mucho de la elegancia en el vestir y gastaba sumas considerables en ricos trajes, en pipas de las mas lindas, y el mejor tabaco.

Todo lo aprovechó el astuto Ho-Fi para asegurar su triunfo: prodigó á la bella caprichosa mil delicadas lisonjas, la ofreció una caja de oro para tabaco, un perro de aguas chino, y lo que vale mas, su corazon y su mano. Lisonjas, caja, perro, corazon y mano de Ho-Fi todo lo aceptó So-Sli.

Se casaron, y Ho-Fi exigió por la septima vez el regalo de boda con que le gratificaba su celeste primo el sublime Emperador de la China.

Oh! cual se felicitaba Poo-Poo por haber puesto al fin en práctica la luminosa teoría de que era inventor, y por haber hallado un yerno que participaba de sus ideas filosóficas, y de su afición á la guardaña!

Pasaron quince dias con la velocidad de un instante. Una pareja jóven, que gusta por primera vez la felicidad, no cuenta las horas, y los dos esposos se ocupaban esclusivamente del cuidado de agradarse uno á otro. Si se promovia alguna contestacion, era por querer obligar el uno al otro á aceptar las mejores tajadas de zorra, de huron ó demas que componian sus apetitosos alimentos de cada dia.

Parecia que no acertaba Ho-Fi á separarse un momento de su adorada esposa. Sin embargo una mañana tuvo que hacer una excursion á la ciudad, y cuando volvió sacó de su bolsillo bordado un paquetito de té.

—Amada So-Sli, dijo con tierno acento, tengo un amigo muy versado en el cultivo de las plantas; tanto, que ha conseguido ananas de los naranjos, y

convertido las ananas en grosellas. Un arbolito de té es ahora el objeto de todos sus desvelos: despues de plantarle por su propia mano, de regarle y podarle él mismo, no ha perdonado medio de sacar una obra maestra de agricultura. El tal arbusto no ha producido aun mas que dos onzas de té: la una ha sido consagrada al Emperador mi celeste primo, y me ha ofrecido la otra, que yo he destinado á mi querida So-Sli. Si me amais, brillante hija de Poo-Poo, haced una infusion y bebedla.

—Esposo mio, respondió So-Sli, no aceptaré el fruto de una planta tan rara y tan preciosa. Sea para vos.... Curiosas ojas de té por vida mia, añadió abriendo el paquete, y lo mas raro es que se parecen á las hojas ordinarias... ¿Qué polvo es este que tienen por encima?

—Esto! respondió Ho-Fi con indiferencia, es una pelusa peculiar de las hojas del tal arbusto: en ella consiste su mayor virtud. Prometedme, So-Sli, que tomareis la infusion, pues para vos me he proporcionado ese delicioso té; y una repulsa me mostraria que teneis en poco mis regalos.

Y al mismo tiempo derramaba Ho-Fi agua hirviendo sobre las delicadas hojas, y á los pocos minutos el cariñoso esposo ofrecia á la esposa una taza de porcelana llena hasta los bordes. So-Sli insistió en que el otro bebiese, pero él se negó obstinadamente, y sobre esto se suscitó entre ellos un gracioso combate, queriendo cada cual ceder al otro el deleite de bebida tan exquisita. So-Sli se negó positivamente á aprovechar la abnegacion de su esposo; pero cediendo poco á poco, declaró que si él tomaba la mitad de la taza, ella beberia el resto. La proposicion no podia ser mas razonable, y sin embargo no la aceptó Ho-Fi: exigió que su cara esposa gozase de la taza entera ó al menos bebiese la primera. El amable debate se iba en-

venenando poco á poco, el acento de la impaciencia y de la cólera sustituía en Ho-Fi al de la ternura y de la chanza... So-Sli se levantó, tomó la copa, y acercándose á la ventana tiró la infusión diciendo: que pues habia sido causa de disputa, ni uno ni otro la bebería.

La nubecilla se disipó muy pronto, y los dias siguientes tomaron el té juntos los dos esposos con la mejor armonía. Una noche estando ocupados en esta importante tarea, Ho-Fi que acababa de tomar la primera taza; notó que el té no era tan bueno como de ordinario; y empleando la imprecación usual en China, deseó una raíz podrida al árbol que le produgera.

—Como! exclamó So-Sli con maliciosa sonrisa; despues de tanto como trabajó vuestro amigo! despues de los cuidados de plantarle y regarle! cruel deseo!

Ho-Fi dejó la taza con viveza y palideció su rostro amarillo.

—Qué quereis decir? preguntó.

—Os lo tenia dicho, esposo, replicó So-Sli riendo: habia jurado que el té que trajisteis fuese para vos solo, y con disimulo escondí algunas hojas antes de que las guardáseis, y son las que os acaban de servir. Siento que no sea de vuestro agrado.

Al escuchar estas palabras, se quedó lívido Ho-Fi: hizo un mohín espantoso: su menchon se erizó de terror y permaneció en posicion horizontal, abrióse su boca como para espeler lo que habia tomado, y toda su persona reveló la mas honda consternacion.

Un instante estuvo sin poder moverse, y en seguida se levantó pidiendo á voces agua caliente.

—Qué es eso? qué tenéis? dijo So-Sli.

—Envenenado! envenenado! repitió Ho-Fi con lamentable acento.

—Envenenado! repuso So-Sli. Cómo!

ese té estaba... y el polvillo que yo eché de ver...

—Oh! gritó Ho-Fi, el pecho se me abrasa, me quemó! en nombre de los dios Fo: pronto, volando, que me traigan eméticos, vegigatorios, cataplasmas, vomitivos, cualquier cosa! socorro!

Fue socorrido Ho-Fi que hacia contorsiones espantosas; se llamó á los médicos. El enfermo tuvo delirio, y cuando los vómitos le dejaron aniquilado, cayó en un letargo y ensueño pesado que duró muchas horas. Cuando cobró la razon y le recordó su memoria las palabras que se le habian escapado, trató de destruir su efecto. Explicó á So-Sli que el té que le sirviera poseía una virtud maravillosamente activa, y que este té le habia privado del uso de su razon con mas prontitud aun que el licor que se destila del arroz. En medio de su delirio, se habia imaginado que su mujer le daba veneno. Sueño vano, temor frívolo de que se confesaba culpable! Resolvió escribir al amigo reconviéndole y amenazándole; que si su celeste primo, el Emperador de la China, bebía una infusion de aquel té, el autor del regalo seria condenado á muerte indudablemente.

Estas esplicaciones y el tono de sinceridad con que fueron dadas satisficieron á So-Sli, quien recobró su buen humor. Ho-Fi, gracias á la robustez de su constitucion, se libertó de los efectos combinados de la ciencia de los tres médicos chinos, y de la droga envenenada que habia bebido.

Ay! demasiado cierto era: el té tenia veneno. El primo del hijo del cielo, esplendidamente remunerado á cada nuevo enlace, procuraba multiplicarlos lo posible para explotar el privilegio de su nacimiento. El noble Ho-Fi no envenenaba por el simple placer de envenenar; cualquier medio expedito le era igual y solo le importaba aprovechar los dones del celeste Emperador.

Habian circulado sobre el particular en la ciudad algunos rumores sordos, comunicándose al oído sospechas que justificaban las apariencias. Bien hubiera podido saber algo el anciano Poo-Poo; pero este venerable personaje estaba demasiado engolfado en los arcanos de la ciencia para hallarse al corriente de las cosas de este mundo. A sus ojos, el matrimonio de su hija estaba hecho segun las reglas de su teoria, y este era el punto esencial. ¡Cómo desconfiar de un hombre que tenia el derecho de llevar el color amarillo, de un hombre que le proclamaba el primero de los filósofos!

Ademas, no existian pruebas. Los chinos, tan espertos en las artes, son poco duchos en lo que los occidentales llaman el estudio de los reactivos químicos. No saben hervir en un caldero la horrible mescolanza de huesos, músculos y tendones; destilar estos restos humanos, analizar los jugos, y descubrir la milésima parte de cualquier cosa que apenas es algo y debe servir sin embargo de prueba convincente.

Ho-Fi tuvo la satisfaccion de ver disipados prontamente los temores de su esposa; y aplacado el desagradable sacudimiento que sintiera, esperiméntó mas viva la necesidad de quedarse viudo. Su enfermedad le habia originado gastos considerables, y á su modo de ver era justo indemnizarse. Dióse pues otra vez á discurrir medios de deshacerse de su muger, y á fuerza de meditar se acordó de haber visto en una famosa tragedia china un suceso de que podia utilizarse: proporcionóse en secreto un perro feroz y le encerró en un nicho situado al otro extremo de la casa. Compró en seguida telas parecidas á las que usaba So-Sli, vistió una muñeca de magnitud natural, y acostumbró al perro á tirarse á ella y destrozarla. Poco trabajo le costó avezar al perro á esta faena, porque el cuerpo de la muñeca estaba lleno de

huesos y de pedazos de carnaza. Cuando se aseguró Ho-Fi de que el animal sabia su papel, cesó de darle de comer y beber, y le dejó unos dias abandonado á los tormentos del hambre y de la sed, que produjeron su efecto ordinario. La baba que corria de la boca del can, sus encendidos ojos, anunciaban la horrible enfermedad que le devoraba, y así que no tuvo Ho-Fi duda alguna de la naturaleza é intensidad del mal, anunció á So-Sli que un negocio importante le llamaba á la ciudad, encargándole que nadie curiosease una cosa que habia encerrado en el tal nicho, y que ella se abstuviese de penetrar allí.

Tomadas tan juiciosas precauciones, se largó Ho-Fi mas que á paso, y alegre como él solo.

—Si sucede alguna desgracia, decia para sí, no será por culpa mia: bien la he prohibido que sea curiosa.

Quedóse sola So-Sli. Cuando acabó de teñirse las uñas y se cansó de fumar en su larga pipa, ó de mascar betel, comenzó á pensar en el misterioso nicho y en el secreto que Ho-Fi reservaba para sí solamente. ¿Qué habria encerrado su marido en el tal nicho? algun mueble nuevo? ¿alguna planta rara? Debía ser curiosa una cosa que no podia verse. Hubiera apostado So-Sli á que era alguna galanteria con que trataba de sorprenderla Ho-Fi. ¡Cuanto la fastidiaba tener que aguardar! Pero al fin, como su esposo no la habia prohibido formalmente que se enterase, bien podia sin faltar á su deber registrar el nicho prohibido.

Al cabo de seis casamientos, no era extraño que Ho-Fi conociese tan á fondo á las mugeres: ¡bien habia calculado!

Resuelta So-Sli á visitar secretamente el chiribitil del corral, se encaminó á él vacilando sobre sus menudos pies; al paso por una galería, acarició una corneja de cuello blanco, animal pre-

dilecto de Ho-Fi, y lo que mas apreciaba en el mundo despues del cinturon amarillo. Habíala domesticado á fuerza de desvelos y caricias, y por un efecto de su supersticion estaba persuadido de que su dicha pendia de la vida de la tal ave. Hasta cierto punto participaba tambien So-Sli de este capricho, y hacia frecuentes visitas á la corneja, hablándola como una confidenta, y prefiriendo esta conversacion á cualquiera otra, por ser ella sola la que hacia el gasto. Al paso saltó el pájaro sobre su hombro y siguieron entrambas adelante.

Cuando llegó cerca del nicho, advirtió que la puerta no estaba bien cerrada, que la llave ocupaba la cerradura y bastaba empujar para abrir. Aguijada por la curiosidad y el temor de ser sorprendida, entró de pronto So-Sli y se halló frente á frente con el perro. Poseido este de un acceso de rabia, apenas la hubo divisado se lanzó sobre ella frenético, abriendo la boca cubierta de espuma. Pero So-Sli retrocedió con viveza, y mas rápido que el pensamiento asió la pobre corneja para arrojársela al perro, teniendo tiempo entre tanto para cerrar la puerta y dar vuelta á la llave. Todo esto fue obra de un momento, y So-Sli, mas muerta que viva, huyó á su habitacion donde aun no se creyó segura del peligro que la amenazara.

Ho-Fi volvió antes de lo que prometiera y no fue poca su sorpresa al descubrir á su muger tranquilamente sentada en el sitio mismo donde la dejara. Corrió al cuarto del perro cuya puerta estaba cerrada: parecióle que algunas plumillas que revolaban por el aire eran de su querida corneja, y al mirar á través de las hendiduras de la puerta vió los miserables restos del ave favorita que aun ocupaban los dientes del perro rabioso. Agitado, turbado, volvió á interrogar á So-Sli, pero es-

tuvo impenetrable la hija de Poo-Poo: ignoraba qué se habia hecho el pájaro porque no habia salido de su habitacion en toda la mañana.

Hubo de contentarse Ho-Fi con estas respuestas y reservarse las sospechas: pero su dolor no conoció límites porque la desgracia de la corneja le presagiaba mayores desventuras. La corneja muerta y So-Sli viva! esto significaba sin duda que ya no volveria á perder muger alguna.

Sin embargo, como era terco por naturaleza, no desistió de su empeño. Renunció á los servicios del perro, y resolvió emplear otros medios contra una muger que tan dura tenia la vida.

Una tarde, So-Sli muda y pensativa estaba sentada al balcon ocupada en un finísimo bordado, y meditando los sucesos que acabamos de referir. No podia desvanecer algunas inquietudes y el carácter de su esposo la inspiraba miedo. En aquel momento se acercó á ella Ho-Fi y dando á sus móviles facciones un aspecto de pesar y de temor:

—¡Por el pulgar de Confusio! esclamó; ¿estais enferma, hija de Poo-Poo? ¿Qué sentís? Teneis el rostro pálido y abatido: vaya, es preciso que cuideis mas de vuestra preciosa salud. Retiraos, y acostaos; es ya tarde, y la humedad de la noche puede perjudicaros. Os aconsejo que apagueis la lámpara para que sus rayos no os hagan daño á los ojos. Me retiro, amada mia, y si mañana os sentís peor, llamaremos un médico que decida los remedios que hayan de emplearse..... Pero yo confio en que no habrá necesidad.

Admiróse So-Sli del exceso de ternura que manifestaba su esposo. Cuando se despidió de ella deseándola feliz noche, creyó atisbar en su semblante una sonrisa diabólica, y las circunstancias del veneno y del perro enjaulado se ofrecieron de nuevo á su imaginacion. Comentólos de mil modos, y si no se

le apareció la horrible verdad en todo su esplendor, entrevió por lo menos una parte. No adivinaba qué clase de peligro la amenazaría, pero se propuso estar alerta. A su caracter burlesco y chancero unía So-Sli gran presencia de ánimo y mucha resolución. Encendió la luz y escuchó á la puerta de la alcoba antes de abrirla.

Pero el silencio no se turbó y So-Sli se atrevió á penetrar. Examinó las diferentes partes del aposento, y sea ilusión ó instinto, So-Sli conoció que había algun enemigo oculto. Revolvió la mesa y las sillas, registró la chimenea: con el auxilio de la lámpara examinó el horno colocado debajo del lecho, segun es costumbre en la China para dar calor á las alcobas: nada encontró, mas sin embargo no podía desechar la idea de que su marido la había armado algun lazo. De repente se le ocurrió una idea singular. «¿Si habrá sembrado la cama de alfileres?» Quiso inmediatamente cerciorarse; se acercó y entreabrió las cubiertas; pero en seguida las dejó caer con precaucion. Un terror mortal se apoderó de ella, y apenas tuvo fuerza para ahogar un grito. Su primer impulso fue huir; pero sus pies se negaron al servicio. Conmovida, trémula, sin atreverse á respirar, se recojió en un rincon, meditando lo que había de hacer.

¿Qué habría debajo de las cubiertas? So-Sli había distinguido la cabeza triangular y los ojos brillantes de una víbora negra. Sabía que la picadura de este reptil da la muerte, y sin embargo, no hizo los aspavientos que en igual caso eran de rigor en una dama europea: estaba familiarizada con el aspecto de estas serpientes, que los cocineros chinos guisan primorosamente componiendo una sopa muy apreciada de los gastrónomos. Pero lo que amedrentaba á So-Sli era la refinada perversidad de su esposo, la idea del peligro de que

los benéficos dioses la sustrageran por milagro. Ya le parecia que se deslizaba por su cuerpo el vizcoso avechuchu, y sentía su envenenada mordedura.

Sin embargo el tiempo urgía; Ho-Fi podía volver de un momento á otro y era preciso tomar una resolución. So-Sli despues de pensar maduramente, llamó á su doncella en quien tenia absoluta confianza; se lo refirió todo, y encomendándola el secreto, la envió por una de las ratas que los chinos tienen siempre en abundancia para su uso, y conservan en un tonel á guisa de conejos. Ataron una piedrecita á una pata de la rata y la echaron dentro de un vaso muy largo y estrecho de cuello. Examinando en seguida el sitio en que se hallaba la víbora, introdujeron suavemente el vaso por debajo de la ropa, de modo que el gollete quedase delante de la cabeza del reptil: en seguida escucharon, llenas de impaciencia y ansiedad. A poco percibieron un ligero frote y un agudo grito que lanzó la rata: separando entonces el cobertor, levantaron de pronto el vaso y cerraron el gollete con un tapon que habían dispuesto al efecto.

Terminada felizmente la captura, dió So-Sli sus últimas instrucciones á la criada y aguardó el regreso de Ho-Fi.

Este tardó mucho, y se quedó atónito de sorpresa al divisar á su esposa en el dintel de la puerta.

Querida mia, la dijo conteniéndose ¿por qué no os habeis acostado segun os aconsejé? ¿asi os esponéis al relente de la noche? ¿tan poco cuidais de una salud que me es tan preciosa?

—Fo os recompense vuestras buenas intenciones, contestó So-Sli, he creído que el lecho me haria daño en vez de aprovecharme, y tenia un miedo de estar sola..... ¿Por qué habeis tardado tanto?

--He consultado á un médico, repli-

có el pérfido Ho-Fi del cinturón amarillo, y me ha recomendado espresamente que guardéis cama para sustraeros á las malignas influencias del Planeta.

Me manda que salga á media noche á coger los simples necesarios para preparar un medicamento; voy pues por ellos, y acostaos sin mas demora; hija de Poo-Poo, obedeced los mandatos del sabio médico, si no por vos, por mi amor.

Cedió So-Sli á tan tenaz empeño, pero antes de que se ausentase Ho-Fi insistió en que probase una excelente sopa que le resguarda e de los perniciosos efectos de la niebla. ¿Que habia de objetar Ho-Fi á una proposicion semejante? Deseoso de que su muger se recojiese, y estimulado por un apetito mas que regular se sentó á una mesilla aguardando la excelente sopa que se le ofreciera. Vino en efecto el manjar en una sopera herméticamente cerrada, que fue presentada á Ho-Fi para que se sirviera, y ya alargaba este la mano con avidez hácia la tapa, cuando So-Sli por casualidad sin duda tropezó con el brazo en la lámpara y la dejó caer sobre la mesa, apagando la luz: quiso So-Sli levantarse á encenderla, y en medio de su precipitacion derribó mesa y sopera sobre las rodillas de Ho-Fi: quiso este levantarse, y al mismo tiempo se sintió mordido en la muñeca, laazando un aullido de sorpresa y de dolor.

Sabia la esposa la loca aficion del esposo á la sopa de víbora; pero olvidándose de mandar cocer el reptil, se le habia servido vivo.

Enroscada la serpiente en el brazo de Ho-Fi corria este como un insensato por la habitacion, haciendo esfuerzos para desembarazarse de su enemigo. Profesia gritos y amenazas, pedia socorro, y á sus voces acudieron los vecinos y mataron el avechicho, pero So-Sli favorecida por la oscuridad habia escapado.

¿Qué se habria hecho? Habia huido enmedio de las tinieblas; el exceso del terror le habia dado fuerzas para sobrellevar la fatiga de un ejercicio á que no estaba acostumbrada; llegó por fin á casa de su padre. El prudente Poo-Poo no dormia, meditando como de costumbre sobre las causas de la feliz dicha y desdicha de los hombres; sobre el efecto de las simpatias y antipatias naturales: calculaba las consecuencias que produciria bien pronto la feliz aplicacion de su teoria, y sobre todo daba gracias á Fo por haber iluminado su alma con los rayos de la sabiduria, y permitido que diese á los habitantes del celeste imperio un ejemplo y una leccion con el juicioso casamiento de su hija.

Despertáronle de su meditacion unos golpes redoblados que sonaron á su puerta, y reconoció al mismo tiempo la voz quejumbrosa de su hija querida. Imagínesse el que pueda cual seria el dolor, el asombro del anciano! ¿era posible se hubiesen cometido tan negros atentados contra So-Sli? y por ¡quien! por un yerno amante de la filosofia y de la buena mesa; por uno de sus admiradores mas entusiastas, ya que no digamos por uno de sus discípulos! oh! era fuerza dirigirse al Emperador, y pedir justicia para que Ho-Fi fuese ahorcado con el cinturón amarillo.

No hay cosa mas temible que el sentimiento de un filósofo cuando se encoleriza de veras. El sabio Poo-Poo estaba ofendido como padre de So-Sli, y como padre de una luminosa teoria que para primera prueba se habia lucido. El culpable Ho-Fi confiaba en el privilegio de su nacimiento, pero ignoraba que Poo-Poo habia dirigido su queja á los pies del trono celeste, y fue extraordinaria su sorpresa al ver llegar de Pekin comisarios imperiales que comenzaron la instruccion del proceso.

Poo-Poo, So-Sli, la doncella y los parientes de las primeras víctimas de

Ho-Fi comparecieron ante el tribunal. Por los diferentes testimonios que se produjeron, resultó que el Wang había despachado al otro mundo seis mugeres, é intentado por tres veces deshacerse de la séptima. No se olvidó incluir en la causa el total de las cantidades que en clase de Wang de cinturón amarillo y por razon de seis matrimonios y otras tantas viudases había recibido de la munificencia de su celeste primo: de lo que resultó que el tal había abusado y no usado del derecho de quedar viudo.

Enviada á Pekin la senténcia de los jueces comisarios, dió el augusto Emperador, rey de reyes, la proclama siguiente á sus fieles súbditos, es decir, á los trecientos sesenta millones de hombres que componen su pueblo:

« Pekin, 6.º mes, 11.º dia, año 58 del reinado de Ho-Ho.

« La ley debe castigar á la familia misma del Emperador, so pena de no ser nunca observada!

« Cuando la morera se trueca en espino, es señal de que debe arrancarse!

« El crimen no puede permanecer oculto al ojo penetrante de Ho-Ho: Ho-Ho tiene oídos largos, y brazos mas largos todavia!

« Ho-Ho se esfuerza en igualar las virtudes de su padre Ha-Ha y dejar ejemplos preciosos á su hijo He-He!

« Ha llegado á noticia de Ho-Ho que un cierto cinturón amarillo, llamado Ho-Fi, contraviniendo al deseo imperial de que todos los súbditos vivan en paz, ha dado traidora muerte á seis mugeres, con grave perjuicio de las rentas del Estado. Largo tiempo ha gozado del fruto de sus crímenes, pero al fin se ha manifestado la verdad, el pollo ha roto la cáscara del huevo.

« Las reglas de la justicia prescriben que se acomode el castigo á la naturaleza particular del delito. Habien-

do empleado el susodicho Ho-Fi para sus malvados intentos el veneno, un perro rabioso y una víbora, debe ser destrozado por las víboras, lleno su corazón de veneno, y abandonado su cadáver al pasto de los perros! Por lo cual el cuerpo del citado Ho-Fi será partido en tajadas muy menudas: con él serán ajusticiados diez de sus parientes mas inmediatos; pero como conviene unir la clemencia á la justicia, se les ahorcará solamente. Serán confiscados todos sus bienes en beneficio del tesoro imperial, y por espacio de tres años no se suministrará á los cinturones amarillos arroz ni dinero, para reparar el perjuicio mencionado: por último, será ahorcado el mandarin de Hung por no haber sabido precaver ni descubrir atentados tan horribles.

« Poo-Poo recibirá cien palos de bambú y llevará por espacio de doce meses el collar de madera, en castigo de sus heréticas doctrinas, y de su loca y perniciosa teoria.»

Aquí dá fin la historia de Ho-Fi. La severa justicia del sublime Emperador fue celebrada por todo el imperio. El sabio Poo-Poo se sometió filosóficamente á su suerte, y en cuanto á So-Sli olvidó con su segundo marido las desdichas que causara el primero: únicamente tuvo toda su vida mucho cuidado de guardarse de los honores y privilegios del color amarillo.



## ESTUDIOS HISTÓRICOS.

## INSTITUCION

## DE LA ORDEN DE LA JARRETIERRA.

*Eduardo Tercero y la Condesa de Salisbury.*

Los años de 1346 y 1347 se distinguieron por tres sucesos históricos de grande interés en la historia de Inglaterra, á saber, la batalla de Cressi en Francia, que estuvo á pique de colocar en las sienes del monarca inglés Eduardo III la corona francesa que absurdamente pretendia; la de Neville's Cross, cerca de Durham, en la que fue hecho prisionero el rey de Escocia David, y la rendicion de Calais.

Para celebrar debidamente estos faustos acontecimientos, se dispusieron suntuosos festejos en Londres y otros puntos de la monarquía, los cuales debian comenzar el 14 de Octubre de 1347, dia en que efectuó el victorioso Rey su entrada pública en la capital.

Eduardo era un verdadero tipo del siglo en que vivia: valeroso, caballeresco y galan: asi es que para lisonjear su inclinacion, la parte principal de los festejos dispuestos para la corte fueron justas y torneos, los cuales en aquella época eran muy generales en Europa. Los que se celebraron con este motivo en Bury, Eltham, y Windsor, residencia real, escedieron en magnificencia á cuantos los habian precedido. Durante las festividades, en uno de los bailes de la corte, se le desprendió á una dama (la bella condesa de Salisbuy) una de las ligas; el Rey la recogió, y observando al mismo tiempo en algunos de los cortesanos presentes una sonrisa significativa, exclamó con alguna impaciencia:

«Honi soit qui mal y pense, » *Mal haya quien de ello piensa mal.* Entónces con el espíritu de galanteria propia no solo del siglo en que vivia sino de su carácter particular; en conformidad tambien con la costumbre que entonces prevalecia de llevar alguna prenda del favor de una dama, y por último; con el fin de acallar, en lo sucesivo la maledicencia, dicen que el Rey ató la liga á su propia pierna, añadiendo: «Los que hacen ahora mofa de esta prenda, se mostrarán acaso algun dia ansiosos de poseerla.»

Esta anécdota es muy verosimil, y análoga á las costumbres de aquel tiempo, y por consecuencia no hay razon para dudar de su autenticidad: la mayor parte de los autores convienen en ella, y los que la desechan considerando este origen de la órden de la Jarretierra como absurdo, fundan su opinion: = 1.º En que seria ridículo suponer que una ocurrencia tan trivial en sí misma hubiera inducido á Eduardo III á crear una fraternidad tan distinguida que participa mas del carácter religioso que del romántico; 2.º Que sus anales y estatutos nada dicen sobre el particular; 3.º Que el minucioso historiador Froissart, tampoco hace mencion de este suceso; y 4.º Que no imponiendo las reglas de la órden á sus caballeros ningun homenaje hacía las damas, ni aun el defender sus querellas, como sucedia á la sazón en la mayor parte de las demas órdenes militares, es evidente que la de la Jarretierra no tenia origen tan afeminado.

Estas objeciones no son en manera alguna concluyentes. Al atribuir el símbolo de la órden á la circunstancia mencionada, no se sigue, ni nadie ha pretendido establecer, que esta fuese la causa primaria ó única de la Institucion. Eduardo segun lo prueban muchos datos existentes, habia ya determinado formar una asociacion de caballeros á semejanza de la que instituyó el Rey

Arturo con el nombre de La Mesa Redonda: es pues natural suponer que si no habia aun elegido el lema ó denominacion que debia llevar, adoptase una que le ofreció la casualidad, y que convenia admirablemente á su objeto. Una liga se asociaba naturalmente con ideas galantes, y el llevar una prenda de una dama, ya sea un guante, una cinta ó cualquier otro objeto perteneciente á ella, era práctica muy comun en aquella época; y estas prendas ó *empresas* eran miradas con sentimientos de los cuales la posteridad no tiene una idea adecuada.

La Religion, los hechos de armas, y el homenaje al bello sexo, eran los principales impulsos del legítimo caballero. En la institucion de la Orden de la Jarretierra parecen combinarse y reconocerse estas ideas, si admitimos como cierto el origen popular del símbolo.

Una de las tareas mas difíciles del historiador es determinar el grado de crédito que merecen las tradiciones, pues es no menos arriesgado el desecharlas sistemática y absolutamente, que el adoptarlas sin maduro exámen. Lo mas acertado es acaso empezar por considerar si el relato es ó no verosímil; en el caso de ser cierto, si es probable que hayan hecho mencion de él los cronistas contemporáneos, y por último si se ha dado ó es posible dar una explicacion mas racional. En el caso actual la verosimilitud es indisputable y la anécdota cuenta ya por lo menos trescientos años de existencia: ademas es casi imposible creer que hubiera sido elegida una liga con un lema tan peculiar, á no haber ocurrido un incidente que diese interés á la una y al otro.

Los historiadores que refutan este origen del símbolo de la Orden, procuran motivarlo de este modo. «La liga, dicen, era el emblema de la union de cualidades belicosas y caballerescas de

que era preciso hacer uso para mantener el derecho del Fundador de la Orden á la corona de Francia, y el lema una expresion de desprecio y desafío á todo el que se atreviese á vituperar la empresa, ó pensar mal de aquellos á quienes el Rey habia elegido por instrumentos de ella.”

Esta interpretacion es, á nuestro entender, traída por los cabellos; ni sabemos por qué se han de tomar tanto trabajo dichos autores para despojar al suceso histórico referido de todo su interés. En apoyo de la tradicion romántica, y en prueba de su verosimilitud relatemos un episodio histórico relativo á la vida privada del mismo Eduardo III, el cual pasan en silencio los graves detractores del incidente galante de la liga.

Durante el primer periodo del reinado de este Monarca, los ingleses y escoceses estaban en guerra abierta, y los dos Reyes, Eduardo y David, se hallaban en cierta ocasion al frente de sus respectivos ejércitos en la frontera. En uno de los continuos movimientos y marcha de una parte á otra, puso David sitio al castillo de Wark, perteneciente al conde de Salisbury, prisionero á la sazón en Paris. La condesa, sin embargo, suplía dignamente su falta en la defensa del castillo, y varios asaltos fueron repetidos con gran pérdida de los sitiadores. «La noble dama, dice Froissartt en su Crónica, lo alentaba grandemente dentro del castillo, pues con las persuaciones y dulces palabras de una tal Señora, cada hombre debia al menos valer por dos.” Como continuase el sitio, determinó pedir auxilio al Rey Eduardo, que á la sazón se hallaba en York. Un noble caballero, Sir Guillelmo Montague, se encargó de la arriesgada expedicion, y partió en busca del Monarca inglés.

Entre tanto los sitiadores dieron otro asalto furioso, pero con el mismo éxi-

**Domingo 9 de Noviembre.**

to que los anteriores, y David oyendo poco despues que se acercaba el inglés, determinó levantar el sitio como lo efectuó.

«El mismo día que se retiraron los escoceses, dice Froissartt, llegó el Rey Eduardo con los suyos y ocupó el mismo sitio que habian ocupado aquellos, muy mortificado de no hallar allí ya sus enemigos á pesar de la diligencia que habia empleado. Acercóse luego al castillo y pidió licencia para visitar á la condesa, á quien no habia visto hacia tiempo. Obtenido el permiso, se despojó el Rey de su armadura, y acompañado de diez ó doce caballeros partió en busca de la castellana. Tan luego como esta tuvo noticia de la llegada del Rey, mandó abrir las puertas del castillo y salió á recibirle, tan ricamente ataviada, que á todos causó maravilla su hermosura, no menos que la nobleza de su porte y la discrecion de sus palabras. Cuando llegó á donde estaba el Rey se hincó de rodillas y le dió gracias por su oportuno socorro, conduciéndole luego al castillo para obsequiarle debidamente. Todos los cortesanos admiraban á porfía su gracia y donaire, y aun el Rey mismo no pudo menos de prestarle igual homenaje, pues le parecia no haber visto jamás tan hermosa dama, y no tardó en sentir en su corazon las primeras chispas de un amor que duró despues por mucho tiempo. Entraron en el castillo, y la dama le condujo primero al estrado, y luego á la habitacion ricamente adornada que debia ocupar el Monarca. Fijó este los ojos en ella con un mirar tan expresivo y apasionado que la condesa se sintió ruborizada; él entonces se sentó cerca de una ventana, y se abandonó á una meditacion profunda. La castellana partió á dar sus disposiciones para el acomodo de los caballeros, y mandó disponer el estrado para el banquete. Cuando hubo dado sus órdenes, volvió á la estancia donde se ha-

llaba el Rey, que aun continuaba meditando. «Señor, le preguntó, ¿por qué estais tan pensativo? permitidme que os diga que no toca á V. A. hacerlo así, antes bien regocijarse viendo que ha dispersado sus enemigos, los cuales ni aun se atrevieron á esperarle.» «¡ Ah, señora, respondió el Rey, no son los azares de la guerra los que me tienen pensativo; otras ideas que se han apoderado de mi ánimo desde el momento que entré en este castillo son la verdadera causa de mi melancolía, y por mas que hago no puedo desecharlas de mi corazon.» «Señor, repuso la condesa, vos deberiais al contrario estar siempre alegre para animar con vuestro ejemplo á vuestros fieles vasallos. Dios os ha auxiliado hasta ahora en todas vuestras empresas, y si el Rey de Escocia os ha causado algun nuevo daño, á bien que en la mano teneis los medios de vengarle. Venid, pues, Señor, al estrado, donde os esperan vuestros nobles caballeros; la comida está dispuesta.» «Noble dama, exclamó Eduardo, otras cosas de que no teneis idea ocupan ahora mi corazon: vuestra hermosura, donaire, valor y gracia me han sorprendido de tal manera, que no puedo menos de amaros, y sin vuestro amor no puedo vivir.» «Por el amor de Dios, noble príncipe, respondió ella, no querais burlaros de mí, ó tentar mi firmeza; no puedo creer que sea cierto lo que decís, ni que un príncipe tan noble como vos sois quisiera deshonrarme, así como á mi esposo, quien sabeis es un caballero valiente y honrado que os ha hecho grandes servicios, y aun permanece preso por defensor y partidario vuestro. Por cierto, Señor, que V. A. alcanzaría mal galardón con mi deshonra. Nunca tuve, y espero en Dios no tendré jamas, pensamiento semejante por hombre alguno viviente; y si acaso lo tuviere, V. A. debería no solo reprehenderme, sino castigar mi cuerpo, y

aun á manos de la justicia mandarlo desmembrar." Diciendo esto se ausentó la condesa de donde estaba el Rey, y fue al estrado á apresurar el servicio del banquete. Volvió luego á la estancia del Monarca, acompañada entonces de algunos de sus caballeros, y dirigiéndose á él; « Señor, le dijo, sirvase V. A. pasar al estrado: vuestros caballeros os aguardan; habeis permanecido demasiado tiempo en ayunas.» El Rey accedió á la demanda, y se sentó á la mesa con los demas comensales, haciendo lo mismo la noble castellana. Eduardo comió muy poco, y durante la comida continuó en su abstraccion y melancolia, dirigiendo cuando hallaba ocasion furtivas miradas á la condesa. De esta tristeza del Rey se admiraban los cortesanos, pues no le era natural, y muchos de ellos la atribuyeron á la retirada de los escoceses. Permaneció el Rey todo aquel dia en el castillo sin saber apenas que hacer. Por una parte reflexionaba que el honor y la buena fe le prohibian atentar á la honra de tan virtuosa dama y la de un caballero tan cabal como lo era su esposo, que siempre le habia servido con la mayor adhesion y fidelidad; mientras que por otro lado el amor que habia concebido por la condesa era tal, que supeditaba los sentimientos de la buena fe y del honor. De este modo luchó el Rey consigo mismo toda la noche. La mañana siguiente dió órdenes para partir inmediatamente en persecucion de los fugitivos escoceses. Al despedirse de la condesa le dijo: Querida señora, á Dios os encomiendo hasta que vuelva, y espero que para entonces habreis mudado de parecer.» Noble príncipe, respondió ella, Dios, Padre glorioso, sea vuestra guia, y os libre de pensamientos indignos de vos. Por lo que á mí toca me hallareis siempre, como ahora, dispuesta á servirlos en cuanto pueda redundar en vuestra honra y la mia.» Al oír estas palabras

partió el Rey confuso y ruborizado.

Pocos dias despues de esta escena descrita por Froissartt con tanta delicadeza y pureza de sentimientos, vemos á Eduardo firmando un tratado con los reyes de Escocia y de Francia, una de cuyas condiciones especiales era la de ser puesto en libertad el conde de Salisbury, y al cabo de otro breve espacio de tiempo vemos al Rey en Lóndres, obsequiando al mencionado conde, que acababa de salir de su prision.

Pero el relato de Froissartt concierne á Eduardo y la condesa no acaba en esto. Parece que este enamorado príncipe dió en Lóndres una suntuosa funcion poco despues de su regreso de Francia, á fin de poder ver de nuevo á la condesa de Salisbury. Concurrió esta al sarao contra su voluntad, pues muy bien sabia ella cual era su objeto, pero no se atrevió á descubrir el secreto á su esposo, y determinó conducirse de modo que hiciese al Rey desistir de su intento. La funcion fue magnífica, todas las damas se ataviaron con el mayor lujo segun su rango, excepto la condesa, quien se presentó muy sencillamente vestida, á fin de no llamar la atencion del Rey; pues estaba firmemente resuelta á no hacer cosa alguna que redundase en su deshonor ni en el de su esposo.

Ahora bien: ¿ Fué acaso en esta funcion misma donde ocurrió el incidente de la liga? Como quiera que esto sea, desde luego convendrán nuestros lectores en que el bello episodio narrado en las columnas anteriores aumenta considerablemente el interes de la tradicion romántica relativa el origen de la Orden.

Los *compañeros* ó caballeros fundadores de la órden fueron veinte y seis en número, todos príncipes ó grandes de la primer nobleza, presididos por el Rey Eduardo, Gefe y soberano de ella. Aumentóse el número en 1786 hasta

32. El colegio de la Orden se halla instituido en el castillo real de Windsor, donde erigió el Fundador la casa de Capitulo, y la Capilla de S. Jorge, santo patrono de la Orden.

El hábito de la Orden de la Jarretierra es muy vistoso. Consiste en una chupa ceñida con cuatro hileras de botones, y un calzon corto, ambos de raso blanco. De la chupa pende hasta la mitad del muslo una especie de faldeta guarnecida de dos hileras trasversales de fleco ancho formado de cinta, ambos tambien de raso blanco: media de seda blanca, y zapatos de raso del mismo color, con lazos: un sombrero de copa, de terciopelo con pliegues verticales al rededor de esta, y ala muy pequeña, adornado de plumas blancas. El manto de la Orden es de terciopelo azul oscuro, forrado de raso blanco, y prendido al frente con gruesos cordones de oro y azul que terminan en dos voluminosas y ricas borlas de lo mismo. La espada va suspendida de un cinturón y tahali de terciopelo carmesí con filétes blancos, prendidos con una hebilla de oro: la vaina de la espada es tambien de terciopelo carmesí.

Las insignias son la liga, la placa y el collar.

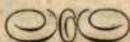
La liga es de terciopelo azul con filetes de oro, y lleva el lema ya indicado (*Honí soit qui mal y pense*); llévanla los caballeros en la pierna izquierda debajo de la rodilla. La Reina, actual Gefe de la Orden, la lleva en el brazo izquierdo. La placa que llevan los caballeros sobre el hombro izquierdo del manto, se compone de las armas de S. Jorge, patrono de la Orden, rodeada por la liga con su lema. Carlos I con el objeto de qué fuese la simple placa mas vistosa, le añadió rayos de plata, los cuales en las de mas lujo son de diamantes, asemejándose asi á las grandes placas de las Ordenes españolas. El collar, que forma ahora una parte

tan principal de las insignias de la Orden de la Jarretierra, no fue sin embargo instituido hasta el reinado de Enrique VII, cerca de un siglo y medio despues de la fundacion de la Orden; y se cree haberse efectuado entonces á imitacion del de la Orden del Toison de oro, fundada por Felipe el Bueno, duque de Borgoña, en 1430. Es de vistosa labor, y se compone de dos cadenas paralelas intermediadas de lazos de oro y de medallas colocadas alternativamente; llevando cada una de estas últimas el lema de la Orden. Del centro pende la efigie de S. Jorge á caballo, matando al dragon. La admision de un nuevo caballero en la Orden se divide en dos partes, la investidura y la instalacion. Despues de elegido el candidato, lo cual se efectua en un capítulo compuesto de nueve caballeros, tres de cada grado, y sancionada la eleccion por el Soberano, se presenta á este el agraciado, y descansando el pie izquierdo sobre un banquillo apropiado colocado delante del trono, le ata el Rey mismo la liga debajo de la rodilla, y en seguida le suspende del hombro izquierdo la efigie de S. Jorge prendida de una cinta azul, pronunciando al mismo tiempo un discurso análogo á las circunstancias. Este acto con algunas mas ceremonias de poca monta constituye la investidura.

El objeto de la instalacion es poner al caballero en posesion del asiento que como tal le está designado en la Capilla Real de S. Jorge en Windsor. Esta es con mucho la parte mas vistosa y espléndida de la admision de un nuevo caballero en la Orden. Solia este antiguamente pasar de Lóndres á Windsor acompañado de sus escuderos, pages, hombres de armas, deudos y amigos, todos equipados con un lujo extraordinario, y formando una procesion ó cavalgata muy lucida; pero como la vanidad individual y el deseo de rivalizar á los demas caballeros precedentes en

el lujo y boato de la procesion, causase frecuentemente á los candidatos un dispendio enorme y ruinoso, fue preciso interponer la autoridad real para poner coto á estas extravagancias, y en el dia ha perdido esta ceremonia en esplendor lo que ha ganado en racionalidad. A la instalacion que se compone de un gran número de pormenores minuciosos, de poco interés para el lector, se siguen grandes bailes y saraos, dados tanto por el nuevo caballero ó caballeros, como por otros individuos de la Orden. Muy rara vez á la instalacion preside el Soberano en persona, y no hay memoria de que lo haya verificado desde que fue recibido en la Orden Felipe I Rey de Castilla y Leon, al cual instaló personalmente Enrique VII, el 9 de Febrero de 1506.

La Orden de la Jarretierra, ya por la dificultad de obtener admision en ella, siendo solo concedida á príncipes y magnates de la mas alta gerarquia, ya por el poder é influencia de la nacion á que pertenece, es considerada en el dia como una de las mas distinguidas de Europa, siendo acaso su única rival en importancia la órden española del Toison de Oro.



## LA ESPADA DE UN SABIO (\*).

**L**a ingenuidad es sin duda una de las prendas mas apreciables de una persona, pero espone á todas las consecuencias que lleva consigo la indiscrecion. El ingenio es, digámoslo así,

(\*). Esta anecdota está sacada de los *Diverfamientos en los baños de Vernet*, dos volúmenes de cuentos, novelas y anecdotas que va á dar á luz el célebre escritor Esteban Arago.

un salvaje trasladado á la sociedad. Sus distracciones hacen reir á carcajadas á los necios, y escitan la sonrisa de los sabios. Por este doble título de distraido é ingenio mas que por sus admirables trabajos y por su arreglada conducta hace mucho tiempo que uno de los famosos sabios de nuestro siglo es el objeto de las conversaciones de la fina sociedad de Paris. Se cuentan acerca de él varias distracciones, mas ó menos probables, reproducciones en su mayor parte de los chistes de Regnard, ó préstamos del marques de Brancas, el cual volviendo de paseo á su casa, fue robado mas de diez veces en un mismo dia, por sus propios lacayos, que bajaban de lo alto de su berlina, la paraban sin mas ni menos, y despues de haber recibido el bolsillo de su amo, que le pedian como lo hacen los ladrones bien adiestrados, subian tranquilamente á su puesto, y conducian á su casa á su amo que estaba atónito al ver en Paris una policia tan bien pagada y tan mal servida.

Las distracciones de Mr. Ampère (porque este es el nombre de nuestro héroe) llevan consigo generalmente un caracter de sencillez que hacen del sabio géometra el Lafontaine de nuestro tiempo.

Por eso sin duda se ha aumentado la lista de las aberraciones de su espíritu, con la encantadora distraccion de la *gatera*, que no existe pero que debia existir. Mr. Ampère, dice la graciosa crónica, tenia una gata favorita, y para recibir sus visitas habia hecho por bajo de la puerta de su gabinete una espaciosa gatera. La minina tuvo un gatito. Luego que le vió andar nuestro sabio, llamó á un carpintero, y le mandó hacer al lado de la gatera grande de la madre, una gatera chiquita para la cria, sin reflexionar, en su estado de distraccion y en su habitual sencillez, que el gatito pasaria muy

bien por la gatera por donde pasaba la gata.

Cuentan que muchas veces el sabio de quien hablamos salia de su casa, con una media de seda en una pierna, y sin nada en la otra; pero ¿qué tiene de particular este olvido comparado con la distraccion del príncipe de Gueménée que, saliendo de su casa, sin acabar de vestirse se fue á visitar á Mad. de Montbaron? Cuando se halló en presencia de esta señora, fue reconvenido por ella del desórden con que llevaba su traje; pero el príncipe, muy picado de esta advertencia, le contestó: «Pardiez! señora, yo vengo de siete ú ocho partes muy decentes, y en ninguna de ellas me han dicho nada. Por otra parte no se repara tanto en pequenezes dentro de casa como fuera de ella.» Nuestro sabio desde que se le advertian las rarezas, y las faltas que tenia su traje, se humillaba, ó se disculpaba modestamente, léjos de responder sobre los motivos de sus caprichos. En verdad que no se portaba como un príncipe.

Mr. Ampère es menos citado á título de sencillo que de distraido; semejante injusticia debe repararse. También hay un hecho auténtico que prueba su sencillez, que vámos á referir para restituirle su nombradía justamente adquirida sobre este punto.

Acababan de nombrarle inspector de la Universidad, y Mr. Fontanes le habia enviado con el diploma una esquila en que le convidaba á comer en su casa al día siguiente. Nuestro sabio recibió muy alegre un nombramiento que tenia tan merecido; pero á decir verdad, otras funciones hubieran convenido mejor á sus costumbres y á su talento; sin embargo quedó enagenado con la lectura de la esquila de convite que le enviaba el Rector. Aun en los años de su juventud (y ya se acercaba á la edad madura) Mr. Am-

père carecia de esos finos modales, tan necesarios para al trato de gentes, ignoraba completamente esas ceremonias que pueden considerarse como unos actos de tiranía que ejerce la sociedad, bajo los cuales se gime, y á los que es preciso avenirse, puesto que su poder sobrepuja á las leyes. Así que, despues de haber recibido los parabienes de sus amigos por un nombramiento cuyo mejor resultado debia ser acrecentar su fortuna, el recién-nombrado Inspector preguntó qué traje debia ponerse para ir á comer en casa del Rector de la Universidad.

Crédulo en demasia, Mr. Ampère ha dependido toda su vida de esa clase de gentes que no tienen lástima de un ser absolutamente indefenso. Los amigos de este famoso sabio conocian su rusticidad: en esta ocasion quisieron abusar de ella. No los critiquemos por eso; la malignidad no entraba en su cálculo; al contrario, sabian que ese era uno de los defectos que no desagradaban en Mr. Ampère, y que lejos de perjudicarle la torpeza de su buen amigo, escitaba interés hácia su persona.

El traje se arregló por lo tanto con no menor malicia que diligencia: la etiqueta de corte debia reinar en el salon del convite, y no era posible en su consecuencia presentarse en casa del Rector de la Universidad, sino con un traje de toda ceremonia, llamado *á la francesa*; sombrero de tres picos debajo del brazo, y espada pendiente de tahali. ¡Mr. Ampère vestido como marques! *Risum teneatis!* Si, lectores: no hay que reirse; la ingenuidad como ya hemos dicho, no mueve á bufonadas sino á los necios, una ligera sonrisa es lo que se permite á los que se precian de discretos.

Llamaron á Babin: y como nuestro sabio no estaba arreglado á la moda corriente, hubo que vestirle de pies á cabeza como si se tratara de un cómico.

Mr. de Fontanes era hombre de mucho gusto, sabia perfectamente la clase de sugetos que tenia que recibir con frecuencia; y por esto, habia juzgado prudente prohibir lo mas que le fuese posible la entrada en su habitacion á esa rigorosa etiqueta en que Napoleon ponía la ley á sus funcionarios de mas elevada clase. En casa del Rector de la Universidad imperial, los literatos, los sabios, y el cuerpo de profesores, formaban como era justo, lo principal de la concurrencia; así, en vez de querer reducir las ciencias á las minuciosidades del traje, solo se esigia que fuese decente. Mad. de Fontanes, cuya amabilidad era extraordinaria, alternaba en estas reuniones de literatos, con una feliz armonia. Los vestidos de esta Señora resaltaban vistosamente sobre el fondo oscuro y respetuoso de los manteos de aquella grave asamblea; esta muger se encontraba allí como un blanco y hermoso jarron de porcelana colocado entre los antiguos manuscritos de una biblioteca, ó segun ha podido decir un adulator de estos tiempos en casa de un hombre que se creia el mas á propósito para adular, una rosa en una corona de laurel.

Mad. de Fontanes habia mostrado un tino tan esquisito que su marido jamás tuvo que tomarse el trabajo de indicarla el grado de preferencia, de franqueza ó de frialdad que debia usar con cada uno de sus convidados. Siempre al corriente de los nombramientos académicos, y de las promociones que ocurrían entre los doctores de la Universidad, instruida muy por menor del mérito de los sabios estrangeros que visitaban la corte de Paris, ocupada en imponerse á fondo de los sucesos literarios del dia, sabia muy bien el sugeto que debia ser el privilegiado de la tertulia, aquel á quien no podia rehusar dar su mano en el tránsito de la sala de estrado al comedor; cuales de-

bían estar situados á su mano derecha, é izquierda, cuales en fin podia colocar sin que se disgustasen á los pies de la mesa. Estas atenciones tan propias de las Señoras de rango, pocas mugeres las tienen en un grado superior actualmente; sin embargo, uno de los mas poderosos recursos para obtener favorables sucesos en las regiones, tanto administrativas como políticas, es el esmero con que se atiende á esas nimiedades. Mad. D.... ha ganado con ellas mas amigos á Mr. Talleirand, que los que ha perdido este ajando la vanidad de muchos con sus chanzas pesadas. Acoger y tratar á las gentes segun su mérito respectivo, ó segun los triunfos que acaban de conseguir; no irritar el amor propio de las personas con preferencias notables, que vienen á parar en odiosas rivalidades; provocar el relato de las ocurrencias de la capital para que se luzca aquel que sepa contarlas con mas acierto, traer con destreza al terreno de las ciencias al que no tiene otra materia de conversacion que la literatura; dar un rodeo para que una conferencia de gravedad recaiga sobre las artes, para obligar al artista, hasta entonces mudo y distraido, á que haga valer por sí mismo su habilidad especial en la que profesa, y todo esto haciendo que circulen al mismo tiempo esquisitos manjares mientras se está en la mesa, y sabrosas pláticas cuando se vuelve al salon: he aquí un talento poco menos que perdido en el batiburrillo de nuestros *raouts*, tomados de los ingleses.

Este dia pues, el nuevo Inspector de la Universidad debia ser el objeto de preferencia para Mad. Fontanes. Serian las cinco de la tarde; un portero pronunció en alta voz en el salon del Rector el nombre de Mr. Ampère. Una picaresca sonrisa se escapó de los labios del introductor; cuando se hizo á un lado para dejar paso franco al famoso

sabio. Mad. de Fontanes aun no habia salido del tocador, y su esposo habia entrado un momento en su gabinete, de modo que el recién llegado, no encontrando á nadie que le saliese al encuentro, se iba tras las sombras humanas que pasaban por delante de sus débiles ojos, que estaban aun todavía mas ofuscados por la impresion de la inesperada sorpresa; y con su sombrero agarrado con las dos manos, repetia en todas direcciones esos saludos profundos y extraordinarios que con justo motivo debieran haber tomado y conservar el nombre de *cumplimientos á la Ampère*.

Mas por muy miope, descuidado, distraído é ingenuo que sea un sugeto, es sumamente difícil no echar de ver la originalidad y rareza del traje que se lleva puesto. Sea que Mr. Ampère fijase sus ojos en las personas que entraron con él en la sala, sea que mirase á las que llegaron despues, comprendió claramente que él era el único que iba á estar *in fiocchi* en aquellos salones á que concurría por primera vez; que nadie mas que él llevaba el malhadado sombrero de tres picos; y sobre todo que ninguno, á excepcion de él, llevaba espada. Abochornado de esta especie de máscara, que pensando segun su bondad ordinaria, atribuía, no á la socarronería de sus consejeros, sino á su ignorancia en materia de estilos y etiquetas, se escurrió lo mas mañosamente que pudo, es decir tropezando en la esquina de una mesa, y hociendo cerca de tres ó cuatro taburetes situados junto al sofá, en el cual por fortuna aun no se habia sentado nadie.

Luego que llegó á este término despues de una carrera sembrada de escollos y malos pasos, nuestro ingenuo sabio se desinó su espada, con la cual no hubiera tenido ánimo para herir á nadie, y la escondió debajo de los almohadones, entre la madera y la tela,

de suerte que quedase como enterrada la guarnicion, la vaina, y el cinturón. Mas ligero ya con esta ridiculez menos, se adelantó osadamente, cuando iban ya reuniéndose en grupos los convidados; y se atrevió á ir á saludar á Madama de Fontanes, que acababa de presentarse en el salon, y que al poco tiempo le dió graciosamente la mano para dirigirse hácia el comedor.

Puesto al lado de Mad. de Fontanes el nuevo Inspector de la Universidad estuvo feliz en la multitud de giros que tomó la conversacion, en todos los cuales hizo brillar si no su afluencia, al menos la generalidad de sus conocimientos, y su asombrosa memoria, que le permitia recitar palabra por palabra tomos enteros de la *Enciclopedia*. Conociendo muy pronto que el héroe del día se encontraría bastante turbado y perdido en el salon, si ella le dejaba dar vueltas lejos de sus protectoras alas, le citó para que se sentase junto á ella en el camapé—y ¿para qué?—para hablar sobre *ideología*, materia que causó fastidio al encargado de hacer ostentacion de ella en el palacio de los ideólogos, picados no ha mucho de una palabra despreciativa proferida por S. M. el Emperador y Rey.

Hácia la mitad del convite, Mad. de Fontanes llamó á Mr. Ampère para que se sentase y entablase una conferencia en la que la filosofía transcendental debia ser el asunto de todos los altermcados. Lleno de gozo al hallarse sobre su terreno, el discípulo de Mairan, Tracy, Gerando, y otros no menos célebres, olvidó poco á poco que estaba hablando con una Señora, tocó las cuestiones mas árduas de la metafísica, y desenvolvió las tesis mas complicadas, con un aplomo, una maestria, y una perseverancia... que sufría Mad. de Fontanes con la resignacion de una dama de categoría, y con la prudencia de una dueña de casa.

Durante este largo desarrollo del sistema filosófico de la nueva escuela, llegó la hora de retirarse, lo cual hizo sucesivamente la mayor parte de los convidados; los salones se desocupaban, los grupos iban disminuyéndose, y cada uno se marchaba, después de pasar por delante de Mad. de Fontanes, para hacerla el saludo de despedida, del que en la actualidad se ha juzgado conveniente dispensarse.

Poco después no quedaron en la sala mas que cuatro ó cinco amigos de confianza, después tres, luego dos, y por último Mr. de Fontanes era el tercer interlocutor de esta conferencia, llevada mas allá de los límites de la prudencia. Entonces fue cuando Mr. Ampère empezó á conocer que era ya hora de que él tambien se marchase. Pero no podia irse sin estar completamente equipado, y su espada estaba escondida debajo de los almohadones del sofá, y encima de estos almohadones estaba sentada Mad. de Fontanes. No habia cosa mas natural que pedirla permiso para sacar esta arma del escondite; pero ¿podia acaso presentarse jamás cosa tan sencilla y fácil de concebir, á un espíritu abismado siempre en los problemas mas recónditos y difíciles, en teorías, las mas veces impracticables? Lo mas sencillo era mas imposible de hacer en concepto de Mr. Ampère; solo lo imposible tenia para él probabilidades de un feliz éxito.

En el interin, la perplejidad del famoso sabio iba en aumento de minuto en minuto... Mr. de Fontanes, por su parte, comenzaba á advertir que la cortesía de su nuevo Inspector de la Universidad se acercaba mucho á la indiscrecion, cuando he aquí que su ayuda de cámara entró á avisarle que un sugeto que traia un recado urgente le aguardaba en el bufete. Mr. de Fontanes, creyó que despidiéndose de Mr. Ampère, le insinuaba oportunamente que ya era hora de que

se fuese; mas apenas salió de la sala el Rector, cuando el sabio echó una mirada á su tesoro escondido, y cayó sobre el canapé exhalando un profundo suspiro.

Mad. de Fontanes se decidió á tener paciencia por otro rato, resignándose á beber hasta las heces el cáliz de amargura que ella misma se habia procurado imprudentemente. Puso el mayor esmero en reanimar una conversacion que al cabo de un cuarto de hora no ofrecia interes alguno, y rodaba por asuntos demasiado frios, y por frases interrumpidas. En uno de los intervalos de silencio, advirtió Mad. de Fontanes que la mano de Mr. Ampère se deslizaba á lo largo del canapé, y avanzaba sin miramiento hácia el almohadon sobre el cual estaba apoyada. Echó pues una ojeada de sorpresa sobre esta atrevida mano, é inmediatamente Mr. Ampère la retiró con viveza, como si le hubiesen sorprendido en la ejecucion de criminales proyectos. Después de una nueva suspension empleada en perderse en las nieblas de la ideología, la mano comenzó de nuevo á moverse hácia adelante; pero no tardó mucho en emprender nueva retirada en virtud de un segundo *quién vive?* que la obligo á estrémecerse; fué pues preciso que Mr. Ampère volviese á entablar de nuevo...su interrumpido discurso.

El que no está contento, dice el adagio que se meta á filósofo; pero esta vez el aburrimiento estaba apurado hasta no poder mas; toda la condescendencia de Mad. de Fontanes tenia que sucumbir á tan violentos ataques. Cada palabra de Mr. Ampère parecia que aumentaba nuevo peso sobre sus párpados soñolientos, su cabeza, después de inclinarse, ya á un lado ya á otro, se inclinó sobre sus espaldas... En fin, se quedó dormida.

Animado con este suceso imprevisto Mr. Ampère se apresuró á meter con tiento su mano, y después su

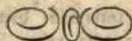
brazo debajo de los mullidos almohadones del canapé: por último sacó por el puño su azaroso espadon, y le trajo hácia sí con suma presteza..... pero ah! no pudo sacar mas que la hoja! la vaina y el cinturón se quedaron atascados en el asiento! Al movimiento precipitado de Mr. Ampére despertó sobresaltada Mad. de Fontanes, y al abrir los ojos vió á su filósofo que tenía en la mano la espada desnuda, con la cual parecia trataba de amenazarla. Los ademanes osados que ella habia reprimido sin comprender á que se dirigirian, encontraron su esplicacion en este atentado. Un insulto á mano armada: he aqui el acto culpable á que se habia atrevido á entregarse el nuevo protegido de Mr. Fontanes dentro de la casa de su bienhechor.

El cordon de la campanilla, convulsivamente agarrado, y los gritos dados en aquella impresion de espanto harto natural, trajeron al salon á todos los sirvientes y hasta al mismo Mr. Fontanes. Apenas vieron á Mr. Ampére que blandía su espada como un frenético, cuando se precipitaron sobre él para desarmarle. No fue difícil el conseguirlo: mucho mas costoso fue el que diese una esplicacion de aquella ocurrencia. Dióla por último muy circunstanciada, presentando en su abono las pruebas mas convincentes; y hasta los criados, que estaban con el oído en acecho por entre las cerraduras de la puerta, todos se rieron del lance. La distinguida matrona Mad. de Fontanes, esta noble señora, quiso armar caballero á su galan filósofo, es decir, ella volvió á poner en manos de Mr. Ampére la malhadada vaina, en la cual volvió á meter la hoja con la mayor pesadumbre..... y cada uno se fue á acostar.

La audacia es la prenda mas comun de los mentecatos, y el recurso de los bribones. Honrado y abstraído del mundo Mr. Ampére careció siempre de es-

te requisito, mas útil á veces que el mérito, para ser acogido favorablemente en las concurrencias: él lo sabia; él mismo se atrevia á decirlo, este únicamente era su arrojo, y si esta anécdota, escogida entre mil pasages de la vida de un sabio, no es del agrado de los lectores, consistirá positivamente en no haberla escrito con el chiste que el héroe de ella gastaba para contarla.

ÉSTEBAN ARAGO.



## EL CEMENTERIO

### del Padre La Chaise.

**E**l Cementerio del Padre La Chaise en Paris, es la abadia de Westminster en Londres. Ambas son la morada de la muerte: pero en el primero los restos mortales descansan entre verdes calles de árboles, y bajo el azul del firmamento, y en la segunda reposan en un asilo sombrío, y bajo las bóvedas de una antigua abadia. El uno es un templo obra de la naturaleza, y la otra lo es del arte. La suave melancolía del uno conmueve todavia mas el corazon por el gorgojo de los pájaros y el susurro de las hojas de los árboles, y el sepulcro recibe la alegre visita del sol y la triste de la lluvia, pero el silencio tétrico de la otra, tan solo interrumpido por las pisadas del que lo visita, la débil claridad del dia que penetra como á hurtadillas por las altas y pintadas ventanas, y las tristes y tenebrosas bóvedas, comprimen el corazon y realzan el honor de los restos mortales que se encierran en la tumba.

El Cementerio del Padre La Chaise está situado fuera de la *Barriere d'Autney*, en una altura que da vista á la ciudad. Numerosas hileras de sepulcros,

serpenteando por medio de opacas avenidas, y entre monumentos de mármol conducen desde la entrada principal hasta la capilla que se halla en la cumbre. Allí con dificultad se encuentra una tumba que no esté cercada de arbustos, y cuya losa funeraria no se halle medio cubierta con un espeso follaje. El soplo del viento que mueve las ramas de los árboles sobre los sepuleros; el canto casual de un pajarillo, y el cambio de luz y sombra que se proyecta en las tumbas, producen un efecto consolador en la mente; y es imposible que haya quien entre en aquella morada donde residen el polvo y las cenizas de tantos hombres ilustres, virtuosos y grandes, sin sentirse sobrecojido por la religion de aquel lugar, y sin que distinga en él algo de la triste y sombría espresion del severo semblante de la muerte.

Era una tarde de las últimas del Estío cuando visité este lugar tan célebre desde su principio. El primer objeto que al entrar llamó mi atencion fue un monumento en forma de una pequeña capilla gótica, situado cerca de la entrada, en una avenida que se halla á la mano derecha, y en cuyo mármol ví grabadas dos figuras tendidas y adornadas con el traje de la edad media. Era la tumba de *Abelardo y Heloisa*. La historia de estos dos desgraciados amantes es demasiado sabida para que nos detengamos en recapitarla, pero quizás no se conozca tan bien, cuando á menudo fueron perturbadas sus cenizas del descanso de la tumba. *Abelardo* murió en el monasterio de San Marcelo, y fue enterrado en las bóvedas de la iglesia: despues, á peticion de *Heloisa*, fue trasladado su cuerpo al convento del *Paracletto*, y cuando aquella murió se depositó su cuerpo en la misma tumba. Trescientos años descansaron juntos; pero al cabo de este tiempo fueron separados y puestos en diferen-

tes sitios de la iglesia para calmar los delicados escrúpulos de la abadesa del convento. Algo mas de un siglo despues fueron reunidos otra vez en la misma tumba; y cuando andando los tiempos fue destruido el convento del *Paracletto*, sus restos, hechos polvo, fueron trasladados á la iglesia de Nogent sobre el Sena. Al punto fueron depositados en un antiguo claustro, y ahora descansan cerca de la puerta de entrada del cementerio del Padre La Chaise. ¡Cuán singular fue su destino! Despues de una vida de amor desgraciado, despues de tantas penas, lágrimas y penitencias, ni aun dejaron á sus cenizas descansar tranquilas en el sepulcro! Su muerte se asemejó mucho á su vida en su cambios y vicisitudes, en sus separaciones y encuentros, y en sus inquietudes y persecuciones. Un errado celo lo siguió hasta la tumba, como si las pasiones terrestres se vislumbrasen al modo de una lámpara funeral entre la oscuridad del osario, y aun ardieran en sus cenizas sus fuegos solitarios.

Al considerar las figuras esculpidas que tenia á la vista, y la pequeña capilla, cuya gótica techumbre parecia proteger su sueño de mármol, abriéronse para mi memoria las negras puertas de lo pasado, y el recuerdo de sus vidas llenas de desgracias y de acontecimientos se ofreció á mi vista á muy eorta y triste distancia. ¡Qué leccion para aquellos que están adornados con el fatal don del genio! No parece sino que el que templa el viento para el esquilado cordero, modifica tambien sus castigos para los errores y flaquezas de un entendimiento débil y sencillo; mientras que las transgresiones de aquel en cuya naturaleza están grabados con mas fuerza los atributos intelectuales de la divinidad, van acompañadas, aun sobre la tierra, con muchas señales del desagrado divino. El que peca en la oscuridad de una inteligencia limitada, no ve tan claramen-

te por medio de las sombras que le rodean el semblante de un Dios ofendido; pero el que peca en el mediodía de su claro y radiante entendimiento, cuando ya se ha calmado el delirio de su pasión sensual, desvaneciéndose las nubes ante el sol, tiembla bajo la pupila investigadora de aquel Poder acusador y fuerte, en la fortaleza de su inteligencia piadosa. Así, el entendimiento y el corazón están estrechamente enlazados entre sí, y los errores del genio llevan consigo su propio castigo aun sobre la tierra. La historia de Abelardo y Heloisa es una demostración de esta verdad. Pero no perturbemos su sueño. Sus vidas son como una historia que se ha referido: sus errores son un libro cerrado; y ¿cual será la mano que se atreva á romper el sello que la muerte ha puesto sobre ellos.

Dejando atrás su interesante tumba seguí una senda á la izquierda que conducía á la altura. En breve me hallé entre la espesura del follage, donde las ramas del tejo y del sauce, se mezclaban y entrelazaban con las hojas y flores de la madre selva. En aquel momento me encontraba en la parte mas poblada de la ciudad de las tumbas. Cada paso que daba despertaba en mí una nueva serie de recuerdos sensibles, porque á cada paso veían mis ojos el nombre de alguno, cuya gloria realzó el pueblo de su nacimiento, y resonó mas allá del Atlántico. Filósofos, historiadores, músicos, guerreros y poetas dormían á uno y otro lado, algunos en monumentos magníficos, y otros en el simple osario. Allí estaban las tumbas de Fourcroy y Haüy, de Ginguéné y Volney, de Gertry y Méhul; de Ney, Fox y Massena; de La Fontaine, Moliere, Chénier, Delille, y Parny. Pero la intriga política, el delirio de la ciencia, los estudios históricos, la encantadora armonía del sonido, el valor experimentado, y la inspiración de la lira ¿don-

de están? ¡En la vida y no en la muerte! La diestra ha perdido su arte y habilidad en el sepulcro, pero el alma, á cuyos elevados impulsos obedecía aquella, vive todavía para reproducirse en las edades venideras.

Entre aquellos sepulcros de genios, se levantaba tal cual espléndido monumento, construido por el orgullo de familia sobre el polvo de hombres que ningún título tenían á la gratitud y memoria de la posteridad. Su presencia me parecia una profanación de aquel santuario del genio. ¿Qué tenía que hacer allí la riqueza? ¿Por qué razón habia de estar coronado el polvo del poderoso? Allí no tienen entrada los negocios, ni aquello es un mercado para hacer especulaciones. Allí no hay banquetes costosos, ni vestidos de seda, ni ostentosas libreas, ni cortejo obsequioso. ¿Qué criados, dice Jeremias Taylor, tendremos que nos sirvan en el sepulcro? ¿Qué amigos que nos visiten? ¿Qué persona oficiosa que acuda á enjugarnos el rostro, humedecido con las lágrimas que derraman continuamente las altas bóvedas que nos cobijan, y que son las que lloran por mas largo tiempo sobre nuestros cuerpos? La riqueza material da en vida una superioridad ficticia; pero los tesoros de la inteligencia dan á la muerte una superioridad efectiva; y el poderoso que no se dignaría dar el lado al hombre de talento, pobre y miserable, juzga como un honor, cuando la muerte ha rescatado la fama del despreciado, que sus cenizas sean colocadas al lado suyo, y pueda compartir la silenciosa compañía del sepulcro.

Continuando mi paseo por medio de las sendas tortuosas, segun que la casualidad ó la curiosidad me dirigian, me hallé perdido en una pequeña y verde senda cubierta de arbustos, desde la cual vine á salir á la altura que he indicado. Desde ella, y por medio de los cla-

ros de los árboles vislumbé la ciudad , y á mis pies la pequeña esplanada donde se entierra á los pobres. Allí la pobreza alquila por un tiempo limitado su estrecha morada , y al cabo de algunos meses , ó cuandomas de algunos pocos años , el que la ocupa es sacado de ella para dar lugar á otro , quien á su turno tiene que cederla á aun tercero. « ¿ Quien , dice sir Tomas Broune , conoce la suerte que ha de caer á sus huesos , ni cuantas veces serán enterrados ? ¿ Quien lo que ha de ser de sus cenizas , ni donde serán esparcidas ? »

No obstante , aun en aquel miserable rincón se ha ocupado la mano de la amistad en adornar la alquilada vivienda. Las mas de las tumbas están cercadas con un débil enverjado de madera , para ponerlas á cubierto de las pisadas de los transeúntes ; y con dificultad se encuentra una que no tenga siquiera una pequeña cruz de madera , adornada con una guirnalda de flores. También ví , aquí y allí , alguna que otra persona vestida de luto , encorvada plantando un arbusto ; ó sentada inmóvil y triste al lado de una tumba.

Al pasearme por entre las sombrías avenidas del Cementerio , no pude menos que comparar mis propias impresiones , con las que otros habian sentido al pasearse solos por entre las habitaciones de la muerte. Esas urnas talladas y esos monumentos históricos , ¿ serán acaso solo símbolos del orgullo de las familias ? ¿ Todo lo que veo á mi alrededor , será mas bien una memoria de la vida que de la muerte ? ¿ un inútil espectáculo de tristeza que se ostenta á sí mismo en melancólica y funebral parada ? ¿ Será verdad , como algunos han dicho , que la sencilla flor silvestre que se extiende espontáneamente sobre el sepulcro , y la rosa que planta la mano de la amistad , son objetos á propósito para adornar la estrecha morada de la tumba ? No ! no lo creo

así ! Dejemos que el bueno y el grande sean honrados aun en el sepulcro ! Dejemos que el mármol dirija nuestros pasos á la escena de la muerte y de su sueño eterno ; dejemos que el cincelado epitafio repita sus nombres , y nos enseñe donde descansa el noble , el bueno y el sabio ! No es cierto que haya igualdad ni aun en la tumba ! Si la muerte se ciñera al mero puñado de polvo y ceniza ; á la mera distinción de príncipe y pastor ; á una rica mortaja ó á un pobre entierro ; á un sepulcro solitario ó á una bóveda de familia , entónces , es verdad , que sería la comun niveladora ; porque semejantes despreciables distinciones son prontamente niveladas con la azada y el pison ; y el húmedo aliento del sepulcro las borra para siempre. Pero en la muerte existen otras distinciones , que no puede nivelar su guadaña ni hacer que se olviden. ¿ Podrá borrar las distinciones de virtud y vicio ? ¿ Podrá confundir al bueno con el malo ? al noble con el bajo ? ¿ á todo lo que es verdaderamente grande y puro , y piadoso , contodo lo que es despreciable perverso y degradado ? ¡ No ! Entonces no es la muerte la comun niveladora ! Acaso , ¿ son todos igualmente queridos en la muerte , y honrados en su tumba ? ¿ cada sepulcro despierta en nuestras almas las mismas emociones ? y ¿ el extranjero que los visita , se detiene y contempla de un mismo modo cada lápida fúnebre ? ¡ No ! Entonces no hay igualdad en el sepulcro ! y habrá en él distinciones en tanto que las buenas ó malas acciones del hombre le sobrevivan. La superioridad del uno sobre el otro , se encuentra en las mas nobles y mejores emociones que nos excitan ; en las mas fervientes lecciones de virtud que nos dejáran , y en los mas vivos recuerdos que despiertan en nosotros la memoria del bueno y del grande , cuyos cuerpos , reducidos á polvo , descañan debajo de nuestros pies.

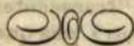
Si, pues, hay distinciones en la tumba, seguramente no es una necedad marcarlas con señales exteriores de honor. Verdad es que la urna cineraria, el busto esculpido, y el elocuente epitafio que celebra las virtudes del difunto, no pueden crear esas distinciones, pero sirven para señalarlas. Solamente, cuando el orgullo ó las riquezas fabrican esos monumentos para honrar la memoria del esclavo del dinero ó del de las pasiones; cuando la voz interior que sale del sepulcro, grita, *mentira!* al falso y pomposo epitafio, y cuando el polvo y las cenizas de la tumba parecen luchar para sostener la superioridad del rango mundano, y llevar al sepulcro las fruslerías de la vanidad terrena, entónces, y solo entónces, es cuando sentimos, cuan indignos son todos los proyectos de la escultura, y cuan necia la pompa de los monumentos de bronce!

Despues de haber leído las inscripciones de los varios monumentos que mas llamaron mi atencion, dando entrada en mi mente á las diferentes reflexiones que me sugerian, me senté á descansar sobre la lápida de un sepulcro hundido. Un paseo enarenado, sombreado con hileras de árboles y adornado por ambos lados con monumentos de magnífica escultura, me condujo gradualmente á la cúspide de la altura en cuyo declive se halla el cementerio. A cierta distancia, y confusamente descubiertos por entre la nebulosa y humeante atmósfera se levantaban un sin número de tejados y obeliscos de la ciudad. Mas allá, en el horizonte, se ponía el sol, arrojando sus rayos de púrpura por medio de la region nebulosa. El murmullo distante de la ciudad, llegaba á mi oído, mezclado con el tañido de las campanas al dar las oraciones, y el ruido de las calles, y de los trabajadores al descansar de su trabajo del dia... ¡Qué hora para la meditacion! ¡Qué

contraste entre la metrópoli de la vida y la metrópoli de la muerte!

Antes de dejar el Cementerio, se habian ya extendido las sombras de la caída de la tarde, y los objetos que me rodeaban crecian oscuros é indistintos. Al pasar de nuevo la puerta para retirarme, diriji una mirada de despedida al Cementerio, y solo pude distinguir la capilla que se hallaba en la cumbre del collado, y aquí y allí un elevado obelisco de mármol blanco como la nieve, que sobresalía por el oscuro y espeso follage que le cercaba, reflejando en su cúspide los matizados colores que prestaba al horizonte el sol al despedirse del firmamento, y cuya sonrosada luz se mezclaba con la suave de la estrella vespertina del Estío.

(Traducido del ingles.)



## MI AMIGO JEREMIAS.



o he conocido en mi vida desgracia mayor que la que aflige á mi pobre amigo Jeremias, y no es por cierto empresa poco apurada el haceros comprender toda su inmensa estension.—Ojalá la relacion de su estraña dolencia no os obligue á envidiar su suerte: este temor me apura tambien mucho.

No basta nacer, es preciso nacer como se debe: mi amigo Jeremias es un hombre bien nacido, vástago de una de aquellas antiguas familias que aun existen sin mezcla de estraña sangre en lo mas inaccesible de alguna remota provincia; y no puede salir jamás á diez leguas en contorno de su pueblo sin que se le humillen muchos cientos de cabezas y le saluden respetuosamente otros tantos de sombreros, ó monteras mas ó menos mugrientas.

Pero tampoco basta tener un nombre, mi amigo tiene uno mucho menos lúgubre del que ahora le doy, enteramente libre de aquellas consonancias triviales ó ridículas que condenan á un hombre para siempre á la obscuridad y muchas veces á la vergüenza. El nombre de mi amigo es hermoso, sonoro, grato al labio y al oído: formado espresamente para hacer eco en la tribuna y en los periódicos.

Mi amigo Jeremias, fácil es pensarlo, recibió de muchacho la mas brillante y sólida educacion: los mejores colegios de España conservan aun la memoria de sus vales, medallas y coronas.

Mi amigo Jeremias es todo un buen mozo, elegantemente vestido: con su bien cortado vigote, su traje fino y sencillo, y sus corbatas de esquisito gusto puede desafiar á la crítica mas severa y envidiosa.

Tiene mi amigo Jeremias en su talento la originalidad necesaria para brillar, y aquella aficion á los sofismas ingeniosos que son la admiracion de los tontos, de los cuales sacan provecho los hombres de buena razon, y que todo el mundo recibe como un agradable antídoto contra el fastidio.

Mi amigo Jeremias es en la actualidad poseedor de una fortuna independiente; no tiene acreedores, ni enemigos peligrosos, ni amigos parásitos, ni primo, ni tio viejo empleado en la policia; come y bebe como un *gentleman*. Y á pesar de todo es el hombre mas desgraciado de la tierra.

La desgracia de Jeremias está dentro de él mismo, y no fuera: Jeremias se fastidia. Pero su fastidio no es de aquellos esplines melancólicos y tranquilos que se adormecen en la certidumbre de la consuncion: es una desolacion activa, hostil, agresora y que se irrita de ver la felicidad ajena.

Si se le habla de las distracciones que proporciona la ambicion, al instante

hace una pintura llena de facundia y de ironia de las miserias de la vanidad política; de las transacciones con los bribones de alto coturno; de la complacencia que hay que tener con los imbéciles, los cuales componen el mayor número; de la paciencia contra los ataques, las sorpresas, y los tiros de los pretendientes famélicos; y por fin de la triste necesidad de interminables sesiones parlamentarias. « Si al menos, dice, le fuera á uno permitido fumar en su banco ministerial! pero nada; es preciso estar siempre de etiqueta... y para qué? para caer despues y quedarse como al principio. Há, há! » El há! de mi amigo Jeremias es intraducible: es un sonido tan agrio y discordante que crispera todos los nervios: y es la postura armónica en que concluye todas sus lamentaciones.

Si se le habla de los pacíficos goces del hogar doméstico, responde con la enumeracion de los infortunios conyugales y dice: « Soberbio estado. ¡Darme de estocadas con cualquier pillo que se presenta, sin que el honor ultrajado gane en ello un ardite! Tener hijos tontos, sucios, llorones, importunos, enfermos, escrofulosos, estropeados, idiotas, y, si se ofrece, autores de melodramas! há..... há! »

—Pues estate en la ciudad soltero y goza de todas sus diversiones.—« ¿ La ciudad? nó, que es una atronadora Babilonia, una cloaca de fango, una sentina de malhechores. » —¿ Y el teatro? —Bah! no se ven en él sino piezas innobles, pesadas, soporíferas; actores que recitan como mezquimenes, y cantantes que desentonan. Desde la primera escena veo yo todo el enredo de un drama; desde la sinfonia adivino yo toda la ópera que se va á ejecutar, los versos son bolas de jabon llenas de viento: la prosa raspa y desuella los oídos: los románticos son extravagantes los clásicos son estúpidos: en las lunetas se

suda el quilo : en los corredores se hiel a uno de frio.

—¿Y los bailes?— «Vaya una batahola ! buena barahunda ! Vestirse á media noche y ponerse de punta en blanco por una docena de viejas feas , por una turba de monigotes ó de tontuelas ! y bailar ! há , há !... y jugar ! prefiero gastar mi dinero en apedrear pájaros , ó ponerlo en manos de un fullero. »

—Pues échate á viajar.—«Para estar corriendo tierras sin objeto , espuesto continuamente á mil peligros ! para que vuelque la diligencia en que yo vaya , ó naufrague el barco en que navegue ! Tener que aguantar el calor , el frio , la lluvia , las tempestades , las heladas ! parar en posadas sucias : ser servido por criadas que huelen á humo y á estiercol , comer pichoues éticos , cenar sopas frias , ir empaquetado en la berlina , con un asmático , ó un caballero de industria , fanfarroa , ó una pasiega con su cria que vomita la leche agria , ó una vieja con su perro de laas... ha ! ha ! »

Aunque tiene disposiciones para todo , Jeremias no se ha dedicado jamas á nada. Ha empezado veinte obras y las ha arrojado al fuego , porque dice : « Para alcanzar un éxito mediano solamente , prefiero que me silven. Ademas , ¿qué tenemos con que el éxito sea excelente ? Una reputacion de ocho dias , de seis meses , ó de nueve ó diez años ! A los ciento ya nadie se acuerda de uno. —Y ¿qué importa una reputacion ? ¿Qué me importa que el vulgo repita ó no durante tres , ó cuatro , ó veinte generaciones las cuatro ó cinco silabas de mi nombre ? ¿ Descansa acaso mejor el cadáver de Napoleón en los *Inválidos de Paris* por haber hecho tanto ruido y haber desquiciado tantos tronos ? Yo que él , no hubiera salido de mis viñedos de Ajaccio ! »

—¿Porqué no te entregas á la filosofia?—« Tres mil años hace que se está disputando en las escuelas , y tanto se sabe hoy de ella como el primer dia.

—Dedícate á la historia.—« Es un amasijo de embustes. »—A las ciencias.—« ¿Que se me dá á mí de las combinaciones del cloruro , del yodo y de la potasa ? Los que fingen entusiasmo por estas vaciedades , lo hacen para adquirir consideracion y vivir bien en el mundo.—Cultiva las artes.—Otra mentira ! Todo es cábala en ellas : por cábala se admiran los mónstruos de Miguel-Angel , y las mantecosas nodrizas de Rubens.—Y ¿ para qué quiero yo marinas ? Para eso me voy á un puerto cualquiera.—Vete á la China.—« ¿ Para ver grandes almacenes de thé ? »—Vé á ver las cordilleras.—« Ya he visto los Pirineos : ¿ qué me importan mil toesas mas ó menos ? ¿ no llevo yo en los ojos la medida ?—Pues métete á conspirador.—« Para que me fusilen si sale mal el plan , y para que me arrastren despues de haber ejercido el poder si sale bien.

Claro es que bajo el peso de tamaño disgusto mi amigo Jeremias hubiera sucumbido hace ya mucho tiempo si hubiera encontrado un medio satisfactorio para quitarse la vida.—Todos los dias habla veinte veces del modo de suicidarse conocido ; pero el suicidio le parece ya vulgar y ridículo.—Tirarse un pistoletazo , es mostrar uno á sus conocidos el rostro hinchado , desfigurado , tal vez con un gesto risible.—Asfixiarse , es recurrir al medio de las cocinas y planchadoras.—Envenenarse , es sufrir horriblemente para morir como un perro de la calle.—Ahogarse , es esponerse á que le pesquen á uno , y le pongan bajo la escalerilla del Hospital , inflado como un balon , y con la cara verde y morada !

Jeremias nos suplica diariamente que le enseñemos algun medio decente de acabar la vida y que no sea trillado y prosaico.—Como se ha acabado ya la guerra , no sé por mi parte qué aconsejarle.

M.

## Estudios Históricos.

### BIOGRAFIA

de

### HERNAN CORTÉS.

n medio de nuestra actual decadencia, en medio de tanta miseria! de tanta nulidad! de tanta pobreza presente! parece imposible que la nacion española haya sido en otro tiempo la primer potencia de Europa, y que sus dominios fuesen tan dilatados que se pudiera decir con verdad, no se ponía el sol en ellos, y que á donde quiera que el mar revolviere sus olas turbulentas, se veía obligado á besar playas españolas. Verdadera Roma en grandezza antigua y nulidad presente, como ha dicho uno de nuestros mas esclarecidos escritores contemporáneos, no le quedan á nuestra desgraciada patria mas que recuerdos y ruinas gloriosas. Cuando leemos en nuestra historia esas brillantes épocas en que tremolaba la bandera castellana al grito de ¡Victoria! ¡España! en las llanuras de Cirinola, de Pavía y de Otumba, y sobre las olas de Lepanto, y pasamos despues al fango de nuestra historia contemporánea, todos aquellos en cuyo corazon queda todavia una centella del noble orgullo castellano derraman una amarga lágrima de rabia y de despecho. ¿Dónde están aquellos grandes hijos de la España, su gloria y su ventura en tiempos mas felices? Cisneros, cuya sabia política era respetada por propios y extraños; Gonzalo, á quien llamaban Gran capitán hasta sus enemigos; Cortés, cuya espada daba á su patria un nuevo

mundo; y vosotros Pulgar, Leyva, Pescara..... ¡nombres gloriosos! ¿quién no se siente conmovido al pronunciarlos? Y vosotros tambien Aranda, Campomanes, Floridablanca, Ricardos, que brillásteis en épocas mas cercanas, como la última llamarada de un fuego que se apaga, como los postreros vástagos de una raza que se extingue. ¿Será que España, semejante á una matrona enferma y envejecida, no puede ya engendrar hijos robustos? ¿Estará condenada á no levantarse mas de su abatimiento como el imperio romano cuya gloria igualó algun dia? ¡Tristes presentimientos son estos que alligen á todas las almas en que arde puro y sin mezcla de miserables pasiones el fuego santo del amor patrio.

Presentémos á la vista de esta nacion abatida, de estos españoles que semejantes á los romanos del bajo imperio, ni se acuerdan de lo que han sido, presentémosles, pues, los altos hechos de sus antepasados, quizá si no los despertará el amor de su patria, los despertará al menos el pundonor, y se ruborizarán al leer la historia de sus abuelos mirando lo que son ellos.

Hernando Cortés, heróico conquistador de la América septentrional, y colonizador esclarecido y prudente, nació en Medellia, villa de Extremadura. Sus padres fueron don Martin Cortés de Monroy y doña Catalina Pizarro Altamirano, descendientes de una familia noble. Destinándolo á la carrera de las letras, lo enviaron á Salamanca á estudiar leyes, donde cursó dos años; pero su natural valiente y arrojado, y su afición al mando hizo se disgustase pronto de aquel género de vida, y se volvió á su casa decidido á seguir la carrera de las armas. Hacíase entonces famoso en sus célebres campañas de Italia Gonzalo de Córdoba, á quien se daba el nombre de Gran Capitán; y deseoso Hernando de servir bajo sus órdenes se dispuso á embarcarse para Ná-

Domingo 23 de Noviembre.

poles; pero no pudo verificarlo por haber sido acometido de repente de una enfermedad que lo tuvo postrado en el lecho bastantes dias. Mudando de intento despues de su convalescencia, se resolvió á pasar á América, hácia donde entonces se dirijia una multitud de jóvenes, deseosos de acreditarse y engrandecerse en la conquista de aquellos paises. Embarcóse pues, para la isla de Santo Domingo, cuyo gobernador Ovando era su pariente, el cual le recibió con agasajo y le admitió entre los suyos. Pero el joven Hernando no habia ido allí para buscar una colocacion alhagüena al lado de un pariente poderoso, sino para buscar en medio de los trances de la guerra la gloria que anhelaba su alma generosa. Pidió por tanto y obtuvo licencia para pasar á la isla de Cuba cuya conquista se concluia entonces, consiguiendo en breve en aquellas campañas la opinion de valiente, y manifestando las extraordinarias dotes de su entendimiento, pues, como dice Solís, «sabiendo adelantarse entre los soldados, tambien sabia dificultar y resolver entre los capitanes.»

Descubierta por el Almirante Grijalva la costa de Méjico, y habiendo tocado en algunos puntos de ella, y visto la riqueza de la tierra, tanto por la feracidad de su suelo, como por el mucho oro que le daban los naturales en cambio de las bujerias que llevaba su gente, no se atrevió, sin embargo, con los pocos españoles de que podia disponer, á tomar tierra y establecerse en aquella costa, por lo que dió vuelta á Cuba; á cuyo gobernador Diego de Velazquez manifestó cuánto habia descubierto y podido averiguar de aquellas tierras desconocidas. Desde entónces solo pensó Velazquez en la conquista de unos paises tan ricos, y que tan ancho campo daban á la ambicion, y así mandó armar 10 barcos y escogió 300 aventureros entre los que acudian diaria-

mente á la fama de la conquista de aquellos paises opulentos. No era tan fácil elegir el gefe que habia de conducirlos, y así Velazquez estuvo bastante indeciso sobre ello, pero al fin eligió á Hernán Cortés, cuyo valor y prudencia eran ya generalmente conocidos en la isla. Era Hernando hombre bien apuesto para las armas, y reunia á el valor imperturbable y la firmeza de ánimo que capta la admiracion y el respeto de los subordinados, la franqueza marcial y el trato amigable y generoso con que ganan la voluntad de sus tropas los grandes capitanes. No ignoraba tampoco que sus enemigos trabajaban para indisponerlos con Velazquez, y que este mismo empezaba á desconfiar, no de la capacidad, sino de la demasiada aptitud del gefe que habia elegido, no muy apropósito para avenirse con el papel de subalterno. Por tanto, ganó con su generosidad los corazones de los que tenia á sus órdenes; apresuró los preparativos para la marcha, y saliendo al fin del puerto de Santiago de Cuba en 18 de Noviembre de 1518, se dirijió, costeando la isla, á la villa de la Trinidad donde tenia bastantes amigos, y se reunió alguna gente á su expedicion. No se habia engañado Cortés al apresurar su partida, temiendo variarse de parecer el gobernador Velazquez; pues apenas salió la escuadra de Santiago, mudando el gobernador de resolucion, bien por reflexion propia, bien por las habilllas de los enemigos de Cortés, mandó un correo á la villa de la Trinidad, con una orden expresa al alcalde mayor para que desposeyese judicialmente de la capitania general á Cortés, diciendo tenia ya elegida persona que lo reemplazase. Pero no era hombre Cortés que una vez ya en el camino de la gloria y de la fortuna cediese el puesto fácilmente, y como gefe que al valor unia la prudencia de los grandes capitanes habia aprovechado aquel corto tiem-

po para unir en un interes y en un ánimo á todos los que componian su pequeño ejército. Protestó, pues, ante la autoridad de la villa y sin declararse públicamente en rebellion contra el gobernador, significó no seria fácil arrebatarle el mando, escudándose con la opinion general de los que le seguian, cuya irritacion no le seria posible contener, si se queria quitarles á su general.

Escribieron á Velazquez sobre esto, y Cortés salió con su escuadra para la Habana, donde llegaron poco despues órdenes terminantes de Velazquez para prenderlo, pero la autoridad de el gobernador era muy débil para hacerse obedecer á aquella distancia, contra un gefe rodeado de soldados que le eran adictos, y empeñados ya en una empresa llena de brillantes esperanzas. Cortés se presentó en medio de su gente, les manifestó la persecucion que le hacia Diego Velazquez, y en breve tuvo él mismo que apaciguar aquellos ánimos irritados que de las voces descompuestas manifestaban querer pasar á las obras, cosa que hubiera comprometido su reputacion sin ventaja ninguna de su causa. A fin pues de orillar inconvenientes, apresuró sus preparativos y se hizo al fin á la vela para la costa de Méjico en 10 de Febrero de 1519.

Desde su salida de Santiago, no habia pasado Cortés todo aquel tiempo únicamente en ponerse á cubierto de la mala voluntad de Velazquez; muy grande su ánimo para ocuparse todo en esta clase de negocios, abarcaba ya la magnitud de la empresa que acometia, y trataba de preparar aquellos medios tan débiles, de que podia disponer, y que habian de ser suficientes en sus manos para vencer tan inmensas dificultades, y llevarla á cabo. Hacia manejar y probar su artillería, adiestraba á su pequeño ejército en continuos ejercicios, amaestrándolo en sus evoluciones, y acostumbrándolo á la fa-

tiga continúa que exijia su pequeño número y la clase de guerra que iba á acometer. Demasiado prudente para dejar en medio de sus soldados ningun germen de discordias tuvo muy presentes á los que le eran menos afectos para darles los empleos á que su capacidad y su clase los llamaban, haciéndoselos asi amigos, ó enemigos poco temibles.

Abordó la armada á la isla de Cozumel que habia sido ya antes descubierta por Grijalva, y que estando poco distante de la tierra firme era apropiado para prepararse en ella al desembarco. Pasó allí revista á su gente, encontrando tenia 508 soldados, 16 caballos y 109 entre maestros, pilotos y marineros. ¡Este era el ejército que, despues de reducir naciones numerosas y valientes, debia conquistar el imperio mejicano!

Pocos dias despues salió la flota de Cozumel y llegó al rio Grijalva, cuya entrada se encontraron ocupada por los naturales, que intimidados de paz no quisieron dar oidos, arrojando una lluvia de flechas sobre los buques menores de la escuadra que habian entrado por el rio. Vióse, pues, obligado Cortés á entrar á fuerza de armas, siendo asi que deseaba hacerlo pacíficamente para llevar su ejército entero y sin pérdida al gran imperio mejicano, de cuya fuerza tenia algunas noticias. Pero entablado el trance de la batalla quiso que aquel primer encuentro tuviese un éxito completo, tanto para asegurar y animar á sus soldados, como para imponer con el esfuerzo incontrastable de sus armas á aquellos pueblos bárbaros. Forzó pues la entrada del rio, y saltando á tierra con sus soldados, batió á aquellos indios, y se apoderó de su principal poblacion ó capital que caia allí cerca, y se llamaba Tabasco. Pero los caciques de las inmediaciones, temiendo los progresos de aquella gente extrangera, se reunieron á fin de arrojar á los es-

pañoles de Tabasco; estos salieron al encuentro del enemigo, tomaron posesion en una altura desde donde podia jugar con ventaja la artilleria, y esperaron al enemigo, que estrellándose en repetidos ataques contra el sereno valor de los españoles, y flanqueados por los caballos que conducia Cortés se declararon en fuga. Cortés como prudente capitán no queria hacerse odioso á aquellos pueblos, y así contuvo á sus soldados, no permitiéndoles ensangrentasen la victoria: se limitó solo á hacer algunos prisioneros, á los que alhagó, les dió algunos regalos, y los puso en libertad. A la fama de tan generoso comportamiento acudió el cacique y los principales de aquellas gentes, quedando establecida la paz, y trayendo abundantes regalos y provisiones al campamento castellano.

Concluida así la paz con Tabasco, prosiguieron los españoles hácia las costas mejicanas, y á los tres dias llegaron á San Juan de Ulúa, donde salieron á su encuentro algunas canoas de indios enviadas por Teutilé y Pilpatóé, el uno gobernador, y capitán general el otro de aquella provincia, por el Emperador de Méjico, los cuales venian á averiguar los intentos de los españoles. Cortés los agasajó, prometiendo se explicaría con los gobernadores, y para recibir á estos con mas aparato y precaucion hizo desembarcar su artilleria y los caballos, y mandó construir varias barracas, formando como un campo atrincherado, en el cual pudiese sufrir cualquier ataque. No tardaron en presentarse aquellos personajes, á los cuales manifestó Cortés traia una embajada del Rey de España para el Emperador de Méjico, por lo que era preciso lo viese él mismo. Teutilé y Pilpatóé le ofrecieron ricos presentes, rogándole continuase su marcha y desistiese del empeño de ver á Motezuma; pero el español les manifestó es-

taba resuelto irrevocablemente á no salir del pais sin ver al Emperador, y les señaló un plazo para que participasen á su soberano su determinacion. Inútiles fueron todas las tentativas que hizo el Emperador de Méjico para evitar la visita desagradable de aquellos extranjeros, y finalmente Pilpatóé, viendo no podia quebrantar la resolucion de Cortés en pasar adelante, le dijo estas palabras: «Hasta ahora os ha tratado el gran Motezuma con bondad, temed su cólera, y no le obliqueis á que os trate como enemigo.» Y diciendo esto volvió las espaldas, y se marchó sin despedirse.

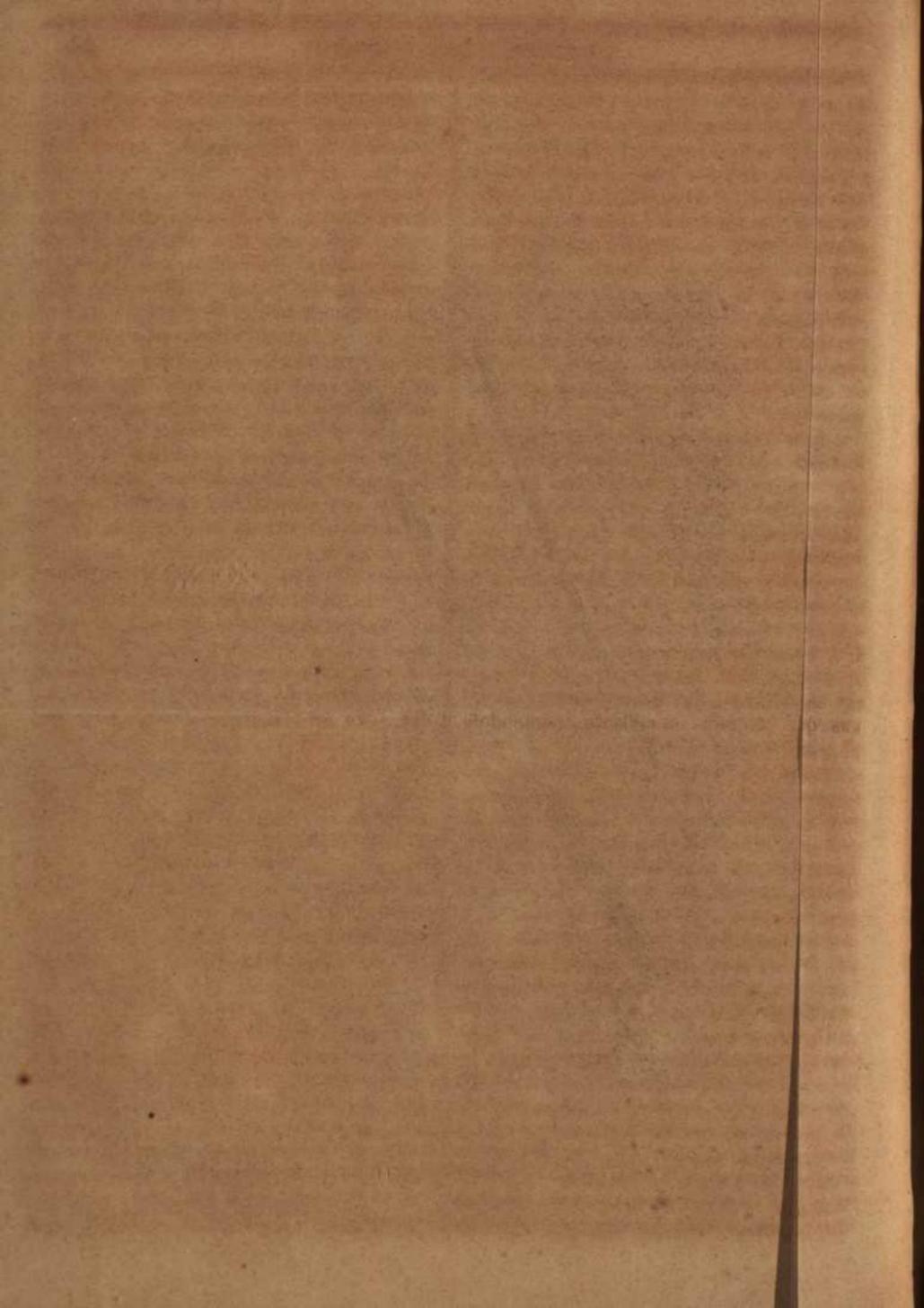
A la mañana siguiente encontraron los españoles que todos los indios se habian retirado al interior de la tierra, no pareciendo nadie á traerles bastimientos y provisiones como solian. Empezóse á padecer alguna escases en el campamento, y se temió mayor apuro, viéndose como aislados en aquella playa arenosa, expuesta á los rayos de un sol abrasador. El ánimo de los soldados principió á decaer viendo lo dificultoso de la empresa, y los menos afectos á Cortés empezaron á rebelar los ánimos de los demas, contra la expedicion, que les parecia desmedida para tan reducido ejército. Pero ni los peligros de la expedicion que conocia mejor que nadie, ni la alteracion de su tropa, eran capaces de conmovier el alma grande de Cortés, ni hacerle cejar en su empresa. No se opuso sin embargo abiertamente á aquellas pretensiones de sus soldados como hombre que conocia cuan atropellados son los pensamientos del vulgo, y que á la multitud se la dirige mas facilmente con la sagacidad que con la fuerza. Habló con aquellos que eran de mas confianza, se aseguró por medio de ellos secretamente del ánimo de los demas, y cuando hubo hecho estas cosas, dió orden publicamente para volver á Cuba. Lavantaron entónces sus partidarios el grito con finjida indignacion; se que-



F. B. P.

1855.

BATALLA DE OTUMBA.



jaron de que se quisiese abandonar en su principio una empresa que daba tan brillantes esperanzas, y hasta dijeron en público al mismo Cortés, que si queria volverse, ellos encontrarían otro capitán que los guiase. Humillados sus enemigos á vista de aquella general decision del ejército no osaron resistir á ella, temiendo pasar por pusilánimes ó por menos valientes. Cortés hizo entonces como que se conformaba con la voluntad de su ejército, y revocó la orden de volver á Cuba en medio de inmensos aplausos.

Presentáronse en esto á Cortés unos embajadores del cacique de Zempoala á cuyos oídos habian llegado las hazañas de los españoles en Tabasco, y queria ser amigo de hombres tan valientes. Estaba Zempoala en el paso para Méjico, por lo cual esta embajada alegró mucho á Cortés: pero antes de partir procuró poner los buques en paraje seguro, y quiso por varios fines dejar establecida una colonia ó villa en aquella playa. Se estableció la villa en aquellas mismas barracas que ocupaba el ejército, poniéndole el nombre de *Villa rica de la Vera Cruz*; y dando bajo mano, instrucciones á sus amigos, hizo Cortés se eligiesen para los cargos de la colonia personas de su confianza. Reunido ya el pequeño consejo de la colonia se presentó Cortés, depuso ante él sus insignias de mando, haciendo presente que su autoridad no estaba sancionada por la aprobacion del gobernador Velazquez, y que él la sometia gustoso á aquellos magistrados que representaban allí al Rey de España, para que se la diesen al que creyeran mas digno, pues él por su parte serviria á su patria como soldado, con el mismo celo que habia mostrado siendo general. El consejo se apresuró á reelegirlo por unanimidad, dándole nuevos poderes en nombre del Rey de Castilla. Así Cortés á quien su genio y su valor hacian naturalmente gefe de aquellos hombres

valientes pero incapaces de dirijirse, procuraba quitar todo motivo á la desobediencia ó á la desconfianza, legitimando de aquel modo su autoridad, y previniéndose al mismo tiempo contra las reclamaciones de Velazquez. Partió luego para Zempoala donde lo recibieron como á su libertador, por estar muy irritados en aquella tierra contra Motezuma por sus muchas crueldades. Llegaron en esto unos comisionados del Emperador mejicano exijiendo los tributos y 20 indios para ser sacrificados á los ídolos. Cortés prohibió á los caciques atemorizados que obedeciesen aquellas órdenes tiránicas, y animándolos con su proteccion hizo se atrevieran á prender á los mismos comisionados, con lo que adquirió tal fama entre aquellos pueblos, que no solamente se pusieron á su devocion los de Zempoala, sino tambien los de Quiabiskan y otros 50 caciques de las montañas. El genio de Cortés que sabia valerse con un tacto admirable tanto de las cosas pequeñas como de las mayores para el cumplimiento de sus fines, sacó todavía de esto nuevo partido; pues haciéndose entregar los comisionados de Motezuma, presos por los indios, los remitió sanos y salvos á su señor, mostrándose así como el salvador de ellos, y adquiriendo no solamente el agradecimiento de aquel Emperador por haber salvado unos funcionarios suyos, sino tambien la fama de su importancia en aquellos pueblos, cuya proteccion tomaba, y de los cuales disponia á su antojo.

Sin embargo de que la empresa caminaba bajo tan buenos auspicios, siempre estaba receloso Cortés de que Velazquez escribiese á España presentándolo como un rebelde, y que una orden de la corte sorprendiéndolo en medio de sus victorias le hiciese perder todo el fruto de ellas. A fin, pues, de adelantarse á Velazquez y tener por suya á la corte, hizo salir para España á algunos de sus parciales con cartas suyas

y el relato de sus victorias, y la descripción de la tierra: y para apoyar su relacion hizo tambien que llevasen magníficos presentes.

Libre Cortés de estas primeras atenciones, solo pensó ya en llevar á cabo su empresa. El ejército con que contaba era reducido, los trabajos que preveia, grandes, y así no era difícil volviere á caer el ánimo de los soldados, y que el grito de volver á Cuba, que ya una vez habia logrado reprimir se mostrase al primer revés mas decidido y exigente, y fuera necesario abandonar la empresa, y volver la espalda á la fortuna. Cortés como todos los grandes capitanes era maduro en el exámen, pero pronto en las decisiones, y sus decisiones eran grandiosas como su genio. Aquel ejército podia pedir algun día el volver á Cuba, ¿qué debia hacerse? imposibilitar la vuelta. Así pues, la destruccion de la escuadra quedó decidida en su ánimo: no obstante comunicó su parecer con aquellos que eran de su mayor confianza, y cuando convenció á unos, y tuvo de su parte á los mas, llevó aquella cuestion á la decision del consejo, donde fue aprobada. Se sacaron á tierra las jarcias y el velámen y se destruyeron los buques, con general aplauso de los soldados, á quienes se hizo creer que las naves, demasiado destrozadas por la travesía, no estaban en estado de sufrir la mar, y que eran á mas una atencion molesta, que ocupaba sin utilidad no corto número de hombres. Así aquel puñado de españoles que tenia al frente y en ademan hostil el inmenso imperio mejicano; contando, es verdad, con algunos aliados, pero aliados débiles, inseguros, no probados en la adversidad, y que era fácil se convirtiesen en enemigos al primer descalabro que se sufriese; este ejército que no esperaba refuerzo ni ayuda de fuera, porque Velazquez era enemigo; este ejército, pues, quemaba sus

naves, y se encerraba voluntariamente entre las olas del Océano y el imperio mejicano, quitándose toda esperanza de retirada, y poniéndose en la alternativa indeclinable de vencer ó morir. Esta sola resolucion de Cortés es suficiente para inmortalizar su nombre. Verdad es que se refieren de algunos generales célebres de la antigüedad hechos semejantes, pero ninguno de estos puede compararse con el de Cortés. Uno de los mas probados de ellos es el de Agatocles que despues de desembarcar en la costa de Cartago, quemó las 60 galeras que habian conducido sus tropas; pero este general tenia consigo 14,000 soldados aguerridos, y conocia perfectamente el pais en que iba á maniobrar, y los enemigos con que iba á pelear: por el contrario, el general español no tenia noticias del pais; lo único que sabia de sus enemigos era su inmenso número, y las tropas que tenia para hacerles frente no llegaban á 500 hombres!!!

Concluidas estas cosas, no habia ya nada que detuviese á Cortés, y salió para Méjico en 16 de Agosto de 1519. En el camino estaba Tlascala, república poderosa que sostenia con las armas su independencia, resistiendo á todo el poder mejicano, á pesar de hallarse en sus fronteras. Cortés pensó aprovechar la enemistad de aquella nacion con Méjico para hacerse de un aliado poderoso que contraponer á Motezuma, y poder equilibrar sus fuerzas; pero no fue poca su sorpresa cuando en lugar de concederle el paso por su territorio, que les habia pedido, se encontró con un ejército que se lo impedia. La superioridad de las armas y de la táctica de los españoles venció este ejército, pero no sin gran dificultad, pues las tropas tlascaltecas eran mas aguerridas y valientes que los demás ejércitos indios que habian vencido antes. No desanimada Tlascala por la primer derro-

ta, reunió todas sus tropas, enarboló el águila de oro, que era su estandarte nacional, y se preparó á destruir con todo su poderío á los extrangeros, en una batalla campal y decisiva. Cargaron efectivamente sobre los españoles con una muchedumbre inmensa, y eran tan recios y continuados los ataques que llegaron á romperlos, siendo preciso todo el estrago de la artillería, y el valor y actividad de Cortés y de sus tropas para rechazarlos. Los tlascaltecas abandonaron el campo, tristes y desalentados al ver que tras tan reiterados ataques y de tantas pérdidas, nada habían podido conseguir contra aquel pequeño escuadrón de hombres, á su parecer mas que humanos. Consultaron á sus sacerdotes, y estos les dijeron era necesario atacarlos de noche, pues siendo aquellos extrangeros hijos del sol, era imposible vencerlos, mientras que aquel astro los protegía con sus rayos. Creyendo los tlascaltecas á aquellos impostores se adelantaron en silencio, durante la noche, para sorprender el campo fortificado de los españoles, pero estos estaban prevenidos, y dejando que se acercasen los enemigos á corta distancia descargaron sobre ellos su artillería y sus mosquetes, y al mismo tiempo saliendo por otra parte los caballos, hicieron en aquellas tropas desordenadas y espantadas por el destrozo que recibían, una terrible matanza. El pueblo de Tlascala que ya había pedido la paz desde los primeros reveses, la pidió con mas instancia despues de este suceso: el mismo Senado se decidió por ganar con una sumision completa, á aquellos hombres invencibles á que no había podido resistir con las armas. Despues de solicitar con sumo empeño la paz, fue todo el Senado en cuerpo á ponerse en manos de Cortés, y suplicarle viniese á Tlascala, y se hospedase en medio de ellos. Concedióles Cortés la paz que solicitaban, á pesar de las intrigas de Mote-

suma que le había enviado mensajeros suyos para impedir la, y entró en Tlascala en medio de la alegría, y casi de la adoracion de aquellos valientes tlascaltecas, mas vencidos si cabe por la admiracion del heroismo de los españoles que por sus mismas derrotas. Cortés así como había sabido vencerlos en el campo, supo despues amistarse con ellos, y unirlos á sus intentos y al interes de sus empresas, con aquella sagacidad y tacto profundo, de un hombre eminente, tan entendido en las desiciones de la política, como gran general y valiente soldado en los trances de la guerra. La amistad y alianza del pueblo tlascalteca fueron las principales ayudas de que se valió en aquella tierra para la conquista del imperio mejicano, y esta amistad y alianza fueron guardadas tan fielmente por aquel pueblo, que no bastaron á quebrantarlas las mas fuertes pruebas.

Los españoles permanecieron en Tlascala veinte dias, y bien necesitaban de este descanso: aquella larga série de combates, marchas penosas, hambres, padecimientos de todo género, y continuadas vigiliás; viéndose precisados á estar siempre apercebidos y empuñados las armas en medio de tan numerosos enemigos, había quebrantado sus fuerzas. Repuesto el ejército, determinó Cortés seguir para Méjico; el Senado de Tlascala puso á su disposicion un cuerpo de 6,000 hombres con los cuales marcharon los españoles para Chulula, ciudad que ya pertenecía al territorio mejicano.

Fueron allí recibidos los españoles con finjidas muestras de amistad, pero cuando estaban mas descuidados, confiando en aquellas apariencias, penetraron disfrazados en la ciudad dos de los tlascaltecas, cuyas tropas habían quedado fuera, los que hicieron saber á Cortés la trama que se preparaba. Por todas partes se abrían fosos encubiertos para

hacer caer los caballos, amontonando armas y piedras en las casas de la ciudad, donde estaban ocultos 6,000 mejicanos, sin contar con otro cuerpo de tropas enemigas situadas en las inmediaciones. Enojado Cortés, determinó hacer un castigo ejemplar que escarmentase á Motezuma y á su pueblo. Acometió con los españoles y tlascaltecas á los mejicanos sorprendidos, y aunque procuraron defenderse en los edificios mas fuertes, fueron casi todos pasados á cuchillo. Hecho este terrible escarmiento, publicó, Cortés un indulto, llamó á los habitantes de la ciudad, que casi todos la habian abandonado, y los reconcilió con los tlascaltecas, de quienes eran antes enemigos, dejando aquella ciudad escarmentada y amiga, y asegurando así sus comunicaciones con Tlascala y con Vera-Cruz.

Ningun obstáculo habia ya entre el ejército castellano y la capital del imperio. Motezuma que no teniendo valor para resistirlos abiertamente habia procurado impedirles el paso y destruirlos por medio de viles y pérfidas estratagemas, viendo los acercarse imponentes é invencibles, se determinó á recibirlos amistosamente. Aquel puñado de hombres, precedido de su inmensa fama, pasaba como en triunfo por medio de las ciudades del imperio, agrupándose las poblaciones al camino para admirarlos. No menos pasmo causaba en los españoles la vista de las ciudades opulentas, y de los fértiles campos que atravesaban, pero su admiracion llegó al colmo cuando llegaron á Méjico, ciudad asentada en medio de un gran lago, el cual se pasaba por inmensas calzadas, y que en sus torres y templos ofrecia un conjunto de sorprendente grandeza. El mismo Motezuma salió á las puertas de la ciudad á recibir á los españoles, les habló amigablemente, y los alojó en uno de sus palacios; en el cual el previsor Cortés procuró atrincherarse. Sucedian estas co-

sas nueve meses despues de la salida de la Habana.

Motezuma tratando á los españoles como á unos huéspedes queridos, los visitaba frecuentemente, y Cortés y los suyos podian entrar á verlo siempre que querian, sin guardar la etiqueta de palacio. Las tradiciones populares de aquellas gentes, decian que un gran príncipe, fundador del imperio mejicano, habia salido para conquistar los países del Oriente, y que sus descendientes volverian algun dia para sujetarlos á sus leyes. Cortés sin dar como cierto aquel vaticinio, procuraba sacar de él todo el partido posible, dejándolo cundir entre el vulgo. En sus conversaciones manifestaba que era servidor de un gran príncipe, que dominaba en las partes del Oriente y lo mandaba para hacer amistad con aquel imperio, y sacarlo de los horrores de la idolatria y de los sacrificios humanos, para darle otra Religion mas benéfica, y la única verdadera. Sin embargo, cuando mas amigablemente los trataba el Emperador mejicano, tuvo Cortés nuevas de que se trainaba en secreto, y que Juan Escalante, gobernador de Vera-Cruz, y otros españoles de aquella guarnicion habian sido muertos en una salida, por un general mejicano llamado Qualpopoca. Rugiase tambien algun movimiento en la capital, y se decia que habia sido presentada á Motezuma la cabeza de un español, despues de haberla paseado por varias provincias para hacer ver no eran inmortales los castellanos. Conociendo Cortés cuan peligrosa podia hacerse su posicion de un momento á otro, determinó asegurarse por un acto enérgico y audaz, de aquellos que concebía su alma intrépida. Hizo armarse á su gente, y la dejó dispuesta á punto de pelear, y él con sus oficiales y algunos soldados escogidos se presentó á Motezuma, le habló duramente sobre el atentado de Qualpopoca, hizo que mandase algunos oficiales suyos á que lo prendiesen, y

le obligó á ir con él al cuartel de los españoles, quedando allí como arrestado. Llegaron pocos dias despues Qualpopoca y otras personas de cuenta que habian tenido parte en la muerte de los españoles de Vera-Cruz, y todos ellos fueron quemados delante del mismo palacio de Motezuma, al que segun las declaraciones de los reos, habian obedecido. Aterrados con aquel castigo los mejicanos parecia todo tranquilo, y Cortés con su actividad incansable se enteraba de todas las provincias del imperio, mandaba á ellas exploradores, hacia buscar los puertos y ensenadas de la costa, proveyendo á todo con su prevision y sus cuidados.

Aunque Cortés tenia preso á Motezuma no dejó sin embargo de tratarlo amigablemente, dominando con la superioridad de su genio la imaginacion de aquel príncipe bárbaro, de tal manera que solia decir no podia vivir sin Cortés. Desvanecidos ya los motivos de temor que habia dado el atentado de Qualpopoca, y seguro Cortés de que Motezuma no saldria del cuartel de los españoles, para no dar á entender á su pueblo, á quien habia manifestado estaba allí de su voluntad, que recibia la libertad de aquellos extrangeros, le dijo que podia ya volverse á su palacio, pero este príncipe no permitió salir del cuartel de los españoles. Valiéndose Cortés de su poder sobre el ánimo de Motezuma lo hizo declararse en presencia de sus nobles, feudo del Rey de Castilla. El pobre príncipe á pesar de estar tan degradado no pudo hacer esta declaracion sino en medio de sollozos que conmovieron á los mismos españoles.

Quando asi caminaba Cortés tan prosperamente á establecer su dominacion en el vasto imperio mejicano, vino á sorprenderlo una noticia que le hizo temer se destruyesen todos sus proyectos y el fruto de sus fatigas; supo pues, que habia desembarcado cerca de Vera Cruz

un ejército de 800 hombres, 80 caballos y 10 ó 12 cañones, enviado por Velazquez, á las órdenes de Pánfilo de Narvaez para que se hiciese dueño de la tierra, y apoderándose de Cortés y de los capitanes de mas nota del ejército los mandase presos á Cuba. En gran inquietud pusieron estas nuevas á Cortés, por una parte veia el corto número de gente que tenia que oponer á su adversario, y por otra el peligro fácil de preveer de que viendo los indios, aun no bien pacificados y seguros, que los españoles peleaban entre sí, se valiesen de aquella ocasion para echarse sobre ellos y destruirlos á todos igualmente. Determinóse, pues, á tentar todos los medios de avenimiento, y como persona á propósito para ello, por su talento y por su estado, envió á Narvaez á su capellan Fr. Bartolomé de Olmedo. Sin embargo, no dejándolo todo al solo poder de las razones, quiso prevenirse para recurrir á la decision de las armas, si era preciso, y saliendo para Zempoala, donde á esta sazón estaba Narvaez, llevó consigo unos 200 hombres, dejando los demas en el cuartel de Méjico, bien prevenidos y atrinchados. No tardó mucho sin que se rompiesen las negociaciones entre Narvaez y Cortés, y este último por medio de una de esas determinaciones sábiamente audaces, que nacia en su alma esforzada del mismo apuro de las situaciones extremas, aprovechándose de la obscuridad de una noche tormentosa, sorprendió el cuartel de Narvaez, se apoderó de la artilleria, sin que pudiesen disparar mas que dos ó tres piezas, la volvió contra ellos, derrotó fácilmente á aquellas tropas espantadas y confusas con tan repentino ataque, y el mismo Narvaez quedó prisionero y herido en poder de su enemigo. Al nacer el dia se avergonzaban los de Narvaez de verse vencidos y prisioneros por poco mas de 200 hombres. Aquella noche despues de la prision de

Domingo 30 de Noviembre.

Narvaez se presentó Cortés ante él, aunque sin darse á conocer; pero descubriéndolo el respeto de sus soldados, le dijo Narvaez, que bien podia llamarse afortunado en haberlo hecho prisionero. La contestacion de Cortés fueron estas palabras, dignas de su alma grande: *Puedo aseguraros sin vanagloria que esta victoria y vuestra prision es una de las menores cosas que hemos hecho en esta tierra.*

La mayor parte de los soldados de Narvaez atraidos por la nombradia de Cortés pasaron gustosos á sus banderas; á los demas los dejó en libertad de volverse á Cuba. El que estaba el dia antes en situacion tan desventajosa y apurada, se encontraba ahora por la fortaleza de su ánimo, vencedor, y seguido de los mismos soldados enviados para perderle.

Cortés con el cuidado de la gente que habia dejado en Méjico se puso al momento en marcha para aquella ciudad, de la que recibió en el camino noticias muy alarmantes. Efectivamente, los mejicanos se habian sublevado y tenian en gran estrecho á los españoles. Apresuró Cortés la marcha, y al llegar á Méjico encontró retraidos á los naturales, cortadas las puentes de las acequias que atravesaban las calles, y quemados cuatro bergantines que habia hecho construir para hacerse dueño de la laguna. A su vista se llenaron de rogocijo los soldados que habian quedado en el cuartel, que se conceptuaban perdidos, pues la poblacion en masa se habia levantado contra ellos.

Al otro dia mandó Cortés hacer un reconocimiento, pues no se presentaba nadie á la vista del cuartel. Salieron 400 hombres á las órdenes de Diego de Orgaz, y apenas se internaron un poco en las calles de la ciudad se encontraron con gran número de indios que les acometieron de frente, al mismo tiempo que salieron otros por las bocacalles que dejaban á la espalda, les cerraban la retirada; las asoteas se coronaron tambien de

gente que arrojaba sobre los españoles una lluvia de piedras y de saetas. En gran apuro se encontró aquel pequeño escuadron, cercado por todas partes, y solo despues de increíbles esfuerzos, dejando algunos hombres muertos, y saliendo heridos los mas, pudo abrirse pasó al cuartel. No contentos los indios con seguir la retirada de Diego de Orgaz acometieron poco tiempo despues al cuartel; siendo tanta la multitud de armas arrojadas que tiraban sobre los españoles, que embarazaban el paso dentro de los atrinchamientos, y se tuvo que destinar hombres que las rocojiesen; no logrando rechazar al enemigo, sino despues de sostener un empeñado combate.

Viendo Cortés cuan levantada estaba la ciudad, y la obstinacion con que peleaban los indios, temió seriamente por sus comunicaciones, pues si lograban cercarlos por completo, rompiendo los puentes y calzadas, era seguro perecerian sin remedio, estando como estaban con muy escasas provisiones, y sin medio de proporcionárselas. Con este objeto hizo varias salidas del cuartel, que aunque causaron bastante estrago en los mejicanos, no compensaba este á las pérdidas que sufrían los españoles, pues los indios se ponian á cubierto detras de las acequias, cuyos puentes levantaban, atajaban las calles con trincheras, y arrojaban desde sus asoteas piedras grandes que causaban mucho daño. Tentó, pues, Cortés probar el último medio por si podia sosegar aquellas gentes, haciendo saliese á hablarles Motezuma, pero la muchedumbre, que pareció oírle al principio con respeto, levantó á poco el grito contra él, arrojando sobre la muralla una lluvia de saetas y de piedras, y alcanzando una de estas últimas en la cabeza al pobre príncipe, lo hirió gravemente, de que murió á poco. Con su muerte perdieron los españoles la última esperanza de avenencia con los mejicanos, cuyo nuevo Emperador Quetlavaca dió nuevo

impulso á las hostilidades. Ocuparon con sus mejores guerreros el templo principal, que caía cerca del cuartel de los españoles, y desde donde podían hacerles mucho daño. Estos templos eran á especie de torres cuadradas, que concluían en una azotea ó plataforma, á la cual se subía por una escalinata exterior: la de este templo tenía 100 gradas. En vano intentaron subirla 200 soldados que mandó Cortés, pues las piedras y vigas encendidas que echaban á rodar desde arriba, arrollaban con grande estrago á cuantos encontraban. Entonces Cortés, á pesar de tener herida una mano de uno de los anteriores combates, si hizo atar al brazo una rodela, subió por las temibles gradas, y alentando con su ejemplo á los soldados, ganó en breve la azotea del templo; empuñándose allí un combate encarnizado, en que quedaron muertos todos los indios que la guarnecían. Debe sin embargo no pasarse en silencio un hecho de dos jóvenes indios, de que se hubiera vanagloriado la antigua Esparta. Queriendo estos libertar á su patria, aun á costa de su vida, de aquel conquistador que la subyugaba, se acercaron en ademán de someterse, á Cortés que estaba en un extremo de la azotea; dejóllos este arrimar demasiado, y entonces aquellos heroicos jóvenes enlanzándolo con sus brazos, se tiraron abajo para arrastrarlo en su caída; pero la sangre fría y la agilidad de Cortés hizo se pudiese desasir de ellos, que cayeron solos; quedando él admirado no menos del imprevisto peligro que había corrido, que del heroísmo de aquellos indios.

Aunque el éxito de este combate había sido completo para los españoles, no obstante determinó Cortés abandonar á Méjico, siempre temeroso de perder sus comunicaciones, que le era imposible mantener expeditas. Hiciéronse pues en silencio todos los preparativos, y se construyó un puente portatil de madera, para ponerlo sobre las cortaduras de las

calzadas, y que por él pasase el ejército. Dispuestas estas cosas, salieron del cuartel á media noche y se pusieron en marcha con el mayor sigilo, el puente portatil sirvió en la primer cortadura, pero se clavó tanto con el peso de la artillería que no se pudo sacar de allí. A este primer contratiempo se agregó en breve una alarma general, porque la retaguardia era atacada vigorosamente por los indios; y otra multitud innumerable cubriendo con sus canoas el lago, por un lado y otro de la calzada, arrojaba una espesa lluvia de armas arrojadas sobre los españoles, que extendidos en aquel largo desfiladero no podían maniobrar ni escuadronarse. La oscuridad de la noche, los gritos de guerra de los salvajes, los lamentos de los heridos, y de los que estando en la retaguardia del otro lado de las cortaduras, caían vivos en manos de los bárbaros, sin ser posible salvarlos; formaba todo esto un conjunto horroroso é indescribible que quedó impreso para siempre en la memoria de los que se encontraron en aquel trance, y al que llamaban siempre, *la noche triste*.

Cortés aunque lleno de angustia y de una ansiedad terrible, acudía á todas partes, ordenaba á los que iban saliendo fuera de las calzadas, para apoyar la retirada de los demás, mandó echar al agua la artillería y todo lo que era impedimento de la marcha, y se adelantó adentro por las calzadas, para contener al enemigo, y dar lugar á los que se hallaban mas rezagados, á ponerse en salvo.

Era ya la madrugada cuando acabó de salir el ejército fuera de la laguna. En aquella terrible noche se habían perdido cerca de 200 hombres españoles, mas de 1000 indios amigos, casi todos los caballos y toda la artillería: la gente estaba sumamente abatida, y no había ni con que curar los heridos, ni víveres con que alimentarse. Cortés animando á los unos, socorriendo á los otros, y atendiendo á todo con la prevision de capitán y el va-

lor de soldado, llevó al ejército en retirada por parages montañosos, apoyándose en todos los puntos fuertes que encontraba en el camino, para resistir á las numerosas tropas mejicanas que le perseguían, y á la multitud de enemigos que por todas partes salía á su encuentro, llegando de esta manera con indecibles padecimientos á las alturas por donde habían de salir al valle de Otumba, por el cual pasaba el camino de Tlascala. Pero al doblar la cumbre vieron les cerraba el paso un gran ejército mejicano, que se extendía por todo el ancho del valle hasta perderse de vista.

Al ver los gefes enemigos el orden que Cortés guardaba en su retirada, juzgaron con bastante exactitud que no les sería posible destruir á los españoles yendo en su seguimiento, y así determinaron rodear al abrigo de los montes, con todas las tropas que pudieron reunir, y adelantando á Cortés ocupar aquel valle en que podía maniobrar sin estorbarse tan gran número de hombres, y en el cual los europeos tendrían que pelear sin apoyo, como que estaban precisados á ser los acometedores para ganar el camino en que estribaba su única salvacion. Aquellos españoles que habia seis dias estaban peleando continuamente; caminando por sitios asperísimos, sin víveres, sin agua; comiendo yerba, y repartiendo como manjar exquisito la carne de un caballo que habia muerto; casi todos heridos, sin haberse curado, pues no tenían ni tiempo ni medicinas; estos hombres sin artillería, y con caballos que no podían casi galopar, necesitaban abrirse paso por medio de un ejército, que nuestros historiadores hacen subir á 200 mil hombres, número que no parecerá exagerado si se tiene presente que aquellas eran todas las tropas del imperio mejicano, y el último esfuerzo de su poder para destruir de una vez á aquellos extrangeros, antes que saliesen de su territorio. El mismo Cortés en

su carta de narracion á Carlos V, que tenemos á la vista, dice: *Y cierto creimos ser aquel el último de nuestros dias, segun el mucho poder de los indios, y la poca resistencia que en nosotros hallaban, por ir como ibamos, muy cansados, y casi todos heridos y desmayados de hambre.* Pero aquellos hombres de hierro, dotados de la enerjia indomable de los españoles de aquel tiempo, no desmayaron, antes se apercibieron como valientes á abrirse paso con la espada ó á morir peleando. Cortés escuadrónó su gente, estendió la línea de batalla, poniendo en las alas la caballería, á fin de impedir pasasen los indios á retaguardia y cercasen por todas partes el ejército; y hecho esto dió la señal de acometer. Por largo tiempo estuvo dudosa la batalla, y aunque los españoles hacían terrible destrozo en los enemigos, eran siempre combatidos por tropas frescas, que ocupaban el lugar de las que sucumbían, y rendidos de pelear veían llegar el momento en que extenuados de fatiga no les sería posible mover las armas. Cortés que acudía á todas partes, haciendo igualmente los oficios de general y de soldado, veía con amargura cuanto se dilataba el combate, y buscaba en su imaginacion valiente un medio de decidirlo. Descubriase en medio de las tropas mejicanas al general ó gefe supremo del ejército, llevado en unas andas, y con el estandarte del imperio en la mano. Entonces recordó Cortés felizmente de que aquellos bárbaros creían perdida la batalla cuando esta insignia caía en manos del enemigo, y tomando consigo algunos oficiales, cuyos caballos podían todavía galopar, acometió decididamente por medio del ejército indio, y atravesando por escuadrones enteros, no paró hasta llegar donde estaba el general mejicano, al que derribó de un bote de lanza, cayendo en manos de los españoles el estandarte del imperio. Luego que vieron los mejicanos muerto su

general y perdido el estandarte, volvieron por todas partes la espalda y se declararon en completa fuga: desde entonces la batalla fue solo carnicería. Quedaron en el campo, según nuestros historiadores, 20 mil cadáveres, y los españoles recojieron un botín inmenso, y lo que era más interesante, aseguraron su marcha hasta Tlascala. Diose esta batalla, que es quizá la más célebre que se ha dado en el Nuevo-Mundo, á principios de Julio de 1520.

Al otro día entraron los españoles en Tlascala, donde fueron recibidos como hermanos. Enfermo Cortés gravemente de resultas de una herida que había recibido en la cabeza, llamó el senado sus primeros médicos para que lo cuidasen, celebrando después como una ventura de su nación, la cura de aquel hombre insigne al que llamaban el *Teule*, que era el nombre que daban á sus semidioses. En vano el Emperador de Méjico por medio de sus emisarios quiso quebrantar la fidelidad de aquel pueblo, con las más brillantes promesas, el senado desechó todas sus sujestiones.

Apenas restablecido Cortés preparó en su ánimo la reconquista del territorio mejicano, en que acababa de correr tan terribles riesgos. A fin de reanimar el espíritu de los españoles, y también para imponer á aquellas naciones bárbaras, partió para Tepeaca, en donde sabían habían matado algunos españoles, hizo un terrible castigo, y dejó establecida allí una colonia fortificada, con el nombre de Segura de la Frontera. Marchó después sobre varios cuerpos mejicanos que estaban cerca, y los derrotó, sometiendo algunas ciudades que se le habían rebelado, y preparando así los medios para la empresa de la reconquista de Méjico. Vuelto á Tlascala completó sus preparativos, y tuvo la suerte de aumentar su ejército con algunas tropas que llegaron inesperadamente, mandadas unas por su rival

Velazquez para reforzar á Narvaez, á quien creía victorioso, y otras por Garay, gobernador de Jamaica, deseoso también de tomar para sí alguna parte del territorio mejicano. Alentado con estos refuerzos despidió á la mayor parte de los antiguos soldados de Narvaez, que se habían mostrado remisos en el peligro, y que temerosos de entrar en nuevos trances, deseaban volverse á Cuba.

Cortés entretanto trazaba sus planes, á fin de asegurar el éxito de una guerra tan difícil. Había llegado á reunir 500 infantes, cuarenta caballos y 9 piezas de artillería, fuerzas muy pequeñas para emprender aquella guerra; pero valiéndose con su talento y prudencia acostumbrada de las pasiones y odios de todas las provincias rivales de Méjico, logró tener á veces bajo sus órdenes un ejército de 200 mil indios: tan cierto es que los grandes capitanes se crean ellos mismos los elementos para sus empresas, aun en donde los talentos medianos no encontrarían el más pequeño recurso. Una de las mayores dificultades que se ocurrían á Cortés para el asedio de Méjico era la gran laguna, que la rodeaba, y la cual solo se podía pasar por las estrechas calzadas en que tanto daño recibieron los españoles la noche de la retirada. A fin de vencer esta dificultad mandó Cortés construir 13 bergantines para apoderarse de la navegacion del lago. Hechos estos preparativos, publicó unas ordenanzas para el mejor régimen del ejército, y se puso en marcha, llegando algunos días después á Tezcucó, que era la segunda ciudad del imperio mejicano; donde fueron bien recibidos, viniendo allí á someterse los embajadores de muchas provincias enemigas del Emperador. Estableció en esta ciudad su plaza de armas, y desde allí emprendió varias expediciones para someter algunas provincias de la comarca, y hacer reconocimientos sobre todos los puntos que ro-

deaban á Méjico, á fin de asediarla completamente. Algunas de estas expediciones fueron muy peligrosas, ó por la diferencia del número, ó por los ardides de que se valia el enemigo; y en una de ellas habiendo caido muerto el caballo de Cortés, fue este hecho prisionero, pudiendo felizmente libertarse por haber acudido á su socorro un valiente soldado, llamado Cristobal de Olea.

Verificados estos reconocimientos, y concluidos los bergantines, que se habian hecho, traer en hombros de 8,000 indios, por el espacio de 18 leguas, se disponia Cortés á completar el cerco de Méjico, cuando descubrió una conspiracion formada contra él por algunos soldados cobardes, que temerosos del peligro de aquella empresa, querian con su muerte verse libres para volver á Cuba. Estaba al frente de esta conjuracion Antonio de Villafaña, soldado notable únicamente por su crimen. Sorprendióle el mismo Cortés en su alojamiento, y le sacó del pecho la lista de los conjurados, que era numerosa; pero moderando su prudencia los justos ímpetus de su cólera, y teniendo verse precisado á castigar con la última pena á muchos españoles, cuya ayuda era tan necesaria entonces, hizo ahorcar á Villafaña, y mostró ignorar quienes eran sus cómplices, diciendo que al prenderle se habia tragado la lista de ellos.

Botados al agua los bergantines el 28 de Abril de 1521, dividió Cortés el ejército en tres cuerpos, para que atacasen la capital por las tres principales calzadas, de Tacuba, Iztapalapa y Cuyoacán, y tomó el mando de los bergantines, para apoderarse de la navegacion de la laguna, y acudir á donde hubiese necesidad de su socorro. Asombrados los mejicanos de aquel género de ataque por el agua, que no habian previsto, quisieron destruir los bergantines, acometiéndolos de una vez con el número casi infinito de sus canoas; pero Cortés aprovechándose de un viento favorable se dirigió contra

ellos á vela y remo, rompió su línea de batalla, y tanto con el choque como con el fuego hizo en ellos un gran destrozo, y quedó dueño del lago. Los españoles rompieron los conductos que llevaban el agua á la ciudad, y la cercaron completamente. Todos los dias acometian por las calzadas apoyados en sus flancos por los bergantines, y cegando las zanjas que hacia el enemigo y destruyendo sus parapetos, procuraban llegar al recinto de la plaza, asolando sus edificios exteriores, pero tenian que retirarse antes de la noche, y entonces los enemigos cargaban vigorosamente la retaguardia. Con el fin de conseguir ventajas mas positivas dispuso Cortés un ataque simultáneo por las tres calzadas, y él mismo marchó al frente de sus tropas por la de Cuyoacán. Embistieron los españoles tan decididamente que arrollando todas las defensas del enemigo, penetraron en la ciudad, quemando y destruyendo las calles en que se hallaban parapetados los indios, pero al querer retirarse recibieron un terrible ataque, que fue mas fatal en la parte que mandaba Cortés, por el descuido de un oficial que quedó guardando una zanja que se habia cegado, y dejado á la espalda, el cual, deseoso de tomar parte en el combate la habia desamparado. Los gefes mejicanos que vieron aquella falta, al momento mandaron tropas que volviesen á abrir el foso, viéndose por tanto los españoles cortados en su retirada, y acometidos furiosamente por todas partes. Este contratiempo causó bastante desórden, y Cortés con algunos de sus soldados trabajó para contener al enemigo mientras que los demás pasaban aquel impedimento. En este desesperado combate hubiera sido hecho prisionero sin el noble sacrificio de un español llamado Francisco Guzman que lo salvó; pero aquel generoso soldado, víctima de su adhesion, cayó en poder del enemigo, sin que fuese posible librarlo. En aquella desastrosa retirada se perdie-

ron sesenta españoles y mas de mil indios amigos. Cortés volvió al campamento sumamente pesaroso, tanto por la pérdida, como por el efecto moral de aquella derrota. El Emperador mejicano procuró efectivamente sacar de ella toda la ventaja posible, valiéndose de los medios políticos mas ingeniosos, de que se han servido los gobiernos cultos en iguales circunstancias. Procuró divulgar entre sus gentes que habia muerto Cortés en la retirada, y haciendo tambien servir á su objeto el fanatismo religioso, hizo hablar á sus ídolos, y profetizar la destruccion total de los extrangeros y de sus amigos en el plazo de ocho dias. La profecia del oráculo pudo tanto en los indios que seguian á Cortés, que se vió casi solo con los españoles y algunos gefes indios que, aunque mas despreocupados, no estaban sin embargo libres de recelo. Sostúvose Cortés aquellos dias á la defensiva, mandó emisarios á que tranquilizasen á los indios fugitivos, y cuando hubo pasado el fatal plazo, volvieron al campo avergonzados de haber sido tan crédulos. Sufríase ya en la ciudad la mayor escasez, y los ánimos de los sitiados estaban abatidos viendo á su enemigo tan fuerte y poderoso como antes, á pesar de aquella derrota que habian creído decisiva. Cortés escarmentado del peligro de las retiradas, atacó por las calzadas decididamente, y arrollando de nuevo todos los obstáculos penetraron en la ciudad los españoles, y se hicieron fuertes dentro de ella. Cada division por su parte siguió avanzando en los dias siguientes, destruyendo y quemando calles enteras para quitar todo apoyo al enemigo. Al cuarto dia, despues de indecibles esfuerzos, se reunieron las tres divisiones en la plaza de Tlateluco, que era el punto de reunion general; pero estaba tan embarazada de cadáveres que se vieron precisados á destinar algunas compañías de indios que la desocupasen. Quedaron des-

de entonces reducidos los mejicanos á un ángulo de la ciudad, donde acinados, muertos de hambre y de sed, y apestados por la multitud de cadáveres de que estaban llenas las calles, presentaban uno de esos horriblos cuadros que nos ofrece la historia de Sagunto y de Numancia. Sin embargo, el Emperador mejicano léjos de rendirse afirmaba estar resuelto á sepultarse en las ruinas de la ciudad; pero viendo á los españoles dispuestos á investirle en sus últimos atrincheramientos, y siendo ya insoportable la necesidad que se padecía, hizo entretener á Cortés con falsas proposiciones de paz, á fin de preparar su huida. Dispusieron todas las canoas que quedaban, y embarcándose en ellas la nobleza, acometió á los bergantines, para que mientras pudiese escapar el Emperador, atravesando la laguna. Pero descubiertas por Sandoval que mandaba los bergantines, las piraguas en que iba el Emperador, mandó en su persecucion á Garcia de Holguin con el buque que mandaba, quien lo hizo prisionero. El Emperador, jóven y valiente, que habia llevado la defensa de su capital hasta el último extremo, se mostró tambien de gran corazon en su desventura. Al llegar ante Cortés aquel principe desgraciado le habló en estos términos: *He hecho cuanto debia en mi defensa y en la de los míos, ahora haz de mí lo que quieras.* Y luego señalando un puñal que llevaba al cinto el general español, prosiguió: *¿Qué aguardas? ¿por qué no me hieres con ese puñal, y me matas?*

Preso el Emperador rindieron los mejicanos las armas, tanto en el lago como en la ciudad, quedando concluida la conquista del imperio, y asolada aquella inmensa y populosa metrópoli. Duró el sitio, segun la relacion de Cortés, que ya hemos citado en otro lugar, 75 dias; y se calcula que murieron en él mas de cien mil mejicanos. Asombroso

hecho de armas y de prudencia, superior á muchos de los mas célebres de la antigüedad, y no inferior á ninguno; gloriosa conquista que hará eternamente famoso y esclarecido el nombre de Cortés en la historia de nuestra patria.

El estrecho círculo á que tenemos que reducirnos, no nos permite extendernos sobre las grandes y brillantes empresas que llevó á cabo Cortés, despues de la conquista de Méjico, y que serian suficientes á ilustrar un nombre que no fuera ya tan ilustre.

Conquistada Méjico, vinieron muchas provincias á rendir obediencia; y Cortés, despues de asegurar el territorio, envió á sus capitanes á someter á las naciones mas lejanas, ó menos dispuestas á la paz. Este hombre eminente despues de haber desplegado en la conquista sus talentos militares, manifestaba ahora no menos inteligencia y sabiduría, en la reorganizacion y administracion de aquellos dilatados paises. Fundaba poblaciones, establecia tribunales, exploraba las costas, mandaba religiosos para dulcificar las costumbres, y convertir á aquellos pueblos feroces, y Méjico renacia bajo su mano mas grande y hermosa que antes. Deseoso de abrir á su patria la navegacion del Mar del Sur ú Oceano pacífico, envió numerosas expediciones para que conquistasen los pueblos que caian cerca de aquellas costas, y que las descubriesen y explorasen. El mismo, pensando encontrar un paso desde el golfo de Honduras al mar del Sur, hizo un larguísimo viaje por bosques intransitables y montañas asperísimas, sufriendo toda clase de necesidades, y peleando con los naturales de aquellas tierras. Interin servia á su patria tan heroicamente, los comisionados elegidos por el gobierno español, que quedaron en Méjico, celosos de su gloria y de su autoridad se echaron sobre sus bienes, y vejaron á los suyos

escandalosamente, hasta el punto de ahorcar á un pariente cercano de Cortés. Irritados los amigos de este apelaron á las armas, y divididos asi los españoles estuvo la ciudad á punto de perderse, porque los indios, creidos que Cortés habia muerto, segun la voz que se habia esparcido, se preparaban á caer sobre los españoles y destruirlos. A este tiempo llegó felizmente Cortés, castigó á los indios que andaban rebeldes, y puso orden en aquellas turbulencias.

Las contradicciones que sufría Cortés de las autoridades españolas, hicieron viniese á España el año de 1528, donde dió á conocer la justicia de su causa, y fue muy honrado por Carlos V, dándole el título de Marquez del Valle de Oajaca, y nombrándole capitán general de Nueva-España, y de las provincias y costas del mar del Sur.

Vuelto á Méjico en 1530 dispuso Cortés varias expediciones para las Californias, que tuvieron desastrosos fines, por lo que determinó ir él mismo, y salió con tres buques, llegando allí á fuerza de indecibles trabajos. Despues de reconocidas aquellas costas dió la vuelta á Méjico.

Las nuevas desavenencias que tuvo con los encargados por el gobierno de la Metrópoli, le obligaron á venir otra vez á España, y siguió á Carlos V en su expedicion contra Argel, de donde se levantó á poco el campo, no dando oído á la proposicion del conquistador de Méjico, que se ofrecia á entrar con espada en mano en la ciudad con los españoles y parte de los auxiliares. Vuelta la Corte á España encontraban sus pretensiones, sin embargo, poca acogida en los ministros y en el ánimo de príncipe, el cual se negaba constantemente á darle audiencia. Cuéntase acerca de esto una anecdota, que aunque no apoyada en datos fidedignos es no obstante muy

probable, atendido el ánimo audaz de Cortés, y su noble y justo orgullo. Dícese, pues, que resentido aquel varón insigne de la indiferencia con que se le trataba, viendo un día á Carlos V. en su carroza rodeado de los grandes de Castilla, pasó por medio de ellos y abrió la portezuela del carruage; y como el Emperador sorprendido preguntase quien era aquel hombre. *Soy*, le dijo Cortés, *el que os ha dado mas estados que los que heredasteis de vuestros padres.* Esta noble respuesta hizo que el Emperador, á quien no se le pueden negar tambien grandes cualidades, lo oyese con mas consideracion, aunque no por eso tuvieron éxito las pretensiones del conquistador de Méjico.

Algunos años despues, cansado de las intrigas de la corte se retiró Cortés á Castilleja, pueblo cercano á Sevilla, donde vivió en la oscuridad hasta su muerte, acaecida en 2 de Diciembre de 1547, á los 65 años de su edad. Asi murió en la desgracia de su príncipe aquel hombre famoso que con tanta lealtad lo habia servido; víctima de los meticulosos recelos de la corte y de las intrigas de los palaciegos, á quienes dió oídos Carlos V. mas de lo que debia, echando sobre su nombre una mancha indeleble, que no basta á borrar su propia gloria. Dura leccion que da la historia á los Reyes cuando fiados en el brillo engañador de su corona, se sobreponen á la justicia, y dejándose llevar, como acontece con frecuencia, de los péfidos consejos de sus aduladores, desatienden indignamente á los que los sirven con lealtad y valentía.

Varon verdaderamente digno de eterna memoria, dió Hernan Cortés á su patria una region inmensa y desconocida, á costa de infinitos trabajos, asi con su brazo como con su mente, y á pesar de la oposicion de su mismo gobierno, que por la persona del Arzobispo de Burgos, Fonseca, presidente de Indias, so-

lo trató de entorpecer sus esfuerzos. Era hombre Cortés de gallarda presencia, y de hermoso y varonil semblante, que al mismo tiempo que prendaba y llevaba tras sí el afecto de la multitud, la imponia temor y respeto. Capitan maduro y prudente en sus determinaciones, se dejaba sin embargo en los combates arrebatarse de su valor, comprometiendo su persona mas de lo necesario. No era solo un conquistador esclarecido, era tambien un organizador y colonizador profundo: fundaba ciudades en situaciones sabiamente elegidas; y apoya la razon de sus elecciones en sus cartas al Emperador con tanta copia de razones geográficas, administrativas y políticas, que al leerlas no se sabe si admirarlo mas como hombre sabio, que como guerrero. Escribió como César todo lo que hacia, soltando la espada para tomar la pluma. El lenguaje de sus relaciones á Carlos V. es sencillo, mesurado, y á veces sublime, pero sin afectacion ni redundancia. Para dar una idea de él, ponemos los siguientes extractos de la parte en que refiere la derrota que sufrió en uno de los asaltos de Méjico, y la muerte de algunos de los suyos que se sacrificaron por salvarlo: *Y me llevaran*, dice Cortés en su relato, hablando de los enemigos, *si no fuera por un capitan de cincuenta hombres, que yo traia siempre conmigo: y por un mancebo de su compañía, el cual, despues de Dios me dió la vida; é por dármele, como valiente hombre perdió allí la suya.* Y hablando despues de otro jóven muy querido del ejército, que se arrojó á salvarlo dice: *á él y al caballo, antes que á mi llegase, mataron los enemigos; la muerte del cual puso á todo el real en tanta tristeza, que hasta hoy está reciente el dolor de los que lo conocian.*

No nos detenemos á combatir á los detractores de Cortés, escritores extranjeros empeñados, los mas, en infamar la historia, de nuestra patria. Lo lla-

Domingo 7 de Diciembre.

man cruel y sanguinario por los castigos que se veía precisado á hacer para asegurar su conquista, y sujetar con tan escasa gente países tan extensos, que habia mas número de ciudades que contener, que españoles con que hacerlo. A estas declamaciones de los enemigos de nuestra patria (que no nos quieren dejar ni nuestra antigua gloria siquiera) contestaremos solo con dos hechos, uno de ellos que acaba de pasar, y otro que está pasando en el día. Léase la campaña de sangre y esterminio que hicieron ha poco los ingleses en Caboul, y la no menos destructora y horrible que están haciendo de algunos años á esta parte los franceses en Africa, y digan despues los hombres imparciales de esas dos naciones ilustradas, si lo que hacen ellas en el siglo XIX, se puede comparar á lo que hacia Cortés en el siglo XVI.

Hemos narrado segun el alcance de nuestras fuerzas, y no seguramente como se merecen, los notables sucesos de varon tan insigne. Muchos hechos heróicos de su valor, muchas pruebas brillantes de su inteligencia, hemos sin embargo pasado en silencio, precisados á encerrar en un pequeño cuadro la materia que llenaría sin esfuerzo numerosos volúmenes. Confesamos no obstante, que hemos excedido algo las dimensiones de un artículo de periódico: pero ya que tan menguada época nos cabe en suerte, déjese á lo menos que se esparsa el ánimo en los tiempos pasados.

JOSEF MARTINEZ DE AGUILAR.



## EN UN ALBUM.

1.<sup>a</sup>

Bella es la pura alborada  
cuando desde el rojo oriente  
lanza su lumbre naciente  
sobre la cima escarpada;  
cuando la tierra bañada  
en su encendido color  
luce todo el esplendor  
que le manda el nuevo día,  
bebiendo con alegría  
*su dulce rayo de amor.*

2.<sup>a</sup>

Bello es el extenso prado  
cuando en su pintada alfombra  
se goza la grata sombra  
de algun alamo elevado;  
cuando el ambiente impregnado  
en su purísimo olor  
derrama dulce frescor  
por la llanura abrasada,  
como emanacion callada  
*de un leve soplo de amor.*

3.<sup>a</sup>

Bella es la purpurea rosa  
cuando en su pensil, ufana  
al aire de la mañana  
abre su corola hermosa;  
cuando inquieta mariposa  
de vivísimo color,  
vagando de flor en flor  
con apacible murmullo,  
liba en su tierno capullo  
*el dulce nectar de amor.*

4.<sup>a</sup>

Bella es la voz de la fuente  
cuando con puro raudal  
van sus ondas de cristal  
por el prado muellemente;  
cuando su limpia corriente  
de su cauce en rededor  
se desborda con fragor

por mil diferentes bocas,  
y lanza al dar en las rocas  
*tierno suspiro de amor.*

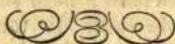
3.<sup>a</sup>

Bella es la luna amorosa  
cuando en la noche callada,  
vierte su lumbre argentada  
por la esfera silenciosa:  
cuando oculta caprichosa  
blanca nube en rededor  
su vivísimo esplendor  
y de sombras al imperio,  
permanece cual misterio  
*incomprensible de amor.*

6.<sup>a</sup>

Bella en fin es la alborada,  
bello es el prado y la rosa,  
bella la fuente amorosa,  
y bella la luna ansiada:  
tanta belleza estremada,  
tal donosura y primor  
es el prodigio menor  
de un mundo siempre naciente,  
formado por el Potente  
*á un leve soplo de amor.*

JOSEF DEL CAMPO.



## Guerra Continental

### DE UN QUINTO PISO.

**E**ntre la Francia y la Inglaterra existe muchos años hace un residuo de añejo odio, que bien puede adormecerse, pero extinguirse nunca.

En los últimos tiempos hemos asistido á todas las fases de una guerra en regla entre ambas naciones: y aunque reducida á estrecho límite, nos ha pa-

recido bastante significativa la lucha en cuestion, para merecer, si no los honores de un largo poema, al menos la conmemoracion efímera de un pasajero artículo de periódico.

Ayúdame, ó musa, á relatar los encarnizados combates que se dieron el flemático inglés y el francés petulante: dime qué fortunas diversas, qué altos hechos immortalizaron este célebre torneo, y cómo despues de hacer prodigios de valor, el francés redujo al inglés á confesarse vencido, esto es, á mudar de vivienda.

En una casita del barrio de S. Honorato, un amigo mio, alojado, como suelen los jóvenes, en un quinto piso, tenia por vecino un matrimonio británico, establecido poco tiempo hacia en París, donde el marido daba lecciones de idioma inglés á los franceses, y de francés á sus compatriotas. Un diminuto tabique de madera separaba las dos moradas, tabique tan delgado que no se podía hacer un movimiento, ni pronunciar una palabra en una de las piezas contiguas, sin que llegase el ruido claramente á los oidos del vecino.

Esta incomodidad, muy frecuente en París, donde grandes arquitectos han sabido hallar el secreto de sustituir ventajosamente las casas de nuestros padres con castillos de naipes, puede aguantarse sin embargo, si los dos estados limítrofes tienen el talento de avenirse, y saben hacerse mutuamente algunas concesiones.

Tal era la situacion de mi amigo Nestor G... respecto de la pareja Blacwood. Mucha resignacion y longanimidad necesitaba Nestor para tolerar el disgusto de semejante vecindad. No porque los ingleses sean naturalmente muy bulliciosos, ni grandes habladores, pues aunque los Blacwood hubiesen igualado en taciturnidad á su célebre compatriota Addison, que no decia veinte palabras por año, la verdad es que Nestor G...

les aventajaba en esto, pues vivía solo, y á no entregarse habitualmente al monólogo, no podía luchar en elocución con sus dos vecinos. Otra circunstancia hubiera cansado pronto á un hombre menos pacífico que nuestro amigo Nestor. Los ingleses comen á todas horas, y analizándola bien, puede definirse su vida una larga masticación. Los Blacwood no faltaban en extrañas tierras á su costumbre nacional. Así es que se oía continuamente en el aposento de Nestor el retintín de los tenedores, mezclado con el ruido de los vasos y los platos, corroborado todo con un olor infernal á cocina británica, que penetraba á través de las endeables tablas de una puerta condenada. El inglés Blacwood poseía por desgracia una cierta voz de falsete que lucía en ocasiones con gran despecho y perjuicio de los oídos de G... mas este que poseía una asombrosa voz de bajo, se servía de ella en los apuros para imponer silencio á su demasiado melodioso vecino. Al menos, en este punto había compensación.

En suma, ambos vecinos se aguantaban uno á otro con cristiana caridad, cuando se rompió de repente esta edificante armonía.

La tarde del día en que publicaron los periódicos franceses el tratado de 15 de julio, G... y Blacwood que solían saludarse afectuosamente cuando se encontraban, se tropezaron en la escalera común; pero esta vez ambos, por una especie de convenio mudo é instintivo, fingieron no verse, y guardaron un silencio feroz.

Encerrado en su cuarto se puso Nestor á leer y á fumar; pero apenas había abierto el libro, cuando sonó en la pieza vecina el choque de la vagilla, los Blacwood iban á hacer la quinta comida. Nada tenía de insólito esta circunstancia, que se reproducía fatalmente todas las noches entre ocho y nueve, y sin embargo, afectó dolorosamente los

nervios del francés. En vano intentó continuar su lectura y concentrar su distraída atención: no pudo triunfar de la especie de irritación febril que le causaba aquel fastidioso y periódico retintín. Se levantó, cruzó la estancia en todas direcciones, bebió dos ó tres vasos de agua, se tapó los oídos, pero nada pudo calmar su exasperación. Por último, no pudiendo ya más:

—Malditos tragones! exclamó con voz tonante, aplicando en la pared un tremendo puñetazo.

Una solemne carcajada fue la única respuesta de los esposos Blacwood á tan fulminante salida. El ruido siguió aun algunos instantes y á poco cesó dejando á G..... proseguir su lectura.

Una hora después comenzó la misma música con la diferencia de que á los platos y cubiertos sucedieron las tazas y las copas. Trataban los Blacwood de saborear el clásico té con acompañamiento de sandwich y tostadas.

—Esto es el cuento de nunca acabar! exclamó G..... desesperado. Que raza escomulgada! en que piensa el gobierno que los deja venir á Francia? porque al cabo son nuestros enemigos, nuestros enemigos mortales; pero yo les aseguro que les ha de costar la torta un pan, voy á combinar un plan de ataque y nos veremos las caras.

Desde el día siguiente, dieron principio las hostilidades con aquel vigor que comunica un odio mútuo y encarnizado.

En la puerta condenada de que hablamos arriba, había algunas hendiduras que fueron desde el principio y de comun acuerdo tapadas con cera. Lo primero que hizo G..... fue extraer con un cuchillo la sustancia protectora, cuya falta dejó sin velo y sin defensa á merced de su mirada profana los mas secretos misterios del matrimonio Blacwood. La pareja, poseída de terror se dió prisa á reparar la brecha abierta en el muro de su vi-

da privada: pero verificada apenas la restauracion, el cruel vecino la destruia totalmente. Segunda y tercera operacion no tuvieron mejor suerte, y al fin los esposos hubieron de renunciar á aquella dulce serenidad del hogar doméstico que tanto precio tiene para un inglés: un ojo maligno envenenó todòs sus placeres.

Para vengarse, imaginó el inglés cantar desde el amanecer hasta la noche su himno nacional, *God save the King*, la marcha del *Buey coronado*, y las canciones escocesas. Nestor, replicó con ventaja con la *Marsellesa*, *Mambrú se fue á la guerra*, y todo el papel de Beltran en la obra inmortal de Giacomo Meyerbeer.

El inglés, derrotado, alquiló un piano para su muger, quien en los momentos de pausa causados por el cansancio de los dos cantores, tuvo órden de tocar sin descanso el wals mas monotono con pédalo obligado y un dedo solo. A la cuadragésima quinta repeticion de la cansada melodía, tomó Nestor el sombrero y salió precipitadamente. Media hora despues estaba de vuelta con una magnífica trompa, que hizo sonar terrible y amenazadora, como lo hará sin duda la trompeta del ángel en el juicio final. El efecto de tan horrible música fue decisivo é instantáneo: mistress Blacwood lanzó un grito de dolor y de espanto, y desde entonces quedó reducido el piano al mas completo silencio. En consecuencia, el piano volvió al alquilador, pero Blacwood dió queja contra la trompa de Nestor, que habiendo por desgracia asustado á todo el barrio, hubo de ser eliminada.

Envanecido con este triunfo parcial, el inglés abrió su corazon á la esperanza y confió en una victoria próxima. Para asegurarse mejor, convidó á muchos compatriotas á beber ponche que corrió en abundancia, y tan bien los achispó que por espacio de cuatro horas

mortales fue aquello un caos, un burl del espantoso, capaz de volver loco al hombre de mejor cabeza.

Y entre tanto ¿qué hacia nuestro amigo Nestor? se estaba quieto y no respiraba, porque juzgaba que seria trabajo perdido. Armó sus baterias y aguardó con la paciencia del mundo á que se hubiesen ido todos los convidados: despues, á cosa de las dos de la madrugada, cuando los esposos comenzaban á gustar las dulzuras del sueño, un estruendo espantoso originado por la caida simultánea de mesas y de sillas, los despertó sobresaltados y heló sus cuerpos de espanto, porque en el primer desórden inseparable de tal algazara, se figuraron que algun cataclismo abreviaba su hora final. Un silencio de muerte siguió al tumulto. Nestor con la barbarie digna de un atormentador de la inquisicion, los dejó dormirse de nuevo, alzó sus muebles, y cuando cierto ruido sordo le anunció que los esposos Blacwood descansaban en brazos de Morfeo, repitió su maniobra. Esta vez, conociendo ya los desdichados de dónde procedía el golpe, maldijeron cordialmente á su pérfido vecino: mas en lo sucesivo se abstuvieron de dar báquicos festines, temerosos de esponerse á sus crueles represalias.

Pertenecia á la familia Blacwood un gozquillo sumamente medroso y gruñon, que mas de una vez aburriera á Nestor con sus intempestivos ladridos. Este animal se convirtió en auxiliar de Nestor: todas las noches este, que rara vez se dormia antes de las tres ó las cuatro de la mañana se iba de puntillas á arañar con la punta de la uña en el famoso tabique. El ruido ligero y casi imperceptible para un oido humano que producía el roce, despertaba el perro y este á sus amos con sus ahullidos de alarma y lastimeros ladridos. En vano estos, soñolientos, se desgañitaban para hacer callar á su vijilante guarda: el perro empezaba á poco rato sus lamentacio-

nes con mas fuerza. Semejante suplicio era tanto menos tolerable cuanto que no sabian á qué achacarlo, pues aunque sospechaban de su maligno vecino, no daban con el secreto de aquella oculta agresion.

Era de temer, sin embargo, que tal continuidad de insomnio y de tormentos redujese á la desesperacion á los esposos, y determinase alguna escena trájica para Nestor. Estos recelos que á él le hacian reir fueron demasiado bien justificados del modo siguiente.

Una noche borrascosa del último otoño, temiendo Nestor sin duda que no bastase el ruido del trueno para tener despiertos á sus vecinos, se habia acercado pasito á paso al tabique para repetir su maniobra ordinaria. El perro asustado por los relámpagos, habia ladrao mucho aquella noche, pero hacia una hora que callaba como un muerto. Algunas palabras indistintas, pronunciadas á media voz en la pieza adyacente, llamaron la atencion de Nestor, aplicó el oido á la pared, y he aquí lo que pudo recoger de aquella conversacion extraordinaria.

—Es preciso matarle! decia Blacwood con tono de resolucion feroz.

—Cielos! qué vais á hacer? exclamaba la esposa sollozando.

—Poner término á este suplicio. No puedo ya soportar tan infernales tormentos!

—Matarle porque le quiero! dijo mistress Blacwood desolada. Ah! perdon, perdon para el pobrecito!

—*Porque le quiero!* repitió Nestor angustiado.

—Al menos aguardad á que amanezca: consultemos con la almohada.

—No! no! dijo Blacwood; es preciso acabar de una vez y al punto.

—Pues es capaz de hacerlo como lo dice, exclamó Nestor apoderándose de un sable mohoso que por casualidad poseia.

En este instante se abrió con estrépito la puerta del vecino, y Nestor sin escuchar mas que aquella furia francesa que desprecia toda idea de peligro, se lanzó, enarbolando su arma y á oscuras sobre la reducida meseta de la escalera.

—Quién vá? exclamó Blacwood.

—Francia! contestó Nestor; Francia que vela para estorbar los culpables proyectos de Albion.

Y avanzando resueltamente en la direccion de donde salia la voz del asesino, se aprestaba á tirarle una estocada, cuando el vivo fulgor de un relámpago, tendiendo de repente sus azules reflejos sobre aquella escena nocturna y melodramática, alumbró á su enemigo Blacwood que llevaba un perrillo debajo del brazo.

A vista de Nestor en camisa, y sobre todo de el arma amenazadora apuntada á dos dedos de su pecho, no pudo este último menos de retroceder espantado.

—Quereis matarme! Gooddam!

—Bueno, cuando es al revés! contestó Nestor riendo á su pesar de la equivocacion: no estábais hablando de matar á alguien?

—Me estaba escuchando! pues bien, si, señor, quiero matar á mi perro que está rabioso por causa vuestra sin duda: ó por mejor decir, he querido matarle, porque ya espiró el pobrecito. Le he ahogado esta noche en medio de un acceso de furor, originado por sus incesantes ladridos. Y vos teneis la culpa de esta desgracia, que mi esposa ignora todavía.

Reia Nestor descompasadamente de la cruda catástrofe, tanto que el irritado isleño le tiró el muerto á la cabeza, y temeroso de represalias, se refugió en el aposento conyugal donde en toda la noche no se oyó otra cosa que llanto y rechinamiento de dientes.

Este incidente renovó las hostilidades

y desde aquel día se formalizó una guerra incesante, desesperada, implacable entre ambos vecinos. Lo menos dos veces cada día, era cortado el cordón de la campanilla de cada contrincante, y al cabo de una semana fue fuerza renunciar al uso de este mueble útil. Nestor hizo imprimir con profusión de ejemplares unas esquelas concebidas en estos términos; «John Blacwood de Londres da lecciones de gimnástica y de fandango; también enseña esgrima por un método nuevo, y diferentes instrumentos de viento y cuerda. Vive calle..... n.º.....» Por espacio de quince días inundaron la casa los estudiantes mas heterogéneos, en busca del maestro que se pelaba de furor, y maldecía la hora en que pisó la tierra de Francia.

Mas no por eso desmayaba, y ponía en tormento su imaginación para sacar venganza. Cierto día el inglés pensó en un recurso singular, y no del todo desacertado. Nestor que no se distingue por una gran exactitud en pagar á sus acreedores, recibía con frecuencia del zapatero cierta visita insidiosa, de que aunque molesta no podía desembarazarse. Blacwood tomó á su cargo este cuidado. Aguardó una mañana al artesano, y se hizo dueño de la cuenta pagándole en el acto. Armado con tan precioso documento, se presentó en el cuarto de Nestor y le intimó que le pagase al punto.

—Qué significa esto? dijo el frances mirando el papel. Desde cuando me habeis botas para.....

—No soy yo, pero al zapatero.....

—Ya. Os hatraspasado su tienda y débitos.

—Ni por pienso; me ha cedido su crédito contra vos, y quiero que al punto.....

—Pues lo siento, interrumpió Nestor con imperturbable cachaza. Si antes de hacer una especulación imprudente me hubierais consultado, os hubiera dicho que.....

—Qué? exclamó el inglés con ansiedad.

—Que tengo hecho voto de no pagar al zapatero.

—Eso lo veremos, señor mio, dijo Blacwood enfurecido.

—Hubo sus dimes y diretes, sus insultos y amenazas, pero la presencia de un vecino los contuvo, y se retiró el inglés desconcertado. Al otro día fue citado Nestor ante el juez de paz y acudió exactamente, dejó hablar al isleño, y en seguida se levantó esponiendo su defensa en un elocuente discurso.

Tomando por testo de su oración el conocido adagio: *Ne sutor ultra crepidam*, sentó por medio de una serie de silogismos irrefragables que si el sutor, ó sea el zapatero, no debe estender su ambición mas allá del tirapie y de la horma oficiales, tampoco es razon que personas inespertas se entrometan en cuestiones de botas.

—Ha de consentirse, continuó con fervor, que estrangeros codiciosos abusen de la hospitalidad generosa que reciben en Francia para especular con la miseria de los ciudadanos, y arrastrar ignominiosamente á hombres de bien al banquillo del criminal, al temido santuario de Temis incorruptible!

Terminó presentando el mas lastimoso cuadro de sus ahogos pecuniarios, alzó el brazo á este tiempo para enseñar un notable agugero que tenia en la levita, y declaró que, no obstante su absoluta pobreza, tenia intención formal de pagar su deuda, pero que necesitaba tiempo.

Aturdido Blacwood por aquel torrente de elocuencia, no halló palabras para replicar, y se remitió á la sabiduría del magistrado.

Tú que tal hiciste! el tal juez de paz era enemigo acérrimo de los ingleses, y sentenció á Nestor á pagar tres francos al contado de los ciento cincuenta á que ascendía la deuda, y cuarenta sueldos mensuales; con lo cual en seis años que-

daba la cuenta saldada completamente.

—Pues señor, decía Nestor volviéndose á su casa, es menester dar un golpe en grande si ha de quedar por mí el triunfo.

Una hora despues repartía á quince ó diez y seis amigos la siguiente circular :

Querido fulano :

«Te aguardo mañana á las cinco de la tarde en punto. Se trata de un asunto vital para tu afectísimo compañero  
*Nestor G.....*»

P. D. Haz tus preparativos para una ausencia de muchos dias.»

Metidos en curiosidad por esta lacónica epístola no faltaron á la cita los amigos de Nestor. Conocían su buen humor y singulares ocurrencias, y presumieron que seria alguna de las suyas. Grande fue su sorpresa al encontrar en casa de Nestor una mesa abundantemente surtida, porque semejante lujo gastronómico era raro en efecto en casa de nuestro héroe.

—Queridos amigos, les dijo luego que los tuvo reunidos á todos, os he convocado y reclamo vuestro auxilio para conseguir sin efusion de sangre una empresa en que está interesado mi reposo, mi vida, mi honor, y lo que mas aprecio. Me parece que no querreis verme morir en un cadalso ?

—Qué disparate ! exclamó el auditorio espantado.

—Pues de vosotros pende el evitarme tan ignominioso fin. Mi desgracia ha querido que yo tenga un inglés por vecino. Ahí está detrás de ese tabique oyéndome sereno, impassible. Aborrezco al tal inglés, y es preciso que se marche, porque no podemos respirar el mismo aire. He hecho mil esfuerzos, pero en vano; ayudadme á triunfar de su estúpida terquedad, porque si nó aguardo por momentos una catástrofe horrible.

—Hablas de veras ?

—Y tan de veras. Ahora bien, exijo de vosotros que os comprometais bajo juramento á no abandonar este puesto antes de que el inglés se haya largado con la música á otra parte. Tengo víveres para mas de una semana, y aun si fuere necesario.....

Todos sus ahorros, el producto de algunas alhajillas empeñadas le habian servido para los monstruosos preparativos del desesperado Nestor.

—Tendré mas, continuó, cigarros, vino, barajas, en fin todo lo preciso para pasar el tiempo alegremente. Constituyámonos en sesion permanente para reir, para beber, para cantar, mientras podamos tenernos en pie. Aquí hay cama y sofá donde alternemos para descansar, pero mi enemigo no ha de tener un minuto de descanso. Os contenta el plan ?

—Admirable ! es cosa hecha, exclamaron los convidados riendo.

—Pues á la mesa, y si alguno se desdice le declaro tres veces cobarde, traidor y villano.

Dicho y hecho. Los manjares eran delicados, y el vino generoso : Nestor se habia portado, y sus baterías, aunque solo de cocina, debían esparcir la desolacion y el terror en la morada de la infortunada pareja inglesa. Al banquete siguió el café, al café el ponché, al ponche el té y los brindis : luego se cantaron coplas amorosas, libertinas, himnos báquicos ; un oficial de marina entonó un romance de quinientos versos con sus coros correspondientes, y al mismo tiempo se cruzaban las voces, los cuentos, la zambra mas insufrible. Estos diversos ejercicios se prolongaron con la mas admirable heroicidad y sin descanso : á los coligados que se dormían sustituían los que acababan de sacudir una mona, y solo Nestor se mantenía infatigable y sereno : su idea fija, su pesadilla le atormentaba suministrándole fuerzas sobre humanas.

xionó seriamente, sondeó su corazón, y viendo que se iba á pique se sentenció á sí misma, y miró como un sagrado deber el no presentarse de nuevo en las concurrencias.

Te reirás, y conviene que rias como dice Plinio el jóven en sus escritos; no podrás aguantar la risa cuando te confiese que todas las noches rondaba las ventanas de Julia como si fuera su novio. Nunca habia yo entrado dentro de su cuarto, y esto era para mí un enigma lleno de encanto que me hacia discurrir para adivinar en qué disposicion estaria. Hacia allí debe caer el salon, me decia á mí mismo; á este lado deberá estar el cuarto de su marido.... Vamos ligeros: mas allá, proseguia yo entusiasmado, estará su alcoba. Sin duda que descansa en estos instantes;.... acaso, acaso estará Julia pensando en mí.

Luego que rondaba su casa, me iba tan placentero. Bien yes! euan poco me faltaba que conseguir! A vosotros, jóvenes de la sociedad de *Criados*, que habeis tomado este nombre, os parecerá esto demasiado tonto. Peor para vosotros; yo era feliz.

No mucho despues de esto supe que Mr. Donfront se encontraba enfermo; muy pronto se apoderó de él una calentura tifoidea de bastante peligro. El mal hizo extraordinarios progresos y el estado del paciente llegó á ser fatal. Por espacio de siete dias cumplidos los médicos de mas nota llamados para asistir al diputado se abstuvieron de fallar la cuestion de si viviria, ó le quitaria la fiebre del mundo. Olvidando los agravios tan recientes de su marido Mad. Donfront le prodigó todos los cuidados posibles, y por último despues de varias alternativas logró verle fuera de peligro.

Aquella enfermedad me dió un golpe terrible. Todos los recuerdos de Julia, avivados por los sufrimientos de su marido, y por el temor de que un lúgubre

desenlace fuese el término de la fatal calentura, combatian á un mismo tiempo todo pensamiento secreto de interés hacia mi persona. En fin, la imperiosa voz del deber, palabra tan temida de los amantes, resonaba cada dia con mayor fuerza en los oidos de la pudente y honrada Julia. Se resolvió á no verme mas, y persuadió á su marido á salir de París al menos por toda la primavera.

A fin de que nos separase una considerable distancia Mad. Donfront escogió por lugar de su residencia á Chalons sobre el Marne, en cuya ciudad tenia una magnífica posesion, y se marchó á ella á jornadas cortas con su esposo convaleciente.

A propósito de sentencia. Mad. de Grignar estaba ya prendada de la que dice, *mejor es morir en presencia que vivir en ausencia*. Yo juzgué conveniente aplicármela, y hallándome independiente por mis riquezas, y en libertad de seguir mis caprichos, no teniendo obligacion alguna de residir en Paris, tomé una silla de posta, y fuí á establecerme en Chalons sobre el Marne, calle del Colegio, frente por frente de la magnífica y respetable mansion de Mr. Donfront.

Chalons es una ciudad pacífica y casi desierta. Sus vecinos son despejados, pero de buenas costumbres, serviciales y cariñosos con los que saben grangearse su aprecio. Yo tomé un cuarto en casa de unos honrados champañeses, que me trataron como si fuera su hijo, y muy pronto tuve motivo para reconocer la injusticia del inexacto juicio de Julio Cesar.

Yo no me habia propuesto seguir ningun plan, y emprendí mi viaje, como ya he dicho, por un antojo. Sin embargo, mis primeras ocupaciones, asi que llegué, fueron el estudiar los contornos y las costumbres de la casa del diputado. Oculto todos los dias detrás de la cortina de mi ventana, esforzándome por la noche en hacer hablar á mis haés-

pedes, me informé al instante de todo lo que deseaba saber.

Julia no salía á paseo. Continuaba asistiendo á su esposo con todo el cuidado que exige una larga convalecencia. Por espacio de quince dias no la ví ni siquiera un momento; mas yo respiraba el aire que ella, sabia que la tenia cerca, y estaba lleno de confianza.

Asi se pasaba el tiempo, cuando he aquí que los diarios del departamento publicaron la noticia de haber llegado á Chalons una célebre cantarina, que venia con ánimo de dar un gran concierto.

Como yo estaba casi siempre de atalaya en mi observatorio, el dia en que iba á celebrarse esta solemnidad filarmónica ví salir juntos á Mr. y Mad. Donfront, que se dirijian hácia el teatro.

El patio del teatro de la ciudad de Chalons tenia entonces la incómoda circunstancia de que los espectadores estaban precisados á ver la funcion en pie, por la lógica y concluyente razon de no haber asientos. Esta molestia hubiera bastado para que yo no asistiese, á no mediar Julia; pero lejos de disgustarme y no ir, me faltó tiempo para encaminarme á ver aquel espectáculo. Como la mayor parte de los que estaban en el teatro eran artesanos, labradores y militares me barajé entre ellos y de este modo evité las miradas del diputado, y pude contemplar á su esposa á mi gusto.

Julia siempre era bella, pero no con esa belleza que es hija de la felicidad. En lugar del fresco y sonrosado matiz que otras veces presentaba su rostro, se veia en sus nobles y atractivas facciones la palidez, la resignacion, el desasosiego. Entretanto se dió principio al concierto, y al salir á las tablas la célebre cantarina fue saludada con numerosos aplausos.

Sabido es que tan luego como los artistas se presentan al público tienen la costumbre de pasar, digámoslo asi, revista á todos los concurrentes, y ya

queda dicho que Mr. Donfront tenia que vituperarse grandes fragilidades con respecto á las actrices de la ópera. La cantarina presente era una prueba incontestable que no admitia la menor réplica. El diputado fue conocido por la parisiense tan luego como le vió.

Bien fuese por los recuerdos de lo pasado, ó por el hastío de su nuevo método de vivir, Mr. Donfront no pudo disimular las muestras que atestiguaban su interior regocijo, y á pesar de que su muger se hallaba delante se estableció al momento entre él y la cantarina un cambio de miradas de inteligencia.

Estraña á este manejo de las mugeres abandonadas, pero advertida por el instinto peculiar de su sexo, Julia advinió lo que sucedia, y rogó á su marido que tuviese á bien el volverla á llevar á su casa. No sucedió esto sino despues de haber empleado infructuosamente Mr. Donfront mil pretestos ridiculos, y al cabo de una hora de reiteradas instancias se decidió á abandonar el concierto.

Julia quedó gravemente herida.

Gracias á mis cotidianas observaciones habia yo conseguido enterarme perfectamente de la hora en que salian de casa el diputado y su esposa. Sabia yo que por la mañana no se abria la puerta de la casa mas que para los sirvientes, y por lo tanto dedicaba este tiempo á pasearme por las inmediaciones de la ciudad.

Al otro dia de haberse dado el concierto iba yo hácia el paseo mas agradable de los de Chalons, llamado el Mars, el cual es un inmenso terreno plantado de hermosos árboles, que forman calles muy espaciosas, y concluye al salir de Chalons con la casa de la prefectura á la izquierda, y con el rio Marne por el lado contrario.

A pesar de lo cerca que está de Chalons este hermoso paseo, los habitantes de la ciudad le miran con indiferen-

cia, ó á lo menos concurren muy poco para disfrutarle. Despues de haberle visto yo con admiracion, y andado de arriba abajo me disponia para volverme á mi casa, cuando he aquí que al revolver una de las filas de árboles me encontré de improviso frente por frente de Julia que caminaba de prisa y me conoció al instante.

El aturdimiento y la benevolencia de Mad. Donfront fueron tales que me quedé sorprendido y rebotando de gozo. Ella me trató como amigo hablándome con un tono lleno de afabilidad. Durante un gran rato fuimos uno tras otro, y nos referimos todo lo que nos habia pasado despues que nos separamos. Yo la conté mis cuitas, mi aburrimiento, y mis dichas cuando únicamente me era posible verla, en fin la historia completa de mi corazon.

Me respondió con extraordinaria dulzura, pero sin darme la menor esperanza.

Casi sin echarlo de ver llegamos al extremo de el Jars, hácia el sitio mas inmediato á los diques. De repente ví que Julia se puso pálida, y la pregunté qué tenia; pero nada me respondió.

Despues de permanecer callada por algunos minutos, estendió la mano en direccion de unas matas muy agrupadas y espesas que estaban á unos dos pasos de distancia del parage en que nos hablabamos.

Siguiendo con la vista las miradas de Julia descubrí por entre las hojas á Mr. Donfront que estaba en conversacion con la cantarina de la noche anterior, y la besaba la mano con suma franqueza y familiaridad.

Ved ahí mi esposo, me dijo Julia con acento desfallecido, tal es la ley que se nos impone. El puede faltar impunemente á sus juramentos, á sus deberes y á mi ternura. El es hombre; entretanto que á mí porque soy débil, porque soy muger se me condena á sufrir... el olvido,

el abandono, el ultraje. Por lo que toca á las mas secretas voces de mi corazon, debo ahogarlas; el mundo todo me está observando, y así lo quiere. El mundo esije que os rechace, á vos mi estimado amigo, á vos que me amais con delirio! No hace mas de un momento que tenia intencion de eludir vuestra vista, huyendo por no encontraros; yo pensaba refrenarme á mí misma; y mientras me disponia á hacer en secreto este sacrificio, este hombre á quien estoy obligada á llamar mi marido me hace traicion.... por una vil cantarina. No; esto es hecho. Voy á romper los vínculos que me unen con ese infame. Ya he padecido bastante, Julio, me dijo alargándome la mano, Julio, soy vuestra amante.

Yo caí de rodillas ante ella.

Me es imposible explicar lo que sentí entonces. Creí morirme de gozo; salté; corrí, reí, retocé. Muchos de los que se paseaban, con quienes tropecé sin querer, me tuvieron por loco, y en efecto, no faltó mucho para que se me volviera el juicio.

Mis relaciones con Julia han durado diez y seis años; pero á decir verdad, mi dicha no fue completa, duradera y sin límites sino por una semana. *Bien empleado me estaba*, como dicen las canciones del vulgo. Sí, mi amigo; durante ocho dias espermenté la mas grande felicidad humana que puede discurrir el entendimiento.

En el interior, apenas habia cometido Julia su falta, cuando advirtió la inmensa gravedad de su crimen; y se lo echaba en cara con la mayor amargura. Yo procuraba tranquilizarla; pero tanto mi amor como mis reflexiones se estrellaban contra sus remordimientos. Nunca la fue posible ahogar el roedor gusano de su conciencia.

El tiempo se pasó con una rapidez increíble, y te ahorro la referencia de lo ocurrido en un largo periodo que no ofrece interes alguno.

Sin echarlo de ver, iba yo envejeciendo, y cumplía ya cuarenta años. Aquel mismo día me miré por casualidad al espejo, y ví tenía la frente surcada de arrugas. Por un leve motivo Mad. Donfront riñó conmigo, lo que sentí en extremo.

Desde entonces la indiferencia reemplazó al cariño; la aspereza vino tras la indiferencia, y la aspereza jamás se rinde. Hice el último esfuerzo, y solicité una entrevista, que Mad. Donfront no tuvo dificultad de otorgarme.

Cuando estuvimos á solas pedí esplicaciones á Julia, y la pregunté el motivo de lo que yo llamaba políticamente su frialdad; ella me contestó que en ninguna época habia podido perdonarse su falta; que el tiempo habia puesto término á las locuras de Mr. Donfront, que sus hijos tenían derecho para pedirle una estrecha cuenta de su conducta; y por último, que habia llegado la hora de expiar su delito; esto es, de cortar relaciones conmigo.

En el mismo acto, y casi á mi vista se reconcilió el matrimonio, y quedé olvidado sin poder apelar á nadie.

Heine aquí pues, con cuarenta años, fastidiado de mí mismo, y de todo lo que me rodea. En un solo día miré rotos los lazos que me aprisionaban el corazón, destruidas mis esperanzas, y un horizonte cargado de nubes precursoras del porvenir mas triste y desconsolador. Yo habia rehusado enlaces muy ventajosos y proporcionados, porque creia que el matrimonio era imposible para mí. Estaba dormido; pero ya he vuelto de mi letargo.

En uno de los momentos de mi fastidio, salí de Paris, que se me hacia insufrible, y me fui á vivir á Perpiñan, en donde resido.

He aquí mis aventuras, querido amigo; ¿serán iguales las tuyas?—Tu tío.

VIENNOT.

## PICAR

### BAJO TECHADO.



**C**onozco á un tal don Lésmes que es una verdadera *carcoma*. A esta última palabra se parece mucho su apellido, por consiguiente esten vds. sobre aviso para no ser, como yo el otro día, víctimas de alguna de sus visitas.

Suele hacer estas á la hora de comer. Siempre entra preguntando: ¿«están comiendo?» Si le responden que *si*, lo que sucede siempre, puesto que él mismo lo sabe de antemano tan bien como cualquiera de la casa, manifiesta de pronto sentirlo: luego aparenta que vacila, y por fin se cuele de rondon diciendo: «soy persona de confianza, ea!»

—Quiere vd. comer? le dije el otro día.

—No, gracias: ya he comido: yo lo hago temprano.

—Pues siéntese vd., y picará si gusta.

—Bien, picaremos.

Acababa de servir la sopa. Advierto á vds. que don Lésmes lleva un lente que suele colgar del ojo derecho, y con gesto dificultoso flecha al través del cristal su desoladora y hambrienta mirada en todos los platos que van apareciendo desde el principio hasta el fin. Finge ser corto de vista, pero en realidad la tiene mas larga que un lince ó un halcon.

—Ponga vd. plato y cubierto á este caballero, dije yo á mi criado.—Desventurado de mí! ojalá nunca se me hubiera ocurrido tan fatal idea!

Hizolo el criado, á pesar de que don Lésmes dijo:—Oh! no: es inútil.

La sopa era de arroz, vegetal al cual profeso un cariño digno de un valenciano, y desgraciadamente tenia aquel día mucha gana de comerlo, y la soperá estaba bastante escasa.

—V. no querrá de estó, dije á don Lesmes interrumpiendo la conversacion que habiamos emprendido.

Tomaré un'aloncito, me contestó como si creyera que era pichón ó palomino.

—Sirvase V. á su gusto, añadí sonriendo; y esperando el efecto de su sorpresa le acerqué la soperá.

Tomó don Lesmes el cucharón, se llenó su plato, y empezó á picar sin el menor síntoma de desengaño. Ya estaba á la mitad cuando exclamó:

Toma! si es arroz! y yo tan majadero! como soy tan corto de vista.... creí que era un pichón.

Presentaron despues un hermoso trozo de carne asada y enjuta.—De esto no querrá V., volví á decir á don Lesmes.

—Picaré, me contestó. Deme V. una cucharadita tan solo.

Como no era fácil coger una cucharadita de vaca asada, le dije:—V. se servirá á su placer.

Empuñó don Lesmes el trinchante, y cubrió su plato con una ancha tajada que devoró con escelente apetito. Iba ya á concluir, cuando de repente se hace el sorprendido, quédase mirando al plato con los ojos muy abiertos y esclama:—Ay que majadero! pues no estaba yo picando de la carne pensando que eran natillas? Esto de ser corto de vista...

Sirviéronme en seguida un frito de croquetas y de sesos.—Y de esto picará V.—Tomaré un poquito de salsa.—Todavía no habia yo caído en la cuenta; confieso que anduve bastante torpe. No me atrevia á decirle que se equivocaba, y casi sentido de no poder darle el poquito de salsa le puse en el plato su porcion de frito. Despues de haberlo consumido volvió á repetir la farsa, y exclamó que por ser corto de vista ha-

bia creído que las croquetas eran calamares.

Entónces comprendí verdaderamente la cosa, y adopté mi plan para el resto de la comida.—Me propuse avergonzarle, y dije al criado que pusiese pan abundante á aquel caballero, con todo lo demas preciso para picar en regla. Supliqué á don Lesmes que dejase la esquinita de la mesa donde humildemente se habia colocado, y que se corriese hácia el centro para estar con mas comodidad.

Me trajeron un pollo asado, y luego otras cosas, y dije á don Lesmes:—Caballero, esto es pollo asado; ¿quiere V. una patita?

—Venga el cogollito, me contestó haciéndose el distraído; V. se ha empeñado en hacerme comer! Y tuve que abandonarle el plato para que se sirviera por cuarta vez. Por ser corto de vista creia que era ensalada!

—Este es un *fondig* ¿quiere V. tambien un huesecito?

—Venga el huesecito.—Esta es una *charlotte* de crema ¿tomará vd. un pellegito?—Venga el pellegito.—Ya me iba yo impacientando de tan sin igual descaro.

—Y de estas peras ¿no tomará V. un cuernecito? le dije ya enfadado.—Y él sin alterarse: nó, gracias, no quiero ya picar.

—Hace V. perfectamente, porque puede darle una indigestion.

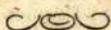
—Señor don Lesmes, le dije despues que el criado nos dejó solos, sabe V. que esta casa y esta mesa son muy suyas: yo cómo todos los días: lo hago á las cinco en punto: si V. gusta acompañarme diariamente, se le pondrá su cubierto y comeremos juntos. Pero si quiere V. picar le aconsejo que se vaya á la plaza de toros.

No ha vuelto desde entónces por mi casa, mas he sabido que sigue viviendo de lo que pica.—M.

Domingo 21 de Diciembre.

## CONGRESO DE WASHINGTON.

*Impresiones y recuerdos de mis viajes.*



**C**ómo hiela! Le compadezco á V. mi amigo español: esto me decía en Baltimore el 23 de diciembre M. Cleverfellow, tiritando de frio.—Pues yo creo que debe V. empezar por compadecerse á sí mismo.—Sin embargo V. debe sentirlo mas, aunque dicen que los que vienen de climas cálidos no sienten mucho el frio el primer año, porque traen la sangre ardiente. Es cierto?—No lo sé; porque este es el primer invierno que paso aquí, pero puedo asegurar á Vd. que es imposible que lo sienta mas en adelante, pues estoy materialmente helado, y eso que la chimenea arde como un infierno, y que todo mi cuerpo está cubierto de lana.—Y que, ¿diferiremos nuestro viaje á Washington?—De ningun modo: hoy partiremos á las cuatro.—Sí, partiremos; pero no puede ser á las cuatro, porque como el vapor de Filadelfia que en verano llega á las dos, en invierno nunca aparece antes de las cinco, tanto porque amanece mucho mas tarde, cuanto porque es mas lenta su marcha por estar el rio medio helado, y la diligencia espera su llegada para llevar mas pasajeros, así lo mas temprano saldrá á las 7 ó las 8, y á esa hora habrá apretado el frio terriblemente. Despues, como este año con el motivo de la traslacion de los depósitos hay tanta ansiedad..... El tal Jackson no paga con su pellejo todo el mal que ha hecho.—Pero cual es su intencion?—Destruir el banco de los Estados-Unidos con dos objetos y un

solo fin.—Yo no entiendo que quiere decir eso.—Voy á esplicarme: los dos objetos son vengarse del banco que hizo mil esfuerzos en 1832 para impedir su reeleccion, y extinguir el papel-moneda, con el cual ha adquirido esta república un crédito monstruoso, y ha progresado tan extraordinariamente. Su fin con dicha destruccion del banco, es hacerse reelejir segunda vez en 1836 y perpetuar en él la presidencia, mejor dicho, ser el Cromwel de América, pero cuán equivocado está! Ya Clay, Webster y los mas estimables patricios le ajustarán bien las cuentas. Además, yo no dudo que en esto de la traslacion de los caudales públicos, haya habido alguna transaccion que haya producido al señor Jackson buenos pesos. La fortuna es que ya tiene muchos años y está bien estropeado, que si nó.... —¿Pues no dicen que el próximo presidente será Van Buren?—¡Qué Van Buren! Eso quiere él, y con esa intencion es que ha aconsejado á Jackson á que remueva los depósitos, pues está seguro que el banco no se descuidará en quitarle los votos, y que si contra Jackson gastó mas de 100<sup>00</sup> pesos en disminuir su partido, contra él gastaría doble. Van Buren es mas peligroso para estos estados que el actual presidente. Natural de New-York, su simpatia con los estados del Sur no es grande, su decision por las nuevas doctrinas de la estincion de la esclavitud puede envolvernos en una guerra intestina con dichos estados, cuya principal riqueza son los esclavos: agrégase á esto que es jóven de talento, y diplomático. Pero, á propósito de su diplomacia, Van Buren era senador cuando ya gozaba de gran confianza con nuestro heróico kentukiano; el cual á principios de noviembre de 832 le envió de embajador á Inglaterra. El presidente tiene la facultad de nombrar todos los empleados, pero cuando son senadores

ó representantes, necesita la aprobacion de su respectiva cámara. Van Buren marchó al momento sin dicha aprobacion, pues entonces estaba cerrado el Congreso, que se abre el primer lunes de diciembre. Un mes hacia que se hallaba en Lóndres cuando en un baile se halló con Mr. Cafs que iba á reemplazarle en la embajada; pues apenas se reunió el Senado cuando reclamaron la persona de Van-Buren. Jackson presentó un mensaje noticiando que lo habia empleado, el Senado desaprobó el nombramiento, y participó al Presidente que le nombrase un sucesor, y le previniese que al momento volviese á ocupar su silla en la cámara. Volvió Van-Buren, y Jackson, para vengarse intrigó con esos malditos torys y lo sacaron de vice-presidente de la República, y los senadores tuvieron el disgusto de que fuese á presidirlos, pues el vice-presidente es presidente nato del Senado.— Pero V. conviene en que es hombre de mérito.— De talento y de intriga. Martin Van-Buren es hijo de un pobre irlandés, que vino como sus paisanos emigrado; muerto su padre se acomodó de mozo en una posada de Albany, capital del estado de New-York, donde permaneció algun tiempo hasta que un abogado viejo le tomó á su servicio, y viendo su disposicion se encargó de instruirle en su profesion, en la que salió aventajado. El abogado tenia mucha amistad con Jackson y se lo recomendó grandemente; y como el presidente no es ningun Aristóteles, pronto se dejó dominar por el jóven Van-Buren, que es quien en realidad lo manda todo.

A las seis y media llegó el vapor, y á las siete salimos en la diligencia cuatro desconocidos M. Cleverfellow y yo. La noche era horrorosa: llovía incesantemente, y helaba: nuestros compañeros paraban en cada taberna que encontrábanos y tomaban sendos tragos, en lo que

los acompañaba el cochero; y bebió este tanto, que cerca de las once nos declaró que estábamos perdidos, y que era preciso esperar á que amaneciese para poder seguir. Yo que estaba aburrido del humo del tabaco, de los vapores vinosos, de la sempiterna charlataneria de aquellos borrachos, y mas que de todo de que no quisiesen levantar los cristales cuando hacia tanto frio. Apenas oí semejante sentencia me desahogué con el cochero, le dije borracho y cuanto se me vino á la boca, y que en cuanto llegásemos á Washington me iba á presentar á un juez (cosa que yo no pensaba). Cualquiera creará que el cochero me responderia en el mismo tono, pues nada de eso: á todos mis insultos solo contestaba: *señor, siento mucho haberme equivocado*. Felizmente uno de los pasajeros dijo que él sabia el camino, dirigió al cochero, y á las dos de la mañana llegamos á Washington y nos apeamos en el hotel de Gadby, en Pensylvania Avenue.

Washington, capital de los Estados-Unidos, mirada á vista de pájaro, parece un inmenso circo, circundado de palcos, pues teniendo cinco millas de largo y tres de ancho solo contendrá mil casas en los extremos y en el centro el capitolio y la delineacion de las calles que tienen de ancho mas de cincuenta varas. Todas las calles van á dar al Capitolio y se conocen por las letras del alfabeto y la parte hácia que están, por egemplo: A norte, B sur, &c. las callejuelas llamadas *Avenues* tienen el nombre de los varios estados de la confederacion como la ya citada Pensylvania. La poblacion de Washington es de 12,000 almas.

El capitolio antiguo fue incendiado, como tambien la casa de los presidentes, todos los edificios del gobierno y el puente sobre el Potemac por el jeneral ingles Rofs, que desembarcó en Baltimore con un pequeño ejército, tomó

posesion de Washington, hizo esta vergonzosa tropelia, y combatido por los ciudadanos armados se volvió á embarcar y se marchó.

Este edificio, reedificado despues de la paz, está sobre un terreno elevado. Su estructura se compone de un centro y dos alas todo de *breccia*, especie de mármol de los Estados-Unidos y de orden Corintio: tiene de largo 385 pies, 132 de fondo y 131 de altura. Delante de él hay una primorosa fuente de mármol con los nombres de algunos americanos distinguidos, y un águila encima. Subiendo algunos escalones hay un hermoso pórtico con columnas de *breccia*, y despues de otra escalerita está la magnífica rotunda, que es un estenso salon circular de 105 pies de diámetro, iluminado por arriba, cuya mitad está adornada con cuatro grandes pinturas hechas por el coronel Trumbull, celebrado por patriota y por artista. Estas pinturas representan el rendimiento de Burgoine, la rendicion de Yorktown, la declaracion de la independencia, y Washington haciendo dimision del mando despues de terminada la guerra. El retrato de este héroe es lo que mejor ha desempeñado el pintor: se vé en él una dignidad y una sublime serenidad que causan agradables sensaciones á la imaginacion: tal me habia yo figurado al ermitaño de Mount-Vernon. No fue tan feliz el coronel artista en la declaracion de la independencia que carece de entusiasmo. La fisonomía de una porcion de patriotas congregados, en pié unos, sentados otros, con coleta y polvos, manifiestan bien poco interes en la lectura de tan importante acta. En la otra mitad del salon hay tambien cuatro huecos esperando que el Congreso determine que otro artista los llene; pero es de desear que lo haga con mas gusto que M. Trumbull.

Entramos Mr. Cleverfellow y yo en

la cámara de los representantes situada en el ala meridional del edificio; es una sala semicircular rodeada de columnas. En el centro de la cuerda hay una tribuna alta, ocupada por el Speaker ó presidente elegido por los mismos representantes, y dos secretarios; debajo están los diputados cada uno con una mesita delante con papel, pluma, tintero, periódicos, &c., en hileras concéntricas. Detras hay una galería á donde solo son admitidos los embajadores estrangeros y los amigos de los representantes: en el piso superior hay dos tribunas, una para hombres y otra para mugeres. Todos tienen el sombrero puesto: los representantes están á veces con las piernas levantadas sobre las mesitas, y á veces comiendo frutas. Mientras se discuten las materias mas importantes, los representantes del pueblo se ocupan en leer los periódicos ó en escribir, y despues votan en pró ó en contra como si hubiesen estado muy atentos. Las votaciones muy rara vez son nominales: dado el punto por discutido, dice el presidente. «*Señores, los que esten en favor digan si, y los que se opongan digan no:*» y á ojo declara de qué parte está la mayoría, si algun miembro desconfía de la declaratoria, manda el presidente que los que aprueban se pongan en pié y entonces los cuentan y salen de dudas, de modo que es imposible que haya trampa. El número de representantes es 260 á razon de uno por cada 50,000 habitantes, su mision duraría dos años, y las dietas son 8 pesos diarios mientras dura el Congreso, y 18 pesos por cada 20 millas que viajan.

Acto continuo pasamos á la cámara del Senado que está en el ala septentrional. La sala es mucho mas pequeña, pero de la misma forma, y los asientos colocados del mismo modo que en la otra. Aqui las señoras no tienen galería sino que se sientan en la de los

embajadores que está del mismo modo que en la cámara de representantes. En el Senado hay mas decoro, mas dignidad, todos tienen la cabeza descubierta, y los senadores que son 48, dos por cada estado, se portan con mucha decencia y finura: su mision dura seis años y tienen los mismos goces que los representantes. La discusion se empieza á las doce del dia. Por ser víspera de Pascua solo se trató de asuntos de poca importancia, y se concluyó á la una, anunciándose para el 26 el discurso de Enrique Clay sobre la traslacion de los depósitos del estado.

Apenas dieron las once del dia 26 cuando nos dirigimos al Capitolio, que distaria seis cuadras de casa: creimos que íbamos con demasiada anticipacion; pero ya estaba todo lleno cuando llegamos, pues Clay goza de la reputacion de gran orador, y con razon. Su discurso duró tres dias, desde las doce hasta las tres de la tarde. En él no solo habló de los depósitos, sino tambien de todas las quejas que tenían los americanos whigs, del presidente, á quien decian mil denuestos tratándolo de tirano y de déspota, porque el presidente de la cámara nunca llama al órden, ni á la cuestion á los oradores, sino que los deja hablar cuanto quieren, y ellos van ensartando unas materias en otras; los demas miembros se levantan á deshacer equivocaciones, y de esta manera de todo se habla menos del asunto de que se iba á tratar, y el mérito del orador se juzga por el tamaño de sus discursos. Este de Clay se insertó en todos los periódicos colosales de la república, y ocupaba catorce columnas de letra menuda. Como no tienen asuntos de gran importancia de qué tratar, bien pueden entretenerse en estas estensas discusiones, y quizá tambien de aquí se origina la desatencion de los demas miembros. A pesar de la libertad que se goza en los Estados-Unidos, no se per-

mite en ninguna de las dos cámaras ni aplausos ni silvidos, y los que hacen algun movimiento de aprobacion ó censura son despedidos por los porteros.

Cada cámara tiene su capellan elegido por sus miembros, el cual todos los dias entes de empezarse la discusion pronuncia una breve oracion. Unos cuantos niños decentemente vestidos se ocupan en llevar cartas de un miembro á otro, en traer agua á los que están hablando, y en buscar los libros que se piden.

El Congreso se compone de dos sesiones: una corta que empieza el primer lunes de diciembre y se ha de concluir precisamente el siete de marzo, y otra larga que se empieza el mismo dia que la anterior y no se concluye hasta que los diputados quieren.

Los secretarios del despacho no asisten mas que cuando son llamados por el congreso á dar cuenta de algun asunto ó á responder á algun cargo. No creo que les esté prohibido asistir, pero como están desempeñando sus ocupaciones y viven lejos, no ván porque no quieren. El presidente tampoco va mas que á abrir y á cerrar las sesiones.

En el piso bajo del ala meridional del capitolio está el tribunal supremo de justicia de los Estados-Unidos, que no vimos por estar cerrado con motivo de ser dias de Pascua.

El 28 nos volvimos á Baltimore, y el 29 salimos á las seis de la mañana para Filadelfia, donde tomamos el vapor *Independence* y llegamos á New-Yorck á las diez de la noche por estar el rio casi helado.

L. F. y H.



## DOLORA.

## TODOS SON UNOS.

## I.

Voy á contaros la historia  
de una entrañable pasion ,  
aunque se haga á su memoria  
pedazos mi corazon.

Que hay historias que , aunque pasan ,  
por siempre , á nuestro despecho ,  
los ojos en llanto arrasan ,  
y ayes arrancan del pecho.

Pues siempre entre las pasiones  
hay una , á cuyos reveses  
se agostan las ilusiones ,  
como al estio las mieses ,

Cuento la historia , querida ,  
de esa pasion desgraciada ,  
que , aunque amarga nuestra vida ,  
sin ella la vida es nada.

Pues tras de ese amor tan tierno ,  
siempre queda en la memoria  
todo el dolor del infierno ,  
todo el placer de la gloria.

No hay hombre que , afortunado  
toda su vida , la idea  
de un bien querer mal pagado ,  
su eterno dogal no sea.

Si la muger con rigores  
paga tan tiernos quererres ;  
si es tan cruda en sus amores ;  
hombres , ¡ lo que son mugeres !

## II.

Pues cuento de amor historias ,  
copiaré letra por letra  
el libro en que sus memorias  
grababa la hermosa Petra ;

Despues de amar con locura ,  
tuvo de morir la suerte ,  
pues su mal solo lo cura  
el bálsamo de la muerte.

Petra , cual dije al principio ,  
su historia dejó al mundo hecha ,

y en ella hasta el menor ripio  
es para el alma una flecha.

Pues no hay sensible lectora  
que al repasar sus anales ,  
si á todo llorar no llora ,  
no esclame : « aqui de mis males . »

Pues llega en ella á hacer ver ,  
de su ciencia en testimonio ,  
que es un *angel* la muger ,  
y que es el hombre un *demonio*.

Y despues que al hombre injuria  
con frases por el estilo ,  
de este modo el ángel-furia  
coje de su historia el hilo :

— « Que no hay fe en hombres con-  
templo . » —

( prosigue la hermosa Petra )

— « y son de esto buen ejemplo  
Pablo , Juan , Luis , Diego ' ' ... — etcetra . »

De esta manera injuriando  
sigue nombres tras de nombres ,  
y al fin concluye esclamando :  
mugeres , ¡ lo que son hombres !

## III.

Si á los dos secos igualo ,  
es porque infiero con pena  
que , si es el hombre *algo malo* ,  
es la muger *no muy buena*.

Donde las toman las dan ,  
asienta un refran de amor ,  
y cual dice otro refran  
á un *picaro* , otro *mayor*.

A buena fe , mala fe ,  
á un « adelante » un « arredo »  
quien mas mira menos ve :  
tan bueno es Juan como Pedro .

Con cuyos versos , acaso  
probar á los hombres plugo ,  
que el que es *victima* en un paso ,  
en otro paso es *verdugo*.

Por eso sé que , al que falso  
á una muger asesina ,  
le han de servir de cadalso  
las rejas de otra vecina .

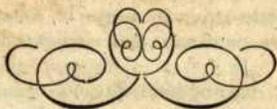
Y la que dice « no quiero »  
cuando amor la canto amante ,

sé que amaré á otro coplero aunque *epitafios* la cante.

Porque esta es la ley mas triste que impone amor justiciero :  
*cuando quise , no quisiste :*  
*y ahora que quieres , no quero .*

Pues hombre y muger , son seres con fe igual , y varios nombres :  
hombres , ; *lo que son mugeres !*  
mugeres , ; *lo que son hombres !*

RAMON DE CAMPOAMOR.



## EL CAZADOR SUIZO.

**P**ura y brillante alzaba el alba su frente , y el sol doraba las cumbres de los Alpes , rompiendo sus rayos sobre los nevados campos de la Suiza . A casi una legua de Lausana , veíase una sencilla y agreste quesera , aislada en medio de aquella rica vegetacion . Inmóvil en el dintel estaba una doncella ; sus rasgados ojos negros , llenos de candor y de espresion , vagaban con inquietud curiosidad por el camino que viniendo de Lausana cruzaba por delante de la quesera , é iba á perderse en la montaña .

—Kelty ! Kelty ! repitió la brusca voz de un anciano que salió de lo interior andando con dificultad , Kelty , tres veces te he llamado ; qué haces que no respondes ?

—Padre , exclamó Kelty como si no hubiese oído estas reconvenciones , y palmoteando alegremente , ya viene Bantz .

—Bantz ! Bantz ! murmuró el montañés enojado , adentro , Kelty , bien sabe solo el camino de la quesera .

Bajó la joven la cabeza y siguió á su padre sin contestar ; pero apenas se hubo este sentado sobre su vieja poltrona de cuero , fue ella á apoyarse dulcemente en sus hombros , con aquella espresion de malicia y salamería exclusiva de las mugeres en general . Estampó Kelty un beso en la arrugada frente del anciano .

—Padre mio , dijo con la mas dulce y cariñosa voz , en otro tiempo queriais mucho á ese pobre Bantz .

—Ya se ve que sí , dijo el montañés con impaciencia , le queria... porque Bantz es un buen chico , un cazador intrépido... Es hijo de mi mas asiduo compañero de peligros... Pero Bantz ha dado en la flor de amarte , Kelty...

—Y qué tiene eso de malo ? padre , si vos mismo confesais que es honrado , valiente...

—Sí ; pero no posee otros bienes que su escopeta .

—Y qué mas necesita un montañés !

—Qué mas ? un pedazo de pan que poder dejar á su muger y á sus hijos , si por desgracia se le va un pie en los barrancos... así murió delante de mí su pobre padre... yo le ví rodar al abismo de donde nunca se vuelve !... y si Bantz...

—Oh ! padre...

—Bien puede suceder . La muger de un cazador de gamuzas debe encomendar siempre á Dios á su marido cuando marcha á las montañas : porque hay mas probabilidades de que anochezca con Dios que con ella... y no quiero...

Calló el anciano porque Bantz acababa de presentarse en el dintel de la quesera .

Era Bantz un gallardo montañés , de facciones muy marcadas y robusta musculatura ; su cuerpo tenia toda la fuerza y soltura de las generaciones primitivas : todo su continente ostentaba aquel noble orgullo del hombre libre , independiente y fuerte , á quien no han degra-

dado viles y miserables pasiones. Sus ojos negros, llenos de fuego y audacia, tenían inesplicable dulzura, cuando miraban á Kelty; y su voz, robusta siempre y penetrante, adquiría dulcísima armonía al dirigirse á la doncella. Por eso Kelty le correspondía con todas las fuerzas de su alma; tierna y modesta flor de la montaña jamás había sentido ahogado su pecho bajo la pesada atmósfera de las ciudades; jamás había aprendido á distinguir el bien del mal, el valiente del cobarde. Pero su corazón la guiaba y la decía que Bantz era el mas noble de todos y el mas digno de ser amado.

Acompañábase con la vista hasta que el tortuoso sendero se le ocultaba, le aguardaba por la tarde, palpitante de esperanza y de inquietud, y cuando llegaba, ocupaba un escabelo á pocos pasos de él, contemplándole con las manos cruzadas y sumida en mudo éstasis.

Cuando refería sus peligros, su valor y serenidad en el momento crítico, su destreza para la peligrosa cacería, se animaban las miradas de la doncella; ante la admiración desaparecía el temor, y el gallardo montañés le parecía mas que un hombre; era su dios.

Al principio consintiera gustoso Rusthein, el padre de Kelty, en que Bantz se sentase á su mesa y participase de su frugal sustento. Pareciale el cariño del hijo un reflejo de la antigua amistad del padre, y se complacía con las narraciones de Bantz que le transportaban á los tiempos de su juventud. Hasta la edad de cuarenta y cinco años había sido Rusthein el primer cazador del canton, y nunca había equivocado su vista la distancia de la gamuza, ni temblado su mano. Pero una vez, extraviado en la montaña, había pasado dos noches sobre los ventisqueros, medio enterrado en la nieve. Afortunadamente fue hallado vivo aun, pero baldado, con las piernas heladas, y desde entonces le fue imposible volver á la montaña. Con frecuencia

solía contestar á los relatos de Bantz: —Mas que eso he hecho yo. Pero tener vista segura, mano firme y estas malditas piernas...

—Eh! eh! respondía Bantz con rústica franqueza, vos sois viejo y yo jóven: cada cual tiene su turno. Mañana contaré mi expedición y podéis figuraros que habeis asistido á ella.

—Anda, hijo mio, y el cielo te guie.

Apretaba al anciano cordialmente la mano del cazador, y este, como siempre, clavaba en Kelty una mirada llena de amor y de esperanza, que le daba fuerzas para continuar sus peligrosas correrías.

Todo marchó bien durante algun tiempo; pero un dia descubrió Rusthein el amor de los jóvenes por una conversacion que sorprendió, y de repente mudóse el trato del anciano: recibió á Bantz friamente, y miró á Kelty con severidad, hasta que esta provocó una esplicacion.

Como vimos, calló Rusthein de pronto al aparecerse Bantz; pero una rápida mirada de este le puso al corriente del objeto de la conversacion, y despues de dejar en un rincon la escopeta y en la mesa el morral con pan, queso y una calabaza llena de agua, se acercó á Rusthein ofreciéndole la mano. El anciano fingió no advertir este movimiento.

—Buenos dias, Bantz.

—Buenos los tengais, tio Rusthein, repuso Bantz algo desconcertado con tan frio recibimiento. Pero tomando una resolucion repentina, se sentó delante del montañés, y dijo con voz firme:

—Tio Rusthein, hace mucho tiempo que quiero hablaros... entre gentes honradas se va derecho al asunto... asi pues, yo amo á Kelty y ella me corresponde... sabeis que soy honrado, firme y que no me asusta el peligro... sabeis que he mantenido á mi madre con el producto de la caza. Pero mi pobre madre ya murió, y confieso que al verme solo en

el mundo me faltan las fuerzas. Trabajar para mí solo, arrostrar mil peligros sin llevar en el corazón un solo pensamiento de ventura; esponer mi vida veinte veces cada día sin poder decir: «esto que hago es por una muger á quien amo, á quien puedo hacer feliz,» triste cosa en verdad, pero si consentís en que Kelty sea mi esposa, podré alimentar estos pensamientos.

El viejo le escuchaba silvando de un modo que nada bueno presagiaba al pobre pretendiente; de pronto dijo al joven:

—Bantz, á seiscientos pasos de aquí, posees una miserable quesera, muy pobre, muy mezquina: y qué mas tienes?

—Nada mas, tío Rustheim.

—Nada mas, eh? ni una tierra, ni un rincón que cultivar cuando no sea tiempo de caza. Cómo piensas mantener á tu muger y á tus hijos?

Bantz se sonrojó y replicó con vehemencia:

—Tío Rustheim, ¿se pregunta á un montañés que tiene buenos brazos, buenas piernas, veinte años y valor, cómo mantendrá á su muger? Sea mia Kelty, y antes de dos años se habrá ensanchado la quesera, y habrá tierras y ganados. Veinte gamuzas hacen falta para todo esto, y ya sé yo donde hallarlas.

—Veinte gamuzas... bien, repuso Rustheim; pero Kelty es jóven, tú tambien y teneis tiempo de aguardar. Mata pues las veinte gamuzas, traeme el dinero, y Kelty llevará una suma igual. Pero hasta entonces, ni una palabra de matrimonio, ¿lo oyes?

—Cómo! pretendéis?...

—Silencio! el montañés no tiene mas palabra que una: anda, hijo mio, el día está escelente, y puedes comenzar tu lo oyes.

Bantz no contestó: conocia demasiado el caracter firme de Rustheim para intentar contradecirle: cojió la carabina y el saco, miró con ojos llorosos á Kelty, y dijo con voz ahogada:

—Tío Rustheim, haré por obedeceros para merecer á Kelty... quiera el cielo protegerme, porque de dos hijos que podiais tener quizá os quede solo uno... A Dios, Kelty; reza por mí!

—Qué dice? murmuró el anciano turbado.

—Padre, exclamó Kelty sollozando, un presentimiento le anuncia que no volverá á vernos; y si él muere, muero yo tambien.

—Y porqué se va así el loco? llámale.

Kelty se lanzó fuera de la casita; mas era tarde. Con paso rápido se encaminaba Bantz á la montaña, y no llegaron á sus oídos las voces de su amada: por un momento creyó esta que la oía, porque volvi6 la cabeza; pero fue para hacer una señal de despedida, y desapareció.

Ha desaparecido! murmuró Kelty con desesperacion, cayendo de rodillas.

Bantz hondamente afligido con la cruel firmeza de Rustheim, se habia dejado dominar por una profunda tristeza, pero poco á poco se reanimó su valor. Veinte gamuzas! si tenia la suerte de dar con algunas manadas, la caza seria pronta y fácil. Su destreza era proverbial; no habia ventisquero que no conociese perfectamente: preveia todos los peligros, y con calma y serenidad estaba seguro del triunfo, cuyo premio era su adorada Kelty. Animáronse sus rasgados ojos negros, asomó la risa en sus labios, y continuó su camino murmurando una preciosa cancion suiza. Se encaminó hácia el Paso de Anzin, y allí cesaron sus cantos. Por espacio de una hora siguió un estrecho sendero, cuya vista sola aterraria nuestros mas temerarios cazadores: tenía á lo mas tres cuartas de anchura. A la izquierda la montaña elevada, recta y perpendicular y á la derecha un abismo insondable... pero este peligroso pasage no era nuevo para Bantz. Seguia andando sin temer un vértigo, pe-

Domingo 28 de Diciembre.

ro cada vez se estrechaba mas la senda, y frecuentes hundimientos obligaban á saltos peligrosísimos, que Bantz no titubeaba en dar. De repente le faltó paso, pues habia una cortadura de catorce ó quince pies: se paró un momento y se sonrió burlándose del obstáculo: una rama de enebro salia de una hendidura de la roca, formando un puente natural con el otro extremo de la cornisa: púsose Bantz á caballo sobre este puente, y se deslizó hasta el borde opuesto: temblaban sus piernas en el vacío: si se rompía la rama ó perdía el equilibrio, ay de él! Empero Bantz era diestro y valiente, y á costa de un esfuerzo casi sobrenatural se vió de pie sobre la orilla contraria, sonriéndose de un obstáculo que á tantos otros habria detenido, y que él superaba por amor de su querida Kely. Continuó su escursión, haciendo el menor ruido posible, y evitando que su sombra avisase á las gamuzas de su presencia. Deteniéndose de pronto: pendiente sobre un pico de la roca, á treinta pasos encima de él, una gamuza rumiaba la yerba. Bantz le apuntó, salieron los dos tiros y cayó la gamuza con dos balazos en la cabeza.

Bien, dijo, tengo buena puntería, la mano es segura, y mi buena carabina no me ha faltado jamás. Dios me ampare!

Y el venturoso montañés sintió latir su corazón de alegría y de esperanza.

Eran poco mas de las nueve de la mañana, y podia aun aprovechar el dia: colocó Bantz la gamuza debajo de unas piedras, dejó una señal y continuó su marcha.

Cien pasos diera apenas cuando se detuvo y se inclinó hácia el suelo montuoso. Halló una huella de un pie demasiado ancho para ser de gamuza. Una cabra montés! murmuró, será mia. Una cabra montés vale dos veces mas que una gamuza, y es mas difícil de sorprender.

Subió, trepó, siguiendo la presa que

codiciaba. No se acordaba del tiempo que volaba: no sentia frio, ni hambre, ni fatiga. Todos sus pensamientos estaban concentrados en el objeto de sus pesquisas: do quiera hallaba el indicio cierto del paso de la cabra montés. Crecian sus esperanzas. ora siguiendo una estrecha corniza, ora encontrando una ancha senda que los hielos y las nieves endurecidas hacian unida y fácil. Aparecia en la cumbre de una roca, ó desaparecia tras una pirámide de hielos: su carrera era un prodigio por lo atrevida y peligrosa.

En estas alternativas pasó el dia entero, perdiendo y recobrando la anhelada huella, deteniéndose á cada paso, conteniendo el aliento, escuchando con inquietud, y sin oír mas que el ruido debilitado del torrente que rodaba en su estrecho lecho é iba á perderse en la garganta de las montañas. A las ocho horas de marcha, agoviado de fatiga, habia perdido las huellas de la funesta cabra, y como el viajero que se estravia de noche en seguimiento de un fuego fátuo, Bantz tambien se habia perdido!

Sí; el hijo de la montaña se habia desorientado en aquel dédalo de hielo. El atrevido Bantz, que creia haber registrado todo el ventisquero, habia llegado á un punto que no conocia: en vano quiso averiguar donde estaba; por todas partes la rodeaba el abismo ó la roca sin fin, que se alzaba ó bajaba caprichosamente, rompiéndose de pronto y ofreciendo una boca pronta á tragar á los imprudentes. Ninguna seña conocida descubrió Bantz: tendia sus miradas inquietas sobre los pelados montes, sobre los centellantes picos... pero nada... nada mas que la montaña.

Descansó un momento, comió un poco de pan, bebió el agua helada que henchia su calabaza, y prosiguió el camino. El astro de luz desmayaba, y Bantz aceleró el paso en cuanto lo permitian los estorbos del camino. Trepó

y bajó las rocas con inconcebible osadía, impelido por la fatalidad: al fin puso los pies en una cornisa que creyó conocer: cobró ánimo, mas pronto cesó y le fue imposible avanzar.

Estremécese Bantz y se detiene: tiende una rápida mirada y descubre mas abajo una especie de plataforma, otro camino sin duda que conduce á Lausana, cuya direccion le indica el sol poniente. No titubea, se lanza y cae sobre el llano!

Oh! quien pintara su rabia y su desesperacion! palidece y se apoya temblando en la roca; tendria á lo sumo el terreno tres pies cuadrados, la roca en que se sostiene alza al cielo su cresta erguida y recta: ni á derecha ni á izquierda hay un camino tan solo, en cuyo fondo muge sordamente el torrente. Todo concluyó: cruza los brazos sobre el pecho y murmura: La muerte! En efecto, un paso mas allá está el precipicio, detras la montaña, y ni una hendidura, ni un pico donde agarrarse y buscar la salvacion. Permanecer allí inmóvil durante la larga noche, es entregarse á una muerte segura, el frio le traspasará, y no volverá á despertar! Si resiste al frio, el hambre, el hambre horrible con todo su séquito de terribles torturas..... oh!... es forzoso morir!

Morir con tan espantosa muerte, cuando hierve aun tanta vida en su corazon! cuando la sangre juvenil, ardiente circula por las venas! morir amando y siendo correspondido.

Morir sin dejar rastro alguno! sin que un amigo pueda llevar á la que el alma idolatra, el último A Dios, la pos-trer palabra de amor!

Dejar la vida, y ese cielo tan radiante, y ese sol que al desaparecer dora las cimas y estiende franjas de fuego sobre la nieve!

Renunciar eternamente á la belleza del mundo, á los embelesos del amor!

morir á los veinte años! Oh! este pensamiento horrible heló la sangre de Bantz y dirigió al cielo una mirada de desesperacion: empero este desaliento duró un instante no mas, y Bantz intentó luchar contra su fatal destino. Un medio único de salvacion le quedaba aun, y era volver á encaramarse á la cornisa que con tal imprudencia abandonara: pero no tenia apoyo alguno, la carabina le estorbaba, y estuvo á punto de sepultarla en el abismo: mas no, no pudo resolverse á abandonarla: consiguió echarla sobre la roca, y en seguida emprendió la peligrosa subida. Tres veces se soltaron sus manos ensangrentadas! tres veces las desolladas rodillas le obligaron á renunciar á su imposible empresa, y tres veces cayó lanzando un sordo gemido de rabia y de dolor.

La cuarta vez, sacando fuerzas de su misma desesperacion, y espuesto á hacerse pedazos si caia, se lanzó sin buscar apoyo para las rodillas. Con las manos convulsivamente asidas á la roca, jadeando, pálido, herizados los cabellos, se levanta..... llega su pecho al nivel de la cornisa..... otro esfuerzo no mas y se salva..... Pero Dios no quiere! el pedazo de roca que le sostiene, cediendo á las sacudidas que ha llevado y al peso de su cuerpo se desprende..... y hombre y piedra ruedan juntos al torrente!

Oyóse un grito horrible, y despues nada! nada mas que el débil chapuceo que produciria un guijarro en un lago.

Quince dias despues otros cazadores hallaron una carabina en el borde del abismo, y adivinaron la tumba del valeroso Bantz.

Un mes despues se habia cumplido la prediccion de este. Al anciano Rusthein de dos hijos que podia tener, no le quedaba ninguno. Uno solo, Kelty, la suave flor de la montaña, dormia bajo de la tierra cubierta de nieve.....

Y ahora, bellas damas, que habeis leído mi funesta historia, decidme con verdad, pudisteis imaginar jamás que una de las frivolidades de vuestro tocado costase tantas lágrimas y tanta sangre? Os habeis acordado de que con harta frecuencia esos lindos guantes que tan coquetamente encierran los blancos y delicados dedos, costasen la vida de un hombre? Si tan triste perspectiva se os presentase al volver de un baile, antes de tirar sobre una mesa el perfumado guante, consagraríais sin duda un pensamiento, una lágrima al hombre que ha arriesgado su vida por contribuir á embelleceros! Empero á nadie se le ha ocurrido jamás que la moda se rozase tan de cerca con cuestiones de humanidad, y que se pudiese hallar materia para largas disertaciones filosóficas, y motivo para derramar una lágrima en un sencillo par de guantes de cabritilla.



## ANECDOTA.

### EL FRAILE FRANCISCO

y

### EL DIABLO.

**H**allándose de viaje un lego franciscano, fue sorprendido por la noche, y viendo cerca la casa de campo de un señor, se dirigió á ella en la confianza de que sería bien recibido, y en efecto le dispensaron muy buena acogida. Sin embargo, el señor, viendo á su huesped muy despejado y burlon (había ser-

vido de lancero en los ejércitos de Italia) quiso divertirse á su costa. Suplicóle pasase á la mañana siguiente á su cuarto para acompañarle á una partida de caza, con el designio de hacerle montar un caballo falso y estremadamente fogoso que nadie podia domar, por lo que le habian puesto el nombre de *Diablo*. El leguito, que era un astuto legazo, sospechó al momento que se trataba de jugarle aquel chasco, y como sabia muy bien domar y montar caballos, disimuló cuanto era necesario para que ejecutasen su plan: y en efecto le presentaron el animalito, y no montó en él sino despues de mil contorsiones y gestos como un payaso, afectando mucho miedo é impericia, hasta que asegurándose, empezó á picar el caballo y á correr á galope como si fuese disparado, en términos que creyéndole ya estrellado, sentia el señor haber dispuesto una burla tan pesada; y no pudiendo seguirle, le gritaba para que tirase á un lado de la brida y le cortase la carrera; pero el leguito le contestó: no puedo, soy perdido, el *diablo me lleva*; y así se perdió de vista entrando muy descansado en su convento, con un animalito que fue despues su conductor en todas las comisiones que tenia de la comunidad.



## EL VALOR DE UN RIZO.



Una señorita jóven, Mad. A... célebre en París por sus hermosos cabellos negros, se hallaba en una tienda vendiendo varios objetos, cuyo importe se destinaba para obras de beneficencia. La bella vendedora escitaba con sus amables palabras á todos los que pasaban, y obtuvo un completo resultado, porque apenas quedó nadie que no comprase alguna cosa.

Un jóven muy elegante se presenta, y Mad. A. le dice: —¿No me compra V. nada?—¿Yo, señora?—¿Qué le gusta á V.?—Lo que á mí me gusta y lo que yo quisiera no está de venta, contestó el jóven con un aire fino y sentimental.—Puede ser, pero diga V...—No me atrevo...—Vaya, diga V., no sea cobarde.—Pues bien, yo quisiera un rizo de vuestros cabellos.

Mad. A. no respondió, pero con una sonrisa encantadora cogió unas tijeras, se cortó uno de sus rizos, y se lo ofreció al comprador atónito, añadiendo: —Caballero, esto vale 500 francos.—El compromiso era terrible; en tal situación no habia lugar á desdecirse ni á regatear, porque era muy fácil caer en ridículo, y esto en la sociedad es intolerable. Sacó sus 500 francos, y pagó bien cara una palabra ligera.

Si Mad. A. no hubiese tenido tanto despejo se hubiera incomodado contra el atrevido jóven, y los pobres se verian privados de una limosna tan crecida é inesperada.



## UN BOSO DE OROS ORO.

Pablo I tenia una mania muy singular. Cuando pasaba una revista dirigia á los oficiales las preguntas mas estrañas, las mas incongruentes, y á las cuales era casi imposible responder con seriedad, y mucho menos con exactitud. Hubo en cierto regimiento muchos oficiales que en varias ocasiones quedaron cortados con tales preguntas, y desde entonces dió el Emperador en decir que dichos oficiales servian en el regimiento de *no lo sé*.

Pasando un dia á caballo por un puente de San Petersburgo, vió Pablo I á un oficial, que se paró y le saludó con profundo respeto. Reconoció al instante el Emperador el uniforme, y dijo á los que le acompañaban: «Ese es del regimiento de *no lo sé*.»

El oficial debió sin duda oírle, porque al acabar de pronunciar aquellas palabras le contestó lleno de resolucion:

--Señor, yo lo sé todo.

--O! con que lo sabeis todo!... ahora vamos á verlo en un periquete: ¿Cuántos clavos han sido menester para clavar las maderas de este puente?

--Voy á decirlo, repuso sin titubear el descarado oficial: cincuenta y tres millones, novecientos setenta y ocho mil seiscientos cuarenta y dos.

--Vamos! no me disgusta esa prontitud.--Y cuantos peces hay en las aguas del Neva, desde este mismo puente hasta Cronstadt?

--Señor, seiscientos cuarenta y dos millares, ochocientos y un millones, cuatrocientos treinta y dos mil trescientos setenta y nueve, sin contar las 15 crias que están naciendo en este momento.

--¿Es eso bien cierto?

--Si no lo fuera no se lo aseguraria á vuestra Magestad.

--Así deber ser: me gusta que se conteste á todas mis preguntas: á un buen oficial no le es lícito ignorar nada.

--Ciertamente: ¿y le es lícito al Emperador?

--Tampoco, por eso sabe siempre salir del paso.

--Me permitirá entonces V. M. que le haga yo ahora una pregunta.

--Hablad.

--¿Cómo me llamo yo?

--El conde de Balowski.

--Perfectamente, ¿y cuál es mi graduacion?

--Capitan de mi guardia.

--Señor, os doy mil gracias! hasta ahora no era yo mas que el teniente Krasanou, pero merced á la infalible ciencia de V. M. me encuentro ya medrado con el grado de capitan y el título de conde.

Un emigrado frances, testigo ocular, contó esta anécdota á un emigrado español, á quien no he tenido el gusto de conocer en toda mi vida.

Estaba un caballero de corto entendimiento en una reunion, y preguntándole si se acordaba de cierta cosa, respondió: Esperen vds. á que haga memoria.--A lo que otro añadió: pues haga V. tam-

bien entendimiento, que lo mismo le costará.

Un caballero muy pesado hablaba muchas veces con un loco cuya manía era decir que estaba en el purgatorio.

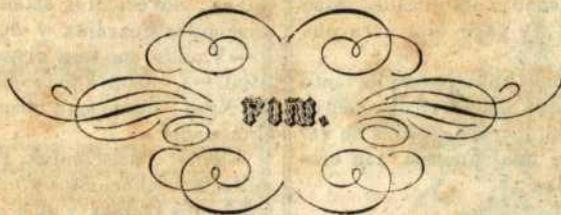
--Le preguntó un dia: ¿estás en el purgatorio? y el loco que no estaba de muy buen talante, le contestó: No señor.—Pues como no estás ahora cuando dices que estás siempre?--Porque estoy con V. y esto me sirve de purgatorio.

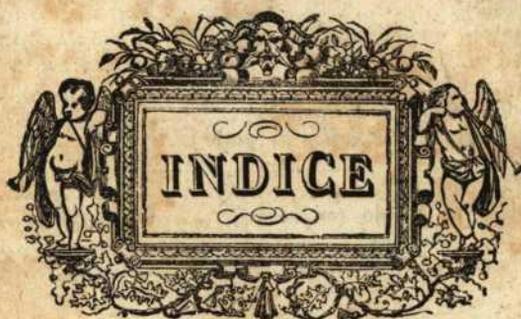
Hablaba un jóven en una sociedad, del carácter usos y costumbres del pueblo inglés, y lo hacia con tal persuasion y entusiasmo que no dejaba meter baza á nadie en aquella conversacion, suscitada por él y que él solo sostenia.

En Lóndres se hace esto y lo demas allá.... En Inglaterra todos acostumbran á llevar tal y cual cosa.... Esto y lo otro es enteramente ageno del carácter del pueblo inglés.... Nunca verán vds. en Lóndres semejante cosa.... etc. etc.

—Y ha estado V. mucho tiempo en Lóndres?

—Yo precisamente no he estado, pero un tío mio estuvo para ir.





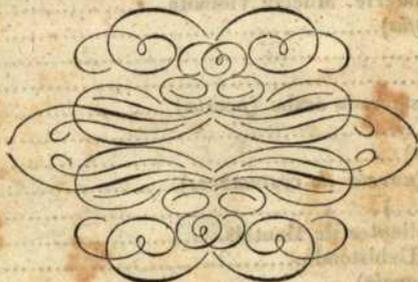
Prólogo.....	Pag. 3.
Biografía del Cardenal Gimenez de Cisneros.....	5.
A una literata ( <i>poesia</i> ).....	9.
Un convite por fuerza ( <i>anécdota</i> ).....	10.
Isabel de Valois, ó la Reina Niña ( <i>leyenda histórica</i> ).....	11.
El Sereno ( <i>cuadro de costumbres</i> ).....	16.
El Mayor Tchetguelowski ( <i>anécdota histórica</i> ).....	19.
El Rey Moro y la Cristiana ( <i>poesia</i> ).....	24.
Reflexiones sobre la muerte. Muerte natural.....	25.
De la galanteria española y de las Córtes de amor en Aragon y Cataluña.	27.
Máximas.....	34.
Layda ( <i>poesia</i> ).....	34.
El Caucaso en 1844.....	41.
Un Padre ( <i>anécdota</i> ).....	50.
Reflexiones sobre la muerte. Muerte violenta.....	57.
Isabel Colbran ( <i>biografía</i> ).....	60.
Angela ( <i>novela</i> ).....	62.
Las islas Filipinas.....	67.
La Fatalidad, ó el desterrado árabe ( <i>poesia</i> ).....	75.
El Frac.....	79.
El Tabaco ( <i>su historia</i> ).....	79.
La casa de curacion ( <i>novela de costumbres</i> ).....	80.
A Granada. ( <i>poesia</i> ).....	88.
Geología. Cavernas calientes de Montels.....	89.
Biografía del general Urbistondo.....	90.
Siphaz y Masinissa ( <i>novela</i> ).....	92.
Un paseo por Argel y su provincia ( <i>viajes</i> ).....	95.
La séptima esposa, ó sea Ho-Fi el del cinturon amarillo ( <i>novela</i> ).....	102.
Institucion de la órden de la Jarretierra.....	112.
La espada de un sábio ( <i>anécdota</i> ).....	117.
El Cementerio del Padre la Chaise.....	122.
Mi amigo Jeremias.....	126.
Biografía de Hernan Cortès.....	129.

En un album ( <i>poesía</i> ).....	146.
Guerra continental en un quinto piso ( <i>anécdota</i> ).....	147.
Poder de la música.....	159.
Un tío. ( <i>novela</i> ).....	155.
Picar bajo techado ( <i>cuadro de costumbres</i> ).....	160.
Congreso de Washington. ( <i>recuerdos de viaje</i> ).....	162.
Dolora ( <i>poesía</i> ).....	166.
El cazador suizo ( <i>novela</i> ).....	167.
El Fraile francisco y el Diablo ( <i>anécdota</i> ).....	172.
El valor de un rizo ( <i>anécdota</i> ).....	173.
Un embuste tras otro.....	173

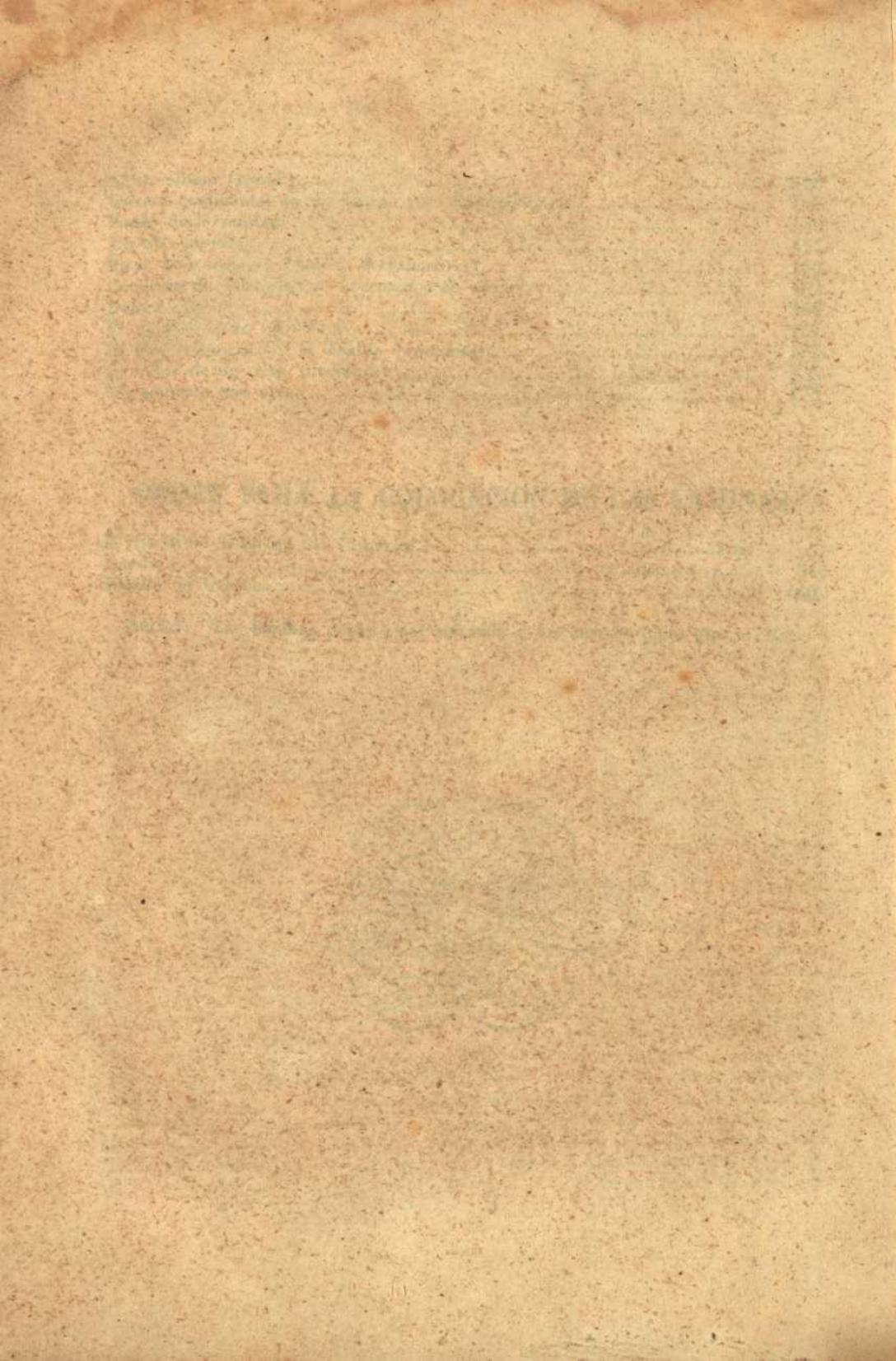
### ORDEN PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

El Cardenal Gimenez de Cisneros.....Pag.	5.
Layda.....	34.
Batalla de Otumba.....	140.

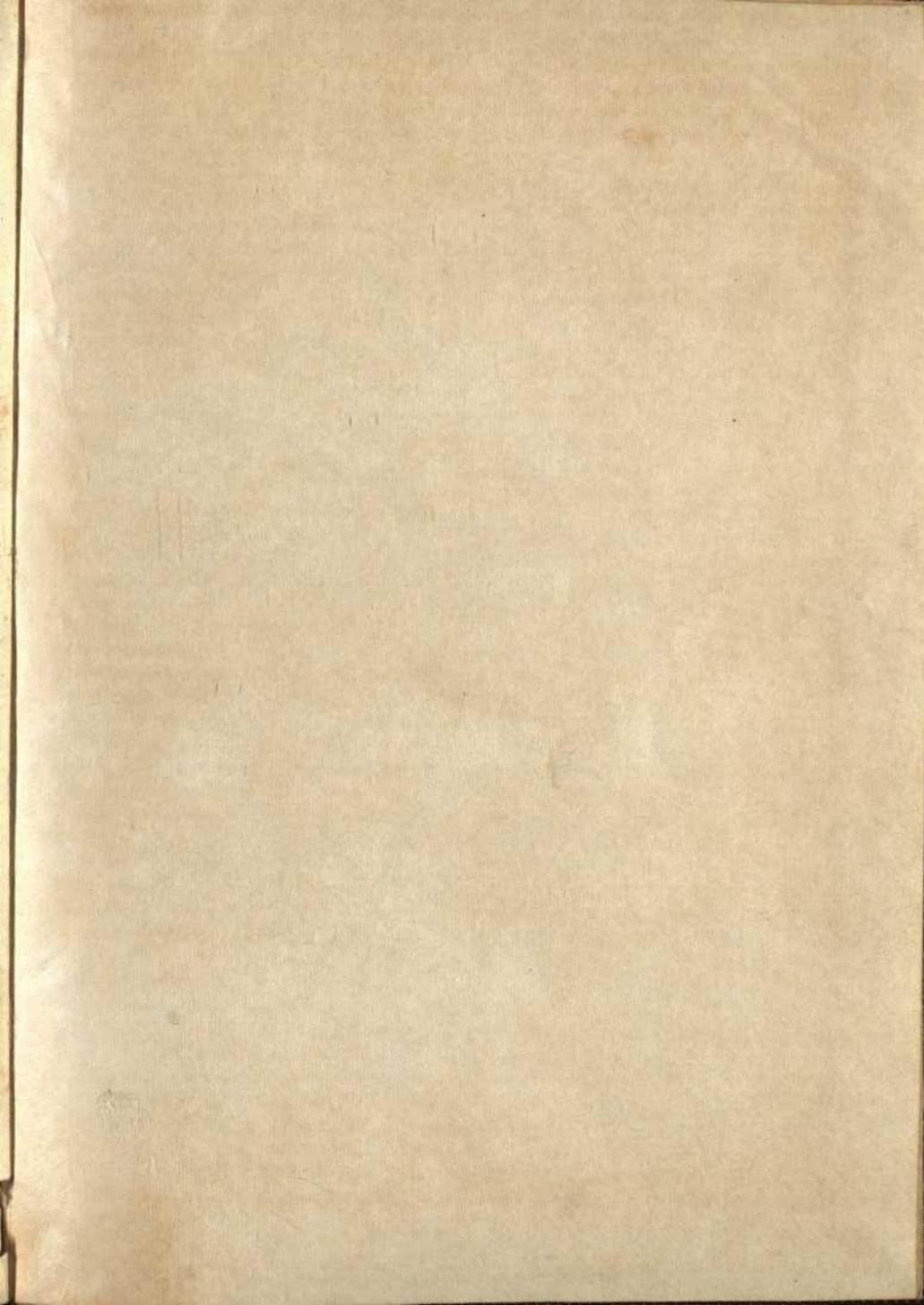
NOTA. Las láminas deben estar mirando á los mismos folios que se citan.

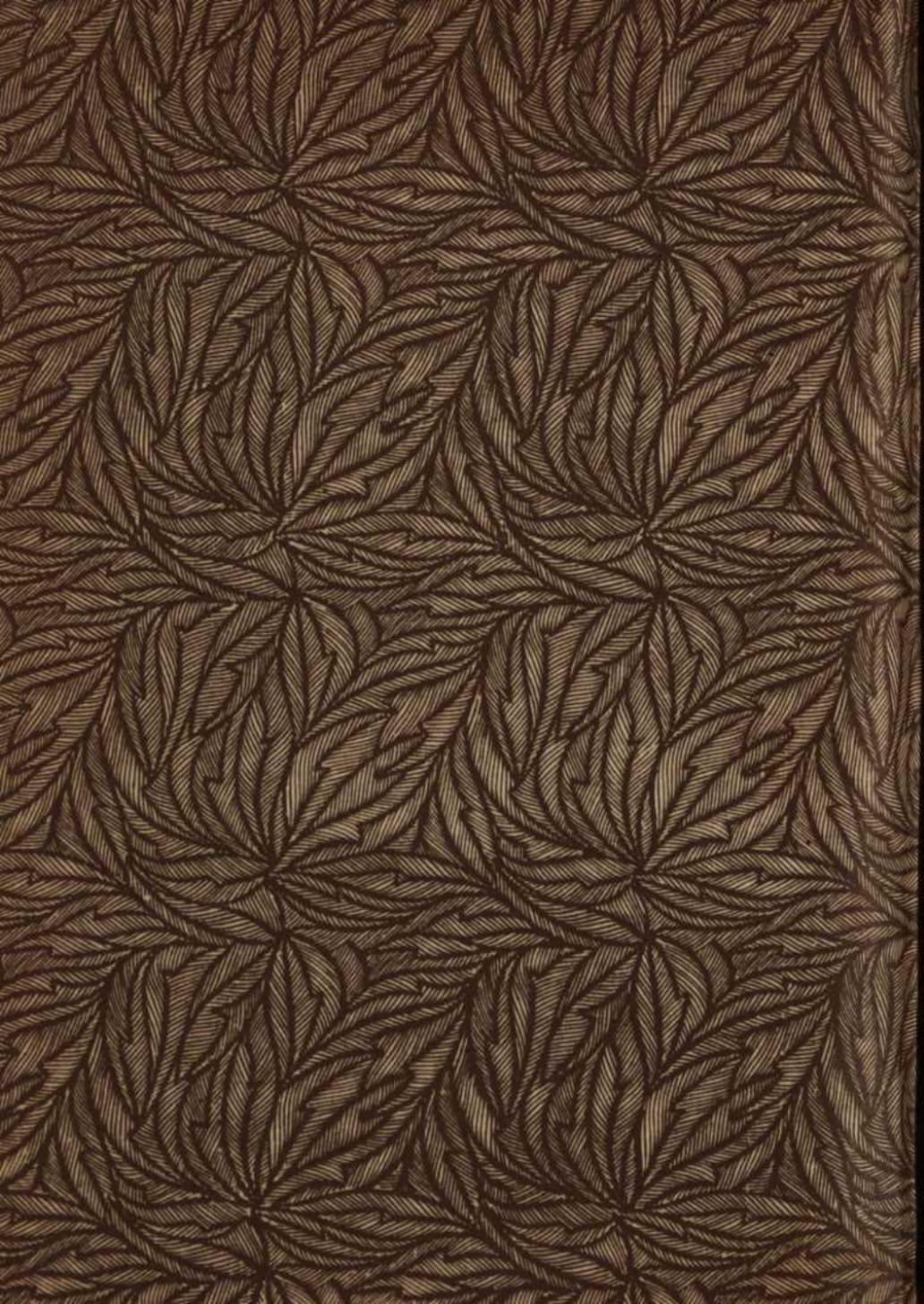


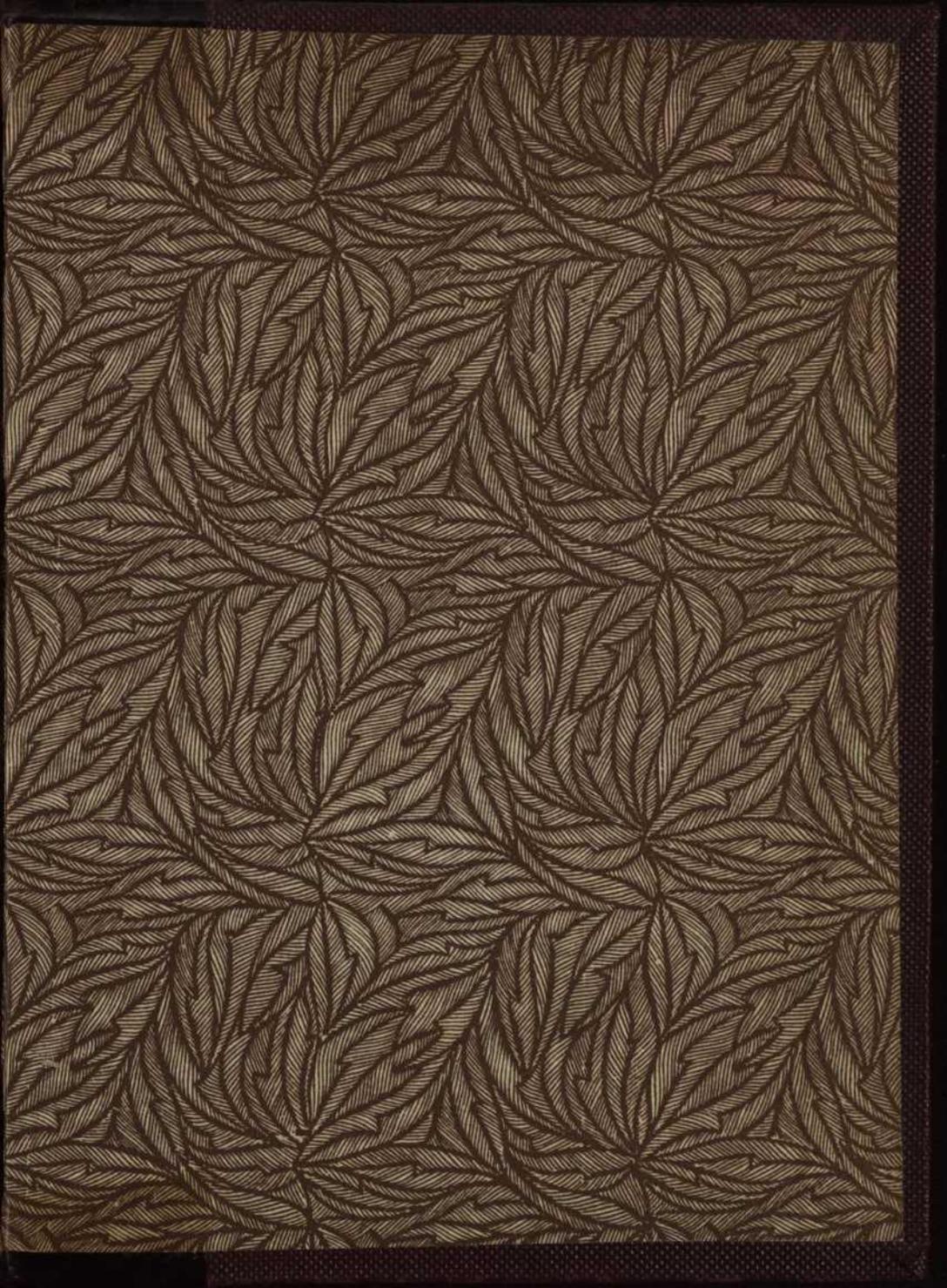














REVISTA SEMANAL  
DEL AVISADOR  
MALAGUEÑO  
AÑO 1845

140

19  
E3  
1-1